

ROMÁN IUCHT



LA VIDA POR EL FÚTBOL

MARCELO BIELSA
EL ÚLTIMO ROMÁNTICO



se

Marcelo Bielsa es un hombre complejo y frontal, que vive, juega y habla de la misma manera generosa y tajante, defendiendo un sistema apoyado en ideas, y cosechando por ello admiradores y detractores. Como seleccionador argentino logró dos proezas: que un equipo mayor fuera eliminado en primera ronda de un Mundial y ganar un oro olímpico. Luego llevó a Chile a Sudáfrica y consiguió para la roja la mejor performance en décadas.

Este libro apasionado, al que Román Lucht ha dedicado años de trabajo, muestra a Bielsa desde todos los ángulos posibles, que es lo mismo que decir que lo retrata desde el único flanco que realmente lo desvive: la locura por el fútbol. Desde anécdotas de la infancia hasta la actualidad, pasando por sus exitosas campañas en Newell's y Vélez, sus maratones por la Argentina en busca de jugadores, su tensión permanente con los poderes que rigen el fútbol y su sinfonía agridulce al frente de la Selección argentina, el que aparece, siempre, es ese mismo «loco» Bielsa que tiene al respeto como mandamiento y el amor a la tarea como principio.



Román lucht

La vida por el fútbol

Marcelo Bielsa, el último romántico

ePub r1.0

lenny 15.07.13

Título original: *La vida por el fútbol. Marcelo Bielsa, el último romántico*

Román Iucht, 2010

Retoque de portada: lenny

Editor digital: lenny

ePub base r1.0



A Martina y Franco, la luz de mi vida.
Ahora sólo me falta plantar el árbol.

A Florencia, por su paciencia y su apoyo incondicional.

A mi viejo Luis y a la memoria de mi vieja Elisa.

A mi abuelo Mauricio, por transmitirme la pasión por el
deporte.

EL MEJOR BIELSA ESTÁ POR VENIR

por EZEQUIEL FERNÁNDEZ MOORES

Siempre me pareció una exageración que se bautizara a una calle, plaza o estadio con el nombre de una persona cuya obra está en pleno desarrollo. Podría, sí, comprender por qué Argentinos Juniors puso a su nuevo estadio el nombre de Diego Armando Maradona. Maradona, para bien o para mal, siempre fue un mundo aparte. Comprendí menos que la nueva dirigencia de Newell's Old Boys bautizara al estadio del Parque Independencia con el nombre de Marcelo Bielsa. Recuerdo que el propio Bielsa, en su momento, consideró «injusta y desmedida» esa distinción. La aceptó, según dijo, porque «uno termina sometiéndose a las reglas del corazón». No fue falsa modestia ni demagogia. No es el estilo de Bielsa. Por supuesto que sé de la importancia de Bielsa para Newell's. Y creo comprender también el significado de ponerle el nombre de Bielsa al estadio de un club que venía de sufrir el manejo despótico del ex presidente Eduardo López. Aún así, me parecía demasiado. Hasta que Román Iucht me pasó los primeros capítulos de su libro. El relato sobre los viajes de una punta a otra del país en un precario Fiat 147, o seiscientos kilómetros parado en un micro de línea, como le pasó alguna vez, buscando pibes para el club, reflejan apenas una parte de lo que Bielsa hizo por Newell's. Esas páginas me ayudaron a comprender mejor la decisión del club y la aceptación de Bielsa. Román nos habla allí de una historia de amor. Y de lo que ese amor implica: vínculo, pasión y compromiso.

El fútbol argentino debe agradecerle a Newell's. Porque amando a Newell's, Bielsa aprendió a amar al fútbol. Y así el fútbol argentino conoció a una persona que puso vínculo, pasión y compromiso en cada lugar que estuvo, no sólo en Newell's. Román indaga sobre los orígenes. Sobre como empezó todo. Esa búsqueda se hace más profunda cuando llega a los inicios del Bielsa entrenador. Al que ya comenzaba a llenar la cancha de conitos en su primer trabajo como técnico de la Selección de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Tenía apenas 27 años. La crónica se preocupa en mostrarnos a un tipo coherente. En su palabra y en su obra. Que puso el mismo compromiso en su amado Newell's, en las selecciones de Argentina y Chile... y también en la Selección de la UBA. De aquel inicio en la UBA Bielsa llegó a dirigir en mundiales por su capacidad. Porque le interesó el camino siempre más arduo del crecimiento. Jamás el atajo de la fama. El límite que le puso a las empresas de periodismo le generó enormes problemas. ¿Acaso no cuentan que hay un periodista famoso que lo amenazó apenas se enteró de que no tendría su palabra en exclusiva porque Bielsa sólo hablaría en conferencias de prensa? «Así como te puse también te puedo sacar», le dijo el periodista. Bielsa, por suerte, siguió su camino.

Pero hoy el show ganó hace tiempo la batalla a la información. Bielsa, acaso a su pesar, se convirtió igualmente en «personaje». Y las reglas de juego ya se conocen: el «personaje» vale mientras gana. Si pierde, que se lo coman los leones. Sin el *establishment* de la prensa y sin prestarse nunca al negocio de la compra y venta de jugadores, Bielsa precisó como pocos del resultado para que no se lo coman los leones. Justo él, que siempre despreció a los que

evalúan un proceso sólo por su resultado final, sin mirar el recorrido. La eliminación en primera rueda del Mundial 2002 fue uno de los peores resultados en la historia de la Selección argentina. Buena parte de la prensa sacó los cuchillos que tenía guardados. Me impresionó en ese momento la dignidad que tuvo su equipo ante la derrota. No hubo ratas huyendo del barco, como también nos cuenta Román en este libro. No hubo acusaciones de unos contra otros. Ni vendedoras «intimididades» o «confesiones» a través de las cuales la prensa pudiera esclarecernos. Titular «Por qué perdimos». Mostrar un culpable. Bielsa se confirmó allí como conductor de grupo. Lo hizo sin necesidad de promocionar «códigos de vestuario», consejos paternalistas, asados ni operaciones mediáticas. Ayudó a mostrar una infrecuente cara digna del fútbol. Y lo hizo en la derrota. Todos estamos siempre desnudos. Pero una derrota en primera rueda de Mundial, sabemos, nos deja completamente en pelotas.

Pocos técnicos de fútbol o personas relevantes del deporte argentino habrán hablado como Bielsa de lo aleccionador de la derrota. Lo formativo del fracaso y lo deformante, por lo engañoso, del éxito. «Te adulan por haber ganado, no porque mereciste ganar.» Por momentos, me pareció que Bielsa, amigo de las exageraciones, se excedía en esa postura. Cuando todos en los momentos dulces de sus equipos sólo le regalan elogios, él comienza a advertir sobre la derrota. Nunca me gustó esa parte del himno que dice «o juremos con gloria morir». Lo entiendo, claro. Pero no me gusta. «Morir con las botas puestas» es una de las frases más usadas en el fútbol. También la entiendo, por supuesto. Pero tampoco me gusta. Lo digo porque, como muchos, advertí cierta tozudez en Bielsa en la inesperada eliminación del Mundial 2002. Los rivales parecían

haberle tomado la mano a su Selección. Me pareció que él eligió «morir con las botas puestas». Algo similar vi en el último Mundial de Sudáfrica con Chile. Cuando salió a jugarle de igual a igual a Brasil en octavos de final. El Brasil especulador de Dunga ya había dado señales de lo bien que aprovechaba la audacia ofensiva del Chile de Bielsa. Le había ganado siempre, y en algunos casos con baile. Pero Bielsa, sin importarle siquiera que le faltaba su mejor defensa, salió otra vez a matar o morir. Entiendo que su seguridad pasa por tener un equipo siempre protagónico, en las circunstancias que fuere. Y que un esquema diferente tampoco era garantía de triunfo. Ningún esquema lo es. Pero, confieso, me hubiese gustado ver a un Chile que se hiciera valiente en la paciencia. No en el ida y vuelta.

Román Iucht, un periodista que sigue eligiendo la información antes que el show, me contó su proyecto antes de que Bielsa se convirtiera en el entrenador más respetado por sus pares en Sudáfrica, tras clasificar a Chile a la segunda rueda del Mundial. Sé de sus viajes a Rosario, de sus numerosas entrevistas y de su búsqueda incansable. Forman parte de su profesionalismo. De su modo de entender al periodismo. Su libro es un homenaje al trabajo de Bielsa. A su decencia. A su compromiso con el fútbol. Todos lo conocemos como un DT que privilegia la obsesión y el cálculo. Que jamás quiere dejar de aprender. El hombre exigente en sus contratos. Y que luego trabaja con espíritu amateur. Amateur, «el que ama lo que hace». Estoy seguro que el mejor Bielsa está por venir. El que acaso deje de mirar algún día la computadora y confíe más en su sabiduría. En su experiencia. Acaso habrá otros que, llegado ese momento, querrán bautizar estadios para reconocer sus eventuales

éxitos futuros. Será imposible. Newell's, su querido Newell's, ya les ganó de mano. Y allí, al hombre de «la Máscara de Hierro», se sabe, le ganaron «las reglas del corazón».

LOS OJOS DEL LOCO

por EDUARDO SACHERI

Cuando Román me invitó a redactar un prólogo para su libro sobre Marcelo Bielsa me asaltaron sensaciones contradictorias: satisfacción, pudor, cierto nerviosismo. Pudor porque uno teme no estar a la altura del texto que le piden que introduzca, y nerviosismo porque tiendo a pensar que el lector debe estar ávido de llegar a la pulpa de esta obra y, por lo tanto, puede resultarle tedioso tener que atravesar esta suerte de cáscara.

Pero la invitación de Román me generó, también, satisfacción. Y como me parece que, de las tres emociones suscitadas, ésta es la más valiosa, en ella voy a detenerme.

Como escritor suelen asaltarme imágenes que me piden ser escritas. Los temas de mis textos aparecen así, como imágenes abruptas, repentinas, que requieren ser explicadas luego a lo largo de las páginas.

Pues bien, ésta no es la excepción. Y la imagen que primero me viene a la cabeza es una de Bielsa. No demasiado antigua. Se remonta al Mundial de Sudáfrica. El equipo que dirige, Chile, está perdiendo con Brasil por octavos de final. No pierde uno a cero. Ni pierde dos a cero. Pierde tres a cero y falta apenas un rato para que el partido termine. Bielsa está en cuclillas muy cerca de la línea del lateral. Está en cuclillas y mira. La cámara —una de las numerosas cámaras— le hace un primerísimo plano. No ya de su cara, sino de sus ojos. Toda la pantalla son los ojos de Bielsa. ¿Qué están

diciendo los ojos de Bielsa mientras mira ese partido definido? Dicen muchas cosas. Llevan adheridos un montón de sentimientos. Bielsa clava los ojos en ese partido con una concentración rotunda. Bielsa se enoja con cada error de los suyos, con cada desatención, con cada chambonada. Bielsa se entusiasma cuando los hombres de rojo hilvanan unos cuantos toques, cuando progresan hacia el arco de Brasil. Bielsa no habla. Bielsa no gesticula. Bielsa suelta rayos y centellas por los ojos.

Lo veo hacer y pienso en un titiritero manco. Bielsa no puede, desde allí, dirigir los movimientos de los suyos. Sabe lo que sus dirigidos tienen que hacer. Pero no puede hacerlo por ellos. Tiene una recóndita belleza ese ceño fruncido, ese incendio de bronca, esa impotencia. Es la imagen de un hombre que está convencido de lo que piensa y de lo que siente. Y sigue convencido más allá de que, para otros hombres, las cosas ya den lo mismo. Porque Chile pierde tres a cero, y porque no hay fuerza de este mundo que pueda torcer ese destino. Pero Bielsa sigue jugando. Mientras haya partido, Bielsa lo juega. Porque para Bielsa —y eso se le nota en los ojos— importa mucho más el cómo que el cuánto. Ahí están sus ideas. Ahí están sus principios. En ese Chile que sale a hacer lo que Bielsa siente y piensa que hay que hacer.

No importa si tiene razón o no en jugar así. Su razón pasa por otro lado. Bielsa tiene razón porque dice lo que piensa y hace lo que dice. Y esa coherencia (en mi pueblo también la llamamos honradez) lo hace digno. Digno de ganar y de perder. Pero siempre digno de jugar.

Y me voy a otra imagen. Esta no es visual, sino auditiva. Es una imagen de radio. También tiene que ver con el Mundial de Sudáfrica.

Argentina acaba de derrotar a México, también por octavos de final, por tres a uno. En el campo de juego, todo es algarabía. Aquí, en Ituzaingó, empiezan a sonar las bocinas. En lo personal suspiro aliviado por el pitazo final. Cruzo un par de comentarios con mi hijo. Estamos raros. Felices por el triunfo, pero raros. Tenemos la sensación de que hay algo que anda mal. Algo que está por detrás o por debajo de tanta algarabía. Una sombra. Una acechanza.

Como siempre, estoy viéndolo en la tele pero escuchándolo por la radio. Y aparece la voz de Román Iucht para el comentario final del partido. A medida que lo escucho, voy poniéndole las palabras —las de Román— a las sensaciones —las mías—. Entiendo los motivos de mi desazón, las razones de mi inquietud. Lo que acaba de suceder encaja en mi ánimo. Calza con mi experiencia. No es un misterio, porque Román es uno de los tipos que mejor ve el fútbol. Y que mejor lo cuenta. Ni más ni menos.

Una última idea, y ya los dejo en paz para que sigan libro adelante: más de una vez me pregunto qué es lo que lleva a ciertas personas a vincularse con otras. Supongo que afinidades, que es como llamamos a los hilos secretos que nos tejen a ciertos prójimos. No tengo certeza —no se lo he preguntado— acerca de qué lo llevó a Román a interesarse por escribir esta biografía de Marcelo Bielsa.

Pero tengo mi hipótesis. En lo personal, no tengo una visión demasiado optimista del género humano. Tiendo a pensar que abundan más la mediocridad, la avaricia, la pereza, que la inteligencia, la honestidad, la convicción o la integridad. No es que crea que no existen las buenas personas. Simplemente pienso que son menos abundantes que las malas.

Pues bien, a fuerza de ser pocos, tengo la impresión de que los

buenos tienden a conectarse entre ellos. A establecer puentes, solidaridades, tácitas complicidades que les permiten auxiliarse en un mundo en el que los buenos llevan las de perder, y no las de ganar.

Creo que es por eso que a Román se le ocurre escribir este libro. No abundan los inteligentes. Más aún escasean los buenos. Éste es un libro que reúne a dos que cumplen ambos requisitos. Releo la última frase, de la que estoy absolutamente convencido, y me doy cuenta de que mi temor inicial estaba más que justificado. En este libro, las únicas páginas prescindibles son este prólogo. Las demás, las que ha escrito Román Iucht contando la vida de Marcelo Bielsa, les aseguro que son absolutamente deseables y necesarias.

CAPÍTULO I

Rosario

«Los momentos de mi vida en los que yo he crecido tienen que ver con los fracasos; los momentos de mi vida en los que yo he empeorado, tienen que ver con el éxito. El éxito es deformante, relaja, engaña, nos vuelve peores, nos ayuda a enamorarnos excesivamente de nosotros mismos; el fracaso es todo lo contrario, es formativo, nos vuelve sólidos, nos acerca a las convicciones, nos vuelve coherentes.

Si bien competimos para ganar, y trabajo de lo que trabajo porque quiero ganar cuanto compito, si no distinguiera qué es lo realmente formativo y qué es secundario, me estaría equivocando.»

EL DUEÑO DE LA PELOTA

Para el chico era un córner decisivo. Acomodó el balón sobre ese empedrado abrasador que recordaba la altísima temperatura de la tarde de verano. Los gritos pidiendo la pelota en el lugar preciso de los que atacaban se fundían con los sonidos del arquero reclamando concentración en la marca. No parecía un partido de niños. Se jugaba con pasión y orgullo. Los transeúntes no alcanzaban a alterar el ritmo de esas inolvidables contiendas; en todo caso, se transformaban en observadores de lujo de aquellos grandes encuentros. La quietud de la tarde, con su siesta, sólo se veía vulnerada por el fútbol. Rosario siempre fue una ciudad importante, pero jamás logró abandonar algunas costumbres de pueblo. Cada tanto pasaba algún auto que se ganaba el odio de los jugadores, pero en el fondo era la excusa ideal para mojar la cabeza y seguir.

El ejecutante puso la pelota gastada justo sobre un adoquín elegido con precisión, para darle todavía más altura al envío. En la esquina de Mitre y Viamonte estaban depositadas las esperanzas de triunfo. Tomó carrera y en el camino analizó si mandar un tiro al montón o ubicar la pelota para el anticipo en el primer palo. La referencia de la lata que hacía las veces de poste lo ayudaba en el cálculo. No había tiempo. Todos esperaban ansiosos.

De repente y como si un pasadizo secreto se hubiese abierto desde debajo de la tierra, el móvil del Comando Radioeléctrico apareció por la esquina sin ser invitado a la fiesta.

La señal fue automática y la reacción, inmediata. Ninguna vecina quisquillosa generaba semejante estampida: con ellas siempre se podía negociar cuando la pelota se iba a un patio ajeno. Y si de

última algún vidrio era víctima de un pelotazo, el carnicero Chanín, de la esquina de Mitre y La Paz, se hacía cargo de los reclamos y transformaba el mostrador en un improvisado libro de quejas.

La reacción del pibe frente al patrullero fue insólita. Nadie lo podía creer.

—¡Córrase que tengo que patear el córner!

—¡Qué córrase ni qué córner! ¡Vamos!

—¿Adónde vamos?

—¡A la comisaría!

Los muchachos del «cuartito azul» (Rosario *dixit*) lo subieron al celular y lo llevaron a la comisaría. Él estaba convencido de que sólo se trataría de un trámite, agarró la pelota y cumplió con el pedido. Asomó la cabeza por la ventanilla y con su flequillo morocho al viento anunció con firmeza a la barra:

—Tranquilos, espérenme que enseguida vuelvo.

Cuando la patrulla recortó su figura en la distancia, varios de los muchachos apuraron el paso para avisar de la mala nueva.

El gordo José Falabella tomó coraje y tocó el timbre de la casa de Mitre 2320. Era la hora de la siesta, pero la urgencia obligaba al sacrilegio. «Don Bielsa, estábamos jugando el picado y cayó la patrulla... ¡Se lo llevaron a Marcelo!», dijo el gordo con voz de susto. El padre, protestando, puso rumbo a la seccional.

Allí se encontró con un chico tranquilo, convencido de que la situación se resolvería en instantes.

—Bueno Marcelo, listo, vamos para casa.

—¿Y la pelota?

—¿Qué pelota, hijo?

—¡La pelota papá, la pelota con la que estábamos jugando!

—¡No, no, el comisario dijo que basta, que se terminó la pelota!

—¿Cómo que se terminó? Andá a decirle que te devuelva la pelota...

—No, Marcelo.

—Si no te devuelve la pelota yo no me voy de acá.

Rafael sabía que si no accedía al pedido podían llegar a quedarse ahí eternamente. Acudió a la oficina del comisario y cumplió con el mandato de su hijo. Al minuto estaban atravesando la puerta del lugar y volviendo a casa.

Los muchachos de la barra lo estaban esperando, y al verlo llegar con el balón, como quién carga con un bebé en custodia, supieron que estaba garantizada la continuidad del partido. El chiquilín de no más de doce años había cumplido su promesa. Ambos estaban de vuelta. Él y la «Pulpo» naranja y amarilla.

Marcelo Bielsa ya mostraba su esencia: convicciones firmes, sentido de la justicia, alta personalidad... Y por sobre todas las cosas, un desvelo: que sus equipos tuvieran la pelota.

LOS SÁBADOS DEL ESTRELLA AZUL

Para Marcelo Bielsa jugar al fútbol no era lo más importante; era lo único. Hiciera frío o hiciera calor, iba tachando las horas que faltaban para salir del colegio, el Nacional Normal N°3, ubicado en la calle Entre Ríos. El objetivo: volver a su casa y organizar los partidos de cada tarde.

Era un tipo querible, naturalmente simpático, espontáneo y absolutamente imprevisible. Cualquier excusa era buena para pensar en pegarle un rato a la pelota. Los pibes de la cuadra lo querían por su nobleza y su personalidad sin dobleces. Jugaba cada partido como si se tratara de una final, con tremendo orgullo. Competitivo y hasta calentón, se enojaba tanto cuando detectaba que algún rival era capaz de hacer trampa como en los casos en los que su equipo no mostraba buen nivel.

Pasaba varias horas por día fuera de casa, ya que no se respiraba en el hogar un sentimiento profundo por el deporte. La calle era su hábitat, al menos hasta que empezaba a caer la noche y llegaba el llamado de su padre para presentarse a la cena.

El fútbol era su religión y la misa, claro, tenía lugar todos los fines de semana. Ya el viernes por la noche el pequeño Marcelo comenzaba con su tradicional ceremonia. Preparaba con obsesiva prolijidad la indumentaria, ordenando la camiseta, las medias y los pantalones. A un costado, bien cerca de la cama, ponía los botines.

El sábado temprano, cerca de las ocho, tocaba el timbre de la casa de Hugo Vitantonio, un vecino que vivía a pocos metros, y junto a él y su padre Pedro arrancaba la procesión. El viaje iba sumando fieles en el camino, y así se completaba el equipo. Eran todos

amigos de la cuadra, en un barrio de clase media. Durante la semana, los horarios escolares podían separarlos: algunos, como Bielsa, iban al Normal, mientras otros estudiaban en el Juana Manso. Pero los sábados los unía la pasión por el deporte. El destino podía ser el Parque Independencia o la Iglesia del Corazón de María, que tenía una cancha de fútbol en el fondo. Otra opción era enfilarse hacia el estadio de Central Córdoba, un equipo típico de las categorías de ascenso de la AFA, y utilizar las canchas auxiliares. Los pibes sentían que eran profesionales y jugaban a ser glorias del fútbol. Su equipo se llamaba Estrella Azul.

Bielsa jugaba de defensor, aunque no tenía un puesto definido en la última línea. Además, fruto de su competitividad y su temperamento, podía terminar ubicado como mediocampista o delantero. En realidad, tampoco había una rigidez posicional, ya que el equipo podía tener, como mucho, siete jugadores. No faltaba nunca y en algunas ocasiones sumaba nuevos jugadores al equipo. Para toda la barra era «El Cabezón».

Era líder dentro del grupo, pero su influencia se daba desde la actividad. Mientras otros podían estar tirados en el pasto, él estaba realizando alguna actividad y proponiendo un nuevo partido. Su intensidad se resume en un diálogo de aquellos tiempos, que alguna vez recordó su hermano Rafael:

—¿No te gustaría que de lunes a viernes fuera el fin de semana, y el sábado y domingo de lunes a viernes? —le preguntó a Marcelo uno de los muchachos más grandes de la barra.

—No, no me gustaría porque entonces el trabajo sería un descanso —respondió Bielsa.

Ya en el colegio secundario, cursando en el Sagrado Corazón, se

pasaba tardes enteras jugando en la plaza del Foro, frente a los Tribunales de Rosario, a pocos metros de la casa de sus abuelos. Allí dejaba los útiles escolares y durante varias horas se quedaba con el fútbol como compañía. Los ocasionales pasajeros del descanso del mediodía eran sus compañeros del primer partido. Los obreros que trabajaban refaccionando los Tribunales se prendían en el segundo turno. Y, finalmente, los que llegaban para el encuentro vespertino también lo tenían a Bielsa como compañero. Tardes enteras se consumían en esa plaza; y apenas si paraba para cruzar a la casa de los abuelos y tomar un poco de agua. No iba solo: cualquiera de esos múltiples compañeros de partido estaba habilitado a cruzarse, y era común observar la fila de jugadores a la que Bielsa asistía con un vaso de agua, ganándose el reto de la abuela por la invasión de desconocidos. Poco le importaba a Marcelo: él era feliz jugando al fútbol. Su verdadera y exclusiva pasión.

EL PESO DE LA HISTORIA

En Rosario, decir Bielsa es hablar de un apellido con pasado y prestigio. La historia de la familia Bielsa se escribió con letras doradas mucho antes de la existencia de Marcelo, y todos los actores tienen sus datos pintorescos.

El abuelo Rafael fue una eminencia dentro del derecho administrativo, uno de los hombres más reconocidos de la Argentina en su especialidad. Dueño de una ética indestructible, declinó un cargo en la Corte Suprema de Justicia por no estar convencido de los valores de aquellos que compartirían el tribunal con él. Escribió mucho sobre su especialidad y es considerado el padre del fuero administrativo. Una de las aulas de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario lleva su nombre, lo mismo que una calle de su ciudad natal (Esperanza), una avenida de un barrio obrero de Rosario y una calle de la ciudad de Buenos Aires (detrás del Cementerio de la Chacarita). Curiosamente, en la casona ubicada frente al Parque Independencia en la que vivió ese hombre tan preocupado por la justicia, hoy funciona una dependencia de la inteligencia estatal. La gigantesca biblioteca en la que el famoso abogado Bielsa leía sus libros y escribía sus tratados, ahora está ocupada por aparatos con los que se pinchan teléfonos.

Marcelo Alberto Bielsa es el hijo del medio, y llegó entre su hermano mayor, Rafael Antonio, y su hermana menor, María Eugenia. Nació el 21 de julio del 55 y su nombre tiene una historia: se llama Marcelo por su tío Marcial Bielsa y Alberto por otro tío, por parte de madre, muy querido en la familia. Su padre, Rafael Pedro, «El Turco» Bielsa, fue el que le regaló su primera pelota de

fútbol, el obsequio que Marcelo pedía invariablemente para Reyes. El Turco, hincha de Racing (aunque algunos lo hacen de Rosario Central), no era un fanático del fútbol, y Marcelo se hizo simpatizante de Newell's gracias a la influencia de un tío y en alguna medida para llevarle la contra a su padre. Por esos datos se justifica que Bielsa padre no fuese espectador de los equipos de Bielsa hijo, tanto en su condición de jugador como en la de técnico. Decía que no le interesaba el deporte que a su hijo lo apasionaba.

El Turco siempre tuvo una personalidad bohemia, y aunque heredó la profesión de su padre, nunca se sintió muy atraído por el derecho. El placer lo encontraba en los autos y hoy admite que le hubiera gustado ser ingeniero mecánico. Trabajaba en el estudio de su padre, pero sus clientes no tenían la misma envergadura, eran casos más simples. Para él, la abogacía era más un mandato que una vocación. Fiel a sus costumbres, todos los mediodías pasaba a tomar un trago con sus amigos en el Laurak Bat, el bar vasco del centro de Rosario, y era común que de allí lo arrancaran sus hijos, quienes cansados de esperarlo en el auto bajaban para recordarle que había un almuerzo familiar esperando. Escuchaba mucha música y los amigos de Marcelo que pasaban por la casa de la calle Mitre recuerdan a Frank Sinatra como banda sonora permanente. Tenía una radio Grundig Satélite atada a la cama para que sus hijos no se la sacaran, y aunque la escuchaba en sus momentos de descanso, el ritual de la siesta se veía alterado muy seguido por otro tipo de ruidos (molestos). «¡Qué maldición, qué maldición!», eran las palabras que masticaba con bronca cada vez que sus hijos rompían un vidrio de la casa jugando al fútbol.

En la actualidad, son las reuniones familiares las que dejan ver

en Marcelo Bielsa la impronta de su padre. En ellas siente cobijo y se muestra espontáneo. Todos coinciden en que ahí aparece el costado de la personalidad heredada del «viejo» Rafael. Cuando no debe blindarse, como en las apariciones públicas, Marcelo se muestra chispeante, risueño y cariñoso. Asoma en el adulto aquel niño más abierto y sensible.

Su madre, Lida Silvia Rosa Caldera, le inculcó la exigencia máxima y la disciplina como valores a respetar por sobre el resto. Nacida en Morteros, provincia de Córdoba, «Toti» era profesora de historia. Más allá de haber podido estudiar, provenía de una familia humilde y estaba orgullosa de su condición. Ese contacto con distintas clases sociales le permitió inculcarles a sus hijos cierta ductilidad para establecer relaciones sin inconvenientes, sin el más mínimo prejuicio. Pasaban con gran plasticidad de la vida obrera propia del barrio de la casa de la calle Mitre, al mundo aristocrático de la casona de los abuelos. «Toti» siempre fue una excelente cocinera, y de allí surge el otro gran placer de Marcelo Bielsa: la comida. Le encantaban las mesas bien tendidas y cocinaba exquisitos manjares que Marcelo disfrutaba con placer.

De ella Bielsa tomó su infatigable capacidad para incorporar conocimientos y su trabajo intenso, producto del esfuerzo y el deseo de superación constante. Amante de las artes, intentaba que sus hijos incorporaran determinados gustos e inclinaciones, aunque con el varón más chico falló en el intento. Marcelo tenía una única obsesión. Dejaba a su hermana tocando la guitarra en algún lugar escondido, para que su madre sólo escuchara el sonido y no viese quién estaba ensayando, y por la ventana del living comedor, que daba directo a la calle, se escapaba para poder ir a jugar al fútbol.

Una vez finalizado el partido se lavaba en la casa de algún amigo para no dejar rastros de la contienda, retornaba y le devolvía la guitarra a su madre para finalizar el simulacro.

De ella también calcó una manera de vivir el trabajo, el deseo de ser siempre un poco más. «Elegí lo que te guste, pero en lo que sea, siempre intentá ser el mejor.» Toti forjó a su familia en la cultura del trabajo como instrumento para llegar al éxito. En la casa de los Bielsa se compraban revistas deportivas y era ella la que les dosificaba la lectura de acuerdo con los méritos de la semana. Con ese rigor y ese sentido de la responsabilidad fueron creciendo, pero sin perder la libertad.

Marcelo siempre fue muy unido a su hermano Rafael, a pesar de tener algunos gustos diferentes. Al mayor de los Bielsa lo cautivó el mundo de las artes, y además siguió el designio familiar, recibíendose de abogado. Fue Canciller de la Nación, es un experto constitucionalista, tiene escritos varios libros y es un hombre sumamente cultivado. A diferencia de Marcelo, se preocupa por su imagen, es extrovertido y durante toda su vida tuvo inclinaciones políticas, con participación en distintas agrupaciones. Su compromiso activo y su militancia le dejaron la marca de un secuestro durante la última dictadura militar, episodio que apuró la decisión del exilio. La pasión que Marcelo demuestra por el fútbol, Rafael la vuelca a la actividad política.

Más allá de estas diferencias, el fútbol siempre fue un lazo con Marcelo. En Mitre 2320 había dos patios. En ellos se trenzaban en tremendos partidos que tenían principio pero nunca final, salvo que algo generara una molestia. Ambos recuerdan el día en que Marcelo descubrió que su hermano estaba haciendo trampa y no tuvo mejor

idea que revolearle por la cabeza una lata de duraznos. El objetivo fue la frente y la conclusión una cicatriz que Rafael exhibe como recuerdo de aquel incidente. El otro dato futbolero que los vincula es el amor incondicional por Newell's Old Boys de Rosario.

La foto familiar se completa con María Eugenia, la hija menor de la familia. Arquitecta de profesión, también tiene inclinaciones políticas y fue vicegobernadora de la provincia de Santa Fe en la gestión de Jorge Obeid. Son recordadas las charlas infantiles en las que sus hermanos la desplazaban sólo por el hecho de ser «la menor». «¡Salga de acá, mocosa, que usted es muy chiquita para andar escuchando conversaciones de gente grande!», la ninguneaban los hermanos.

María Eugenia sería decisiva en la vida del futuro DT. Dentro de su grupo de compañeras de estudio en distintas materias de la carrera de arquitectura, cuando ya vivían en la calle Moreno, Marcelo había distinguido a Laura Braccalenti. El paso de los años la transformaría en su esposa y madre de Inés y Mercedes, sus dos hijas.

CAPÍTULO II

Sueños de un jugador

«Uno vive y necesita jerarquizar virtudes, decir éstas son las virtudes que rescato en los demás y quisiera para mí, que respeto, que valoro.

A mí el deporte me dio ese parámetro, yo aprendí por el deporte que la generosidad era mejor que la indiferencia, aprendí el valor de la significación del coraje, aprendí la importancia del esfuerzo y aprendí lo trascendente de la rebeldía. Son los tres o cuatro elementos con que yo después traté de orientar mi vida. No necesariamente tienen que ser estas virtudes las elegidas, pero sí es indispensable saber cuáles son aquellas alrededor de las que uno quiere vivir.»

NIÑO MARCELO

—Che Griego, ¿cuándo es el casamiento de tu hermano? —le preguntó Bielsa a su amigo Roberto Aguerópolis.

—El mes que viene, pero está complicado con la guita y llega medio justo —le contestó su compañero de zaga en Newell's.

—¿Y qué le está faltando?

—Le alcanza para el salón y la comida, pero no tiene para los mozos.

—¿Qué te parece si le damos una mano nosotros? ¡Decile que nos repartimos y le hacemos de mozos!

Los mozos improvisados se movían por el salón con la misma entrega con la que lo hacían dentro de la cancha. Los más de setenta invitados fueron atendidos de maravillas por esos dos muchachos que se complementaban como si estuvieran marcando a los atacantes rivales. A nadie le faltó un trago, todos tenían comida en sus mesas y aunque la fiesta no era formal y con lugares predeterminados, querían que todo saliera a la perfección. Terminaron exhaustos, pero felices. La idea había resultado un éxito.

Bielsa y Aguerópolis se conocían de las inferiores de Newell's, tenían una amistad profunda y se valoraban en esos pequeños gestos en los que la generosidad estaba por encima de todo. Soñaban con llegar a la Primera División y cuando firmaron su primer contrato, Marcelo le prestó su sueldo al Griego: Aguerópolis quería terminar su casa, pero con lo que iba a ganar no le alcanzaba. «Tomá mi sueldo así podés techar la casa. Cuando puedas me lo devolvés.» El Cabezón, que para algunos ya era «el Loco» o «el Cholo», no lo necesitaba para llegar a fin de mes: en ese tiempo vivía con sus

padres. Su amigo jamás olvidó el favor.

Bielsa se vinculó con las categorías juveniles del club «leproso» ya desde adolescente, a los trece años. Viviendo a seis cuadras del Parque Independencia, emplazamiento del estadio de Newell's, no podía ser de otra manera. Su tío Pancho Parola los había hecho simpatizantes del equipo rojo y negro a él y a su hermano Rafael, y los llevaba todos los domingos a la cancha. El fanatismo se hizo más grande cuando la familia se mudó a la casa de la calle Moreno al 2300, casi enfrente del estadio. Con el tío Pancho, eran eternas y fervorosas las charlas de los hermanos sobre distintos jugadores.

En la vida de los Bielsa existían todas las comodidades y algunas le causaban a Marcelo dolores de cabeza. No tanto en su casa, ya que su madre provenía de una familia de origen humilde y su trato era el mismo con todo el mundo. El asunto era su abuela, que se movía con ciertos aires de aristócrata. Su nieto lo experimentaba en situaciones inesperadas y con ocasionales testigos. Cuando sus compañeros de inferiores eran invitados a almorzar o a tomar la merienda, el personal doméstico lo trataba de «Niño Marcelo», cosa que, además de incomodarlo, lo hacía objeto de todo tipo de burlas.

Compañeros como Américo Gallego o el propio Aguerópolis, con los que Bielsa tenía más confianza, sabían que la mejor manera de hacerlo enojar era recordándole el mote que recibía en la intimidad. Sin embargo, el joven demostraba todo el tiempo ser uno más. Andaba por la vida en una vieja bicicleta negra, y con la ropa sucedía algo similar: pudiendo vestir las prendas que deseara, era frecuente verlo con una simple remera, un jean gastado y unas zapatillas de lona blanca.

Su único rasgo distintivo era, cómo no, ese interés desmedido

por todo lo que tuviera que ver con el mundo del fútbol. El apetito informativo quedaba claro con un ritual que se repetía diariamente: hasta que no conseguía la sexta de *La Razón* no se iba a dormir. Una vez con el periódico en sus manos, el sueño podía hacerse presente. La parte deportiva del diario era devorada con fruición, especialmente la sección «Dialoguitos en el asfalto», en la que se contaban algunos chismes de los jugadores conseguidos en base a dudosas fuentes de información. Le resultaba un buen entretenimiento. Cuando apoyaba la cabeza en la almohada ya soñaba con llegar a Primera, y como era enemigo de las despertadas tempranas, se dormía con el uniforme del colegio puesto. Al levantarse anotaba todo lo que haría en el día en una pequeña libreta que oficiaba de agenda. El orden ya era su eje y la planificación, su modo de vida.

CÓMO LLEGAR A PRIMERA Y NO MORIR EN EL INTENTO

Noble, pero lento. Técnico, pero duro. De buen cabezazo, pero con un temperamento que en algunas ocasiones le jugaba en contra. A la hora de analizar al Bielsa jugador, siempre surge algún *pero*...

Intelectualmente ya se veía a un tipo diferente y honesto. También quedaba clara desde temprano una obsesión por las tácticas, a punto tal que una vez terminado de duchar luego de los partidos de Reserva, cruzaba al vestuario de enfrente para arrancar el papel de la formación del equipo rival. ¿El motivo? Familiarizarse con los nombres de los jugadores que acababa de enfrentar y poder analizar sus características. Así las cosas, conocía datos acerca de una cantidad infrecuente de jugadores, ignotos para la mayoría de sus compañeros. Pero no para él.

Una vez recibido de perito mercantil y para cumplir con el deseo familiar, se anotó para dar el examen de ingreso para la carrera de Agronomía. Se sacó un diez en matemática, pero como sólo obtuvo un tres en castellano, el promedio lo dejó afuera de los aprobados. En ese momento, el planteo de sus padres fue el estudio o el trabajo, pero él sólo pensaba en el fútbol, aunque eso implicara irse de casa.

«González, lo vengo a ver para que me dé una mano. Necesito que me consiga un lugar en la pensión del club.»

Norberto Oscar González era el secretario técnico de Newell's en esos primeros años de la década del setenta. El dirigente le explicó lo difícil que le resultaría justificar la presencia en la pensión de un jugador que vivía en Rosario y que, encima,

pertenecía a una familia acomodada. El alojamiento estaba reservado para los chacareros que llegaban desde pequeños pueblos del interior de la provincia, sin casa donde parar. Sin embargo, la gestión llegó a buen puerto y el Gallego Martínez, encargado del lugar, le hizo un hueco. El tema pasaba a ser comunicarlo en su casa. Con su bolso ya armado, avisó de la «buena nueva».

—¿Por qué te vas? —le preguntó sorprendida su madre.

—Porque tengo cosas que hacer —fue la respuesta lacónica del joven.

La decisión de Marcelo ya marcaba una gran personalidad y un amor por su vocación a prueba de todo. Sin embargo, la estancia en el pensionado de Mendoza y Moreno no duró demasiado. Bielsa tenía una moto que era su debilidad, y no tuvo mejor idea que meterla adentro del cuarto para que nadie pudiera tocarla. Al poco tiempo, el olor a nafta dentro de la habitación resultaba insoportable. La moto dormía a su lado, pero no podía seguir allí.

Luego de probar la experiencia y de mostrarles a sus padres hasta dónde estaba dispuesto a llegar para ser futbolista profesional, un día decidió volver.

—Hola hijo, ¿por qué volvés? —le preguntó sorprendida su madre.

—Porque ya hice todo lo que tenía que hacer.

La respuesta fue corta y contundente. No había más para agregar.

Jugó en todas las categorías de las inferiores y en algunas, como en la Reserva, se consagró campeón. No era un jugador brillante, pero se hacía sentir. Cada pelota la disputaba al límite.

Frente a la exigencia era implacable y ya de joven la derrota lo golpeaba fuerte. En una oportunidad, jugando en Tercera ante

Argentinos Juniors, su equipo perdió el invicto y Bielsa fue expulsado. La idea prepartido era quedarse en Buenos Aires con su amigo el Gordo José Falabella, que lo había ido a ver con la intención de pasar el fin de semana paseando por la Capital. Pero fue tal la frustración por el traspie, que Marcelo quiso volverse apenas terminado el partido. Después de muchas negociaciones Falabella logró convencerlo para que se quedara esa noche. A la mañana siguiente y en soledad, porque su amigo estaba con su novia, encaró el retorno a Rosario.

Marcelo era feliz jugando en el cuadro del que era hincha, pero alguna vez intentó probar suerte en Buenos Aires. Junto con el Petiso Oscar Escalona, mediocampista de gran habilidad, pasó por una prueba en Boca. Fueron Ernesto Grillo y Nano Gandulla los que observaron sus condiciones. Bielsa quedó muy contento con su desempeño, pero la respuesta fue que los llamarían cuando tuvieran novedades con el libro de pases.

Sus compañeros lo respetaban porque dejaba todo en la cancha. Estudioso y exigente, sin apuros pero sin descanso, fue atravesando todas las categorías. El sueño de debutar en Primera estaba cerca.

LA ADOLESCENCIA EN LOS AÑOS SETENTA

En los meses en los que vivió en la pensión de Newell's, Bielsa frecuentó el bar La Serena, en la esquina de Mendoza y Balcarce. El boliche estaba pegado al lugar que albergaba a los chicos que llegaban desde distintos puntos de la provincia, y allí se juntaba con algunos conocidos y pasaba las horas. Eran tiempos en los que se lo reconocía fácilmente porque se trasladaba a todos lados con su vieja bicicleta negra. El rodado constituía una compañía casi inseparable (así de grande fue la conmoción cuando le robaron esa bici legendaria).

Una salida clásica era ir a comer y escuchar a guitarreros en distintos bares, sitios como el San Miguel, en la zona oeste. El dinero escaseaba y lo poco que había se guardaba para que el atado de cigarrillos siempre estuviera presente.

Ferviente admirador del mundo del tango y fan total de Julio Sosa (y de Eladia Blázquez y de Susana Rinaldi), mucho más que de grupos de rock de la época, no se intimidaba frente a la mirada ajena y era común descubrirlo tarareando algún tango por la calle en las noches de Rosario. En las peñas, entraba a escuchar a los cantantes y aunque no tuviera un peso, siempre algún parroquiano invitaba alguna copa de vino.

Poco preocupado por el tema de la vestimenta, hombre de camisa, jeans anchos y melena, dejaba la nota excéntrica para el calzado: bastante seguido se lo podía ver en ojotas, lo que para ese 1973 constituía toda una transgresión. No lo hacía para llamar la

atención, sino que no le prestaba gran interés al asunto y buscaba la comodidad. Pero lo cierto es que no pasaba inadvertido. Era un reo, pero con su pinta.

A veces el fútbol quedaba a un costado, pero jamás desaparecía por completo de la escena. En algunas salidas, Bielsa llevaba la radio y la revista *El Gráfico*. Además, anotaba cosas en una libreta de forma sistemática. Tenía una agenda en la que hacía anotaciones, especialmente numéricas, para tratar de administrar de la mejor forma posible su dinero.

Leía a Hermann Hesse, también a Manuel Puig, Borges o Dostoievski. Le gustaba revisar la letra de canciones del folclore latinoamericano y de algunos tangos clásicos. Fue sorteado para hacer el servicio militar, pero gracias a su condición de futbolista pudo, primero, pedir prórroga y luego contar con salidas especiales para no faltar a los partidos. Estuvo un tiempo en la Fábrica de Armas y otro en el Comando del Ejército. Su madre estaba inquieta con la idea de que hiciera la conscripción, y esas facilidades disiparon algo de su preocupación.

Con sus afectos y en la intimidad era sumamente divertido. «Tenía una sonrisa de oreja a oreja, con una risa impresionante. Aun en los momentos menos felices, siempre había un dejo de humor, para matizar un poco», cuentan quienes recuerdan aquellos tiempos.

Parte de ese humor mencionado era consecuencia de lo que pasaba puertas adentro con toda la familia. A Rafael padre lo apodaban «Miseria» por su estilo algo desaliñado, al hijo mayor «Cristo Rafael» y a Marcelo, simplemente, «El Loco».

INTENSO Y EFÍMERO

El primer momento de gloria como futbolista Bielsa lo experimentó jugando en un seleccionado nacional. En febrero de 1976 formó parte de un conjunto que vistió la camiseta argentina en un preolímpico para menores de veintitrés años clasificatorio para los juegos de Montreal, que se llevó a cabo en Recife, Brasil. César Menotti, entrenador del seleccionado mayor, le pidió a su amigo Jorge Griffa que viajara con la Reserva de Newell's, que venía de salir campeona. Bielsa demostró su madurez y su buen juego aéreo ocupando su posición clásica de primer marcador central en la defensa.

El equipo nacional finalizó el torneo en el tercer lugar, detrás de Brasil y Uruguay, pero Bielsa recibió un premio extra al ser reconocido en el equipo ideal del campeonato. Lo eligieron en la pareja de los mejores centrales junto con Edinho, que luego brillaría en la Selección de Brasil. Al recibir la noticia sólo atinó a musitar: «¡Qué falta de respeto!».

Un par de años antes ya había tenido una experiencia que lo acercó a los colores patrios. En 1974 se sumó de urgencia al plantel que disputó el Sudamericano Sub 19 en Chile, pero en esa ocasión no tuvo minutos de juego. En realidad, su presencia se concretó debido a que quince de los veinte seleccionados superaban el límite de edad, y fue el conjunto rosarino el que respondió al pedido de la Asociación del Fútbol Argentino. Su apoyo permanente desde afuera, alentando a sus compañeros, fue reconocido con la camiseta que Alberto Tarantini le regaló como agradecimiento por su solidaridad.

Pero aquel febrero de 1976 resultó inolvidable por otro salto en su carrera: luego de haber sido campeón con la Reserva y de tener tan buen suceso en el seleccionado, Juan Carlos Montes lo subió a la Primera de Newell's. La jornada del 29/2/76 amaneció lluviosa. Ese día Newell's tenía que enfrentar a un River que llegaba al Parque Independencia con algunos suplentes, ya que estaba jugando de forma simultánea la Copa Libertadores.

Para Marcelo Bielsa era un día especial. Con varios jugadores lesionados, el entrenador decidió incluirlo por primera vez entre los concentrados y una gripe de José Luis Pavoni lo introdujo por sorpresa en el equipo titular.

Valentín Bargas; Aguerópolis, Bielsa, Capurro, Jorge Ortiz; Gallego, Berta, Mario Zanabria; Robles, Palacios, Rocha. Esos fueron los once titulares, y luego ingresaron Ribeca y Picerni. Era la cuarta fecha del Campeonato Metropolitano.

El partido lo ganó River por dos a uno y la prensa especializada lo calificó con un aprobado, a pesar de no haber llegado al cierre en el gol de Ártico, que empató el partido, y de quedar desairado ante un amago de Sabella, que terminó con el gol del triunfo de Crespo para el conjunto millonario. Una semana después jugó ante San Lorenzo, partido que terminó igualado uno a uno. Y allí se terminaron sus chances de tener continuidad. El retorno de los habituales titulares lo devolvió a la Reserva. Jugaría un encuentro ante Talleres de Córdoba y sólo tendría una oportunidad más, luego de un par de años, el 16 de julio de 1978, al salir desde el banco de suplentes ante Gimnasia y Esgrima La Plata, en una victoria por tres a uno en la que reemplazó a Capurro. Cuatro partidos en primera. Nada más, nada menos.

La ilusión de ser jugador profesional con la camiseta de Newell's se evaporó rápidamente. Tantos años imaginado una carrera y en un abrir y cerrar de ojos sólo quedaba el recuerdo. En esos años el conjunto rosarino tenía excelentes jugadores que asomaban, como Dardo Jara o Juan Simón. Ellos fueron postergando a Bielsa a pesar de su contracción al trabajo y de su esfuerzo permanente.

«Era un jugador muy respetuoso, siempre quería aprender y por eso preguntaba todo. Quería saber dónde se tenía que parar y, como era lento, se sentía mejor defendiendo en zona», recuerda Montes.

Bielsa jamás olvidó la chance que le dio el técnico. Cuando Montes se consagró campeón de la Primera B con Sarmiento de Junín en 1980, el primer telegrama de felicitación que recibió fue el suyo.

UN INSTITUTO SIN GRANDES NOTAS

Aquel 1976, que tan bien había comenzado con el Preolímpico y el debut en la Primera, se terminaba con la frustración de no lograr continuidad. Bielsa era para todos un jugador que se transformaba en el campo de juego, con liderazgo y buena actitud. Sin embargo, las chances habían sido escasas.

Para el final del año surgió la posibilidad de jugar un partido por la última fecha del Nacional, en Córdoba y frente a Talleres, que en aquellos tiempos era el gran equipo de la provincia. Bielsa jugó junto a otros compañeros con los que habitualmente compartía el equipo de Reserva, y lo hizo con un muy buen nivel. Esa actuación fue observada con atención por los dirigentes de Instituto, quienes hicieron una oferta concreta para el año siguiente.

Bielsa, José Luis Danguise y Carlos Picerni aceptaron el convite y se fueron a jugar a la ciudad mediterránea con la camiseta albirroja. También viajó Raúl Del Póntigo, otro compañero querido por Marcelo, para jugar en el club Lavalle.

La idea era encontrar rodaje para poder volver con mayor experiencia, pero las cosas no fueron como las había imaginado.

Esos pocos meses profundizaron su exigencia permanente y al observar que el fútbol cordobés no tenía el mismo rigor que el rosarino, su disconformismo se hizo cada vez más evidente. Amante de la perfección y del trabajo riguroso, propio de la escuela de Newell's, cuestionaba permanentemente los trabajos que se llevaban adelante en Córdoba.

En cierta oportunidad, el preparador físico llevó al grupo a un gimnasio particular para hacer unos ejercicios de

reacondicionamiento y puso ritmo tradicional de cuarteto para acompañar los movimientos. Bielsa se le plantó y le objetó el uso de la música, argumentando que no era procedente para realizar ejercicios deportivos. Para él, la alta competencia implicaba otro tipo de responsabilidad.

Vivía en pleno centro de la ciudad, en la calle 27 de Abril 260. Un edificio con varios departamentos por piso los albergaba a todos los jugadores. Marcelo ocupaba el 7º «G» y abajo, en el sexto, estaba el resto de los muchachos. Allí se juntaban por las noches para hablar de fútbol y ya se palpaba el futuro técnico que había en Marcelo.

«Armaba esquemas en papeles con distintos dibujos en los que ponía movimientos del equipo y cómo debíamos hacer para mejorar», recuerda Danguise.

Bielsa aspiraba a un cambio para su vida y esa búsqueda no pasaba sólo por lo personal. Una noche, sus compañeros sintieron ruidos extraños en su departamento, como si se estuviesen corriendo muebles, y subieron a ver qué pasaba. Al golpear su puerta, cerca de las tres de la mañana, se encontraron con que su cama (de esas antiguas, con respaldar de bronce) estaba en el medio del cuarto.

«¡Menos mal que viniste! Quiero cambiar las cosas de lugar y esta cama es pesadísima», le dijo a Del Póntigo. Los muchachos no dejaban de sorprenderse, no por la decisión de mover los muebles, sino por la hora particular a la que quería hacerlo.

Su forma de ser siempre despertaba algún comentario, ya fuera por su generosidad, como aquel día en el que se sacó la remera que tenía puesta y en el acto se la regaló a un compañero que se la había elogiado, o por su coraje luego de un partido (ante el repudio de los

hinchas de Instituto hacia los muchachos que habían llegado de Rosario, se paró delante de sesenta integrantes de la barra brava y los invitó a la contienda: «Vengan de a uno que los peleo a todos»).

El tiempo en Córdoba no fue fructífero para Bielsa. El nivel de compromiso no lo dejaba satisfecho y al mismo tiempo empezaba a comprender que si estaba allí, era porque sus condiciones empezaban a apagarse.

Un cruce con el entrenador marcó el comienzo del fin y un problema familiar aceleró el desenlace. Una mañana, Marcelo recibió la noticia de que su hermano mayor había sido secuestrado. Rafael era militante político de la Juventud Peronista, cercano al movimiento Montoneros.

Su incomodidad en el club y semejante anuncio familiar precipitaron su partida. Juntó sus pertenencias básicas y le pidió a Del Póntigo que le mandara el resto con un flete. Su hermano apareció luego de dos largos meses, pero la suerte de Marcelo en el fútbol cordobés estaba echada. No volvió nunca más.

CAPÍTULO III

El nacimiento de un entrenador

«Estoy absolutamente convencido de que la fama y el dinero son valores intrascendentes. Pasa que, claro, nos los describen con un peso tan significativo que pareciera imposible resistirse a valorarlos.

Creo que el espíritu amateur, el amor hacia la tarea, es lo único que vuelve satisfactorio el tránsito por el trabajo; cuando observo de qué manera son descriptos hacia el público las celebridades, los ídolos, lamento muchísimo que se jerarquicen ese tipo de cosas, que se los describa famosos, extraídos de la vida social, fuera del contacto con la gente común. Sí estoy convencido de una cosa: fui feliz cuando disfruté del amateurismo, cuando crecí enamorado de mi trabajo. Tengo un profundo amor por el fútbol, por el juego, por la esquina, por el baldío, por el picado, por la pelota. Y desprecio todo lo añadido, todo lo que le fueron agregando para convertirlo extrañamente en deseado. Para explicarlo un poquito mejor: sé que la alegría de un triunfo en un partido dura cinco minutos, termina y hay una sensación de efervescencia, de adrenalina al tope que genera excitación y felicidad. Pero son apenas cinco minutos y después hay un vacío enorme y grandísimo. Y

una soledad indescriptible.»

EL PROFESOR BIELSA

A su vuelta del fútbol cordobés y con su hermano reaparecido, pero obligado al exilio, a la carrera de futbolista de Bielsa le quedaba poco tiempo. Luego de aquel partido suelto en Newell's, que marcaría su última imagen con la camiseta de sus amores, en 1979 lo invitaron a jugar en la Primera C en Argentino de Rosario. Jugó un campeonato entero en el que su equipo finalizó en la sexta ubicación. Lo tomó con la misma responsabilidad de siempre, aunque la infraestructura era humilde y algunas canchas verdaderos potreros. Jamás faltaba a un entrenamiento; su compañero Oscar Santángelo lo pasaba a buscar con su taxi para ir a las prácticas. En un certamen de ese nivel se destacó del resto. Con sus condiciones y su espíritu de líder, llevaba adelante al equipo. Sin embargo, los valores aprendidos en casa lo obligaban a buscar siempre la excelencia y a pesar de tener un ofrecimiento para ponerse la camiseta de Platense, decidió colgar los botines cuando detectó que no podía pasar de la mediocridad.

«Mejor me dedico a lo que más me gusta: dirigir.»

Durante algunos meses realizó distintos emprendimientos comerciales. Con Víctor Zenobi, un amigo unos años mayor, transformaban casas (incluso la de Mitre) en pensionados, pero eso duró poco. Con José Falabella compró un mimeógrafo y comenzaron a hacer copias de libros; aunque su padre les dio una mano, el emprendimiento tampoco funcionó. Lo que más duró fue un kiosco de diarios que compró en el centro de Rosario. La idea surgió de su avidez por consumir todo tipo de publicaciones deportivas; ser el dueño de la parada le garantizaba tener toda la información a mano.

A ese puesto, que estaba ubicado en la esquina de Tres de Febrero y Ayacucho, frente al Hospital Unione e Benevolenza, lo atendía junto a Dardo Jara, un compañero de inferiores cuya carrera se cortó por una lesión. Bielsa puso el capital y su amigo el trabajo, pero en las madrugadas tampoco le esquivaba al reparto. La costumbre de comprar todas las revistas deportivas se mantendría en el tiempo y la fidelidad a sus amigos, también. Luego de algunos años, Jara se quedó con el puesto como retribución por su trabajo.

Caminando por las calles de Rosario, una mañana lo frenó en seco a su amigo Falabella y como si hubiera visto una luz al final del túnel le marcó lo que les depararía el futuro.

—¡Tengo la carrera para nosotros, Gordo!

—A ver, ¿cuál es?

—Profesorado de Educación Física. Eso es lo que vamos a estudiar.

—Vos estás loco... vos podés ir, pero yo así como estoy, no hay manera.

A los pocos días comenzaban la carrera y una nueva ilusión. Bielsa quería conocer todos los detalles del trabajo corporal y sus exigencias. En su cabeza seguía dando vueltas la idea de ser entrenador, y con esta carrera empezaba a formarse. Reconocer los músculos, los huesos y todo lo inherente al cuerpo humano para aplicarlo algún día en la más alta competencia, ése era el objetivo. La carrera era un medio y no un fin. Primero cursaban en el Estadio Municipal y luego se mudaron a Granadero Baigorria. Allí también conoció a Guillermo Lambertucci, quien luego sería uno de su «profes» en Newell's. No era un alumno convencional y su madurez se expresaba también en la edad, siendo varios años mayor que

todos sus compañeros.

En el profesorado eran clásicas sus escaramuzas con el profesor de Psicología Educacional, Juan Carlos Ochoa, con el que se quedaba debatiendo distintos temas largo rato después de que el timbre marcara el fin de la cursada. Defendía sus ideas con tanta pasión, que casi se ahogaba a la hora de fundamentar su discurso. Todo lo preguntaba y de cada tema quería conocer siempre un poco más. A la hora del final, para aprobar la materia, Ochoa lo exigió de manera especial, «paseándolo» por todo el temario. Bielsa respondió con un examen brillante.

Apasionado de los deportes, viajaba a Buenos Aires con algún amigo para ver los clásicos de básquet de Ferro y Obras, y ya sacaba movimientos tácticos del baloncesto que creía que podrían resultarle de utilidad en el futuro. Le gustaba todo lo que tuviera una pelota en movimiento, pero el fútbol ganaba, claro, por varios cuerpos. En el verano de 1981 y con otro compañero, Ariel Palena, viajó a Uruguay para ver el Mundialito con las mejores selecciones del mundo.

Su compulsión por consumir fútbol se extendió a distintas ligas del planeta. Cuando llegó a la Argentina un tío de Falabella que vivía en España, pidió conocerlo expresamente y le encargó que le grabara partidos del torneo español y se los enviara por encomienda. Al tiempo ya tenía más de trescientos videos.

Al cabo de tres años se recibió de Profesor de Educación Física, aunque no concurrió a la fiesta de egresados a recibir su diploma, no apareció en la foto de los flamantes egresados ni mucho menos se le ocurrió viajar a Europa con sus compañeros para celebrar el fin de la carrera. Estaba orgulloso de su logro, pero a su manera. Era uno

de los títulos que iba a cosechar a lo largo de su vida.

UN ROSARINO EN LA UBA

El primer día ya fue inolvidable. El joven entrenador tenía veintisiete años, pero su manera de conducirse era la de un hombre mayor. Recibió a sus jugadores y preparó la cancha con conos para ejercitar la técnica individual. A la hora de ensayar tiros libres, ubicó siluetas de jugadores para tomar como referencias de una barrera imaginaria. Cuando llegó el turno de patear penales se ubicó detrás del arco para tratar de adivinar hacia dónde podía ir dirigido el remate y sólo si lo engañaban también a él, lo daba por convertido.

«Nosotros no podíamos creer lo que estábamos viendo. Pero con el tiempo nos acostumbramos», dice Miguel Calloni, número ocho de aquel equipo de la Universidad de Buenos Aires.

Con su profesorado en mano, Marcelo Bielsa motorizó su deseo de trabajar como director técnico cuando se vino a vivir a Buenos Aires, pero la concreción se produjo de la manera menos esperada. Su hermano Rafael, a través de un contacto con quien era el secretario académico, le consiguió el puesto. Pero fueron su pasión y su obsesión las que transformaron la Selección de la UBA, que hasta ese momento no pasaba de ser un cúmulo de muchachos voluntariosos que jugaban bien, pero no tenían guía.

Bielsa hizo una prueba en la que observó a tres mil jugadores para elegir a los veinte que formarían parte de su equipo. Su departamento del séptimo piso de Córdoba y Maipú se transformó en un especie de búnker en el que clasificaba todo el material acumulado.

Les inculcó los valores que había madurado en Rosario y que

entendía eran los que le darían el éxito. Orden, disciplina y concentración. Al principio, los entrenamientos eran los martes y jueves, de veinte a veintitrés, pero luego se agregaron los miércoles. La intensidad era absoluta y poco importaba que la ausencia de luz artificial en las canchas lo inhabilitara para realizar movimientos tácticos. La premisa era tener un estado físico óptimo. Ya le contagiaba a su equipo la idea de presionar todo el tiempo para ser protagonista, y para eso era clave la resistencia. Los muchachos soportaban la exigencia a pesar de ser simples estudiantes, y aunque al día siguiente de cada entrenamiento les doliera hasta el último hueso. Los sábados jugaban los partidos.

Quienes lo veían desde afuera apreciaban la pasión con la que vivía cada momento. Era el responsable de un equipo con un entorno amateur, pero que se manejaba como profesional. El respeto estaba por encima de todo y aunque tenía prácticamente la misma edad que los integrantes del plantel, el trato era de técnico a jugador.

«Cuando trabajó con nosotros, se mantenía siempre una distancia, se manejaba de usted y era muy frontal tanto con el que iba a ser titular como con el que tenía que ir al banco», recuerda Claudio Giliberti, otro de sus dirigidos.

Ya en esa época Bielsa era temperamental y consideraba iguales a todos los jugadores. Fue por eso que con el capitán Eloy Delval, el caudillo del plantel, tuvo un altercado que casi termina en las manos. «Se sacó el reloj, el saquito que tenía puesto y lo invitó a un campo detrás de las canchas de Ciudad Universitaria. Nosotros pensábamos que se mataban. Pero no, sólo no pasó de ahí, sino que después el capitán lo empezó a bancar a muerte», revive Aldo Forti, arquero del seleccionado.

A pesar de su juventud, el léxico de Bielsa superaba la media y era común observarlo con un diccionario de sinónimos bajo el brazo para tratar de motivar a sus jugadores con distintas maneras de entregar su mensaje.

«Nos enseñó a jugar al fútbol», resume Forti en una frase. Cuando sintió que le retaceaban el apoyo y le negaban algunos elementos básicos para trabajar, renunció y se fue. Igual dejó una huella imborrable.

El retorno a Rosario le traería buenas noticias y con el tiempo la posibilidad de volver a su primera casa.

EL COMIENZO DE LA LEYENDA

Corría el año 1972. Jorge Griffa recién volvía de su experiencia en España e iniciaba su proyecto en el fútbol juvenil de Newell's. El panorama era desolador en el predio de Bella Vista y las carencias gigantescas. Escaseaban las pelotas, las canchas estaban en malas condiciones y la infraestructura dejaba mucho que desear. En ese momento, un joven Marcelo Bielsa vestido con una remera blanca se le acercó en el medio de un entrenamiento de su división y produjo el primer contacto.

—¿Usted es Griffa, no?

—Sí, encantado.

—¿Usted estuvo afuera trece años, no?

—Sí, es cierto.

—¿Y usted viene a esta ciudad y a este club cuando podría haberse quedado trabajando en Europa?

—Sí.

—Entonces usted está loco.

—Y bueno, algo vamos a hacer.

Con tan solo diecisiete años, Bielsa tuvo su primera charla con quien luego sería su guía dentro de la dirección técnica. Sin saberlo, algunos años más tarde el destino volvería a juntarlos.

Al regreso de su paso por Buenos Aires tras dirigir en la Selección de la UBA, comenzó formalmente el curso de DT. Allí buscaría saciar su curiosidad preguntando a sus profesores acerca de todo aquello que le interesaba. Al mismo tiempo continuaba con sus dibujos con esquemas tácticos, esos que sorprendían a sus compañeros de curso.

El deseo de llevar la teoría a la práctica se produjo caminando una mañana por el centro de Rosario. Bielsa se encontró en la peatonal Córdoba con Eduardo Bermúdez, quien acababa de desvincularse de Newell's para tomar la Primera de Central Córdoba y le preguntó si se animaba a reemplazarlo. La recomendación con Griffa no se hizo esperar y el sueño de volver a casa se cumplía con creces.

«Jorge, yo me recibí de Preparador Físico, pero no quiero ser eso. Yo quiero estar a su lado para crecer», le dijo a aquel hombre con el que había tenido un diálogo inolvidable casi una década atrás. A partir de allí comenzó un vínculo que se extendería durante siete años y que haría del trabajo en divisiones inferiores una maquinaria extraordinaria para reclutar talentos vírgenes. La tarea de Bielsa era un engranaje más de la estructura, pero su personalidad y su pasión por el fútbol lo distinguirían claramente del resto. Para él no había feriados ni descanso. Todos estaban siempre aptos y jamás un entrenamiento podía suspenderse por lluvia. Una postal característica de la época: jornada de diluvio y una sola división entrenando, la de Bielsa.

Con menos de treinta años comenzó a trabajar con jóvenes de catorce y quince, a los que moldearía para el futuro. Bielsa era joven, pero su modo de hablar, su conocimiento y su presencia le daban una enorme autoridad. Su estampa era inconfundible: un silbato, un cronómetro, una carpeta con su correspondiente bolígrafo y los cigarrillos marca Colorado, que bajaban a razón de un atado por práctica.

Cada vez que necesitaba algo del ámbito administrativo acudía a Mónica Strupeni, secretaria del fútbol amateur y mano derecha de

Griffa. Le buscaba alguna ficha, le gestionaba comunicaciones o le preparaba estadísticas, según recuerda. «Pedía todo de muy buena manera, pero con suma exigencia. Lo quería para ayer, no para mañana. Era muy respetuoso y para tener cierto grado de complicidad me llamaba ‘Mecha’, por mi segundo nombre, que es Mercedes. A mí no me gustaba, pero a él se lo aceptaba porque así rompía la rigidez.»

Su doble función de entrenador y preparador físico le permitía preparar él mismo todos los trabajos de campo. El primer día les pidió a sus dirigidos un palo de escoba al que luego le sacarían punta para transformarlos en estacas. Dichas estacas simulaban ser jugadores rivales o servían para hacer trabajos de técnica individual con pelota. También eran referencias que debían evitarse a la hora de realizar pases, buscando precisión, o en ejercicios de velocidad. Ya la entrada en calor era muy intensa. Cada entrenamiento consumía varias horas, y no se cortaba hasta que todos los objetivos se hubiesen cumplido de acuerdo con el gusto del técnico. Duraban lo que hacía falta. Comenzando a las dos de la tarde, era común terminar cerca de la siete, luego de cinco fatigosas horas. Su convicción lo llevaba a manejar un tono de voz alto y su apasionamiento a dirigirse a esos muchachos como si se tratara de absolutos profesionales y no de jóvenes en plena etapa de desarrollo de sus condiciones.

Para algunos era un sufrimiento, especialmente si eran los primeros de la fila y se equivocaban en el ejercicio que debían realizar, pero el grado de concentración y esfuerzo con el que se trabajaba terminaría dando sus frutos.

Pensando en un entrenamiento integral, gestionó el armado de

una sala de musculación, que comenzó a funcionar en el gimnasio cubierto, para que los jóvenes pudieran desarrollar el aspecto físico fuera del tiempo de entrenamiento.

Cada explicación del juego era una especie de clase magistral. Con semejantes señales particulares, más su larga historia en el club, todo el mundo sabía que el Loco Bielsa estaba llamado a ser un entrenador diferente.

LOS PIBES DE LA CUARTA ESPECIAL

Los entrenamientos en Bella Vista o en el predio del Colegio Sagrado Corazón tenían los condimentos de siempre... Y algunos más. Bielsa entregaba su catarata de conceptos a los jugadores, que escuchaban extasiados, y el sentimiento puesto al servicio del trabajo no conocía límites. El joven entrenador les explicaba cómo ejecutar un golpe bien específico al balón, el del «empeine total», y allí ocurrió lo inimaginable. Las palabras ya no le alcanzaban para ser todo lo concreto que el técnico quería, y entonces fue al ejemplo directo.

«Cuando hay que meter un pase en posición de número dos, para que el volante se reencuentre con la pelota, vos tenés que pegarle con el empeine, pero abarcando esta parte del pie.» Bielsa tomó una birome y sus zapatillas blancas empezaron a recibir las marcas, salvajemente. El calzado quedó manchado, pero lo importante era que quedara claro el concepto.

«Yo venía de un pueblo humilde, y encontrar unas Topper en esa época era como ver el paraíso. Cuando se empezó a hacer un montón de rayas en las zapatillas no lo podíamos creer. En un momento dejamos de escucharlo... ¡Estábamos todos pensando en cómo estaba arruinando las zapatillas nuevas! Después capaz que iba una semana con esas manchadas hasta que se las cambiaba por otras. Y si tenía que explicar otra vez, se pintaba la zapatilla de nuevo, sin problemas. Imaginate para mí, venir de mi pueblo y encontrarme con un tipo como Bielsa.»

El recuerdo de Fernando Gamboa evoca una situación propia de aquellos años de trabajo con ese grupo de jóvenes que, cual

esponjas, incorporaban el torbellino de ideas marca Bielsa. El defensor lo conoció en Quinta División de la Liga Rosarina y recuerda cómo mejoró su pegada trabajando en soledad: «Me dejaba una hora después del entrenamiento practicando. Me ponía en la raya central y tenía que pasar la pelota por encima del travesaño del arco de una cancha y hacer el gol en el de otra, que estaba dos metros más allá. Al primer día nada, al segundo lo mismo. Al mes lo logré. Eran inmensas conquistas. Bielsa estaba en esos detalles».

El Loco dirigió desde la Quinta hasta la Reserva y en todas las categorías fue campeón. La que más se recuerda es la llamada «Cuarta especial», que estaba formada por los mejores jugadores.

En aquellos años también conoció a otros muchachos con los que luego logró llegar al profesionalismo. A Darío Franco y Eduardo Berizzo los detectó en diciembre de 1983 en un torneo del que participaba Newell's en la localidad de Casilda, Santa Fe. Jugaban para Newerton de Cruz Alta, el pueblo de la provincia de Córdoba del que son oriundos, en la categoría de los nacidos en 1969. Bielsa los juntó y los invitó a probarse.

—Los estuve mirando y ya que están con sus padres quiero invitarlos a jugar en Newell's.

—Y... no sé —fue la respuesta dubitativa de ambos.

—¡Ah, eso es preocupante! —les dijo el técnico con cierta sorpresa.

—¡No, no, está bien, nos gustaría! —contestaron ambos, casi al unísono, disipando el suspenso.

A la semana siguiente estaban en el estadio del Parque Independencia para que Griffa los probara. Lo buscaban a Bielsa pero no lo encontraban entre los entrenadores que observaban la

práctica. Luego se darían cuenta de que producto del sol y el calor, enemigos de Bielsa, el joven con el que habían conversado días atrás se había pelado por completo.

Los dos pasaron la prueba. Dada la enorme cantidad de chicos que había en las inferiores, todas las categorías tenían «A» y «B». Franco fue a parar a la «A», dirigida por Bielsa, con su rigurosa carga de entrenamientos. Y a Berizzo le tocó la «B». De cualquier manera, la separación no sería más que momentánea. Ya juntos, la Primera les tendría preparada una historia inolvidable.

Los ensayos en la semana contenían cientos de ejercicios con pelota. Algunos de gambeta, pero especialmente focalizados en el pase y la recepción. Además, Bielsa machacaba permanentemente conceptos fundamentales: a la hora de recibir la pelota, el jugador debía ir en su busca y no esperarla estático. Así se evitaba el anticipo.

No dejaba ni el más mínimo detalle librado al azar y eso también generaba situaciones insólitas. «Estábamos en el Batallón 121 entrenando tiros libres, era el primer año. En un momento empezamos a buscarlo y no lo encontrábamos por ningún lado. Hasta que lo descubrimos. ¡Estaba arriba de un árbol detrás del arco viendo como pateábamos! Habrá pensado: de acá veo espectacular.» Franco amontona recuerdos risueños y su cara se desencaja por las carcajadas.

«Él daba las charlas arriba de una pelota. Tiraba el cuaderno en el suelo, junto con los cigarrillos. Era un fumador impresionante. Un día el cuaderno quedó debajo del balón y, por supuesto, no se dio cuenta. Como no encontraba el cuaderno se empezó a desesperar: ‘¿Dónde está el cuaderno? ¿Dónde está el cuaderno? ¡Y la puta

madre!’ Estaba sentado encima. No nos reímos porque se iba a enojar todavía más.»

Con los dos jugadores estableció una relación muy especial. A Franco lo acompañó en momentos clave de su vida. Cuando sufrió una fractura que lo marginó de la Copa del Mundo de Estados Unidos 94 lo llamó por teléfono. En su partida al fútbol europeo lo acompañó hasta el aeropuerto. Al obtener el título en México con el Morelia le dejó un mensaje en el celular. Para la cena de su retiro, al no poder estar, le mandó un fax de puño y letra. Y cuando murió su padre, en agosto de 2006, se hizo llevar hasta Cruz Alta para darle sus condolencias.

Con Eduardo Berizzo, el Toto, también hay una ligazón estrecha. Bielsa siempre lo pone como ejemplo por sus fantásticas condiciones y su inteligencia para jugar al fútbol, al punto de ubicarlo de lateral izquierdo tanto como de central o de mediocampista. Pero también subraya sus valores humanos, su educación y su compañerismo. Semejante confianza quedó plasmada cuando le ofreció ser su ayudante en el ciclo frente a la Selección de Chile. En los tiempos de juventud la historia fue diferente. En el equipo del pueblo, Berizzo jugaba de diez, pero luego de la prueba quedó como *wing* izquierdo. El problema fue que luego de un par de años, su crecimiento biológico no iba de la mano de su evolución futbolística y por eso fue prestado al club Juan XXIII para actuar en la Liga Rosarina. Al regreso, tras una muy buena temporada, Bielsa lo incorporó a sus filas, le mostró su método de entrenamiento y, además, le cambió el puesto.

«Yo para jugar de puntero izquierdo era muy lento. Él lo detectó y me ubicó de cinco. Para mí fue una cantidad tremenda de

información. Imaginate que venía de un equipo de pueblo en el que se entrenaba bien, pero sin acceso a todo eso. Incluso me modificó el horario y tuve que cambiarme de colegio para poder entrenar de mañana y estudiar de noche. Esto era el Primer Mundo, ahí me hice jugador de verdad y decidí que me iba a dedicar al fútbol. Cuando estábamos en la Tercera, comíamos con la Primera y en el micro de regreso ya veíamos el video del partido que habíamos jugado un rato antes.»

Claudio Vivas también fue su colaborador directo desde su paso por el fútbol mexicano hasta su salida de la Selección argentina. Lo conoció trabajando en las divisiones inferiores del club y con él fue todo lo directo y frontal que no habían sido sus técnicos anteriores. Vivas era un guardavalla discreto y Bielsa se lo hizo saber.

«Mi papá era un dirigente de muchos años en el club. Yo era un arquero mediocre y nadie se animaba a decírmelo. Hasta que llegó Marcelo y un día me explicó que era mejor que pensara en dedicarme a otra cosa, porque con mi nivel no iba a poder llegar a Primera. Al final me hizo un favor y yo le valoro su honestidad.» El tiempo volvió a juntarlos y durante doce años fue el lado incondicional del entrenador.

Otro de los pibes que crecieron bajo su ala fue Gabriel Batistuta. Griffa lo había encontrado y detectó en él una potencia y una violencia para impactar el balón realmente infrecuentes. Para Bielsa era un delantero algo torpe al que había que controlarle el peso, ya que tenía cierta tendencia a engordar. Sin embargo, no sólo lo terminó protegiendo, sino que además le ponía pruebas para incentivar su esfuerzo. Fue su centrodelantero estrella.

La lista sigue. A Ricardo Lunari, nacido en San José de la

Esquina, otro pequeño pueblito de Santa Fe, lo encontró jugando de diez para el equipo de su localidad en un cuadrangular de juveniles. Había marcado tres goles en el partido previo al que iba a jugar Newell's y, ante semejante actuación, Bielsa se acercó a su padre y le comentó que lo quería probar. Todo se demoró un par de años, porque Lunari era muy chico, pero cuando llegó el tiempo del traslado también se sumó a la legión del Loco.

Podemos sumar a Cristian Ruffini, un zurdo grandote de gran pegada al que tuvo un año y bautizó «Inmundicia» por su desobediencia táctica. También a otros apellidos, como los consagrados Roberto Sensini y Abel Balbo, que llegaron de forma precoz a Primera, o los menos relevantes Torres, Stachiotti y Garfagnoli, para citar solo algunos.

Sin embargo, Mauricio Pochettino es la mejor expresión de lo que realmente era para Newell's, en general, y Bielsa, en particular, el tema de captar jugadores. Una noche, comiendo un asado con amigos, le comentaron que en Murphy, cerca de Rosario, vivía un pibe de catorce años muy corpulento que jugaba de nueve, que estaba a punto de arreglar con Rosario Central. Bielsa y Griffa se levantaron al terminar la comida y se fueron directo a la casa del chico. El padre los recibió y accedió a un extraño pedido. Ingresaron al cuarto mientras el adolescente dormía y le levantaron la frazada para constatar que medía nada menos que un metro ochenta y cinco. Lo que vino después fue un discurso para convencer al padre de las ventajas de llevarlo a Newell's antes que a su eterno rival. Pochettino terminó arreglando y con el tiempo sería un defensor de categoría mundial.

Esa Cuarta fue un verdadero lujo. Ganaba todos los partidos de

la Liga Rosarina, aun dando ventaja en las edades de los jugadores, pero la capacidad técnica de los muchachos y la convicción de su joven entrenador suplían todo.

«Vamos a jugar en la Primera de Newell's y vamos a salir campeones. Con usted de técnico, Marcelo, para que sea completo.» La promesa de los pibes estaba hecha. Sólo era cuestión de tener paciencia.

UN VIAJE INICIÁTICO PARA DESCUBRIR TALENTOS

Campeón en todas las categorías, incluida la Reserva, Marcelo Bielsa ya había quemado las etapas como para pensar en desarrollar su carrera como entrenador profesional y cumplir su sueño de dirigir la primera de Newell's.

Sin embargo, su mentor Jorge Griffa aún no lo encontraba listo para el desafío. «Todavía no estás, Marcelo, te falta un año y vas a estar completamente maduro», le decía.

Bielsa entendía que su pasión no podía quedarse estancada y entonces buscaba alguna alternativa. Luis «Lulo» Milisi era dirigente de la institución y la representaba en las reuniones de la Liga Rosarina. Bielsa tenía una estrecha relación con él, la cual se había iniciado cuando jugaba en inferiores. Como Milisi era un hombre conectado con la gente de Chaco For Ever, le insistía con que le hiciera los contactos para desembarcar como entrenador del conjunto chaqueño.

—Lulo, yo quiero dirigir ahora, y si no tengo la oportunidad acá me voy a otro lado. Hable con sus amigos de For Ever. Me voy para allá.

—Aguantá, Marcelo, tené paciencia que vas a ser el técnico de Newell's. Tenés que esperar un año más y listo.

Con algo más de treinta y una foja de servicios excelente, el Loco no quería ver cómo se le escapaban los años. La ansiedad lo dominaba.

Ante la insistencia, Milisi les informó a sus pares del Chaco

acerca de las bondades de un joven entrenador que les podía dar resultados importantes. Aunque la gestión no prosperó, Bielsa no se iba a quedar con los brazos cruzados. Su temperamento lo llevaba hacia adelante y su cabeza buscaba ideas permanentemente. «Yo trabajaba hasta tarde y Marcelo venía todas, pero todas las noches a mi casa. Sonaba el timbre y mis hijas ya sabían que era él. Cada día aparecía con una idea distinta, siempre quería innovar y, como yo estaba en la Rosarina, me presentaba propuestas para mejorar los campeonatos», recuerda Milisi.

Sin equipo para dirigir, pero con la energía a pleno, Bielsa le presentó a Griffla un proyecto revolucionario. Como Newell's era una institución dedicada a buscar jugadores que pudieran sumarse a sus divisiones juveniles, planteó la posibilidad de viajar a lo largo y a lo ancho el país para contactarse con técnicos de distintas localidades y así reclutar jugadores. Para ello dividió a la Argentina en setenta pedacitos, ubicando en cada uno de ellos a un representante. A su vez, cada representante iba a subdividir su área en cinco partes. La cuenta y el resultado final son esclarecedores: setenta por cinco da trescientos cincuenta. Imaginando que cada entrenador pudiera detectar a tres jugadores, la cifra asciende a unos mil, esperanzas más, esperanzas menos, que se irían a probar a Newell's. De Ushuaia a La Quiaca y de Buenos Aires a Mendoza, la idea era recorrer veinticinco mil kilómetros en cinco etapas de cinco mil cada una.

Para concretar un plan sin fallas, Bielsa trazó el itinerario con la misma prolijidad con la que diseñaba los ejercicios para sus jugadores. Llamaba por teléfono a la oficina pública de cualquier pueblo, se presentaba y pedía hablar con alguien que entendiera de

fútbol. Una vez encontrado el interlocutor válido concertaba con él una entrevista. En general se trataba de un encuentro que se produciría en un par de meses, en un bar característico del lugar. Así armó reuniones en setenta lugares y con asistencia perfecta.

Daniel Carmona, uno de los encargados de la secretaría técnica y uno de sus auxiliares, recuerda: «Con un escalímetro calculaba en un mapa qué distancia había desde Rosario hasta cualquier ciudad. Le marcaba en que lugar debía parar, cuantos kilómetros tenía que hacer y el nombre de la persona con la que se iba a contactar. Producido el encuentro, me llamaba y me avisaba qué día y cuántos jugadores iban a venir a dar la prueba».

En un Fiat 147 CL blanco, caja de quinta, modelo 85, que tenía rota la manija de la puerta del chofer y que sólo se podía abrir bajando la ventanilla, realizó su excursión.

Para el viaje contó con varios copilotos. El primero fue Oscar Isola, un mecánico jubilado de setenta y cinco años, conocido de su padre de toda la vida. Como el periplo implicaba distintos sacrificios y uno de ellos era el tema de la comida, siempre importante para el entrenador, Isola demostraba sus bondades a la hora de la cocina, incluso arriba del auto para no perder demasiado tiempo. Aún hoy Bielsa recuerda las pastafrolas que hacía la esposa de su compañero de ruta. Juntos recorrieron la zona mesopotámica durante una semana y en un segundo viaje, que duró diez días, llegaron hasta Río Negro.

Otros tramos los hizo con Milisi, debido a que Lulo era vendedor de repuestos y tenía clientes en todo el país. Eran clásicas sus discusiones cuando los dominaba la pasión al hablar de fútbol, y también se registra una historia que pinta de cuerpo de entero la

determinación en el objetivo que Bielsa tenía entre manos...

Luego de visitar a la gente de Altos Hornos Zapla, en la provincia de Jujuy, con Orán, Salta, como destino siguiente, Milisi le pidió a Bielsa que lo dejara en determinado lugar, algunos kilómetros más adentro del camino establecido, y lo pasara a buscar un día más tarde. La reacción fue de resistencia. Ante la alteración del itinerario y luego de una discusión, le bajó el equipaje al asfalto, le estrechó la mano y lo dejó en el medio de la ruta. Milisi terminó parado en un colectivo repleto, viajando hasta San Salvador de Jujuy, sitio en el que se compró un boleto para regresar a Rosario. Luego la relación siguió tan estrecha como siempre, pero aquella vez para Bielsa lo importante era el proyecto, por encima de cualquier cuestión personal. Nada lo desviaba del objetivo, ni siquiera alguno de los problemas que pudiese tener el sufrido Fiat blanco.

En un viaje con su amigo Carlos Altieri a Bahía Blanca y a Punta Alta, del que luego se sumaron a Newell's jugadores como Pablo Paz y Marcelo Escudero debió dar una prueba de resistencia. En una parada en Pergamino bajaron a comer unas pizzas y al retornar al ómnibus el lugar de Bielsa estaba ocupado. Ante la queja con el chofer descubrió que los asientos no estaban numerados, sino que se iban ocupando por orden de llegada. Lejos de atormentarse, viajó parado los seiscientos kilómetros restantes. Llegó a las nueve de la mañana, agotado, pero cumplió con lo que el plan le indicaba.

Jugadores como Andrés Yllana o Claudio Enría surgieron de aquel derrotero. El recorrido duró casi tres meses, resultó un éxito y el paso previo para desembarcar en el sueño tan anhelado. Cumplidos los objetivos, Bielsa y la Primera División estaban listos

para encontrarse y comenzar a caminar por la misma senda.

LA HORA DE LA VERDAD

Con José Yudica como entrenador, Newell's se había ganado el respeto unánime como uno de los mejores equipos del fútbol argentino de fines de los ochenta. Subcampeón de River en el año 86, segundo de Rosario Central una temporada más tarde y finalista de la Copa Libertadores del 88, cuando cayó ante Nacional de Montevideo en el partido decisivo, el ciclo había alcanzado la cúspide con la obtención del campeonato local en la temporada 87-88. Aquel equipo tenía un juego vistoso, efectivo y respetaba la filosofía histórica del fútbol leproso. Estaba conformado en su totalidad, desde el primer jugador hasta el último de los asistentes, por hombres formados en el club. Era un eslabón más en la cadena que prolijamente había confeccionado Armando Botti, presidente de la institución en la década del setenta, con el objetivo de que el club se nutriera de valores zonales que fuesen buenas personas y mejores jugadores.

Sin embargo, la temporada final de la década no había resultado satisfactoria y luego de tiempos gloriosos, el ciclo del Piojo Yudica estaba cumplido. Era necesario el cambio.

Luego de realizar su periplo por todo el país buscando talentos, Bielsa estaba listo para dar el salto. Su padre futbolístico, Jorge Griffa, sabía que si aprobaba su salida de las divisiones inferiores perdía a su ayudante más capaz, pero entendía que los tiempos estaban cumplidos y que era necesario sacrificar a su mejor pieza.

Carlos Altieri, amigo del Loco y en aquel tiempo dirigente del club, inició una campaña para lograr el desembarco del joven entrenador, la cual fue apoyada por otros representantes de la

institución. «El técnico tiene que ser Marcelo Bielsa. Es capaz, trabajador y de Newell's... ¿Qué más debe hacer para que le den una chance?», repetía a quien quisiera oírlo.

La apuesta era jugada y después de un primer intento fallido, era la segunda oportunidad. Y quizás la última. Se trataba de un momento delicado: tras la buena racha, el equipo estaba demasiado cerca de la zona del descenso y, por lo tanto, tenía la obligación de realizar una buena performance peleando arriba.

Con respecto al primer, tímido intento fallido que había atravesado, la coyuntura era distinta. No había grandes candidatos para la sucesión, era indispensable rearmar al plantel con jugadores jóvenes y comenzar de cero. Bielsa era el nombre ideal. Conocía a la mayor parte de los juveniles, era un técnico del club y se moría por demostrar que podía. De todos modos, además del joven proyecto de la casa, la dirigencia proyectó un par de candidatos: Reinaldo Carlos Merlo y Humberto Zuccarelli.

El primer contacto fue con Bielsa. En la oficina del doctor Delquis Boeris, uno de los hombres encargados del fútbol profesional, ubicada en la calle Mitre 868, se produjo el acercamiento inicial. Además de Boeris, participaron Vicente Tasca y el tesorero Raúl Oliveros, que iba a tener una influencia decisiva a la hora de la elección final. El técnico de las inferiores les demostró que ya estaba listo para tomar la Primera. Durante casi una hora les explicó a grandes rasgos su proyecto y, sobre todo, enfatizó su idea-eje: el plantel debía recuperar la motivación con sacrificio y humildad. Para empezar, tenía pensado terminar con las concentraciones en hoteles lujosos. Su discurso destilaba pasión y encandiló a los dirigentes. Al terminar la reunión, y luego de

comprobar el conocimiento que Bielsa tenía de todo lo que pasaba en el club, Oliveros quedó gratamente sorprendido. «Éste es un fenómeno, tiene que ser él», le dijo a Altieri.

Para cumplir con lo que estaba pautado, Oliveros y otros dirigentes se encontraron con los candidatos restantes, pero en su cabeza la idea ya estaba firme. El nuevo técnico tenía que ser Marcelo Bielsa.

En las entrañas del club también el candidato era el Loco. Pablo D'Angelo, hoy entrenador de básquetbol de la Liga Nacional, era el director deportivo de Newell's y solía tomar café con Bielsa en el puesto de doña Nelly. Allí hablaban de sus sueños de progreso así como de abandonar el vicio del cigarrillo con un tratamiento láser que, se decía entonces, resultaba muy efectivo. D'Angelo no pudo acompañarlo en esa difícil empresa, pero al menos se quedó con una apuesta a su favor: «Yo escuchaba todo lo que ocurría porque, como no era del ambiente del fútbol, delante mío hablaban sin problema. Después le comentaba todo a Marcelo y le anticipaba lo que podía ocurrir. Les aposté una cena a él y a Altieri que lo designaban para dirigir la Primera y me dijo que si tenía razón me pagaba dos. Nunca me las cobré, pero lo importante era ver su felicidad».

Si bien para el joven entrenador llegar a Primera era más que un anhelo, tenía una condición: Carlos Picerni debía ser su ayudante de campo. Algunos dirigentes no estaban del todo convencidos y preferían a Lito Isabella, otro técnico de las inferiores que por su edad tenía algo más de experiencia y podía equilibrar el cuerpo técnico con su oficio. Pero para Bielsa la presencia de Picerni era un elemento indispensable para asumir el cargo. Eso no se podía negociar.

«Marcelo, estás loco, agarrá y dejame a mí en Juveniles que estoy fenómeno», le decía Picerni. El comienzo de la historia de lealtades habrá que buscarlo en 1984: cuando Picerni dejó Newell's y partió a Sarmiento de Junín, ya Marcelo le había propuesto que trabajaran juntos. A los pocos meses de arreglar con el conjunto bonaerense y por motivo de una desgracia familiar, Picerni tuvo que retornar a Rosario y abandonar el fútbol profesional. Allí comenzaron el curso de DT y establecieron una relación estrecha. Si bien en los viajes en el Citroën de Marcelo hasta Granadero Baigorria charlaban de distintos temas, había uno que se robaba la atención de Bielsa: quería que su compañero le hablara de su sentimiento frente a la tragedia, la experiencia de empezar la vida nuevamente teniendo apenas treinta años. En una de esas charlas y ya fantaseando con el futuro, Bielsa le preguntó:

—Si yo algún día dirijo la Primera, ¿vas a ser mi ayudante de campo?

—Marcelo, eso es muy difícil que pase. ¡Vos no tenés historia como jugador!

—Ésa no es la pregunta que te hice. ¿Vas a ser mi ayudante o no?

—Sí, Marcelo... ¡Cómo no te voy a acompañar!

Merlo y Zuccarelli quedaron descartados, y aunque en la última reunión de comisión directiva, realizada en la casa del presidente Mario García Eyrea, el máximo titular agregó el nombre de Eduardo Solari, finalmente se designó a Marcelo Bielsa como nuevo técnico del plantel profesional.

Para realizar su trabajo, Bielsa debía convocar a un preparador físico. El elegido fue Jorge Castelli, un hombre experimentado, que trabajó junto a Juan Carlos Lorenzo cuando Boca se quedó con la

Copa Libertadores en los años 77 y 78, y con la Intercontinental, que ganó al superar al Borussia Mönchengladbach de Alemania.

Bielsa lo citó en San Pedro, provincia de Buenos Aires, y le contó de sus ganas de incluirlo en el proyecto. Castelli accedió y así se sumó al cuerpo técnico. Su trabajo sería clave, ya que la idea del entrenador era dedicarse con exclusividad a la parte táctica. Cuando le habló de los jugadores con los que pensaba armar el equipo, la sorpresa de Castelli fue enorme.

—¿Qué refuerzos piensa contratar, Marcelo? Supongo que varios veteranos...

—No, de ninguna manera. Mi dupla de marcadores centrales va a ser Gamboa y Pochettino.

—Pero ninguno de los dos tiene veinte años siquiera, lo van a querer matar y va a durar pocos partidos.

—Quédese tranquilo y confíe. Los conozco a los pibes, los formé desde las inferiores y me la juego con ellos.

A Franco, Berizzo, Gamboa y Ruffini los había trabajado desde potrillos. Saldaña y Zamora también eran hombres que conocía, y a Martino, Scoponi y Llop tendría que aprender a descubrirlos en el trato diario. En su plan de austeridad, el único jugador que el entrenador les pidió a los dirigentes como refuerzo fue Gabriel Batistuta. El delantero tenía un presente oscuro en el plantel de River y Bielsa lo conocía de pibe. Sin embargo, las negociaciones no prosperaron, Batistuta pasó a Boca y en su lugar llegó de Platense el centroatacante Ariel Boldrini.

Marcelo había tenido de joven una charla memorable con su hermano Rafael, cuando éste retornó de su forzado exilio. El tema: sus posibilidades de trascender en la vida. «Estamos cerca de los

treinta y no hemos hecho nada de nada», le dijo con cierta desilusión.

Tras tantos años de sacrificio y apostando todo al fútbol, la puerta se abría para que el menor de los hermanos pudiera desarrollar su verdadera vocación. El desafío era enorme, pero valía la pena, porque eso, y no otra cosa, era lo que había hecho con su vida: esperar ese momento.

CAPÍTULO IV

Newell's

«Quiero insistir con que es mucho mejor ser prestigioso que popular, que mucho más importante es el recorrido con el que uno llega a un lugar, que el éxito o no que se obtenga en la búsqueda, que los hechos son mucho más significativos que las palabras, que demostrar es mucho más importante que hablar, que hay que permitir que ingrese la información que riega nuestra parte noble y evitar que ingrese la información que estimula nuestros bajos instintos.»

EL LICEO DE LOS CAMPEONES

«¿Cómo hago para pedirle a un jugador que literalmente se mate en una cancha si hasta hace un rato estuvo mirando a un artista por televisión en la habitación de un cinco estrellas?»

La pregunta llevaba implícito un pensamiento. Bielsa entendía que para exigir el máximo esfuerzo era necesario despojar al jugador de los lujos a los que estaba acostumbrado. Aquel equipo del que se hizo cargo necesitaba recuperar la humildad y el contexto no debía pasar inadvertido. Apenas asumió armó una gira por el norte del país en la que el plantel jugó distintos amistosos y se alojó en hoteles de una estrella. La idea era jugar sólo un partido, pero distintas invitaciones ampliaron la gira. Equipos como Central Córdoba de Santiago del Estero y Gimnasia de Jujuy se presentaron como ocasionales rivales. En Ingenio Ledesma enfrentaron a Atlético en un partido que marcó el debut de un *chango* que usaba la diez y que con el tiempo sería bastante reconocido: Ariel Ortega. Al llegar al pueblo, el día previo al encuentro, a las once y media de la noche y sin haber cenado, se toparon con que el único alojamiento posible era una humilde pensión. Los jugadores esperaron en el micro a Bielsa y Castelli, que habían bajado a inspeccionar el lugar. Querían huir despavoridos, pero el entrenador los juntó en el fondo del vehículo y con la decisión tomada madrugó a todos.

—Bueno muchachos, estuvimos con el profesor viendo el lugar, las habitaciones son muy modestas y hay dos posibilidades: o nos vamos o nos quedamos... ¡así que nos quedamos!

Con ese mismo criterio, una de las primeras decisiones que tomó fue la de mudar la concentración del Hotel Presidente al Liceo

Aeronáutico de Funes, un sitio más lógico según su forma de pensar, en el que hicieron la base física que los prepararía para la alta competencia. El lugar era austero, pero con la ayuda de Carlos Altieri fue acondicionado para albergar a un plantel de fútbol profesional.

Se tomó un ala de un pabellón y allí se armó un sector privado para que pudieran estar los jugadores. En cada habitación se colocó un aire acondicionado, así como también un sistema de calefacción para soportar los inviernos. Se compraron nuevos colchones para las camas y persianas para evitar la claridad a la hora de la siesta. Para comunicarse con el mundo exterior, el lugar disponía de un teléfono que sólo podía recibir llamados. Pensando en los ratos de ocio, el largo pasillo estaba cubierto por una mesa de pool, dos mesas de ping-pong, un par de *videogames* y otro de los viejos *pinball*. El lugar daba para todo, incluso para aprovechar los recovecos y jugar al viejo juego de «la escondida».

La vedette del entretenimiento aparecía recién los viernes, ya que esa noche el profesor Castelli alquilaba alguna película y mediante un circuito cerrado se pasaba en todas las habitaciones. Era una alternativa superadora para la pésima imagen que devolvía ATC, y para no tener como única opción a los canales 3 y 5 de la televisión local. Lo risueño era que en los primeros minutos de la proyección se veían imágenes algo más sensuales de otras películas, que luego eran reemplazadas por «los clásicos del profesor», actitud por la cual se ganó en varias noches una rechifla generalizada.

Las canchas estaban a escasos cincuenta metros y el comedor también se encontraba a una distancia cercana. A la hora de las comidas, Guillermo, que en la actualidad cuida las canchas del club,

era el encargado de alimentar al plantel. También corría bajo su responsabilidad la ronda de mate con galletitas post siesta.

Los muchachos se concentraban desde el viernes a la noche, pero Bielsa volvía a dormir a su casa, situación que al principio despertaba algún comentario.

—¿Vos por qué no te concentrás con nosotros? —le dijo un día Norberto Scoponi, con esa personalidad tan especial que tenía el arquero, motivando la atención del grupo.

—Quedate tranquilo, que si yo no me concentro con vos, es porque estoy trabajando para vos —le respondió el entrenador y generó una carcajada generalizada.

El técnico volvía porque allí tenía a su disposición los elementos para poder preparar la práctica del día previo al partido, lo que incluía un repaso en paz de sus anotaciones de cara al compromiso.

Los domingos al mediodía Carlos Altieri lo pasaba a buscar con su auto y lo llevaba hasta el Liceo. En el trayecto, Bielsa le comentaba las características que podía tener el partido, informe que por lo general incluía un punteado de virtudes y defectos del rival. «Anticipaba todo, me decía lo que iba a ocurrir en el partido y después se daba tal cual. Después el resultado podía ser diferente, pero ya lo tenía en la cabeza. Ahí me di cuenta de que era un genio», dice Altieri.

El lugar era ideal para recuperar la mística perdida y resultó clave para la unión del grupo. Allí se consumían las horas previas a cada partido y allí también se fortificaron los vínculos en los momentos difíciles. Eran clásicas las caminatas del entrenador con alguno de los jugadores para hablar del momento personal, del

equipo y de todo lo que pasaba por su cabeza y era necesario cotejar.

Cuando el grupo necesitaba de un poco de aire, la parrillita del pueblo, ubicada a pocas cuadras, resultaba la alternativa perfecta, y el plantel a pleno se daba el gusto de disfrutar de un par de clásicos: asado o ravioles. En el retorno se permitía una escala en el locutorio, con llamados en busca de novedades familiares.

Bielsa sabía que el lugar estaba lejos de ser lujoso, pero en la medida que los resultados acompañaran, nadie iba a presentar la más mínima queja. Para lograr el alto rendimiento buscado era necesario estar en todos los detalles, y el ambiente minimalista del Liceo contaba exactamente con eso que el entrenador buscaba. Después de concentrarse en un lugar así, los jugadores podían dejar la vida para ganar un partido.

CONTRA LOS PREJUICIOS

«Va a ser un equipo que no va a renunciar al sello característico del fútbol de Newell's, pero que se va a esforzar. No habrá jugadores que no se sacrifiquen. Existe un prejuicio que dice que si jugás no tenés que correr y viceversa. Pero nosotros vamos a tratar de jugar y correr.»

Comenzaba el segundo semestre de 1990 y con esa frase Marcelo Bielsa, con casi treinta y cinco años y siendo el técnico más joven de los que arrancaban la temporada, se presentó ante la prensa como el flamante entrenador de Newell's. En esas palabras estaban encerradas sus líneas fundamentales. Si bien el club ya había obtenido un par de títulos, la impronta del juego del equipo rosarino era la de un manejo atildado del balón, por encima de cualquier arresto temperamental. Este perfil lo había hecho flaquear en algunas definiciones, y a partir de allí el ambiente futbolero lo había etiquetado.

Bielsa venía a acabar con eso. Representaba una simbiosis entre el costado técnico propio del jugador y la posibilidad de entregarse al máximo en el aspecto físico. En su manual básico, correr es un acto voluntario, no de inspiración. La creación está destinada a unos pocos elegidos, y por eso jamás le reprocharía a uno de sus jugadores la falta de talento. Pero correr es otra cosa. Correr está al alcance de todos.

Para Bielsa el fútbol es movimiento. En cualquier lugar de la cancha, en cualquier circunstancia, el jugador tiene un motivo para moverse, con la excepción del que tiene la pelota, porque en el fútbol como en la vida, pensar es esencial. El resto debe moverse:

marcando cuando pierde el balón y desmarcándose cuando lo recupera. Para lograrlo la función del técnico es clave, ya que deberá ser él quien explote en cada uno de sus jugadores las potencialidades a las que fue habilitado por la naturaleza. Si eso no sucede, y desde su visión, el que fracasa es el entrenador y no el jugador.

Bajo estos preceptos comenzó a trabajar con el plantel. Los jóvenes a los que había moldeado desde adolescentes ya conocían su pensamiento y sus métodos de trabajo, pero además, y como consecuencia de su poder de convicción, había logrado sumar a la causa a los más veteranos como Martino, Scoponi y Zamora. Nunca habían trabajado con el joven técnico, pero enseguida se empaparon de la forma y, sobre todo, de la pasión que Bielsa ponía en cada minuto. La diferencia de edad era escasa, pero cada uno respetaba su rol. Los tres resultarían determinantes para apuntalar el ciclo en momentos difíciles.

Desde una posición incómoda, teniendo que escapar de la zona caliente de los fantasmas del descenso, llegó el ansiado debut.

El 19 de agosto de 1990 Newell's enfrentó a Platense en el Parque Independencia. Bielsa eligió como titulares a Scoponi, Saldaña, Pochettino, Berizzo, Fullana; Martino, Llop, Franco; Zamora, Sáez y Taffarel. El partido se decidió en el inicio del complemento y fue Martino con una gran volea el que le dio el triunfo al local. Más allá de la ventaja mínima, las crónicas marcaron la justicia en el resultado y la dinámica que había mostrado el equipo. La renovación se iniciaba con el pie derecho.

La segunda jornada dejó un empate en cero ante Argentinos Juniors, más el ingreso entre los titulares de Fernando Gamboa.

Sumar siempre estaba bien y si el rival era el difícil equipo de La Paternal, el punto valía un poco más.

El encuentro ante Huracán por la tercera fecha trajo las primeras críticas. De local, el equipo rosarino cayó dos a uno. Ni siquiera el gol de Berizzo en el último minuto pudo acallar cierta sensación de disconformismo. El inicio no estaba mal. Victoria, empate y derrota se combinaban para mostrar todas las caras de un resultado, pero la falta de información y los prejuicios dominaban la escena. Algunos periodistas locales agitaban la desconfianza con frases como: «En Newell's tenían una Ferrari y ahora parece un Ford T».

Luego del traspie, Bielsa mostraba su preocupación en el vestuario y trataba de compartir el mal momento con aquellas caras que le resultaban familiares. Su viejo compañero de viaje, Lulo Milisi, se acercó para acompañarlo.

—¿Y Lulo? ¿No me va a decir nada?

—¿Qué quiere que le diga Marcelo? ¡Es muy domingo!

Milisi buscaba ponerle paños fríos a la situación con esa frase, tratando de no opinar en caliente, apenas terminado el partido. El paso de las horas ayudaría a hacer un análisis más sesudo. La expresión de Lulo resultó inolvidable y cada vez que los protagonistas se encuentran la recuerdan. Sólo habían transcurrido un puñado de fechas y los que apuntaban a un proceso serio sabían que había que tener paciencia. Sin embargo, los ritmos de los proyectos no son los del hincha común, y ese temor por los escasos antecedentes (como jugador y técnico), que hacían de Bielsa una apuesta de riesgo, aparecían ahora con mayor vehemencia.

Fue la semana más difícil del campeonato. El nerviosismo se palpaba en todo momento y las imágenes eran esclarecedoras.

Apoyado en una palmera sobre la puerta que da al Hipódromo, el entrenador le repetía con ojos vidriosos a sus íntimos que era necesario respetar ciertos tiempos.

—¡No me van a vencer...! ¡Me tienen que dar dos partidos más! Yo con un par de partidos lo sacó adelante, pero me tienen que bancar dos semanas más.

Allí surgieron con fuerza los resortes que debe tener un plantel unido. Los pibes bancaban al entrenador, al que conocían de toda la vida. Berizzo, Franco, Pochettino, Gamboa y el resto de los más jóvenes se jugaban la vida por Bielsa. Pero más fuerte resultó el apoyo de los experimentados Scoponi, Llop y Martino. «Somos de los que pensamos que si al entrenador le va bien, a nosotros también, y viceversa. A Marcelo lo veíamos como alguien que venía a proponer un estilo de trabajo y de juego, y aunque fuera distinto del que habíamos tenido siempre, lo íbamos a apoyar sin ningún condicionamiento», recuerda el Tata.

Martino había conocido a Bielsa en tiempos de Yudica; solía encontrar en el vestuario la pizarra del Loco, que en ese entonces dirigía la Reserva, dibujada con innumerables flechas: el despliegue llamaba la atención. Sin embargo, el primer contacto se produjo cuando en los tiempos del Mundial de Italia 1990 coincidieron en un set de televisión. El jugador comentaba los partidos y el entrenador había sido invitado para contar sus primeras sensaciones como técnico de Newell's. Era un lunes de junio, de noche, en el Canal 3 de Rosario. «Recuerdo que hablamos de cuestiones futbolísticas y que al terminar pensé que no me iba a resultar fácil jugar en ese equipo que él imaginaba, porque el tema de la presión me iba a obligar a hacer un gran esfuerzo. De todos modos me sirvió como un

aviso para prepararme en función de lo que me iban a reclamar.»

Para Scoponi nada se alteró demasiado, por la especificidad de su puesto. Llop era un jugador polifuncional, con una versatilidad ideal para la idea de juego de Bielsa. Pero para Martino la cuestión era distinta. Ídolo absoluto de la hinchada, su estilo aristocrático, muy del paladar del hincha, lo había transformado en el niño mimado. Generoso y profesional, se adaptó al nuevo plan y fue un pilar desde adentro del grupo. Además, mejoró de forma notoria su capacidad física y a su exquisita técnica le adosó una cuota de sacrificio. Había predisposición de los dos lados y el jugador lo palpaba.

«Yo notaba un interés en él para que pudiera adaptarme y lograra rescatarme para ese equipo. Nosotros estábamos más cerca de la recta final que del inicio. Nos pareció una propuesta diferente y aunque los resultados no fueron los mejores desde el inicio, nos sentíamos bien adentro de la cancha.»

Con semejante panorama, el viaje a Santa Fe para jugar con Unión por la cuarta fecha resultó una prueba de fuego. En ese encuentro comenzó a vislumbrarse lo que con el tiempo sería una característica del entrenador: su capacidad para transformar momentos críticos y sacar de ellos conclusiones a futuro. Luego de la derrota ante Huracán, Bielsa hizo varios cambios. Salió con: Scoponi; Saldaña, Gamboa, Pochettino, Berizzo; Martino, Llop, Franco; Zamora, Boldrini, Ruffini. Con clara vocación ofensiva y presionando al rival, Newell's dominó el partido, encontrando el premio del triunfo en los minutos finales. Zamora había puesto en ventaja al rosarino y Víctor Ramos, vieja gloria ñulista y goleador histórico, de penal, igualó el partido. Sin embargo, en los dos

minutos finales llegó la sonrisa. Los gritos vinieron desde el banco, ya que Adrián Taffarel y Miguel Fullana, que habían reemplazado a Boldrini y Martino, respectivamente, le dieron el necesario respiro al equipo leproso, a los ochenta y ocho y noventa minutos.

La victoria resultó un desahogo, pero además el encuentro fue una bisagra en la elección de los apellidos. El equipo que Bielsa eligió como titular se mantendría hasta el fin del campeonato y esa repetición sería clave para lograr el funcionamiento ideal.

Al triunfo ante el cuadro santafesino lo siguieron alegrías ante Independiente por la mínima diferencia (zurdazo de Cristian Ruffini, nuevamente cerca del cierre) y una gran actuación ante Chaco For Ever, con altísima temperatura y ráfagas de viento que no impidieron la goleada cinco a uno.

El equipo y la idea de juego estaban establecidos y las tres victorias consecutivas así lo demostraban, aunque la derrota en el Parque ante un River que llegaba como campeón e hizo valer su oficio en pequeños detalles frenó el impulso ganador.

Sobre un total de siete fechas, el equipo de Bielsa había acumulado nueve puntos, producto de cuatro victorias, un empate y dos caídas. El balance era satisfactorio, pero lo que se observaba en el horizonte tenía el valor de una prueba testimonial.

En la octava fecha y en el Gigante de Arroyito, el almanaque tenía preparada una cita muy especial. Rosario Central y Newell's iban a jugar un partido aparte. El Partido.

EL MANDATO DE LOS CLÁSICOS

La lluvia ya había hecho su trabajo. El domingo estaba perdido y con él también la chance de jugar el partido. Al confirmarse la suspensión del clásico ante Central, la decepción fue generalizada. Sin embargo, la rutina del descanso en la tarde no se alteraba. Todos estaban en sus cuartos.

Fernando Gamboa compartía la habitación del Liceo de Funes con Eduardo Berizzo, y la ansiedad era su principal enemiga a la hora de la siesta.

—¿Qué pasa, Negro, no podés dormir?

—No. No puedo con la siesta. Además, si la hago, esta noche no duermo. Me voy al pasillo.

El juvenil defensor abandonó su cama y para pasar el rato se puso a jugar con uno de los *videogames* que estaban en el largo corredor, quebrando el silencio del lugar.

De repente, se abrió la puerta de la habitación del técnico. Bielsa atravesó el lugar, se sentó frente a Gamboa mientras este seguía con su rutina del Mrs. Pacman y tuteándolo, por la confianza de los años vividos, le dijo:

—¿Cómo estás? ¿Tenés ganas de jugar?

—¡Estoy desesperado por jugar, profe! ¡Tengo unas ganas terribles!

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Gamboa no abandonaba su mirada hacia la pantalla, lo cual generó el fastidio del técnico.

—¿Te puedo hacer una pregunta, o no?

—¡Sí, profe, dígame!

—¡Pero no me estás entendiendo! ¡Dejá el juego y mirame! —lo conminó—. Decime Fernando, ¿qué das por ganar el partido de mañana?

—¡Todo, profe! Si usted me conoce a mí...

—¿Pero qué es todo?

—Y... si me tengo que tirar de cabeza, lo hago. Para mí mañana es la vida, es así de simple.

—¡Pero no! ¡Vos tenés que dar más! Pensá que tenés que dar más.

—¿Más? La verdad es que no lo entiendo.

—¡Más! ¡Tenés que dar más! —su enojo por no encontrar la respuesta esperada era evidente.

—Profe... ¿más que eso? Trabrar con la cabeza. Jugar cada pelota como la última. Apoyar al equipo y tratar de sacar la pelota bien desde abajo...

—No... Te estoy pidiendo otra cosa. ¡No me entendés!

—Y bueno, no sé, dígame usted.

—Para que vos te des una idea: nosotros tenemos cinco dedos en cada mano. Si a mí me prometen ahora que ganamos el clásico... ¡me corto un dedo!

—Pero profe... ¡Cómo me va decir eso! ¡¡Cómo que se va a cortar un dedo!!

—Ya sé. Recién terminé de hablar a mi casa y mi señora me dijo lo mismo. Pero no importa, yo te digo que me corto un dedo.

—Pero profe... cuando ganemos cinco clásicos se queda sin la mano.

—¡Me parece que vos no entendés un carajo de qué se trata todo esto!

Bielsa se paró, dio media vuelta y se fue. El joven defensor se quedó asombradísimo, empezando a comprender de verdad qué significaba para el técnico enfrentar al tradicional rival. Cada clásico era una final y en la semana de trabajo previa al partido se lo veía diferente.

El estadio de Rosario Central, el Gigante de Arroyito, estaba a tope. Es que el canalla llegaba al partido como líder del torneo. Newell's tenía como pasado cercano la derrota ante River. Para Bielsa y sus muchachos era un choque decisivo.

«La charla fue una maravilla. Con todo lo que nos dijo y la información que teníamos de los rivales no podíamos perder de ninguna manera», recuerda Darío Franco.

A la hora del calentamiento previo, los muchachos volaban. Las palabras del técnico habían marcado a cada uno de los jugadores. La gloria, las familias, la tradición ñulista y todos los temas que apoyan el costado emocional se pusieron de manifiesto en esos minutos en los que la oratoria y la emoción de Bielsa resultaron trascendentes.

El encuentro fue inolvidable. Central llegaba, además de puntero, invicto, pero Newell's dio una exhibición de presión, rotación y contundencia para terminar imponiéndose por cuatro a tres. Por lo que había en juego, por la importancia del rival, fue el mejor rendimiento del campeonato. La diferencia debió ser más amplia y el dominio resultó por momentos abrumador. Los goles de Gamboa de cabeza (tras una jugada preparada de las tantas que se ensayaban con pelota parada) y de Zamora (definiendo con calidad un gran pase de Ruffini) llevaron al descanso la ventaja, que sólo fue mínima, por un gol de tiro libre de Bisconti.

Al inicio del complemento Ruffini volvió a estirar las cifras y

Sáez y Bisconti, en otras dos ocasiones, completaron un resultado a todas luces mentiroso. Todos reconocieron la superioridad aplastante del equipo rojinegro, que primero le sacó la pelota a su rival y después fue dinámico e implacable en ataque. Franco, Zamora y Ruffini resultaron las figuras de una victoria que cambió el desarrollo del campeonato. Muchos creyeron ver en esa jornada la gestación de un futuro campeón, y aunque las luces apuntaban a River como el gran candidato, el equipo rosarino comenzaba a ejecutar los principios fundamentales del estilo que el entrenador pregonaba.

«No hay ningún título que valore más que un triunfo en el clásico. Yo entregó cualquier consagración por una sola victoria ante Central, aunque sea medio a cero», repetía Bielsa con pasión rojinegra.

Fue el paso fundamental para su consolidación como técnico del plantel profesional, por si a alguien le quedaban dudas de su capacidad. Eso sí, ganarle a Central no era sólo placer, sino también una obligación. Por eso, y aunque pocos lo sabían, el gusto de la victoria lo compartía con sus amigos íntimos obsequiándoles el dinero del premio. Para pelear el campeonato, el triunfo poseía un valor incalculable. Para cumplir con el mandato de ganar el clásico, la alegría no tenía precio.

CAMINO A LA GLORIA

La victoria ante Central terminó de convencer a todos de aquello que los jugadores y el cuerpo técnico ya sabían: había material como para pensar en grande. El equipo estaba identificado con lo que el entrenador pretendía y los resultados empezaban a acompañar.

Luego del clásico se produjeron tres empates consecutivos por uno a uno, ante Gimnasia en el Parque Independencia, con Ferro en Caballito y luego con Vélez en Rosario, en una igualdad que resultó dolorosa, ya que Newell's encontró la ventaja a cinco minutos del final con un cabezazo de Gamboa, pero luego Humberto Vattimos, con una mano que convalidó el árbitro Jorge Vigliano, igualó en el último suspiro. Más allá de los empates, la punta era una referencia cercana y el equipo jugaba un buen fútbol con estilo reconocible.

El equipo repetía la formación en cada compromiso y el movimiento y la presión eran las características salientes del esquema de juego. El trabajo físico de Castelli era clave y los muchachos respondían. «Teníamos que desordenarnos para atacar y de esa manera podíamos hacer la diferencia. Si se lo querías explicar a alguien te iba a decir que no lo entendía, pero Bielsa tenía mucha razón», dice Darío Franco.

Newell's agredía con tres delanteros: Zamora, habitualmente por el sector derecho, Boldrini en el centro y Ruffini como extremo por la izquierda. Además se sumaba Martino, que era el cerebro y el hombre que manejaba los tiempos. Lo interesante es que la búsqueda no terminaba allí. Franco arrancaba por la izquierda, pero se arrimaba al centro y jugaba cerca de Llop, lo que le permitía a Berizzo cerrarse desde la defensa y adelantarse para sumar a la

mitad de la cancha, igual que Saldaña desde el lado opuesto, cuando la jugada lo invitaba a participar. En consecuencia, cuando se trataba de manejar el balón y buscar el ataque, podían aparecer hasta seis jugadores. A la hora de recuperar la pelota el trabajo de Llop era clave en el tema relevos y los laterales se turnaban para pasar al ataque de a uno por vez. Bielsa siempre se preocupaba por el rival, pero su estudio del oponente apuntaba a encontrar los flancos débiles para saber por dónde lastimar y cómo neutralizar virtudes para lograr recuperar el balón lo más rápido posible.

—¡No se puede perder la pelota y mirarla! ¡Haga de cuenta que le arrancaron un huevo! —repetía con honestidad brutal, simpleza y sentido del humor.

En la charla previa a cualquier encuentro, los jugadores recibían del entrenador una descripción precisa de las características salientes del rival, no con la idea de infundir temor, sino buscando ofrecer soluciones concretas. Además, en esa misma búsqueda, les daba a los jugadores tarea para el hogar.

—Toto, ¿ya hiciste los deberes? Mirá que nos encontramos después de almorzar.

—¡Uy, no! Me tengo que apurar para terminar con todo. Yo tengo *El Gráfico* y *El Cronista Comercial*.

—Yo ya revisé el deportivo de *Clarín* y me queda el de *La Nación*. Después juntamos todo.

Diálogos como el de Franco y Berizzo se repetían todas las semanas, pero con distintos protagonistas. Bielsa les daba a sus jugadores material periodístico de su archivo para que analizaran a los futuros rivales. Era una buena manera de empezar a vivir el partido y sacar algunas conclusiones que podían ser volcadas en la

charla técnica o para realizar un ejercicio táctico en la semana. Además, la compañía de los buenos resultados transformaba en atractiva cualquier propuesta novedosa.

Los entrenamientos también tenían un lugar especial. El martes a la mañana el grupo trabajaba con el profesor Castelli. El miércoles, en horario matutino, nuevamente se hacían ejercicios físicos. Bielsa elogiaba la capacidad de su ayudante, ya que entendía que en cada trabajo debía exigirse el máximo esfuerzo, pero sin que los jugadores se lesionaran a la hora de probar variantes futbolísticas. Las cargas estaban repartidas de forma exacta.

El primer contacto del técnico con el grupo se producía el miércoles a la tarde, y allí Bielsa desplegaba su arsenal de ejercicios. Su ayudante, Carlos Picerni, recibía un rato antes a los jugadores de reserva y les explicaba lo que debían hacer cuando se presentaran los mayores.

«Los entrenamientos tácticos eran extraordinarios porque sorprendían las variantes de trabajo y la no repetición. La búsqueda del objetivo podía ser la misma, pero era diferente la manera de alcanzarlo. Todos los ejercicios eran distintos y eso entusiasmaba. Daban ganas de hacer los entrenamientos tácticos. Bielsa era distinto, no sólo por sus ganas de trabajar, sino por capacidad. Lo que había preparado en inferiores y verificó que le servía, lo repetía en la primera», recuerda con entusiasmo Gerardo Martino.

Bielsa buscaba una participación colectiva en todos los aspectos para obtener un balance. Su intención era que los que podían crear juego no se desentendieran de la recuperación y que los menos dotados no se olvidaran de la creación. En su cabeza estaba descartada la idea del encasillamiento del jugador. Al combativo

había que dejarlo volar e invitarlo a crecer en lo futbolístico.

«De un torpe no se va a lograr un fenómeno, pero sí se puede conseguir un jugador criterioso que descargue bien la pelota, que habilite de primera. Yo busco que cada uno llegue a su techo personal, sin limitarse a una función específica y dejando de lado el resto del juego», sostenía el técnico en sus contactos con la prensa.

Con excelentes primeros tiempos, Newell's doblegó a Deportivo Español y a Lanús, para llegar a la cima del campeonato en la fecha trece del Apertura. La exclusividad sólo duró siete días, ya que la igualdad en Córdoba frente a Talleres con un estado del campo deplorable y un intenso calor determinó que la punta pasara a compartirse con River y Rosario Central.

El mismo escenario se mantuvo luego del triunfo ante Racing, ya que tanto los millonarios como los canallas se impusieron en sus respectivos compromisos. Pero lo que sobrevino resultó decisivo.

En la decimosexta fecha, el equipo de Bielsa logró en Corrientes una victoria capital ante Mandiyú, gracias a un gol de cabeza de Cristian Ruffini, cuando promediaba el segundo tiempo. Central y River se enfrentaron en Arroyito, empataron en dos y sin proponérselo favorecieron a Newell's.

La diferencia de un punto, tan exigua como trascendente, se sostendría hasta la última fecha, ya que los triunfos frente a Boca y Estudiantes, este último fuera de casa, jugando como una verdadera aplanadora y con tremendo carácter, le permitieron llegar al capítulo final con una luz de ventaja sobre River.

En la fecha final el conjunto rosarino debía enfrentar a San Lorenzo, con el valor agregado de depender de sí mismo para quedarse con el título. La oportunidad era única y era lo que todos

habían soñado. Sin embargo, no había lugar para especulaciones, ya que un empate podía dejarlos con las manos vacías.

«Agradezco que tengamos que salir a ganar», repetía Bielsa con la convicción de siempre. La historia le tenía guardada una página inolvidable.

¡NEWELL'S, CARAJO!

La cancha anexa al estadio de Ferro era testigo de una escena inverosímil. Ese hombre que rezaba había abandonado el campo de juego y esperaba que se consumara el desenlace. Bielsa caminaba como poseído buscando descargar los nervios, a más de cien metros del lugar en el que hasta hace instantes daba indicaciones a sus jugadores. Todo lo que sus hombres podían hacer ya estaba hecho, pero todavía no estaba claro si era suficiente. Las noticias que llegaban desde la cancha de River se habían convertido en la clave: la llave de la felicidad, o la de la desazón. El técnico no podía estar quieto un instante y por eso había elegido caminar hasta llegar a un ámbito en el que pudiera esperar el final de la historia en soledad. Algunos lo buscaban sin suerte, pero imaginando que andaría sufriendo su calvario no muy lejos. Era la espera más larga de su vida. Más que lo que tuvo que aguardar para dirigir a este equipo de Primera División que estaba a punto de consagrarse campeón.

Mientras tanto, en el césped, los jugadores también eran un manojo de nervios. La radio portátil de Carlos Picerni, la misma que informó las novedades a lo largo de la tarde, estaba pegada a la oreja de Fabián Garfagnoli y todos aguardaban que el Gringo entregara buenas noticias. A su lado, Gamboa, con los ojos cerrados, imploraba por el final del partido entre River y Vélez. En un costado, Martino demostraba que la experiencia puede quedar al margen cuando el suspenso se pone las ropas de primer actor. Los demás rezaban desperdigados por el campo o charlaban con los hinchas, alambre de por medio. Ubaldo Fillol, gloria de la historia del fútbol argentino, se ganaba todos los adjetivos calificativos de

los relatores y con sus atajadas sostenía el empate del conjunto de Liniers, que era título para los rosarinos. Pero un gol de River podía cambiarlo todo. Esos seis minutos de diferencia entre el final de un partido y el del otro fueron muy parecidos a la eternidad.

Hasta que Garfagnoli salió despedido del banco de suplentes y en su explosión y su carrera todos entendieron el mensaje. La tribuna que contenía a la multitud que había llegado desde Rosario se desbordó de gritos desaforados, pasión y locura que se apoderaron de cada uno de esos hombres de rojo y negro.

Scoconi; Saldaña, Gamboa, Pochettino, Berizzo; Martino, Llop, Franco; Zamora, Boldrini y Ruffini habían sido los titulares, como siempre desde la decisiva victoria ante Unión de Santa Fe en la cuarta fecha. El título era también de Panciroli, Fullana, Pautasso, Garfagnoli, Roldán, Sáez y Taffarel, quienes participaron como integrantes del plantel y jugaron algunos encuentros.

En la cancha auxiliar, Bielsa escuchó el alarido de la popular y se estremeció. Uno de los hinchas de la tribuna visitante lo reconoció y lo llamó a la fiesta.

—¡Loco! ¡¡¡Loocooo!!! ¡Vení, gol de Vélez, somos campeones!

Esteban González convertía el segundo para los de Liniers y con él gritaban en Caballito más de quince mil leprosos que aguardaban el momento de cortar con la angustia.

Con veintiocho puntos, Newell's era el campeón del Torneo Apertura, superando por dos unidades a River. Había ganado once, empatado seis y perdido sólo dos. Convirtió treinta goles, la mitad de pelota parada, pero ninguno de penal, y recibió trece. Sus números eran lapidarios. Sin embargo, el dato más ilustrativo de la campaña era su invicto de visitante, con cinco victorias y cuatro

igualdades, ya que definía la condición de un conjunto que quería ganar en todas las canchas.

El terreno era un carnaval. Los jugadores se abrazaban y recibían todo tipo de felicitaciones. Algunos hinchas ingresaban al campo para quedarse con algún souvenir, pero eran los menos. La fiesta era de los verdaderos protagonistas. Tal resultaba su pasión y su grado de compromiso con el club y los colores, que cuando se treparon al alambrado, el tejido cedió y se volcó para el lado de los hinchas. Los de adentro empujaban más que los de afuera.

Atrás había quedado la charla técnica en el Hotel Embajador, en ese primer piso en el que al desayunador se lo cerraba con un biombo y como un símbolo. Atrás habían quedado noventa minutos durísimos en los que el empate ante San Lorenzo reflejaba la dificultad que había planteado el rival. Cristian Ruffini con un zurdazo exquisito de tiro libre había puesto en ventaja a los leprosos, pero un fortísimo remate de Zandoná, que se desvió en el camino, igualó el juego y decretó las cifras definitivas. Con el empate, era necesario esperar el resultado del Monumental, y la derrota de River era la cristalización del sueño de seis meses.

Bielsa se sumó al festejo. Recibía abrazos de todos y se fundía con cada cuerpo que le expresaba el agradecimiento por la conquista. Era un hincha más, hasta que en andas de un fanático pidió una camiseta y desató toda la emoción con un grito que sacudió Ferro.

—¡Newell's, carajo! ¡Newell's, carajo! ¡Ésta es la que vale!

Gritaba como loco, el Loco, y mostraba en alto la camiseta, destacaba sus colores y la gente enloquecía de emoción. Su habitual tranquilidad quedaba de lado por un instante. No podía ser de otra

manera. Como había dicho el día de su presentación, su equipo había respetado la tradición futbolística del club, pero le había agregado un espíritu de lucha y de solidaridad con el que finalmente lograba el título.

En el vestuario se abrazó con todos. Cantó todas las canciones y las que no supo las inventó. Felicitó a sus colaboradores Picerni, Castelli y Palena, al utilero Elio Barro, a los masajistas Alberto Beltrán y José Quiroga, y disfrutó como si fuera un chico. Aunque la noche del triunfo ante Central se mostró eufórico y exultante, nunca se lo vio más feliz que en ese sofocante vestuario de la cancha de Ferro.

Ante la prensa sorprendió manifestando que River había sido el mejor equipo del torneo, en una declaración propia de su habitual sinceridad. Y luego le dedicó el título a un amigo personal fanático de Newell's, ausente en el estadio por estar privado de su libertad. A ese viejo compañero de ruta, al que le llevaba todos los días a la cárcel los diarios de su kiosco, le regaló un mantel del lugar en el que festejaron el título, firmado por todos los jugadores del plantel. Allí, en un restaurante ubicado en la esquina de Figueroa Alcorta y La Pampa, saludó a los padres de varios jugadores y les agradeció por el apoyo incondicional. Los campeones festejaban en familia, casi como un equipo amateur.

El 22 de diciembre de 1990, Marcelo Bielsa sintió que todo tipo de exceso estaba aceptado y su sueño de tocar el cielo con las manos se transformaba en realidad. Su frase, su grito de corazón, entró en la inmortalidad de la historia leprosa y su contenido encierra aún en la actualidad mucho más que esas dos palabras. La expresión del entrenador se transformó en bandera de la gente, una

especie de grito de guerra que expresan los fanáticos cuando recuerdan el momento sublime de aquella consagración.

¡Newell's, carajo! ¡Newell's, carajo!, desde Rosario y para todo el mundo.

LA FAMOSA SECRETARÍA TÉCNICA

«Lo posible ya está hecho. Lo imposible lo estamos haciendo. Para los milagros necesitamos tiempo.» La frase se leía en la entrada de la oficina en un cartel que había puesto Norberto González, viejo dirigente del club y colaborador permanente.

Con una puerta de vidrio y no más de nueve metros cuadrados, la Secretaría estaba ubicada debajo de la vieja platea sur, en la actualidad la tribuna Diego Maradona, pegada al vestuario local del estadio del Parque Independencia. Daniel Carmona y Guillermo Lambertucci eran los encargados del lugar, y aunque su trabajo no tenía horario, el único requisito pedido por el entrenador era que siempre estuviera por allí alguno de los dos.

En ese reducto tan especial, Bielsa armó el famoso viaje por todo el país para reclutar talentos. Pero una vez comenzada su tarea como entrenador de Primera División, lo transformó en una especie de centro de operaciones. La Secretaría Técnica era el laboratorio en el que se procesaba parte de la información que luego se volcaría en el trabajo diario. Allí recibía, por ejemplo, todas las publicaciones a las que estaba suscripto, diarios y revistas con información sobre las distintas ligas del mundo.

Llegaba desde España *Marca*, se archivaban los suplementos deportivos de todos los diarios locales y, en conexión con distintos periodistas del continente, se recibían sobres con recortes de diarios y semanarios de toda América. También se guardaban los videos del exterior que el técnico incorporaba y que le permitían, como buen estudioso, tener un registro de lo que ocurría en el Planeta Fútbol.

Además, buscando corregir detalles propios y conocer defectos

y virtudes del rival, Bielsa estableció un plan de trabajo interno. Para montar esa estructura, ordenó la compra de un televisor, una filmadora y dos videograbadoras. Con ellas y de manera artesanal, Carmona y Lambertucci realizaban todos los trabajos que el entrenador les encargaba a principios de semana, filmando los partidos de Newell's, editando material del equipo rosarino y de futuros oponentes. Jugadas de ataque, defensa, goles a favor y en contra tanto de local como de visitante. Rebobinando y adelantando, empalmando cada jugada, el producto tomaba forma con el tiempo. Lo curioso es que a partir de allí, otras instituciones como Vélez, Lanús, Gimnasia y Esgrima La Plata, Estudiantes y Ferro imitaron la acción y también grababan a los suyos. De esta manera se generó una red a partir de la cual se intercambiaba material y se disponía de mejor información.

Para Bielsa era indispensable que todos pudieran recibir el partido de su equipo, e impulsaba una democracia informativa inédita. «Nosotros jugábamos contra los equipos que dejaba Ferro, por eso le pedimos a Griguol si nos mandaba los encuentros de su equipo, y por el respeto que tenía con Bielsa no hubo problema. El asunto es que al recibir el partido del próximo rival también teníamos el del equipo de Caballito. Cuando debíamos enfrentarlos en la fecha quince, disponíamos de todo lo necesario para analizarlo y aunque Griguol me dijo que no necesitaba nada, Marcelo me obligó a mandarle por encomienda los catorce partidos de Newell's», recuerda Carmona.

Conocido en el club como el Negro, el secretario técnico cumplía, además, con un asombroso ritual, que se repetía todas las semanas. En una gran mesa que completaba la escenografía del

lugar, ubicaba la correspondencia que por decenas los fanáticos le enviaban al técnico. Para el entrenador era fundamental la comunicación con los hinchas, por eso se tomaba un largo rato para mirar cada una de las cartas y le indicaba a Carmona la respuesta para cada simpatizante, por irrisorio que fuera el contenido de la misiva. Luego, con una pequeña moto Zanella 50, Carmona repartía las respuestas del técnico a cada uno de los admiradores.

Meticuloso, quería estar al tanto de pequeños datos para saber si podía tener la tranquilidad de exigir al máximo. Para eso averiguaba si todos los empleados cobraban su sueldo con puntualidad. En su lógica, quien estaba al día en su salario debía cumplir con su trabajo a rajatabla, y el saber que todos percibían lo suyo en tiempo y forma le permitía pedir en consecuencia.

Sin embargo, su propia obsesión a veces le jugaba en contra. Una tarde lo llamó a Carmona y le dijo que se acercara a su casa para tomar la merienda con Darío Franco, que había retornado por unos días del exterior. Su ayudante tenía que terminar un trabajo, pero ante la insistencia terminó claudicando. Estuvo desde las cuatro hasta las cinco y media. Una hora más tarde, Bielsa apareció por la Secretaría, le reprochó que el material encargado no estuviera terminado y que trabajo y amistad no debían mezclarse. A los pocos minutos recordó que había sido él quien había autorizado el descanso: «Tiene razón, no me haga caso Daniel».

El secretario aprendió a utilizar todos los medios para lograr su objetivo y cada historia al lado del técnico le dejaba una enseñanza. Como aquella vez en la que Bielsa, siendo todavía entrenador de la Reserva, le pidió que citara al jugador Jorge Roberto Cerino para el entrenamiento matutino del día siguiente. El joven delantero vivía en

San Nicolás y Carmona no logró ubicarlo.

—Mire, Marcelo, no hay manera. Lo llamé a la casa y no contesta. Cite a otro jugador y yo lo llamo.

—No. Yo necesito a ése y no a otro. Tiene que haber alguna forma. Llame a una pizzería cercana y que le pasen un papel por debajo de la puerta.

A la noche, Cerino se comunicaba con Carmona y a las diez de la mañana del otro día estaba a las órdenes de Bielsa. El Negro jamás olvidó la anécdota, ni la frase que le dejó el técnico: «Nunca te guardes el mínimo esfuerzo».

La Secretaría resultó un lugar valioso durante todo el ciclo de Bielsa. Estanterías repletas de cajas, prolijamente rotuladas, ocupaban todo el espacio. Era fundamental el orden para que cuando el técnico solicitara algún partido, fuera sencillo encontrarlo. Una computadora completaba la postal de trabajo. Y hay un dato pintoresco: en un costado, pero siempre a mano, estaba la bolsa de chupetines que la señora Nelly, la encargada del quiosco del club, le regalaba a Marcelo para reemplazar el viejo vicio del cigarrillo.

Cuando Bielsa partió rumbo a México, Carmona siguió trabajando para él desde la «clandestinidad». Cada quince días le mandaba una encomienda con toda la información de la actualidad de Newell's, el campeonato argentino y los diarios de cada día con sus suplementos. La amistad se mantuvo intacta a pesar de que, en un retorno, el entrenador descubrió que de los archivos de la oficina se había perdido un ejemplar de la colección de la revista *El Gráfico* de los tiempos del Newell's campeón. Primero le tocó el timbre de su casa para recriminarle el extravío. A los diez minutos volvió y le dejó un saludo afectuoso: «Daniel, perdoname por lo que te dije. Yo

mañana me vuelvo a México, pero seguimos amigos como siempre».

En la actualidad, todos los técnicos recaban la información que les puede resultar de utilidad. Pero a comienzos de los noventa, Bielsa era un pionero. No le iba a permitir ganar un partido, pero en su intento de achicar el margen destinado al azar, todo intento resultaba válido.

UN TUBO DE ENSAYO LLAMADO CLAUSURA

Luego de la obtención del Apertura, el plantel de Newell's debía disputar el torneo siguiente como una especie de banco de pruebas a futuro. Es que por una cuestión organizativa, la Asociación del Fútbol Argentino decidió para aquella temporada, la primera con dos torneos cortos por año, que los vencedores de los certámenes que componían el calendario futbolístico deberían enfrentarse en un encuentro final para determinar quién resultaría el campeón del país. Podía parecer una mera cuestión semántica, pero la realidad indicaba que el equipo de Bielsa era considerado para la estadística como ganador de un torneo y para lograr el título y sumar una estrella, todavía faltaba un tramo.

Así, para jugar el Clausura algunas cosas se modificaron. La primera fue la partida de Gerardo Martino. Luego de una primera fecha en la que el Tata fue el capitán que guió a sus compañeros para ganarle a Platense por dos a cero, recibió una tentadora oferta del Tenerife para jugar a préstamo por cuatro meses en el fútbol español. Su partida representó una baja sensible, no sólo por su influencia en el juego de Newell's, sino también por su voz de mando dentro del grupo. Su creencia en el proyecto había representado un apoyo indispensable para Bielsa y sus cualidades como persona eran muy valoradas por el entrenador. La manera que tenía el Tata de llevar el éxito con naturalidad era una de las facetas que el técnico más destacaba, ahora que el título le otorgaba un grado de exposición diferente: «Asumí ser un hombre público, pero

me cuesta demasiado procesar las consecuencias de algo así. Me gustaría aprender de Martino. Siempre amable, dispuesto, siempre un señor».

El Apertura había transformado a Bielsa en una celebridad de la ciudad, y en un lugar tan futbolero como Rosario, escapar de ese tipo de fama resultaba una tarea compleja, incluso en los lugares que solía frecuentar y en los que era considerado un simple parroquiano.

«Ganar es un pasaporte a expresarse, por eso hago esfuerzos para intentar seguir siendo el mismo. Hace quince años que todas las mañanas voy a leer los diarios a El Internacional, un café que queda en 3 de Febrero y Ayacucho. Es un caso extraordinario. No tengo amigos, y los mozos, siempre los mismos, apenas si me saludan. Desde que empecé a ser más conocido, nunca falta el que viene a felicitar o a preguntar cualquier cosa que no tiene nada que ver con lo que estoy leyendo.»

En materia de incorporaciones, el plantel no se movió mucho, apenas si Ariel Cozzoni, experimentado goleador del club, retornó tras su paso por Europa para sumarse al grupo estable de trabajo. La idea de Bielsa, fiel a su estilo, era incorporar paulatinamente al plantel profesional a los jóvenes que surgían de las inferiores o que jugaban en la Reserva. Para confirmarlo, el santiagueño Juan Carlos Roldán ocupó el lugar de Martino, aunque posicionalmente fue Zamora quien asumió funciones más comprometidas con la creación, y se retrasó algunos metros en el campo.

La performance del equipo en el comienzo del torneo fue destacada. En las primeras diez fechas obtuvo catorce puntos sobre veinte posibles, para ocupar así el tercer puesto, detrás de Boca y Racing: un único traspie ante Independiente, un cuarteto de empates

ante Huracán, Unión, River y Gimnasia, y buenos triunfos sobre Argentinos Juniors, Chaco For Ever y Ferro.

El impacto más recordado fue la goleada aplastante en el clásico ante Central por cuatro a cero. La diferencia entre los dos equipos fue similar a la del partido de la primera rueda, con la salvedad de que esta vez la defensa leprosa no sufrió grandes apremios. Un gol espectacular de Fabián Garfagnoli, que había suplantado a Fullana, quedó como el punto más alto de la obra cumbre del equipo en el campeonato. Pochettino y Cozzoni (dos veces) se anotaron también en el marcador. En dos partidos de la temporada, Newell's superaba categóricamente a su clásico rival y le marcaba ocho goles para delirio de su parcialidad.

A esta altura Bielsa era un personaje atractivo para los medios, pero al mismo tiempo inclasificable. Igual que cuando trabajaba en las inferiores de Newell's, estaba al tanto de las características esenciales de todos los jugadores del fútbol argentino y era afecto a la observación de los rivales y de las tendencias mundiales de los sistemas tácticos, lo que lo acercaba a la ideología que predicaba Carlos Bilardo (¡los videos!). La diferencia estaba dada en que para el entrenador el análisis de los partidos tenía como objetivo obtener conclusiones para atacar mejor al rival y, según la prensa que todo lo dividía entre Bilardo y Menotti, este modo de empleo de la información lo acercaba más al técnico que se consagró en el Mundial 78. Para Bielsa, la idea de defensa se reducía al «corremos todos», y con cinco o seis pautas se llegaba al límite del trabajo de destrucción, mientras que el fútbol ofensivo fue, es y será infinito, interminable. De allí que la mayoría de sus ejercicios tenían como premisa el aspecto ofensivo.

El equipo apuntaba a realizar otra gran campaña, pero algunas lesiones y cierta irregularidad en el funcionamiento lo fueron alejando del grupo de arriba. Jugadores juveniles como Cristian Domizzi, Diego Cerro, Ricardo Lunari o Alfredo Berti empezaban a tener algunos minutos de juego o a formar parte del banco de suplentes. En las últimas nueve fechas sólo ganó un partido ante Talleres de Córdoba, empató cuatro y perdió otros cuatro. En algunos casos, como en las derrotas ante Vélez y Lanús, o en la igualdad ante Deportivo Español, la falta de pericia en la definición privó a Newell's de obtener un resultado más favorable. Como decía su entrenador, «del éxito siempre se sale con alguna abolladura». El cierre del torneo lo encontró a doce puntos de Boca, ganador del Clausura, y con muchas dudas respecto de su rendimiento. El epílogo del certamen fue utilizado por Bielsa para empezar a ensayar variantes pensando en la gran final. La buena noticia fue que para la última fecha, el Tata Martino estaba de vuelta de su excursión española, y su presencia en las finales estaba garantizada.

Con dificultades y partiendo para la prensa especializada en clara posición de inferioridad, Newell's tenía que jugar las finales contra Boca. El desafío era inmenso, pero para asumirlo con aplomo, jugadores y cuerpo técnico se habían preparado durante diecinueve fechas. En ciento ochenta minutos podían pasar de «ganadores» a «campeones».

EL DÍA DE LA INDEPENDENCIA LEPROSA

«No me engaño, estamos debilitados. Si ganamos la final será una proeza que quedará en los anales del fútbol. A mí no me interesa una derrota digna, yo quiero ganar.»

Bielsa sabía de las muchas dificultades con las que su equipo debía afrontar los partidos decisivos ante Boca. Y no las callaba. El conjunto xeneize llegaba agrandado por la obtención del Clausura, mientras los rosarinos no habían tenido un buen cierre de campeonato.

Ruffini resentido de un desgarró, Boldrini perseguido por una pubalgia que lo condicionaba en sus movimientos y Saldaña, con apenas un partido de rodaje luego de la operación de meniscos y ligamentos de la rodilla derecha, conformaban la lista de lesionados que disminuía el potencial del plantel. Encima, Sergio Stachiotti, reemplazante natural de Gamboa, también acusaba un desgarró.

Además, el campeonato se definiría en La Bombonera. Newell's debía jugar el partido de local en la cancha de Rosario Central y las fechas que había pedido la institución rosarina no habían sido tenidas en cuenta. Todo se iba a hacer de acuerdo con la conveniencia de Boca. Quedaba claro quién partía como favorito y quién estaba llamado a ser *partenaire*.

Para completar el cuadro de situación, Fernando Gamboa y Darío Franco formaban parte del plantel de la Selección argentina, que disputaría la Copa América en Chile, y su ausencia era sensible dentro del equipo titular. En Boca faltarían Diego Latorre y Gabriel

Batistuta, pero el técnico Oscar Tabárez recibía como compensación a Gerardo Reinoso y el brasileño Renato Gaúcho para jugar los dos partidos.

Lejos de intimidarse, Bielsa confiaba en sus jugadores y lo demostraba no sólo con palabras, sino también con decisiones, apelando a los recursos genuinos que tenía dentro del plantel. Pudiendo hacer uso de las dos plazas que le quedaban vacantes, prefería jugársela con sus muchachos y no incorporar refuerzo alguno. Su único pedido explícito había sido el de Roberto Sensini, pero al caerse la operación no insistió con otras alternativas. La decisión no pasaba por una cuestión de austeridad, sino de principios. Si siempre había confiado en su gente, no podía cambiar su idea a la hora de la verdad. Fullana y Garfagnoli ocuparían los lugares vacantes, pero además habría movimientos posicionales dentro de la cancha.

El grupo valoró el gesto y eso se sintió fuerte: el equipo estaba deshilachado, pero la adversidad lo solidificó. «Que no trajera refuerzos fue una muestra de apoyo grande y ayudó a cubrir algunas necesidades que nos faltaban, porque ni colectiva ni individualmente estábamos de la mejor manera», recuerda Martino.

El encuentro de la decimoséptima fecha del Clausura, en el que Boca se impuso por uno a cero, había servido como ensayo para lo que vendría en las finales. Allí Bielsa había medido la fortaleza de su rival, y aun sin contar con baluartes como Pochettino, Saldaña, Martino, Zamora y Ruffini, las conclusiones que se desprendieron del juego resultaron valiosas.

Sin embargo, las cosas en la previa no funcionaban como se esperaba. En la última práctica en la cancha de Rosario Central,

antes de la primera final, Bielsa paró el juego antes de tiempo disconforme con lo que exhibían los titulares, que perdían ante los suplentes por dos a cero. Juntó a todo el grupo en el vestuario y les dio un discurso que duró cerca de una hora. Luego volvieron al campo y el ensayo mejoró sensiblemente.

«Estuvimos con una pizarra un montón de tiempo. Fue una charla estrictamente futbolística y nos sirvió para acomodarnos un poco mejor. Llop ya jugaba de libre y el Toto Berizzo, en la mitad de la cancha. Estábamos algo perdidos y sus palabras nos ayudaron a llegar un poco más orientados al partido», rememora Martino.

Los partidos se jugaron en apenas cuatro días. Scoconi; Garfagnoli, Llop, Pochettino, Fullana; Martino, Berizzo, Saldaña; Zamora, Cozzoni y Domizzi fue la formación de partida en ambos encuentros.

En Arroyito, los rosarinos resultaron superiores y se llevaron la victoria mínima gracias a un cabezazo de Berizzo en el inicio del complemento. La diferencia fue exigua, pero le permitía a los de Bielsa encarar la revancha con optimismo. Los reemplazantes de Gamboa y Franco respondieron y los cambios de posición de ciertos jugadores resultaron un éxito.

«La ausencia de refuerzos marcaba que éramos un bloque indivisible. Además, para mí hubo algo clave: en las pelotas detenidas me marcaba el brasileño Gaúcho, y yo le cabeceé en la jugada del gol. Siempre me quedé pensando en ese jugador insertado, algo artificial, sin compromiso», reflexiona Berizzo.

El 9 de julio y con una lluvia incipiente, se jugó el partido decisivo. Para Newell's todo fue cuesta arriba. Adentro de la cancha y antes de terminar el primer tiempo, Martino recibió una patada

descalificadora del defensor Carlos Moya, que lo sacó de la cancha y privó a los rosarinos de su mejor valor en ataque. Afuera, Bielsa resultó expulsado por el árbitro Francisco Lamolina, y debió aguardar el cierre del partido fuera del banco de suplentes. Estuvo un rato en el vestuario, dando vueltas alrededor de la camilla en la que reposaba el Tata, pero no podía evitar moverse hasta la boca del túnel para intentar dar alguna indicación. El emisario que llevaba al banco el mensaje era su amigo Carlos Altieri, que recibió luz verde de un policía hincha de River, hasta que al ser descubierto también fue expulsado. Bielsa estaba incontenible. Sufría el partido como nunca.

En el campo embarrado, sus jugadores aguantaban como podían los embates de un Boca furioso que encontró su premio a nueve minutos del final gracias a un gol de Gerardo Reinoso. Así se hizo necesario el tiempo extra, y como nada cambió hubo que apelar a la dramática definición por penales. En el final de la historia resultó fundamental el orden de los ejecutantes y la capacidad de Scoponi debajo de los tres palos.

Mientras Graciani y Claudio Rodríguez iniciaban la serie del local y sus remates eran detenidos por el arquero visitante, Berizzo y Llop, la gran figura de la final, convertían con aplomo y generaban una diferencia decisiva. Giunta marcó para Boca, Zamora mantuvo la infalibilidad de la lepra y el remate de Pico desviado decretó la victoria rojinegra.

Con el delirio instalado en el campo y en los más de ocho mil hinchas que llegaron a La Boca, Bielsa invadió el escenario de juego para festejar con sus muchachos. Su pulóver oscuro se hacía de goma en cada abrazo y el júbilo dominaba la escena. Ya no había

que cuidar las palabras ni medir los calificativos. Ahora sí, Newell's era el campeón del fútbol argentino. Algunos plateístas locales reconocían el esfuerzo y aplaudían a los ganadores.

El entrenador resaltó la figura del grupo y el valor de aquel partido ante el Boca del Clausura. Recordó que luego de la derrota, el vestuario fue un velorio. El encuentro fue clave porque el equipo volvió a funcionar como en los mejores tiempos del Apertura y recuperó la actitud de los momentos de gloria.

Para los grandes como Martino, Llop, Scoponi y Cozzoni, el título sirvió para lavar la afrenta de aquella liguilla perdida de local ante Boca. Para los pibes, el placer de llegar a Primera con su hacedor y todos juntos consagrarse como los mejores del fútbol argentino.

«Soñaba con algo que por suerte logré: hacerle jugar a Newell's un fútbol diferente, donde el principal rasgo sea el movimiento y donde cualquiera juegue de cualquier cosa. Me quedaron fijas algunas imágenes. El Tata Martino con la pelota en los pies y la cabeza levantada pudiendo elegir entre cinco opciones de habilitación. Saldaña que sube, Ruffini que se cierra, Boldrini que va a una punta, Berizzo que se desprende, Zamora que se tira atrás», repetía extasiado Bielsa.

Su mensaje había sido captado a la perfección. La idea de que las finales definen a los actores fue incorporada fervientemente. Si ganan son de una manera; si pierden, de otra. El título era el corolario de un año intenso de trabajo. «Si triunfamos somos diez, si caemos somos cero. Les dije que no me importaban los trámites, que el que gana es el mejor y el que pierde es malo. Que no se dejaran engañar por eso de las derrotas dignas o de las victorias morales.

Era la vida o la muerte. Así se los expresé, así lo interpretaron. Por suerte fue la vida.»

Ese 9 de julio de 1991 se transformó en una fecha patria para todo el pueblo leproso: aún hoy se sigue festejando. Un grupo de hombres en inferioridad de condiciones se preparó con excelencia y empujado por su líder alcanzó la gloria. Al final tenía razón lo que decía el viejo cartel de la Secretaría Técnica en el estadio del Parque Independencia.

Para los milagros sólo hacía falta tiempo.

TIEMPOS DE VACAS FLACAS

—Me tengo que ir, Carlos. Ya probé de todo y no le encuentro la vuelta. Me tengo que ir.

—Sí, Marcelo, yo hasta acá te bancaba, pero ya hicimos de todo. Cuando el entrenador no le llega a los jugadores, hay que irse. Salvo que se te ocurra alguna idea brillante, de esas que te surgen a vos.

—Tengo una, pero la veo difícil. Si el plantel acepta que nos concentremos de acá al final del campeonato, podemos salir del fondo, y si es así, entonces nos quedamos.

El diálogo de Bielsa con su ayudante Picerni marcaba la profundidad del momento: era tiempo de definiciones. La continuidad del técnico pendía de un hilo y el sacrificio del plantel para salir adelante era la única llave que podía habilitar la chance de postergar una decisión que parecía tomada. Había que hacer lo posible para no cortar el proyecto.

Gerardo Martino estaba haciendo el curso de entrenador mientras disfrutaba de sus últimos años como jugador profesional. Picerni lo fue a buscar a Granadero Baigorria, lugar en el que cursaba las materias, y le pintó el panorama con un perfecto informe de la situación.

—Mirá, Tata: Marcelo se quiere ir. De la única forma que se quedaría es si nos concentramos las últimas nueve fechas que quedan hasta el fin del campeonato.

—¿Y que es lo que me estás proponiendo?

—Si me decís que le demos para adelante, lo hacemos. Si te parece que los jugadores no se lo van a bancar, le digo que no presente ningún plan y renuncie.

—Nosotros no queremos que se vaya. Decile que haga lo que quiera, que el plantel lo apoya.

En el entrenamiento posterior, en Bella Vista, Martino juntó a los grandes y a los más representativos de los jóvenes. Debajo de una planta, que apenas si protegía al grupo de la lluvia que caía, les explicó la coyuntura y su efecto inmediato. Zamora, Scoponi, Llop, Berizzo, Gamboa y Pochettino escuchaban atentos. Todos apuntalaron el proceso y convinieron en que si la concentración de dos meses era lo ideal para salir del último puesto de la tabla, entonces no había nada para discutir. Por supuesto que esta vez Bielsa se internó con el grupo. Ya no importaba la falta de infraestructura del lugar, sino el bien común para sacar al equipo del pozo.

Ese Apertura fue una verdadera tortura. Luego del título obtenido en la cancha de Boca en la inolvidable tarde del 9 de julio, las cosas cambiaron radicalmente.

Para afrontar la temporada, el grupo debía sobreponerse a varias partidas. Franco fue transferido al Zaragoza de España, Boldrini pasó a Boca y Cozzoni emigró rumbo a México. Además, el profesor Castelli, clave en todo el ciclo, también se desvinculó del cuerpo técnico, buscando retornar a su rol de entrenador, y su lugar lo ocupó Carlos Borsi.

El inicio del torneo fue desastroso. En las primeras diez fechas, hasta que Bielsa tomó la decisión de internarse en el Liceo de Funes, el equipo sólo cosechó cinco puntos sobre veinte posibles. Una victoria ante Quilmes aparecía como la única sonrisa del arranque. Empates con Racing y Ferro mejoraron austeramente el puntaje, y lo más doloroso fueron las derrotas ante Central (la única que sufrió)

Bielsa en el clásico a lo largo de sus dos años como entrenador), frente a Gimnasia, Belgrano de Córdoba, Vélez, Deportivo Español y Mandiyú de Corrientes.

Aunque resultara increíble, el mismo equipo que pocos meses atrás era el mejor del fútbol argentino, ahora naufragaba en el último lugar de la tabla de posiciones. La crispación por el mal momento se manifestaba de múltiples formas y los pésimos resultados no eran lo único. En diez oportunidades los árbitros habían expulsado a jugadores rosarinos, lo que exhibía el estado de impaciencia. Gamboa, Pochettino y Zamora (en dos oportunidades), Saldaña, Escudero, Berizzo y Tudor recibieron tarjetas rojas en distintos partidos. También Bielsa debió abandonar de forma prematura su lugar en el banco en los encuentros frente a Quilmes, Racing y Ferro.

«Yo me muero después de cada derrota. La semana siguiente es un infierno. No puedo jugar con mi hija, no puedo ir a comer con mis amigos. Es como si no mereciera esas alegrías cotidianas. Me siento inhibido para la felicidad por siete días», describía Bielsa su sentimiento ante cada traspie. Era la primera vez en su exitosa carrera que el equipo no le respondía.

En Funes permanecieron hasta el fin del campeonato. Sólo tenían libres los miércoles y por parejas. Podían salir de a dos cerca del mediodía, con la condición de retornar antes de la medianoche. El prestigio de todos estaba por encima de cualquier cosa y la sola idea de terminar el Apertura en el último lugar atormentaba a todos.

La segunda mitad del torneo mejoró algo la performance y sólo se perdió uno de los siguientes nueve partidos, ante River, futuro campeón. Un triunfo ante Independiente luego de once fechas sin conocer la victoria y otro ante Estudiantes, ambos por tres a cero,

ayudaron a sumar puntos para escapar del incómodo lugar en el que se había caído. Empates con Huracán, Boca, Talleres de Córdoba, San Lorenzo, Argentinos y Platense maquillaron el cierre del semestre para cosechar quince puntos y finalizar en la antepenúltima ubicación por delante de Unión de Santa Fe y Quilmes. Lo que no pudo corregirse fue la indisciplina, que trajo como resultado otras tres expulsiones, de Pochettino, Lunari y Zamora.

Después del título y la máxima exigencia, el equipo había caído en un profundo bajón. En alguna medida la caída era lógica, ya que tras superar el umbral del esfuerzo, la relajación aparecía espontáneamente. Newell's no surgía como un equipo obligado a pelear todos los campeonatos, y si bien el respiro había durado más de la cuenta, fue el precio que debió pagarse como consecuencia del alto grado de tensión previo.

Para Bielsa, el año se terminaba con sensaciones ambiguas. Por un lado, el éxtasis por el título en La Boca; por el otro, la floja campaña del Apertura. La alegría y la preocupación volvían a mostrarle las dos caras del deporte, aunque lo que proyectaba el futuro invitaba a la ilusión. El Clausura y la Copa Libertadores aparecían como un nuevo sueño, uno cuyo desarrollo traería emociones intensas. El ciclo de Bielsa todavía daba para escribir capítulos milagrosos.

UN DEBUT INESPERADO

En 1988, Newell's había estado a un paso de quedarse con la Copa Libertadores de América. Con un plantel conformado en su totalidad por jugadores de la casa, realizó una campaña notable, para sucumbir recién en la final ante Nacional de Montevideo. Para los históricos como Martino, Llop o Scoponi, se venía una suerte de revancha. Para los pibes, la posibilidad de verificar su nivel en la máxima cita continental. Por prestigio y por envergadura, volver a jugar la Libertadores cuatro años después representaba el desafío más importante del año.

El equipo fue el primero en retomar los trabajos luego de las Fiestas. El 9 de enero, en el estadio, el plantel comenzó con los ejercicios de acondicionamiento para luego iniciar, el 13, la pretemporada, que se extendería hasta fin de mes. El inicio temprano del trabajo les trajo a los jugadores un reto de Futbolistas Agremiados, que había estipulado el receso por vacaciones hasta el 12 de enero. A los muchachos sólo les interesaba estar a punto, por eso desoyeron la recomendación. Bielsa se sumó más tarde, ya que se encontraba en una misión clave: conseguir un nuevo preparador físico. El técnico viajó a Uruguay para entrevistarse con el profesor Esteban Gesto, uno de los candidatos a ocupar un cargo que, por el estilo de presión permanente que aplicaba Newell's, resultaba muy sensible.

Entre los posibles refuerzos, aparecía la chance del retorno de Juan José Rossi y el club había pedido condiciones por el paraguayo Alfredo Mendoza, jugador de Mandiyú de Corrientes, aunque el pase estaba tasado en valores siderales para el mercado local.

Sin embargo, el gran revuelo lo estaba generando por otro protagonista. River pidió condiciones para mudar a Nuñez al Tata Martino, y parecía dispuesto a llevárselo. En una charla en un despacho de la AFA, antes de fin de año, el vicepresidente de Newell's, Mario García Eyrea, tuvo una conversación informal con el titular de River, Alfredo Davicce. Por su parte, el flamante presidente Walter Cattáneo ironizaba acerca de la situación, pidiendo en canje a la gran figura millonaria: Ramón Díaz.

Fiel a su costumbre, Bielsa no presentaba escollos para el traspaso del jugador. Ya había ocurrido cuando Berizzo estuvo a punto de pasar al Sporting de Gijón, e idéntico era su pensamiento ahora. Por un lado, no quería cortarle la carrera a nadie; pero, por otro, negarle la salida a algún jugador era colgarle el cartel de imprescindible, y desde su rol de conductor de grupo eso no resultaba saludable. De cualquier manera, había sido claro con la dirigencia explicándole que si mantenían el plantel completo, el sueño de ganar la Copa podía ser realidad.

Finalmente, el ídolo se quedó en el club y llegaron un par de caras nuevas. Por un lado, el profesor Rodolfo Valgoni se transformó en el nuevo preparador físico del plantel profesional. Por otro, se confirmó la llegada de Rossi y luego de agotadoras negociaciones, los dirigentes le dieron el gusto a Bielsa y en la transferencia más cara de la temporada se concretó el pase de Mendoza.

En el inicio del campeonato y con la inclusión entre los titulares de las flamantes adquisiciones, Newell's le ganó a Quilmes para comenzar con el pie derecho. Sin embargo, la prioridad era la Copa Libertadores y el comienzo traería una verdadera pesadilla.

Cuando un equipo tiene una noche perfecta y otro su jornada fatal, suele ocurrir lo que marcó la fecha inicial del grupo. San Lorenzo aguantó un comienzo aceptable del equipo rosarino y luego con una demostración de practicidad y contundencia, goleó al equipo de Bielsa por seis a cero.

Alberto Acosta, centrodelantero del club porteño, vivió una noche de inspiración y anotó tres goles. La superioridad fue rotunda, pero al mismo tiempo no reflejó la diferencia real entre ambos equipos. Pero era difícil de explicar tan humillante derrota. «No existimos», dijo, lapidario, Julio Zamora.

Bielsa se hacía cargo, con carácter exclusivo, de la derrota: «Cuando los errores son de tamaña magnitud, groseros, la conclusión es que el responsable es el técnico».

El primer gol del equipo de Boedo llegó a los veintiocho minutos del primer tiempo, y todo lo que vino después fue catastrófico.

La derrota era también una lección para el grupo. En la jornada de concentración previa al partido, el plantel había observado un amistoso en el que el Real Madrid goleaba al Colo Colo de Chile por seis a uno. El comentario de los jugadores fue crítico para el conjunto chileno, por no cerrar filas luego del tercer gol. La realidad, un par de días después, los terminaba golpeando a ellos de forma directa y los invitaba a un baño de humildad.

El panorama parecía desalentador. El sacrificio del inicio de la pretemporada quedaba desarticulado en solo un partido, pero ahora más que nunca se imponía la reflexión y la medida. Lejos de presentar síntomas de debilidad, Bielsa estaba preparado para sobrellevar el mal trago y la dirigencia, por si hacía falta, le

manifestó todo el respaldo.

Era necesario capitalizar la enseñanza de la derrota y como en toda situación traumática, las crisis son el impulso para los cambios. Algunas pautas debían transformarse y había llegado la hora de ponerlas en práctica.

SANGRE JOVEN, CARAS NUEVAS

El día en que Cristian Domizzi conoció a Bielsa, lo invitó a pelear. Jugaba para Central Córdoba una final de la Liga Rosarina, contra la famosa Cuarta especial de Newell's. Corría el año 1986. Ganaba el partido uno a cero y resultaba ser el goleador del encuentro. Hasta que su paciencia dijo basta y quiso desafiar al técnico. «¡Nos estaban robando mal! Parecía que para ganar teníamos que llegar a la cima del Everest. Encima terminamos los dos con la misma cantidad de puntos y la final se jugó en el Parque Independencia. Lo encaré porque gritaba todo el tiempo y lo quería pelear. Se metió en el medio el preparador físico y me dejó hablando solo.»

Domizzi siempre recordó el episodio; lo mismo Bielsa. Y cuando por casualidad el jugador fue acercado por un empresario al plantel rosarino, en 1990, el DT se lo hizo saber sin siquiera saludarlo.

—¿Se acuerda cuando me quiso pelear?

—Sí, Marcelo, otra época. Ya pasó.

—Bueno, véngase el lunes que vamos a hablar.

Luego de un par de entrenamientos, Bielsa lo llamó aparte y con la compañía de Picerni y Griffa le planteó las posibilidades para el futuro.

—¿Tiene ganas de quedarse en Newell's?

—Si existe la posibilidad, sí... me gustaría.

—Bueno, fenómeno, pero quiero que sepa que va ser el quinto delantero del equipo.

—Eso es lo que usted piensa ahora... ¡Vamos a ver más adelante!

Dueño de una fuerte personalidad, Domizzi era de esa clase de jugadores que Bielsa valoraba por su espíritu y por su sentido táctico, aunque en sus inicios no convirtiera con frecuencia. Tanto fue así que necesitó de una decena larga de partidos para estrenarse en la red rival. Su utilitarismo y su capacidad para presionar y correr a los rivales lo hacían un elemento valioso. Para mejorar su rendimiento, el técnico apelaba a su conocimiento del fútbol mundial gracias a los videos que recibía de Europa: le mostraba movimientos de delanteros para copiar, espejos en los cuales reflejarse. «Me acuerdo un día que me trajo unos casetes para que viera cómo se movía el finlandés Jari Litmanen. Yo no tenía ni idea de quién era. El tipo después fue un fenómeno en el Ajax y también jugó en el Barcelona, pero cuando Bielsa me entregó los videos estaba jugando en Finlandia y no lo conocía nadie. ¡No lo podía creer! ¡Él solo tenía esas imágenes!»

Para la segunda temporada, considerado uno de los puntales, fue uno de los que más partidos jugaron, hecho que se confirmó cuando Bielsa lo utilizó en el clásico ante Central y veinticuatro horas más tarde en Chile, por la Copa Libertadores, diciéndole que debía olvidar el esfuerzo previo y no podía estar cansado.

En la revancha ante San Lorenzo, fase de grupos de la Copa, Domizzi sufrió un corte en la cabeza que le dejó su camiseta completamente ensangrentada, y aunque siguió en el campo un buen rato, el mareo por la conmoción lo terminó doblegando. Bielsa le pidió de recuerdo la camiseta como ejemplo de compromiso con el grupo.

Junto a Domizzi empezaron a ganar espacio otros juveniles, y se cumplió así otra aspiración del técnico: debían ser los juveniles, los

que venían de abajo, la sangre nueva del plantel. Alfredo Berti era de Empalme y ya había sido dirigido por Bielsa en Reserva, cuando tenía diecisiete años. Su vitalidad y esfuerzo para la recuperación fueron claves en el tramo de la Copa y el Clausura.

Con Bielsa tenía una relación muy especial. Apasionado de la táctica, era capaz de consumir en video tres o cuatro partidos diarios. Todos recuerdan que cuando el técnico daba sus charlas en los vestuarios y lo miraba fijamente a la cara, Berti entraba en un estado similar a la hipnosis y quedaba como en trance, meta asimilar conceptos.

«Eran charlas apasionadas. Me tocaron cuando tenía veinte años y las guardo en el recuerdo hasta ahora, porque eran muy enriquecedoras. Si a uno le gustaba el fútbol, podía recoger muchas cosas. Cada comentario estaba argumentado y Marcelo tenía paciencia para explicarlo. No se encuentra a menudo a un entrenador que dedique su tiempo para que el que lo escuche lo entienda fácilmente», sostiene Berti.

Su frescura y juventud resultaron fundamentales para equilibrar el juego en la mitad de la cancha: se transformó en otro de los jugadores fetiche del entrenador.

Antes de un partido límite ante River, cuando el esfuerzo era realmente importante, Bielsa lo convocó para saber cuál era su estado.

—Alfredo, dígame una cosa, ¿usted puede jugar?

—¡Cómo no voy a poder jugar contra River!

—¿Está cansado?

—No, no estoy cansado.

Bielsa tomó el brazo del jugador y trazó una línea imaginaria

desde la muñeca hasta el codo.

—¿Cómo está su músculo de lleno para jugar? ¿Está hasta acá para jugar?

—No, está lleno hasta acá. Hasta bien arriba en el hombro.

Berti no sólo fue titular, sino que, además, marcó el primer gol de aquel triunfo.

Gustavo Raggio fue un polifuncional de la defensa. Al igual que Berti, fue seleccionado en una prueba en Atlético Empalme, sin saber que aquel día Bielsa estaba mirando la práctica. El primer contacto que tuvo con el entrenador se produjo cuando hacía de *sparring*, participando con la Reserva en las prácticas de la Primera División, en 1990. Una vez que se sumó al plantel profesional, jugó como lateral derecho, como central en las dos posiciones de los zagueros e inclusive como *stopper*. Tenía una gran pegada, que combinaba precisión y potencia, que resaltaba en cada pelota parada. Raggio recuerda con admiración cada una de las prácticas del día previo a los partidos. «Los ensayos tenían el máximo de exigencia. Éramos dos o tres pateadores de cada lado, que ejecutábamos alrededor de ciento veinte pelotas cada uno. El desafío de los que atacaban era convertir en goles un cierto porcentaje de los centros que caían en el área. Nadie regalaba nada, por eso en las fotos de las revistas siempre se veía a alguno con un ojo cortado, o con alguna lastimadura en la nariz o la boca. Bielsa ponía mucho énfasis en el acierto y en la demarcación del error para repetir y corregir.»

El cuarto jugador que logró insertarse con continuidad fue Ricardo Lunari. A los catorce años participó con el club de su pueblo, San José de la Esquina, de un campeonato en el que se

destacó con una gran actuación (convirtió tres goles) ante el equipo local de Central Argentino de Casilda. Jugaba en la mitad de la cancha, por el sector izquierdo, como un típico número diez. Al término del partido, una persona se acercó a su padre y le dijo que lo quería en Newell's. Era Marcelo Bielsa.

Su chance en Primera llegó a los veinte años, después de mucho esperar y tras un viaje al fútbol suizo. En una prueba en el Viejo Continente, en un equipo de Segunda División del país helvético, hizo nueve goles en dos partidos, y al retornar apareció la posibilidad de debutar en Primera. Su ídolo era el Tata Martino, y por el solo hecho de jugar con él ya se sentía un privilegiado. Tenía excelentes condiciones técnicas y podía jugar tanto de mediocampista como así también más cerca del área. Si bien no llegó a tener continuidad en el equipo titular, era un recambio de gran valía. «Siempre digo que fui el jugador número doce de ese equipo. Era siempre el primer cambio. Me sentí importante desde el banco, nunca me desesperé por ser titular porque sabía que tenía treinta minutos y los aprovechaba al máximo. Teníamos esa mentalidad. Cada uno aportaba desde el lugar que le tocaba. Se hizo un gran grupo, muy unido. Eso fue lo que nos inculcó Marcelo desde chicos.»

La movida incluyó a algunos otros jugadores, pero Domizzi, Berti, Raggio y Lunari se ganaron un lugar destacado cuando llegó el tiempo de la rotación. En el momento de las grandes decisiones, Bielsa sabía que tenía recambio. La joven guardia resultó decisiva para encontrar respuestas en tiempos de infinitas preguntas.

UNA MAQUINARIA CASI PERFECTA

La habitación del Hotel Conquistador en la ciudad de Santa Fe era testigo de un momento crítico. Ese hombre abatido, que había imaginado un inicio distinto, cerró la puerta de su cuarto, eligió la oscuridad como compañía y, sin lograr contener las lágrimas, sacó de adentro toda decepción que guardaba tras la fatídica noche del Parque. El apoyo dirigencial poco lo había aliviado y hasta en algún momento (que se esfumó con rapidez) pasó por su cabeza la idea de abandonar todo. El dolor era enorme y personal.

A la hora del contacto con el grupo, se paró delante de los jugadores y con la franqueza de siempre les dijo que si no se sentían capacitados para alcanzar el proyecto fijado y era necesario pensar uno nuevo, la tarea debía ser de todos.

Bielsa ya venía pensando algunas ideas respecto de las individualidades y su aporte al esfuerzo conjunto, ideas que no ponía en práctica porque entendía que implicaban demasiadas rotaciones en el campo. Pero la coyuntura, desgraciada, podía propiciar su puesta en marcha.

Luego de la catástrofe de la noche ante San Lorenzo en el inicio de la Libertadores, Newell's debía enfrentar a Unión para tratar de levantar cabeza. Casualidades del destino, era nuevamente el conjunto santafecino, igual que en el Apertura 90, el que se presentaba para definir algunas cuestiones inherentes al funcionamiento del equipo y marcar el rumbo de Bielsa y sus dirigidos.

El encuentro fue pobre, aburrido, escaso en emociones. El cero a cero no sorprendió a nadie, pero sirvió para hacer una prueba

piloto. En la defensa, Saldaña se ubicó como lateral por la izquierda mientras que Raggio ocupó el lado opuesto. En la mitad, Alfredo Berti ingresó para jugar recostado sobre el sector derecho y Berizzo se adelantó desde el fondo para ubicarse como mediocampista central.

Con Llop como último hombre, Pochettino marcando al delantero más peligroso del rival, Martino como cerebro creativo y Zamora, Domizzi y Mendoza en el ataque, el nuevo diseño estaba listo. Después de algunos partidos de ausencia, Gamboa se sumaría al equipo titular, pero aprovechando su gran caudal técnico se ubicaría como salida por la derecha y reemplazaría al lesionado Raggio.

Los movimientos del técnico dieron resultado de inmediato. En una doble jornada de Copa, entresemana, las victorias ante los chilenos de Coquimbo y Colo Colo devolvieron las esperanzas de clasificación. Se convirtieron seis goles y lo más interesante fue que se los repartieron entre cinco jugadores distintos, lo cual empezó a marcar una riqueza de variantes que sería marca del equipo con el paso del tiempo.

La semana perfecta se completó de la mejor manera. El domingo Newell's jugaba el clásico ante Rosario Central y el partido había despertado más polémicas que las acostumbradas. Los dirigentes leprosos solicitaron a sus pares canallas adelantar algunas horas el encuentro, ya que un día más tarde los de Bielsa tenían que jugar en Chile. La respuesta fue negativa y el plantel debió desdoblarse para asumir ambos compromisos.

Los pibes que habitualmente jugaban en Reserva o conformaban el banco de suplentes (Romero, D'Agostino, Stachiotti, Cerro,

Roldán, Bihurriet, Jaime, Lenci, Villagra, Escudero y Cerino) se sumaron a algunos más experimentados como Fullana, Llop, Garfagnoli, Rossi y Domizzi para disputar un encuentro dramático. Newell's encontró la ventaja en el inicio con un cabezazo de Domizzi y después se dedicó a defender la victoria. Central empujó hasta el final, pero sin éxito. Como para que al partido no le faltara nada, estuvieron las habituales expulsiones. Bauza y Andrade por Rosario Central, Stachiotti y Roldán por Newell's. También Bielsa, para no perder la costumbre, debió abandonar el campo antes del final. La victoria coronó una racha fantástica del equipo y en pocos días la decepción le había dejado lugar a las sonrisas.

Lejos de ser un problema, la proximidad de partidos jugó su parte fundamental: con las tres victorias encadenadas, todo el resto quedaba archivado. Ni qué hablar cuando veinticuatro horas después del clásico, Bielsa y algunos de sus dirigidos, nuevamente en Chile, lograban un valioso empate ante Universidad Católica.

Los triunfos frente a Racing, Gimnasia y Belgrano de Córdoba por el campeonato lo ubicaron puntero del Clausura. El éxito contra San Lorenzo le permitió llegar a la cima de su grupo en la Copa Libertadores.

La apuesta por el grupo resultó perfecta, y el bien común por encima del logro individual se había transformado en un sello del equipo y de su técnico: «Siempre sostengo que en mi plantel no tienen cabida los malos tipos, los que piensan que el camino de la salvación puede emprenderse en solitario. Luego de una situación tan traumática como la que nos tocó vivir a nadie se le ocurrió emprender la aventura individual».

El ejemplo más gráfico era el de Julio Saldaña: había sufrido la

pérdida de su esposa en un accidente automovilístico al comenzar el año y Bielsa le dio libertad para que atravesara el duelo en el tiempo que considerara necesario. Más allá de su pesar, el plantel lo tenía nuevamente en sus filas una semana después del accidente, como una de las figuras del equipo.

Casi con los mismos apellidos Newell's afrontó la exigencia simultánea de jugar el torneo local y la Copa Libertadores. Luego de ganar su grupo en el certamen continental, en los octavos de final eliminó a Defensor de Uruguay, mientras que en el Clausura dos triunfos ante Ferro y Huracán se sumaron a los empates con Vélez, Deportivo Español y Mandiyú.

Parecía increíble todo lo que había ocurrido en sesenta y nueve días, desde aquella fatídica noche del 26 de febrero hasta ese 6 de mayo en el que Newell's despachó al equipo oriental en la Copa: diecinueve jugadores, once victorias y ocho empates.

La chance del desquite con San Lorenzo y la recta final del Clausura surgían como los próximos desafíos y ya no quedaban dudas de que el equipo estaba preparado para asumirlos. «En las próximas dos semanas se define nuestro futuro. Tenemos que jugar contra River, Boca y seguir en la Copa», aseguraba Martino.

El Tata definía los próximos pasos con la misma claridad con la que se movía en la cancha. El sueño de pelear hasta el final en ambos frentes a esa altura ya no parecía una utopía.

ÉPICAS BATALLAS

Con un invicto de más de veinte partidos sobre sus espaldas, el equipo rosarino entraba en zona de definición y la envergadura de los rivales que iba a enfrentar le marcaría un diagnóstico definitivo de su estado de situación. Los equipos que hacen historia se definen, entre otras cosas, por su jerarquía para establecer diferencias cuando el rival presenta síntomas de debilidad.

La tarde del 10 de mayo de 1992 quedó grabada a fuego en la historia del fútbol argentino. En el encuentro que disputaron River y Newell's, el árbitro Javier Castrilli expulsó a tres jugadores del equipo local en un minuto. Por exceso verbal recibió la tarjeta roja el mediocampista Oscar Acosta, y por protestar dicho fallo, el arquero Ángel Comizzo y el defensor Fabián Basualdo siguieron el mismo camino. Reacción en cadena que dejó a los millonarios con ocho jugadores, pocas chances de ganar el partido y por ende de pelear el campeonato.

Hasta ese momento el juego había sido parejo, con ligero predominio del visitante, pero a partir de las expulsiones, a las que luego se sumaría la del zaguero Jorge Higuaín, todo se desnaturalizó. En el vestuario Bielsa utilizó el entretiempo para marcarles a sus muchachos que más allá de la superioridad numérica, era necesaria la máxima concentración para poder ganar el partido. Es común que en este tipo de circunstancias el disminuido redoble el esfuerzo y su rival se relaje y termine llevándose un susto. El mensaje fue claro. Sin perder la línea ni caer en la ansiedad, los espacios aparecerían solos.

Mientras el Monumental hervía por los polémicos fallos de

Castrilli, Newell's jugaba su partido y esperaba por sus oportunidades. A los diecinueve minutos del complemento Berti encontró el hueco justo y su remate decretó la apertura del marcador. Lo más difícil estaba logrado, y cuando Gamboa clavó el segundo con un derechazo preciso, la victoria era un hecho. Lejos de sobrar la situación, el líder del Clausura mantuvo su ambición y en los diez minutos finales convirtió otros tres tantos gracias a dos joyitas de Lunari más un gol del chileno Tudor. La punta estaba a salvo y un rival directo quedaba en el camino. La moral seguía a tope justo antes de buscar una revancha muy esperada.

San Lorenzo volvía a aparecer en el camino de Newell's. Claro que ahora el panorama era distinto. Agrandados, los de Bielsa encararon el ansiado desquite. El resultado recién se puso a tono con la realidad del juego cerca del final, cuando, una vez más y como premio a su voracidad, la búsqueda permanente de ataque encontró sustento en el segundo grito de la noche de Pochettino y en el del Chocho Llop, que terminaron de establecer una goleada por cuatro a cero que dejó sentenciada la serie.

Esa noche Bielsa recibió una verdadera función de parte de sus dirigidos. Su equipo tuvo todo: presión para recuperar el balón, movimiento para encontrar opciones de juego e impiadosa contundencia para rematar al rival cuando lo encontró en estado de debilidad.

El conjunto rosarino estaba en su pico de rendimiento y lo ratificaba de visitante ante Boca por el Clausura y San Lorenzo en la vuelta de los cuartos de final. Ambos encuentros terminaron uno a uno y aunque fueron distintos en su desarrollo, el denominador común fue la firme personalidad del equipo. En La Bombonera,

luego de un gran primer tiempo, supo aguantar los embates del rival con solidaridad táctica y mucho coraje para conquistar un punto de oro. En el encuentro de la Copa dio una lección de cómo administrar un resultado favorable, y dejó la sensación de economizar las energías y comprometerse con el encuentro cuando luego del gol local salió a fondo a sostener el invicto, cosa que logró con el empate de Lunari.

La victoria ante Independiente con el cabezazo de un Pochettino, en racha goleadora, estiró la diferencia a tres sobre el escolta Vélez y alentó el optimismo antes de las semifinales frente al América de Cali.

Para ese entonces, Newell's era la bandera del fútbol argentino y Bielsa un personaje que llamaba la atención de propios y extraños. Su estilo y sus pensamientos excedían las fronteras del ambiente futbolístico. Bernardo Neustadt, lo había invitado a *Tiempo nuevo*, y aunque el técnico se negó a ir por considerar que una aparición pública era irrespetuosa frente a la concentración de sus jugadores a horas de un partido trascendente, al menos aceptó un almuerzo con el periodista. Siendo un equipo del interior con buenas artes para el juego, todo el fútbol argentino, salvo los hinchas de Central por obvias razones, apoyaba la cruzada leprosa.

Los encuentros ante los colombianos resultaron verdaderas batallas. Jugadores de calidad como Jorge Bermúdez, Wilson Pérez, Leonel Álvarez, Antonhy De Ávila y Freddy Rincón, acompañados por el argentino Jorge Balbis y el uruguayo Jorge Da Silva, hacían de América un rival durísimo.

En ciento ochenta minutos no se sacaron ventajas. El encuentro de ida en el Parque Independencia obligó al cuadro rosarino a un

esfuerzo supremo para, gracias a un remate de Mendoza, empatar un partido que desde temprano ganaban los caleños con un gol de De Ávila. El choque resultó complejo y sólo el coraje permitió salvar un punto.

Para ir a jugar el desquite a Cali fue necesario un viaje de quince horas con escalas en Jujuy, Guayaquil y Bogotá. Por su temor a los vuelos, el único agradecido de las paradas era Bielsa, que las aprovechaba para dormir. El equipo cafetero no le quitaba el sueño al DT, que conocía la fórmula para neutralizarlo. Newell's debía tener la pelota, ya que si la posesión estaba del lado opuesto, la técnica colombiana podía hacer la diferencia. Para poner en práctica sus ideas teóricas, Bielsa les había hecho ver a sus pupilos los encuentros ante Central la noche del cuatro a tres y frente a Boca la jornada de la vuelta olímpica en La Bombonera, como modelos de lo que pretendía del equipo. Además, tuvo media docena de charlas con el plantel para mantener el ánimo bien arriba antes del decisivo encuentro.

La llegada al estadio fue turbulenta e intimidatoria. En un bus pequeño en el que no había asientos para toda la delegación, atravesaron gran parte de la ciudad y a pocas cuadras de la cancha el conductor modificó el camino. En una maniobra que nunca quedó claro si fue premeditada, se internó en una zona de funerarias y fábricas de ataúdes: la apuesta por la mala suerte era clara, y el plantel empezaba a estar de mal humor. Luego, en el calentamiento previo, Mendoza recibió una agresión, como para recordarle que no era persona muy grata, por el solo hecho de haber jugado para el Deportivo Cali.

Sin embargo, la revancha fue de lo mejor del todo el ciclo

Bielsa en materia de táctica. Contrariamente a lo que pasó en el primer encuentro, fue Newell's el que otra vez con un cabezazo de Pochettino se puso en ventaja a los cuatro minutos.

«El día previo al partido, fuimos a hacer el reconocimiento del estadio y a practicar con pelota parada. Bielsa nos juntó y nos dijo que la manera más accesible de convertir un gol iba a ser con el balón detenido», recuerda con admiración Domizzi.

El gol silenció a los casi cincuenta mil fanáticos que colmaban el estadio Pascual Guerrero y que, a los pocos minutos de juego, ya habían agredido a Berizzo con una pila de monedas atadas con cinta adhesiva. De allí en adelante la resistencia de Newell's fue emocionante. Para colmo, a los sesenta minutos, Llop y Leonel Álvarez fueron expulsados por agredirse, con lo que los rosarinos perdieron un soldado clave para sostener la ventaja. El esfuerzo acumulado cada vez se sentía más. Domizzi en la línea salvaba un tiro libre y Scoponi y Gamboa conformaban una muralla en la defensa. Ya no estaban Martino ni Mendoza, reemplazados por Garfagnoli y Raggio para fortificar la resistencia. Hasta que a dos minutos del final, empató Da Silva, con un penal bien sancionado por el brasileño Marcio Rezende. Se venía la definición por penales. El suspenso se apoderaba de la noche.

Bielsa, expulsado un rato antes del final (fiel a su estilo), no pudo contener su ansiedad y se asomó como pudo por la boca del túnel para sufrir con la definición.

Con frialdad, los diez ejecutantes designados para la serie regular convirtieron sus remates. La eficacia se mantuvo hasta que en la séptima ronda Pochettino levantó su rechazazo sobre el travesaño. No hubo ni tiempo para lamentos, porque Scoponi, igual

que en la final contra Boca, se hizo grande para ahogar el tiro de Bermúdez. Cuando Domizzi falló el suyo todos pensaron que la suerte estaba echada, pero Balbis dilapidó otra chance de victoria colombiana rematando desviado. La resolución se estiró al punto que Scoponi ejecutó su penal con éxito, su colega Niño lo imitó y fue necesario comenzar la serie nuevamente. La precisión era asombrosa y todos demostraban tener nervios de acero, hasta que el arquero rosarino voló hacia su izquierda y desvió el remate de Maturana.

Luego de veintiséis penales para el recuerdo, Newell's se metía en la final de la Copa Libertadores de América. Fueron veintidós minutos de adrenalina y una definición tan literalmente taquicárdica que algunos la pagaron con su propia vida: un hombre murió en la tribuna y otros diez debieron ser atendidos por preinfartos en el propio estadio.

—¡Estamos en la final, nos falta uno más! ¡Estoy orgulloso de ustedes, porque dieron una muestra de valentía! —repetía exultante Bielsa luego de fundirse en un abrazo conmovedor con Berizzo.

En el hotel del conjunto rosarino, el festejo se prolongó hasta altas horas de la madrugada. El Profe Valgoni prometió cumplir con sus rituales, y la cábala de comprar el champagne para festejar la clasificación y cocinar sus clásicos fideos con crema, arvejas y jamón cocido el día previo a los partidos se extenderían por un par de semanas más.

Al retorno, poco importó que los pibes sucumbieran ante Estudiantes de La Plata y el invicto dijera basta en su partido número veintiséis. El Clausura seguía teniendo a Newell's como líder y la final de la Copa era una realidad.

MORIR DE PIE

Cuando Bielsa lo conoció, Julio Zamora era la estrella de la Cuarta «B» de Newell's, en el campeonato de la Liga Rosarina. Nunca olvidó aquella tarde en la que dirigiendo a su equipo en el duelo de los dos conjuntos leprosos, gambeteó a sus muchachos como un demonio y les marcó cuatro goles en un abrir y cerrar de ojos. El Newell's «A» de Bielsa era goleado por el Newell's «B» de Picerni con una actuación deslumbrante de ese pibe esmirriado, que de noche buscaba convencer a los automovilistas en las esquinas vendiéndoles sus flores y así sumar unos pesos extra a los que obtenía jugando todas las semanas en los torneos chacareros. Zamora no dudó un instante cuando le ofrecieron ir a jugar a un equipo del interior de la provincia de Santa Fe, si eso le garantizaba tener un sueldo. Bielsa se enteró antes de que se concretara la operación y con la imagen de aquel malabarista que bailó a sus dirigidos, exigió que se rompiera el acuerdo y que el chico tuviera los mismos beneficios pero en Newell's.

Zamora tomaba el fútbol como un juego y siempre estaba más allá del resultado. Verlo tirado en el vestuario, indefenso y a lágrima tendida era la postal exacta para comprender el significado de la derrota ante el San Pablo.

En otro costado, Berizzo hundía la cabeza entre sus piernas y su silencio lastimaba. Más allá, Martino sentía que el dolor por su desgarró muscular era ínfimo al lado de la tristeza por la caída. A su lado, Llop se mostraba sereno y orgulloso de lo que habían sido capaces de hacer, peleando hasta el final. Bielsa, que una vez más resultó expulsado, caminaba para que no se lo viera quebrado, pero

al acercarse a consolar a alguno de sus muchachos era incapaz de evitar el llanto. Lloraban como chicos, después de haber caído como grandes.

Atrás quedaban ciento ochenta minutos parejos y otra dramática definición por penales.

En el partido de ida, jugado en Rosario, en el Gigante de Arroyito (aunque, ojo, usando el vestuario visitante), la historia se inclinó para Newell's gracias a un penal convertido por el Toto Berizzo. Con una multitud acompañando, la diferencia lograda fue mínima, pero permitía viajar a Brasil con una ventaja.

Para la revancha, el equipo suspendió su partido del torneo local y viajó con varios días de antelación. Una vez en Brasil, se sobrepuso a distintas artimañas: nada perturbaba al plantel ni le hacía perder de vista el objetivo. En el hotel, Bielsa dio varias charlas en las que enfatizó la importancia de la posesión de la pelota para poder controlar el partido.

En el vestuario, la música de los rosarinos de Vilma Palma e Vampiros fue banda sonora oficial hasta que el silencio se adueñó del espacio y todo se transformó en concentración absoluta. En el calentamiento previo, como antes de cada clásico frente a Central o en la final ante Boca, Bielsa rompía la fila, se enfrentaba a cada jugador y le descargaba enérgicas frases de motivación. Cuando los jugadores comenzaron a golpear los *lockers* o el pizarrón verde de metal para descargar tensiones, el DT se sumó a la ceremonia. Luego entregó la arenga final, la inolvidable.

Como en otros encuentros decisivos, les habló de la importancia de las finales, el modo en que los grandes partidos definen a sus protagonistas. Les habló de la posibilidad que tenían de quedar en la

historia del club y de la gran cantidad de seres queridos que los acompañaban y estaban pendientes de lo que fueran capaces de hacer. «¡Afuera hay ochenta mil personas, pero acá adentro hay un equipo de hombres que está dispuesto a salir a ganar! Ganar la Copa les va a permitir caminar con la frente bien alta por Rosario por el resto de sus vidas. ¡Salgan y ganen!», fueron las palabras con las que cerró la arenga.

Scoponi; Llop, Gamboa, Pochettino; Berti, Berizzo, Saldaña; Martino; Zamora, Lunari y Mendoza salieron a jugar el partido más importante en la historia del club.

El primer tiempo fue un calvario a pesar del cero a cero. Newell's jamás pudo tener la pelota y sólo por la falta de profundidad del local y porque en la única que tuvo Zamora su envío se estrelló en el poste, el marcador siguió cerrado.

Para el complemento Domizzi ingresó por un Martino desgarrado. El delantero tuvo la más clara al rematar al arco vacío de zurda, en una buena acción de contraataque, pero su débil intento fue rechazado cuando el balón se disponía a cruzar la línea de sentencia. Promediando el segundo acto, Raí transformó en gol el penal que cometió Gamboa y después no hubo tiempo para más hasta llegar a la definición desde los doce pasos. Ni siquiera para el ingreso de Gustavo Raggio, un especialista en la materia, que fue ignorado por el árbitro colombiano José Torres cuando pedía el cambio en el último minuto.

El inicio con el siempre infalible Berizzo estrellando su zurdazo en la base del poste izquierdo fue el preanuncio de lo que se vendría. Raí e Iván para los paulistas y Zamora y Llop del otro lado le pusieron perfección a sus remates. Todo pareció cambiar cuando

Scoponi parado en el medio del arco le detuvo el suyo al rústico defensor Ronaldo, pero esa noche, la suerte que quince días atrás había acompañado al equipo de Bielsa estaba empeñada en hacerle una gambeta y en la ejecución posterior Mendoza mandó el tiro por arriba del travesaño al querer asegurarlo. Cafú demostró en su rechazazo la misma calidad que exhibió a lo largo de los dos partidos y el disparo de Gamboa concluyó en las manos del arquero Zetti, para sentenciar el pleito y acabar con la ilusión. Los mismos penales que un par de semanas atrás impulsaron sonrisas ahora se transformaban en el peor de los castigos.

Un grupo de tipos corajudos vestidos de rojo y negro dejó la vida en el Morumbí. Murieron de pie, y ante el que luego con el tiempo se transformaría por dos largos años en el mejor del mundo, superando incluso al Barcelona de Johan Cruyff y al Milan de Fabio Capello en las finales intercontinentales. Una vez más, la Copa quedaba allí, cerca, al alcance de la mano, pero intocable.

El camino no había llegado a su fin. Todavía quedaba el cierre del Clausura y aunque el dolor iba a permanecer, la chance de volver a ser los mejores del país estaba a un par de victorias. Era necesario tomarla para demostrarles a todos que, además de fútbol y personalidad, el grupo tenía grandeza para salir de aquella profunda tristeza.

VOLVER A VIVIR

El plantel de Newell's volvió al Novotel Morumbí para encarar la difícil noche de la derrota. Los jugadores se juntaron en una habitación, para hablar, llorar, darse ánimo. La posibilidad de ganar la Copa había estado ahí, y todo el esfuerzo a lo largo del recorrido no fue suficiente. Esa noche nadie durmió.

Como el partido siguiente por el campeonato era ante San Lorenzo y de visitante, se decidió permanecer en San Pablo hasta el viernes y de allí volar directamente hacia Buenos Aires. Generar un microclima fuera de Rosario fue una idea que a todos les pareció saludable. No había que desviarse del objetivo y la definición del torneo lo tenía a Newell's como principal protagonista.

Bielsa se internó en su habitación y lo único que hizo fue ver fútbol. Como si necesitara revolver el puñal en la herida para, a partir de allí, sentirse fortalecido, repasó en dos oportunidades el video de la derrota con San Pablo y los últimos tres compromisos del rival del domingo por el Clausura. En el primer contacto con sus dirigidos les planteó la manera en que se iba a encarar el futuro: «La herida por la derrota no la vamos a poder cerrar nunca más en la vida. En todo caso, de la única forma que podemos mitigar el dolor y transformarlo es ganando el campeonato y yo quiero que a ustedes les pase lo mismo que a mí. Perdimos la final es cierto, pero ahora tenemos una revancha. Quiero que sepan que no hay reproche alguno y que estoy orgulloso de cada uno de los integrantes de este grupo».

Como si el destino hubiera decidido hacerle un guiño al equipo rosarino, era justo San Lorenzo el rival que podía marcar la recuperación. El mismo de la catastrófica derrota y de la gran

recuperación. El del primer título en 1990, el de la exhibición del cuatro a cero en los cuartos de final.

Con todos los titulares salvo Martino, el equipo jugó un partidazo y ganó dos puntos vitales. Liberado de las presiones de la Copa, los de Bielsa brindaron un festival que contuvo presión, excelente actitud y oportunismo para golpear. Berti a los dos minutos de juego y Mendoza a los cinco del complemento marcaron tantos fundamentales para gobernar el partido. Una gran definición con el sello de Zamora le dio categoría de goleada al encuentro y les devolvió la vida a los jugadores leprosos. La posibilidad de volver a ganar el título nacional era concreta.

A mitad de la semana siguiente el panorama se terminó de clarificar. Newell's enfrentó a Talleres de Córdoba en el partido que aplazó cuando jugó la final de América. En un encuentro cerrado que ni un penal pudo abrir, producto de la contención del arquero Zeoli ante el remate de Berizzo, los minutos se consumían y con ellos la posibilidad de estirar diferencias en la tabla. Hasta que Bielsa movió el banco y los cambios trajeron los goles. Escudero ingresó por Domizzi y pagó su confianza con una volea espectacular para el delirio de todo el Parque Independencia. Luego Soria, que había reemplazado a Lunari, marcó el segundo sesenta segundos después y decretó la fiesta.

Cuando el domingo siguiente, el equipo sumó un punto gracias a su igualdad ante Argentinos Juniors, todo el país supo que la nueva estrella estaba a punto de ser una realidad. La diferencia de cuatro unidades sobre Vélez y Deportivo Español con dos fechas por jugar, le garantizaba al menos el primer puesto. Así lo sintió también el público que al finalizar el encuentro invadió el campo de juego para

abrazar a los jugadores y celebrar por anticipado la futura obtención del título.

Sin embargo, aquella tarde Bielsa se fue una vez más expulsado y muy molesto por la actuación de su equipo, incapaz, desde su análisis, de producir situaciones de gol que le permitieran ganar el partido y finiquitar la historia. El empate a cero demoraba lo que podía haber sido vuelta olímpica en casa y obligaba a esperar los resultados ajenos.

El equipo de Liniers quedó afuera de la carrera al empatar con Gimnasia en dos goles, pero la victoria de Español ante Central alargó por unas horas el suspenso. Hasta que el inicio de la última jornada trajo la esperada noticia y permitió liberar el grito de campeón. Deportivo Español igualó con Racing en el adelantado del viernes y automáticamente consagró a Newell's como el monarca del Clausura antes de disputar su encuentro final ante Platense.

El plantel a pleno, con los dirigentes y allegados, se fue juntando para festejar en la confitería Pan y Manteca, reducto leproso ubicado en la esquina de las calles Córdoba e Italia. Antes de partir al festejo, Bielsa recordó a aquellos que lo apoyaron en las difíciles. Llamó a Raúl Oliveros, ahora ex tesorero, para agradecerle por el respaldo y la confianza brindados en los inicios del ciclo cuando pocos apostaban por el joven y semidesconocido entrenador.

«Nunca lo voy a olvidar. Me enteré que Newell's era el campeón y aunque me alegré, en seguida me fui a acostar. A los cinco minutos me sonó el teléfono y era Marcelo, para decirme que ese título también me pertenecía y que me agradecía por todo lo que había hecho en mi tiempo de dirigente. Me conmovió casi hasta las lágrimas. Eso entre tantas cosas define qué clase de persona es

Bielsa», rememora Oliveros.

Los festejos fueron emocionantes aun desde la tranquilidad que siempre irradiaba el grupo. Bielsa estaba feliz. El plantel había respondido con carácter luego de la final ante San Pablo y pudo cerrar un gran campeonato, ganado de forma inobjetable. Se abrazaba con todos y le pedía repetir las canciones a Ricardo Lunari que manejaba la batuta.

—Luna, Luna... la del sentimiento.

—¿Otra vez Profe, quiere esa?

—¡Sí, vamos de nuevo con la del sentimiento!

Y Lunari accediendo al pedido del técnico arrancaba con el tradicional «¡Ohh... Soy de Newell's, es un sentimiento, no puedo parar!». La cantaron cerca de quince veces y Bielsa con lágrimas en los ojos la repetía con más fuerza en cada oportunidad.

El domingo 5 de julio salieron a dar la vuelta olímpica como campeones del fútbol argentino Scoponi; Raggio, Gamboa, Llop, Pochettino; Berti, Berizzo, Saldaña; Zamora, Domizzi y Mendoza. Una multitud los acompañó y celebró con ellos el título. El partido con Platense fue una excusa y gracias al empate conseguido por Lunari, reemplazante de Domizzi en el complemento, finalizó uno a uno.

Newell's fue campeón con veintinueve puntos, dos de ventaja sobre sus escoltas. Ganó once partidos, empató siete y sólo perdió con Estudiantes de La Plata el día que debió poner a todos los pibes. Con veintisiete conquistas se subió al tercer escalón de los más efectivos en la red, y sus ocho goles en contra lo transformaron en la defensa menos vencida.

En un costado, ya sin ese clásico pulóver gris que se repetía en

todos los partidos (aunque él lo negara, como para no pensar que era una cábala), Bielsa festejaba de manera más mesurada que aquellas conquistas ante San Lorenzo o Boca. El título le ponía el broche de oro a dos años de esfuerzo, trabajo y extraordinarios resultados. El entrenador sabía del costo de esos veinticuatro meses y se lo hacía saber a sus dirigidos en la última charla técnica, previa al encuentro, con un dejo de tristeza: «Les he pedido tanto, muchachos, que es evidente que no puedo tirar más de la cuerda».

Luego del juego, el secreto a voces que se quería negar, era confirmado por el propio entrenador: «Mi ciclo se ha cumplido. Ésta es una decisión irrevocable. Cumplimos la tarea y es tiempo de descansar. Luego de los partidos finales con River renuncié a mi cargo. Hablé este tema largamente con mi familia y esta mañana se lo comuniqué a mis jugadores. Durante estos próximos seis meses nada de dirigir».

El entrenador comunicaba los plazos de su salida y anunciaba que su ciclo estaba cerrado, más allá de dirigir las finales con River que definirían al clasificado directo para la Copa del año siguiente. Con él, por una cuestión de respeto, también partiría Jorge Valgóni. Los dirigentes buscaban retenerlo y le ofrecían la gerencia general del fútbol, pero la propuesta no parecía seducirlo. Los objetivos cumplidos y el título ganado representaban el mejor final y planteaban el escenario perfecto para ejecutar la salida.

La idea era continuar un par de semanas más, pero las decisiones se iban a modificar sobre la marcha, para sorpresa de todos.

UN CASAMIENTO Y UNA SEPARACIÓN

Después de muchas idas y venidas, Darío Franco iba a tener su fiesta de casamiento. Un año atrás había contraído matrimonio, antes de su partida al fútbol español, al Zaragoza, pero la celebración era una asignatura pendiente. Para organizar la fiesta y decidir la fecha, Franco debió ser paciente y aguardar el momento. Quería que estuvieran todos sus compañeros, por eso en un par de oportunidades tuvo que posponer el festejo, ya que la continuidad de partidos de sus amigos, jugando en simultáneo la Copa y el Clausura, dificultaba la elección del día.

Con el título bajo el brazo, la fiesta era la excusa perfecta para dar rienda suelta a la alegría y liberar todas las tensiones acumuladas. El 8 de julio debía ser una jornada inolvidable.

Sin embargo, el título no venía solo. Los jugadores habían tenido largas conversaciones con los dirigentes para arreglar los premios por la participación en ambos campeonatos. Para obtener recursos, la dirigencia organizó un partido amistoso ante Olimpia de Paraguay: lo recaudado iría a parar a los bolsillos del plantel. El encuentro, además, serviría como previa de esos choques ante River que darían un pasaje directo al torneo continental del año siguiente. La fecha fijada para el amistoso: el 9 de julio.

Con ese espíritu festivo, los jugadores creyeron que el partido no alteraría en nada los planes de la fiesta, pero en la cabeza de Bielsa la idea era otra: para el técnico, el juego debía ser tomado como uno más y, por lo tanto, debía respetarse la rutina.

Así fue que el miércoles a la noche, en una escena extraña, los jugadores vestidos de traje abandonaron en un micro la

concentración de Funes y arrancaron para la fiesta. En el camino hicieron varias paradas en las que se fueron incorporando las esposas y novias de los integrantes del plantel. Así llegaron a Cruz Alta, el pueblo del que es oriundo Franco. Festejaron como chicos. Comieron, bailaron y también bebieron. Era imposible abstraerse del clima de celebración. Luego de una temporada agotadora, se presentaba la situación ideal para liberar la presión a pura farra.

Bielsa, por su parte, pensaba en el partido del día siguiente: lo que quería era que el plantel volviera a la concentración. Tras algunas deliberaciones pudieron convencerlo para estirar la fiesta un rato más, pero a las tres de la mañana y aunque la pista recién empezaba a tomar temperatura, el grupo se subía nuevamente al micro y emprendía el retorno. El trayecto fue idéntico al de la ida; por lo tanto, las escalas para dejar a las mujeres retrasaron bastante la llegada a la concentración. El casamiento era historia, los jugadores debían empezar a pensar en el partido.

El encuentro, como no podía ser de otra manera después de semejante introducción, fue un fracaso. La gente acompañó, pero el equipo no respondió. Bielsa puso en el inicio al elenco titular, que jugó cuarenta y cinco minutos para el olvido, siendo superado por dos a cero. Al llegar al vestuario, Bielsa fue muy duro con los jugadores y les reprochó su falta de entrega. Adujo que el compromiso con el público debía obligarlos a un esfuerzo más importante. El carácter amistoso del partido le permitió cambiar a todo el equipo y así disimular su fastidio. Varios jugadores tomaron de mala manera los retos. Les quedó claro, una vez más, que para Bielsa todos los enfrentamientos revestían la misma exigencia, pero a algunos la reprimenda les sonó exagerada.

El día siguiente trajo la noticia inesperada. Despedirse luego de haber ganado el Clausura era una buena idea. Lograr el pico de rendimiento, el tema del casamiento, el partido fallido con Olimpia, todo fue abonando el terreno para la salida, aunque hubiera dicho que se quedaba a dirigir las finales con River. Era el momento para irse.

Además había algo que lo atormentaba. Más allá de los jugadores que partirían a jugar al exterior como consecuencia de sus notables rendimientos, estaba claro que el grupo necesitaba una depuración y no quería ser él quién asumiera semejante costo.

Se cerraba el ciclo más exitoso en la historia del club. El mismo hombre que dos años atrás comenzaba su aventura de dirigir a Newell's en Primera, ahora elegía el camino de la salida.

Como si su despedida fuera el anuncio de un cono de sombras, el futuro traería sólo malas noticias. Un par de años más tarde comenzaría para el club un tiempo oscuro y doloroso, que produjo el vaciamiento institucional y que se extendería por casi quince años.

El retorno se haría desear, pero un día Marcelo Bielsa habría de volver al Parque Independencia. Primero para sentarse en el banco de suplentes visitante y recibir todo el cariño de la gente. Luego, en una jornada inolvidable, pero también increíble, para transformarse en estadio.

CAPÍTULO V

México

«Nunca me dejé tentar por los elogios. Los elogios en el fútbol son de una hipocresía absoluta. El fútbol está concebido así, tiene que haber o una gran alegría o una gran tristeza. Derrota o victoria, sangre o aplauso son valores muy caros al ser humano. Entonces, en el fracaso sufro mucho la injusticia del trato. No logré nunca dominar eso. Siempre sufro mucho cuando perdemos y cuando soy maltratado, pero sí logre no creerme la duración del éxito. Como no se revisa por qué ganaste, da lo mismo, te adulan por haber ganado no porque mereciste ganar, por el recurso por el que ganaste. Entonces tuve claro siempre que esa franela, porque ése es el término, es impostora.»

CAMBIO DE HÁBITO

Luego de los dos años intensos y agotadores en Newell's, la idea de Bielsa era tomarse un tiempo de descanso, dedicarse a sus hijas y a su esposa, recuperar la vida familiar y la calma. Sin embargo, su actuación al frente del equipo rosarino, con dos títulos y el subcampeonato de América, había llamado la atención en el exterior.

Al poco tiempo de transformarse en un desocupado, Francisco Ibarra, presidente del Atlas de Guadalajara, lo contactó y le hizo un ofrecimiento formal para dirigir en el fútbol mexicano. El técnico se tomó un par de meses para analizar la oferta, pero fue tal la insistencia del directivo que aceptó viajar para tantear el terreno. Al llegar se encontró con un panorama frustrante. En el torneo mexicano de esos años, los refuerzos de cada conjunto eran elegidos por los dirigentes en un sistema similar al del basquetbol de la NBA. En una especie de subasta, se escogían las incorporaciones de acuerdo con un presupuesto y el salario de cada jugador. Bielsa estuvo más de una semana, tratando de pasar inadvertido, y asistió desde la platea a varios entrenamientos en los que verificó el bajo nivel del plantel. Desilusionado, le pidió a su amigo Carlos Altieri, que lo acompañaba oficiando de representante, para que le armaran otro entrenamiento y terminar de sacar sus conclusiones. No le fue mucho mejor, y el desconsuelo dominaba la escena. La idea de echarse atrás llevaba las de ganar.

Ante la indefinición en la situación, la prensa comenzó a especular con las reacciones de Bielsa y su falta de diálogo con el plantel. El técnico debía firmar su contrato o de lo contrario terminar con la incertidumbre y abandonar el proyecto. El dinero era

suculento, pero el convencimiento no lo acompañaba y se lo hacía saber a su amigo. Altieri lo recuerda con detalle: «Le dije que tenía que tomar una decisión y aunque las cifras del contrato eran excelentes, me confesó que ni por esa fortuna iba a dirigir al equipo. Me ordenó que pagara los gastos del hotel y que les comunicara a los dirigentes que no se iba a hacer cargo del plantel profesional. El presidente Ibarra ya lo había anunciado ante la prensa y quería evitar el papelón, entonces le ofreció dirigir a los juveniles, a los que allá llaman las ‘fuerzas básicas’».

Bielsa estaba decidido a pegar la vuelta, pero ante la contraoferta analizó las posibilidades. Les pidió un entrenador, un preparador físico y mejorar las condiciones de su contrato. Su intención era obtener la negativa del club y así lograr una salida más elegante, pero era tan grande el deseo de contratarlo de parte del Atlas, que accedieron a todos sus pedidos. Mario Zanabria, compañero de Newell's en sus tiempos de jugador, y el profesor Esteban Gesto, a quien había buscado ante la salida de Castelli, conformaron la dupla elegida.

Altieri evoca el momento, y lo explica con una anécdota de juventud: «Al final los tipos le dieron todo lo que les pidió. ¡No lo podíamos creer! Cuando éramos pibes yo siempre le decía que en el fútbol había que ganar un millón de dólares porque ante cualquier enfermedad de uno de nuestros hijos, con ese dinero se podía curar. Le puse ese ejemplo y así lo pude convencer. Luego de firmar por dos años y cuando nos quedamos solos, me revoleó los papeles y me dijo que ahí tenía el contrato que tanto quería. Después hizo un trabajo sensacional».

Para Mario Zanabria la posibilidad de volver a dirigir luego de

un par de años era interesante. Recibió el llamado de Bielsa mientras estaba descansando con su familia en Santa Fe y debió contestar en cuestión de horas: «Estaba en la casa de mis suegros para que los nietos pudieran disfrutar de los abuelos y me llamó Marcelo. Me dijo que en treinta minutos le tenía que dar un respuesta y ahí le pedí un poquito más de tiempo. La cuestión es que a la mañana siguiente estaba embarcando para México y conociendo al profesor Gesto en el avión».

Aun sin tanta presión, en un medio bastante más relajado y en su función de manager, la vida de Bielsa seguía ligada al fútbol. Continuaba observando partidos en cantidades industriales, recibía las publicaciones de siempre más las que le mandaba Daniel Carmona desde Rosario y convocaba a Zanabria todos los domingos a las siete de la mañana para cumplir con un ritual. Gracias a la antena parabólica que tenía instalada en su casa, observaban los partidos del fútbol italiano y analizaban tácticamente a los equipos. La diferencia horaria los obligaba a madrugar, pero para ver a los mejores equipos del mundo valía la pena el esfuerzo. Nunca se desconectaba del todo de su trabajo, pero al mismo tiempo se permitía algunos momentos para el ocio. Así descubrió pasatiempos como el golf, deporte que comenzó a practicar en el complejo en el que tenía su residencia. En cuanto a su personalidad, la vida en Guadalajara le permitió moderarse, alejándose de los límites y encontrando el equilibrio que le faltaba.

En el plano laboral, su trabajo fue mutando con el paso del tiempo. En su primera temporada se dedicó a la búsqueda de jóvenes talentos para sumarlos a las divisiones menores. El sistema que implementó fue idéntico al utilizado en Newell's. Fue

contactando personas en distintos puntos del país y eligiendo entre una multitud de jugadores. Sentó las bases de una tarea modelo que dejó una metodología de trabajo. Por un lado, se probaban cerca de veinte mil jugadores para elegir los mejores quince. Por el otro, se filmaban los trabajos, se los almacenaba en computadoras y se elegían de entre diez mil ejercicios que formaban parte de su repertorio, los mejores doscientos para poner en práctica con los chicos. De esa forma diseñó la política institucional de Atlas. Nombres como los de Pavel Pardo, Rafael Márquez, Jared Borghetti, Oswaldo Sánchez o Daniel Osorno, para mencionar a algunos de los más notorios, surgieron del trabajo de reclutamiento de talentos y con los años formaron parte de distintas selecciones mexicanas en todas sus categorías. En su oficina, que se asemejaba a lo que en Newell's era la Secretaría Técnica, tenía un mapa de todo el país y allí ponía marcas de colores en los sitios en los que Atlas ya había establecido filiales. El plano estaba ocupado con noventa fichas que marcaban el intenso trabajo realizado.

Pendiente de lo que ocurría también en el fútbol internacional, le prestó mucha atención al Mundial de 1994 en Estados Unidos. Buscando saber todo lo que estaba a su alcance y en un club sin ningún impedimento económico, cualquier idea podía ser ejecutada. Contrató un grupo de colaboradores para seguir la evolución de cada una de las selecciones participantes y así obtener la información minuciosa de sus métodos de entrenamiento, sistemas de juego y jugadores más destacados.

El primer año transcurrió mucho mejor de lo que prometía. Luego de un inicio desparejo, la segunda rueda fue muy buena a pesar de no lograr ingresar a la liguilla final. Se habían sentado las

bases para producir jugadores y la maquinaria ya estaba en marcha. Para el segundo año, los objetivos eran otros. El puesto de director técnico lo estaba esperando y ahora sí, Bielsa estaba dispuesto para asumir sus funciones.

TRABAJO DE CAMPO

Bielsa dirigió en México durante algo más de dos temporadas. Luego del primer año en el que organizó estructuralmente las divisiones juveniles del club, su tiempo para hacerse cargo de la dirección técnica había llegado. Intentó sostenerlo a Mario Zanabria, ahora como coordinador del área de juveniles, pero la dirigencia lo objetó por una cuestión de costos.

Al asumir sus funciones incorporó algunos jugadores de su gusto y armó la base para hacer un papel interesante en la liga local. Algunos argentinos, como Cristian Domizzi, Martín Ubaldi, Ricardo Lunari, Silvio Rudman y Eduardo Berizzo, formaron parte de aquel proceso, sumados a los jóvenes que ya estaban en condiciones de dar el salto a la Primera División. Pardo, Padilla, Oswaldo Sánchez y Borghetti se intercalaban con los nombres de mayor experiencia y comenzaban a destacarse.

A pesar de haber estado un año sin dirigir, su estilo de conducción seguía siendo el mismo. Máxima intensidad, máximo esfuerzo y la búsqueda permanente de la excelencia. No era sencillo seguirle el ritmo en un fútbol algo más relajado como el azteca. Los jugadores no estaban acostumbrados a un entrenador con la forma de trabajo que tenía Bielsa, por eso la ayuda de los argentinos, que ya lo conocían, resultó muy valiosa.

Berizzo recuerda su llegada y un diálogo con el técnico: «Yo llegaba de Newell's, porque él me había pedido. Lo encontré cuando asumió como entrenador y tuvimos una charla importante. No llegué en buenas condiciones físicas, porque venía de una operación en el tendón rotuliano, y él me dijo que me tenía que poner en línea

porque en esas condiciones no podía jugar. Me entrené con el preparador físico y me puse diez puntos. Después lo disfruté mucho».

La campaña de Atlas fue muy buena. Luego de muchos años de estar afuera de la pelea, el equipo de Guadalajara llegó a los cuartos de final de la liguilla por el título, aunque cayó ante el Santos Laguna.

El año siguiente ya no tuvo los mismos resultados y la irregularidad lo llevó a dar un paso al costado. Tuvo un período de descanso forzoso, pero su idea agresiva de juego y su trabajo de captación de jóvenes no había pasado inadvertida en el medio.

América, uno de los dos equipos más importantes del país, lo contrató para dirigir al plantel superior. Quiso que lo acompañara Zanabria como ayudante de campo, pero como Mario acababa de arreglar con el Pachuca, el reencuentro fue imposible. Con una estructura gigantesca y recursos económicos ilimitados, las posibilidades de armar un proyecto integral eran óptimas. Allí también promovió a jugadores de las fuerzas básicas como Germán Villa, Raúl Lara y Cuautehmoc Blanco, quienes luego serían referentes del club y valores fundamentales de la Selección mexicana.

Sin embargo, las presiones por conducir a un equipo tan popular eran distintas y los tiempos más urgentes. Dirigió a las Águilas durante casi toda la temporada regular y aunque clasificó al equipo para los *play off* de la ronda final, fue despedido a poco de comenzar la etapa decisiva. Los jugadores no entendían su deseo de seguir exigiendo a fondo cada día, cuando el equipo ya estaba clasificado para enfrentar el desenlace del campeonato. Así, luego

de encadenar un par de derrotas, los dueños del club, los mismos que manejaban los destinos de poderosos medios de comunicación como la cadena Televisa, decidieron despedirlo, interrumpiendo de forma abrupta lo que era una excelente campaña.

La decepción fue profunda y el manejo por parte de los dirigentes, injusto y despótico. No se los perdonó y luego de litigar les ganó un juicio por muchísimo dinero. El recuerdo fue amargo por partida doble, ya que el profesor Castelli, que lo secundaba en el club, decidió quedarse con el cargo de entrenador y abandonarlo.

Pronto volvió a Atlas para trabajar en su primer puesto de Director del Departamento de Fútbol. Pudiendo manejar sus tiempos se dio el gusto de viajar a Inglaterra en el verano europeo de 1996 para ver en acción a las selecciones en la Copa de Naciones. Era común descubrirlo junto a su amigo Jorge Valdano en distintos estadios, tomando apuntes y averiguando horarios de trenes para conectar combinaciones que le permitieran estar en dos ciudades distintas en un mismo día, y así observar todos los partidos posibles.

Al cierre de la temporada y luego de rechazar un vínculo por cinco años más, Bielsa entendía que el tiempo en el fútbol mexicano ya era suficiente. La experiencia había dado resultados y su personalidad estaba moderada. La decisión familiar de retornar a la Argentina estaba tomada y las posibilidades de trabajo iban a surgir muy pronto.

A diferencia de lo que había ocurrido un lustro atrás, ahora el teléfono que sonaba era el de Bielsa. Del otro lado aparecía Mario Zanabria, que estaba dirigiendo a Newell's y quería hacerle un comentario.

—Marcelo, me llamó Raúl Gámez, es el presidente de Vélez y te

está buscando. ¿Me autorizás a que le pase tu teléfono?

—Sí, Mario, por supuesto. Yo no tengo claro qué voy a hacer, pero no hay problema. Pasale mi número y te agradezco por la gestión.

Las posibilidades de volver a dirigir en el país surgían como algo concreto. Las novedades estaban al caer.

CAPÍTULO VI

Vélez

«No permitan que el fracaso les deteriore la autoestima.

Cuando ganás, el mensaje de admiración es tan confuso, te estimula el amor hacia uno mismo y eso deforma mucho. Y cuando perdés sucede todo lo contrario, hay una tendencia morbosa a desprestigiarte, a ofenderte, sólo porque perdiste. En cualquier tarea se puede ganar o perder, lo importante es la nobleza de los recursos utilizados, lo importante es el tránsito. La dignidad con que recorrí el camino en la búsqueda del objetivo. Lo otro es cuento para vendernos una realidad que no es tal.»

VOLVER

—¿Marcelo Bielsa? Mucho gusto, soy Raúl Gámez. Como sabrá estamos buscando entrenador para dirigir al plantel profesional y nos gustaría que la persona elegida fuera usted. ¿Podemos encontrarnos para conversar acerca de cuál es su intención?

—Mucho gusto. Por supuesto que sí. Si ustedes no tienen inconveniente, los espero en Rosario, en mi departamento, y conversamos de todos los temas.

Soplaban vientos de cambio en aquellos días de finales de agosto de 1997 en la vida de Vélez Sarsfield. Luego de desarrollar el ciclo más exitoso de la historia del club con Carlos Bianchi y Osvaldo Piazza en el manejo del fútbol profesional, la Comisión Directiva había decidido poner punto final a ese proceso de trabajo y arrancar de cero.

En apenas un lustro, Vélez se había transformado en un coloso del fútbol mundial, al obtener todos los títulos imaginables. Varios torneos locales, la Copa Libertadores de 1994 al superar al San Pablo de Telé Santana en el gigantesco Morumbí, la Copa Intercontinental en Tokio al poner de rodillas al Milan de Fabio Capello, la Interamericana, la Copa Sudamericana, la Recopa y todo título que se le cruzara en el camino.

Carlos Bianchi había moldeado a un grupo de jugadores con tremenda autoestima y Osvaldo Piazza, quien fuera primero su ayudante de campo, había continuado no sólo la idea de juego (haciéndola todavía más ofensiva), sino que también había incorporado nuevos trofeos a las abarrotadas vitrinas del club.

Sin embargo, todo tiene su final y con el presidente Raúl Gámez

a la cabeza, la cúpula dirigencial había decidido que era el tiempo de comenzar algo distinto. El objetivo debía ser encontrar el recambio para ese grupo de jugadores, y quien llegara debía hacer un trabajo integral, formador y con la inclusión de nuevos valores que pudieran surgir de las divisiones juveniles, no sólo para remotivar a los grandes campeones, sino también para reemplazarlos y continuar en la senda victoriosa.

Gámez esperaba en la intersección de las avenidas Del Tejar y General Paz. Por allí pasó su vicepresidente, Guillermo Pizzoglio, a bordo de su Peugeot 306, para emprender el viaje a Rosario. El tiempo apremiaba, ya que la decisión de no renovar el contrato a Piazza se había tomado pocos días antes del comienzo de la temporada 97-98 y cualquier determinación debía tener celeridad en su ejecución.

Los dirigentes de Vélez pensaron en Bielsa como entrenador por primera vez en 1992. Luego de la partida del técnico de aquel ciclo, Eduardo Manera, hicieron las averiguaciones correspondientes para intentar contratarlo. El nexos fue Mario Zanabria, quien tiempo atrás había trabajado en la institución de Liniers y era una persona cercana al rosarino. En ese momento Bielsa estaba al frente de Newell's y el vínculo resultó imposible. De hecho, ni siquiera llegó a haber un contacto directo. Ahora la situación era diferente. Bielsa había retornado tiempo atrás al país luego de trabajar durante casi cinco temporadas en el fútbol mexicano y estaba en condiciones de escuchar ofertas.

«Siempre me quedé con las ganas de conocerlo» —le decía Gámez a Pizzoglio en el viaje—. «Imaginate que le vamos a ofrecer lo más sagrado que tenemos, que es el fútbol y el manejo de todos

los pibes.» Las tres horas hasta Rosario se consumieron rápidamente y el esperado encuentro se produjo tal como estaba pautado en el departamento del entrenador de la calle Laprida, cerca del histórico Monumento a la Bandera.

La charla duró casi tres horas y resultó muy positiva. Los dirigentes explicaron su proyecto y Bielsa expresó sus condiciones para comenzar a trabajar. Los de Vélez quedaron sorprendidos con el caudal de información que manejaba el técnico. Mientras ellos hablaban de las inferiores en términos generales, el rosarino les mencionaba apellidos concretos como los del atacante Darío Husain o el mediocampista Lucas Castromán como proyectos de importantes jugadores. «El *wing* derecho de la Quinta puede jugar de extremo», dijo Bielsa, refiriéndose a un delantero desconocido llamado Cristian Bardaro. Así era su vida: investigar todo aquello que ocurre alrededor del mundo del fútbol sin dejar ni el más mínimo detalle librado al azar. Y así, antes de recibir a la gente de Liniers, puso en marcha todas las herramientas necesarias para conseguir la mayor cantidad de información. Para eso resultaron fundamentales sus colaboradores directos. Claudio Vivas, que sería su ayudante de campo principal, y Javier Torrente, Lucho, en la preparación y el armado de todos los ejercicios en el terreno de juego. Ambos habían retornado con Bielsa al país luego de la experiencia azteca y como parte del cuerpo técnico del entrenador aguardaban por una buena oferta de trabajo.

Al recibir el llamado de Bielsa y la comunicación del posible vínculo comenzaron a acumular toda clase de información. La tarea resultó casi artesanal. Entre los tres y tan sólo en un par de días recopilaron datos de los lugares de entrenamiento, los hoteles donde

se concentraba el equipo, el cuerpo de utileros, cuáles eran los jugadores destacados de cada división y cuál era su posición en las distintas categorías de AFA. Además, estuvieron una tarde en un diario muy importante acumulando datos de los antecedentes de Vélez en Primera del semestre anterior y en base a eso diseñaron el «mapa futbolístico» del plantel. Algunos llamados telefónicos a amigos del fútbol que vivían en Buenos Aires también resultaron valiosos. Con esa base de datos, Bielsa hizo un diagnóstico: qué jugadores partirían del club, cuáles podían ser cedidos a préstamo y cuáles formaban parte del plantel estable. Ante la imposibilidad de poder ver partidos por el receso, el trabajo realizado no estaba mal.

Los dirigentes, impresionados por los datos del técnico, quedaron en comunicarse, pero todo iba bien encaminado. El viaje de regreso, alrededor de las ocho de la noche, encontró a Gámez y Pizzoglio convencidos de que habían dado con la persona indicada. No había mucho para discutir y por eso convocaron de urgencia a una reunión de Comisión Directiva para su llegada a la Capital Federal. En el estadio José Amalfitani, los viajeros contaron los detalles del encuentro y la fantástica impresión con la que se habían quedado. No fue necesario demasiado para que el resto de los dirigentes también entendiera que la del rosarino era la mejor opción. A medianoche la reunión había llegado a su fin. Sólo quedaban por limar pequeños detalles, pero lo más importante estaba resuelto. La reunión había sido un éxito. Marcelo Bielsa iba a ser el técnico de El Fortín.

Para encajar todas las piezas era necesario terminar de armar el grupo de trabajo y en él, como siempre ocurría en los cuerpos técnicos comandados por el rosarino, el lugar del «profe» ocupaba

un sitio privilegiado. Gabriel Macaya había retornado a Vélez luego de cuatro años de *impasse*. Su trabajo como preparador físico se había interrumpido en 1992, pero en 1996 estaba de vuelta, ahora cumpliendo un rol común en Europa, el de «Profesor Institucional». Dicho de otro modo, su cargo no dependía del entrenador de turno, sino directamente de la institución. Era una excelente noticia, ya que había poco tiempo y todo debía ejecutarse con precisión y velocidad. El Apertura estaba a punto de comenzar y Julio Falcioni, ex arquero del club en los años setenta y ochenta, había quedado como entrenador interino. Al cuerpo técnico de Bielsa le estaba faltando llenar un casillero no menor. Los dirigentes le comunicaron al futuro técnico la pretensión de incluir a Macaya dentro del equipo de trabajo y para terminar de formalizar el vínculo, Bielsa debía tener una charla con él. Conociendo el estilo de juego de Bielsa no iba a ser un encuentro cualquiera. Sus equipos siempre respondieron a un trabajo de presión constante, a la búsqueda de recuperación del balón y al esfuerzo colectivo. Para lograr esos objetivos, la condición física era un elemento clave y el trabajo del especialista debía ser perfecto.

El encuentro se produjo en la tarde del sábado 23 de agosto en las cercanías del Hotel Presidente, lugar de concentración del plantel. Unos días más tarde se levantaba el telón del campeonato y Vélez comenzaba jugando de visitante frente a Racing Club en Avellaneda. Macaya, que estaba concentrado junto con los jugadores, recibió el llamado de Bielsa, que lo citó a las cuatro de la tarde en la esquina de Arenales y Carlos Pellegrini. Un hombre vestido con una remera blanca y un pantalón azul de jogging se acercó por la parte central de la avenida 9 de Julio a paso rápido y

lo saludó formalmente. Ingresaron a un bar y se sentaron. Bielsa lo saludó con absoluto respeto, hicieron el pedido, atravesaron un par de minutos eternos de incómodo silencio y finalmente el Loco sacó una carpeta y dijo: «Mire, tuve una reunión con los dirigentes y tengo la posibilidad de ingresar al club. Todavía no está certificado, pero en caso de que lo haga quiero avanzar con algunas cosas. En particular con lo que es su trabajo, ya que el club me sugirió que usted estuviese como ‘profe institucional’».

A partir de ese momento comenzó a leer cada uno de los puntos que tenían las hojas de la carpeta. Eran aproximadamente 100 ítems. Los mismos apuntaban a una excelente organización y un buen diseño para poder adaptarlo a Vélez. Indumentaria, pelotas, cuidado de las canchas, trabajos de herrería y carpintería. Macaya lo escuchó atentamente durante toda la alocución y le fue confirmando la factibilidad de sus pedidos (muchos de ellos obvios para una institución del tamaño de Vélez). La exposición duró dos horas.

—¿Algún comentario que tenga que hacer? —dijo Bielsa.

—No, está todo resuelto. Si le parece, hablamos de otra cosa —contestó Macaya.

—¿Todo esto ya está?

—Sí, no se preocupe, en Vélez todo esto ya está.

—Bueno, si usted está de acuerdo con todo esto y tomo el equipo, porque mañana tendré una reunión con los dirigentes, el día que iniciemos el trabajo nos vemos en la cancha auxiliar.

Tres horas en total duró ese café. Bielsa expuso sus necesidades, pero jamás le mencionó a Macaya nada de su labor específica. El rosarino era muy respetuoso del rol de cada uno. Sólo había un tema que el Profe debía resolver y que con el tiempo se iba a transformar

en un sello característico de cada entrenamiento. Entre los elementos de trabajo, el técnico solicitó uno novedoso y que debía conseguirse de cualquier manera. Unas vendas para subdividir el campo de juego, para que los jugadores pudieran trabajar la parte técnica en cada entrenamiento.

Al día siguiente y con un acuerdo de palabra, Bielsa estuvo en la cancha de Racing observando desde la platea cómo sus futuros jugadores empataban uno a uno su primer encuentro del torneo con un gol del arquero José Luis Chilavert. En la mañana del lunes todos los diarios del país anunciaban como un dato destacado su retorno al fútbol argentino. En las horas posteriores terminó de cerrar los detalles que faltaban, y aunque tampoco dirigiría al equipo en el debut en la Supercopa ante Olimpia de Paraguay, el vínculo era un hecho. Definitivamente, su vuelta era noticia.

UNA PRESENTACIÓN MUY ESPECIAL

Luego de la derrota ante Olimpia de Paraguay por uno a cero en una verdadera noche de miércoles, el retorno se realizó con rapidez, ya que al día siguiente debía hacerse la presentación oficial del nuevo cuerpo técnico. Marcelo Bielsa llegó algunos minutos antes de las nueve, acompañado por sus dos colaboradores, Claudio Vivas y Javier Torrente. Raúl Gámez lo recibió y lo guió hasta los viejos camarines ubicados debajo de una de las tribunas del estadio José Amalfitani. Allí se produjo el reencuentro con el preparador físico Gabriel Macaya y el saludo con los auxiliares. Mientras tanto, en el sector de los jugadores, el plantel aguardaba con ansiedad. Acompañados por el presidente y su vice Pizzoglio, los flamantes trabajadores ingresaron al vestuario. Allí también estaban los médicos y los utileros. Gámez dijo las primeras palabras, escuetas y protocolares, y enseguida dejó a solas al cuerpo técnico con los jugadores. No fue una presentación típica, había poco tiempo para perder y así ocurrió. Bielsa los miró y tan sólo dijo seis palabras.

—Buen día. Vamos a la cancha.

Algunos de los jugadores imaginaban un comienzo diferente, con más diálogo, y se lo hicieron saber al preparador físico Gabriel Macaya, el único al que conocían y con quien tenían confianza. «¿Qué pasa? ¿No habla Bielsa?», preguntó sorprendido Raúl Cardozo, experimentado lateral izquierdo y uno de los históricos. La inquietud del defensor era la de varios del plantel, que había imaginado una charla más extensa. «En la cancha seguramente hablará», respondió el Profe.

Los primeros veinte minutos fueron de ejercicios físicos de

elongación, luego del esfuerzo del día anterior en el traspie ante Olimpia. Allí, el técnico se fue acercando al grupo e intercambiando las primeras palabras. Algunos por el apodo, otros por el nombre y el resto por su apellido fueron saludados de forma personalizada. Eso sí, el denominador común, como a lo largo de toda su carrera, fue el trato de usted, que combinado con un sobrenombre terminaría resultando muy gracioso.

Durante una hora y media los jugadores realizaron distintos tipos de ejercicios con la pelota, buscando velocidad y recuperación. La intensidad era infrecuente para un día posterior al esfuerzo de un partido, pero la respuesta fue excelente.

Luego de la práctica, Bielsa y Macaya tuvieron una reunión para coordinar las cargas del trabajo de acuerdo con la planificación semanal y así no correr grandes riesgos de lesiones. Las ideas eran similares, por eso no resultó difícil encontrar un criterio homogéneo.

Pensando en el debut, el equipo debía enfrentar a Gimnasia y Tiro de Salta como local y Bielsa eligió a Chilavert; Zandoná, Sotomayor, Pellegrino y Cardozo; Claudio Husain, Gómez, Bassedas; Camps; Cordone y Posse. El único cambio respecto del equipo que había igualado con Racing en la fecha inicial y que había dirigido Falcioni era el de Cordone en reemplazo de Batalla. No era una modificación ligera, ya que con el tiempo Cordone se transformaría en uno de los jugadores más utilizados por el técnico y alcanzaría un gran nivel.

Acompañado por una buena respuesta de la gente y con la ilusión de todo ciclo que se inicia, el primer paso fue satisfactorio. Vélez ganó por dos a uno, con un poco de suspenso. Camps en el inicio del juego (a los cuatro minutos) convirtió el primer gol del ciclo Bielsa,

luego igualó Scotto a los diecinueve y tras generar más de una decena de situaciones de gol, Mauricio Pellegrino logró el gol del triunfo a ocho minutos del final. A pesar del cambio de entrenador, el deseo de triunfo era algo que continuaba inalterable en el grupo.

«Me conforma plenamente el plantel, pero tenemos que elevar la proporción entre situaciones creadas y convertidas», dijo el Loco a modo de síntesis. Además y para entregarle todo el mérito a sus hombres, agregó: «Vélez jugó muy bien, aunque no distingo nada en lo que yo haya influido».

Para lograr los cambios faltaba tiempo, y transformar la cabeza de aquellos jugadores que lo habían ganado todo no sería una tarea sencilla. Sin embargo, para un hombre tan convencido de su idea como Bielsa, ésta no podía ser una preocupación. Por lo pronto, el inicio dejaba una sonrisa y más allá de cualquier opinión, a nadie podía amargarlo un dulce.

ENTRE CARRETAS Y AVIONES

Luego del auspicioso debut por el campeonato local, era el tiempo de jugar por la Supercopa. Los partidos entresemana alteran las rutinas y achican la posibilidad de trabajar con el plantel. Ese dato para Bielsa siempre era un problema y en el caso de Vélez, en donde necesitaba afirmar su idea, mucho más serio.

Bielsa viajó con el equipo a Brasil para enfrentar al San Pablo en ese mismo estadio Morumbí en el que había perdido la final de la Copa Libertadores como entrenador de Newell's y contra el mismo adversario con el que había sufrido la más grande decepción de su carrera. Demasiadas coincidencias, demasiado peso para un ciclo que recién comenzaba.

El rosarino llegaba a un grupo que lo había ganado todo jugando de una manera muy reconocible. Tanto con Bianchi como con Piazza, el módulo táctico era con cuatro defensores, cuatro mediocampistas y dos delanteros. Con Piazza se observó algo más de audacia en los planteos, pero siempre respetando ese estilo con el que cuerpo técnico y jugadores se sentían representados.

La elección de Gámez y la llegada de Bielsa no eran casuales. La intención de la dirigencia era que el nuevo entrenador promoviera la aparición de nuevos nombres, llamados a reemplazar a algunos que estaban cerrando un ciclo, pero que lograra imprimir un nuevo modelo de juego, con diferentes esquemas y distinta intensidad en el esfuerzo. Un planteo más agresivo y con otra disposición en el campo. Tres defensores, tres medios, un enganche y otros tres delanteros. La idea era ser protagonista siempre y, además, implicaba que cada jugador sostuviera un duelo individual

frente a un rival, para lo cual era necesaria mucha concentración y un esfuerzo más que generoso.

A la hora de planificar cada encuentro, el entrenador tenía una rutina que siempre le había dado excelentes resultados. La modalidad se instalaría como norma y se repetiría a lo largo del año. El técnico fue desarrollando charlas de no más de quince minutos con sus hombres, dividiéndolos por sectores del campo. Así, primero fue el turno de los defensores y los medios defensivos y luego le tocó a los delanteros y los mediocampistas ofensivos. En una prolija edición de las jugadas más salientes de cada uno de los jugadores, el compacto marcaba aciertos y defectos de cada uno de ellos. Bielsa había comprendido con el tiempo que la mejor manera de hacer llegar un mensaje era mostrándolo con ejemplos concretos, y para eso nada mejor que las escenas de los partidos. También sabía que la atención de los futbolistas se mantenía firme durante cerca de un cuarto de hora, por lo que los videos debían tener ese tiempo límite. Sin embargo, esta vez no había habido tiempo para preparar los videos ni para realizar una buena cantidad de ejercicios, y entonces Bielsa intentó explicar en un papel su idea táctica para poder jugar con el nuevo sistema. En una hoja aparecieron dibujos, movimientos y todo aquello que debían hacer los jugadores en el césped. Pese a la explicación teórica, en la práctica las cosas no funcionaron bien.

Aquella noche ante el equipo paulista resultó una verdadera tortura. El partido al principio fue parejo, pero todo se desencadenó en pocos minutos. Un gol desafortunado de Carlos Compagnucci en contra de su valla y un par de acciones del conjunto brasileño establecieron una ventaja decisiva de tres a cero. Lo curioso es que

las conquistas llegaron luego de pelotas detenidas a favor del equipo de Liniers. A partir de allí, el San Pablo fue el único equipo en la cancha y se impondría por cinco a uno. La idea del entrenador de que sus jugadores tuvieran cada uno a un rival al que controlar cuando perdían la pelota no había dado buenos resultados. El mejor ejemplo era el de Cordone, a quien aún hoy todos recuerdan exhausto de tanto perseguir al lateral Claudio.

«Nosotros podemos ganar o perder, pero si ocurre esto último, tenemos que vender bien cara la derrota», fueron las palabras del técnico antes de salir a jugar el complemento con un resultado muy desfavorable.

Si los jugadores no estaban convencidos de los cambios que Bielsa venía a introducir, este resultado profundizaba esas dudas. Ante una fórmula exitosa tan instalada en el grupo, cualquier intento de transformación tenía una lógica resistencia. En el micro y en el hotel las caras largas dominaban la escena. La de los jugadores, por el nuevo sistema. La del cuerpo técnico, por el lapidario resultado.

Luego de una noche larga y con deseos de un rápido retorno para revisar los errores, la mañana trajo el siguiente diálogo:

—Profesor, le habla Marcelo Bielsa. ¿Usted qué está haciendo ahora?

—Estoy armando el bolso porque nos tenemos que ir, así ya bajamos y nos vamos —le respondió Macaya.

—Lo espero a la salida del ascensor y conversamos.

Al encontrarse en la planta baja, se dirigieron hacia una de las mesas de la confitería. Bielsa tenía el mismo cuaderno que les había presentado a los jugadores el día anterior en la charla técnica y le dijo:

—Mire, yo le voy a hacer algunas apreciaciones y usted me dice si está de acuerdo con lo que le voy comentando.

El Profe lo observó con ansiedad, quería saber qué pensaba el DT. Y allí recibió la frase:

—Yo creo que ellos eran aviones y nosotros éramos carretas.

Macaya sabía que por más dura que fuera la expresión, era cierta y por eso la validó. El entrenador le anticipó que al llegar a Buenos Aires, todo el plantel se dirigiría al club para repasar el video del partido.

—¿Alguna consideración de todo lo que le dije?

—Sí. ¿Quiere que le diga una cosa? —contestó con una pregunta Macaya—. ¿Vio que usted sacó un papel y les puso líneas para explicarles cuál era la idea táctica del partido? Creo que eso fue lo que marcó que ellos fueran aviones y nosotros carretas. No le entendieron nada de lo que les planteó.

—¡Pero cómo me dice eso!

—Porque es así. No entendieron lo que usted les planteó. Se puede correr mucho, poco o nada en un partido, pero lo que no se debe hacer es correr mal. Esto es consecuencia de algo. Yo creo que no entendieron nada.

Bielsa se quedó mirándolo y sólo atinó a dar una respuesta que hablaba de su apertura para aceptar la opinión del otro.

—Puede ser...

Luego de un viaje fatigoso y con los cinco goles del San Pablo como exceso de equipaje, la perfección de Bielsa pudo más que cualquier cansancio y tal como le había anticipado a Macaya, pidió tener la sala de presidencia del club en donde había un televisor y una videocasetera para poder repasar el partido. La decisión no hizo

más que aumentar el fastidio de los jugadores. Con la ayuda de Vivas, que aceleraba las imágenes en los momentos menos importantes, fueron repasando los goles del rival. En el afán por terminar rápido con la visualización, resultaba curioso ver como varios jugadores se adjudicaban la responsabilidad del error en cada gol recibido. Con tal de poder retornar a casa, a ninguno le importaba quedar como el malo de la película. Pero los planes de Bielsa eran diferentes. No detuvo la revisión hasta recibir las respuestas que esperaba. Sólo cuando cada jugada encontró la solución a su problema y fue capaz de asumir su responsabilidad, la reunión —y el tortuoso viaje a San Pablo— se dio por terminada.

Sin embargo, todo lo que había ocurrido dejó una huella. Al día siguiente el cuerpo técnico y los jugadores tuvieron una charla profunda y con distintos intercambios de opiniones. Los jugadores, con varios históricos como abanderados, hablaron de la resistencia al nuevo sistema y plantearon sus dificultades para jugar con una línea defensiva de tres. Otros como Mauricio Pellegrino, capitán del equipo, fundamental para convencer a sus compañeros, aceptaban la chance de descubrir otros métodos de trabajo.

Se trataba de una lucha de poderes. De un lado un entrenador convencido de su idea y del otro un grupo de jugadores que había ganado todo con un modelo y no entendía por qué había que cambiar. Ocurría también que varios de los componentes del plantel eran muchachos jóvenes que por los tiempos en los que Bielsa había dirigido en la Argentina, antes de partir a México, no tenían demasiado conocimiento de quién era el personaje en cuestión y por ende tampoco conocían su filosofía de ataque permanente.

Durante algo más de una hora, el técnico escuchó las quejas del

plantel y tomó nota de sus demandas. Apoyado a rajatabla por la directiva, Bielsa sabía que su proyecto tenía la protección de quienes conducían al club y que cualquier decisión sería aceptada. Luego de recibir los comentarios del grupo, aseguró que paulatinamente se producirían los cambios que tenía pensados y que debían adaptarse a ellos, aun a riesgo de quedar en el camino. Lo que no sabían los jugadores era que para el entrenador, la prepotencia de trabajo, su honestidad y sus firmes convicciones serían la clave para lograr transformar esas cabezas habituadas a una única fórmula exitosa.

Había que cambiar: con prisa pero sin pausa.

EL SEÑOR DE LAS VENDAS

«Acá comienza una nueva etapa. Ustedes están acostumbrados a ganar y jugar bien. Así que lo único que deben hacer es demostrarlo.»

Las palabras de Bielsa luego de la derrota ante San Pablo fueron el punto de partida para algo distinto. El proyecto debía avanzar y los tropiezos que aparecieran en el camino serían una dificultad para todos. Por lo tanto, el compromiso debía ser real, independientemente de acordar o no con el sistema a implementar.

El lugar en el mundo para el rosarino es el campo de juego y en las prácticas empezaba a aparecer el Bielsa auténtico. En sus clásicos cuadernos diagramaba los ejercicios y Macaya, Vivas y Torrente preparaban el terreno para llevarlos a cabo. Sin embargo, la rutina tenía sus particularidades.

Igual que en los tiempos de Newell's, el entrenamiento del martes contaba con la única presencia del preparador físico. El técnico entendía que la ausencia de trabajos técnicos, hacía ociosa su presencia y era preferible observar el partido anterior de su equipo evaluando aciertos y errores para sacar conclusiones. Mientras tanto, sus colaboradores hacían lo propio con los encuentros del rival de la fecha siguiente, analizando todos sus partidos previos en el campeonato.

El estilo de trabajo de Bielsa también demandó un tiempo de adaptación. Con las vendas que le había pedido a Macaya el día del primer contacto dividía en sectores los distintos espacios del campo de juego y en ellos representaba todo tipo de situaciones en ataque y defensa. Se trataba de ensayar movimientos idénticos a los de un

partido con el objetivo de reparar errores o empezar a trabajar sobre las deficiencias del futuro rival. Los comentarios de los jugadores, en forma de burla, no se hicieron esperar:

¡Ah, ya empezamos con la rayuela!

¿A qué hora viene el helicóptero con el presidente?

Su esquema táctico siempre flexible obligaba a los jugadores a armar una línea defensiva con tres hombres, o a atacar con tres delanteros y de eso se trataba la historia. Era medular dentro de su idea la recuperación de la pelota en campo rival, reordenando sus líneas con rapidez cuando se perdía el balón. En idioma *bielsístico*, se llama evitar la transición de defensa a ataque y viceversa. Al mismo tiempo, ejercitaba casi como en básquetbol, con redes reducidas, para que los jugadores ubicaran la pelota justo allí, buscando mejorar la precisión en la pegada.

Algunos movimientos podían repetirse treinta veces; o tantas hasta que lo dejaran conforme. Un lateral y su salida o un centro desde los costados, que debía caer en el lugar justo, podían demandar un buen rato de un entrenamiento. Los trabajos con pelota detenida también buscaban la perfección y en ellos las vendas servían como referencias para precisar los destinos de cada envío, así como la ubicación de los jugadores. Además se clasificaba a los jugadores rivales de acuerdo con sus virtudes y en concordancia con ello se definían las marcas.

Sus preceptos eran idénticos a los que había impuesto en anteriores equipos: presión asfixiante para recuperar la pelota cuando la poseía el rival, movimiento y opciones múltiples de pase cuando se disponía del balón, actitud permanente de orden para defender y de rotación para buscar agredir al rival. El asunto es que

a diferencia de lo ocurrido en su estancia rosarina, en la que había moldeado a varios jugadores, aquí el éxito ya estaba logrado y no era fácil patear el tablero. Las prácticas tradicionales de fútbol brillaban por su ausencia y no todos tenían la misma tolerancia ante las innovaciones. Sin embargo, el técnico conversaba con sus dirigidos para generar coincidencias y que el funcionamiento colectivo se hiciera efectivo y previsible.

Pases transversales, alturas, esquinas eran algunos de los términos de un vocabulario nuevo que Bielsa les impuso a sus jugadores. «Tenerlo a Bielsa era como ir a la universidad», lo definió con justeza Cristian Bassetas.

La derrota ante San Pablo marcó el piso desde el que poder tomar impulso. Las victorias ante Unión de Santa Fe y Platense como visitantes y el empate sin goles en Liniers ante el Boca de Maradona ayudaron a cambiar la imagen. El triunfo como visitante frente a Flamengo de Brasil y la goleada por cinco goles a Newell's ubicando a Vélez en el segundo lugar del torneo marcaron un excelente momento en el arranque del campeonato, disputadas seis fechas. La voracidad y el hambre de títulos seguían siendo el mayor capital del grupo.

Patricio Camps era el goleador del equipo con seis tantos, Chilavert resultaba infalible desde el punto del penal y el resto acompañaba con empuje y personalidad: los de mayor experiencia como Sotomayor, Cardozo, Bassetas o Gómez, y los más jóvenes como Méndez, Posse y Cordone. En cualquier caso, y más allá de los intérpretes, se observaba vocación ofensiva en todos los partidos.

En aquel torneo Vélez se encontró con dos rivales de estirpe: el

River de Ramón Díaz en el banco y Enzo Francescoli en la cancha, y el Boca de Diego Maradona. Ambos pelearon el título hasta el final y dejaron pocos puntos en el camino.

El equipo de Bielsa, como todo conjunto novel, aún carecía de regularidad. Luego de esa buena racha del comienzo sumando catorce puntos sobre dieciocho posibles, cayó en un bache que lo alejó de la pelea. En cuestión de diez días y a partir de derrotas ante Argentinos Juniors y San Lorenzo, más un empate frente a Estudiantes de La Plata quedó marginado y a siete del líder. Sumado a eso y para profundizar el mal tramo, el empate de local frente a Olimpia de Paraguay por la Supercopa lo eliminó del certamen internacional.

Exitista como todos los fanáticos, pero acostumbrado a los triunfos, el hincha velezano descargó sus primeras críticas sobre Bielsa luego de estos pobres resultados. Poco importaba que en los tres encuentros del Apertura los arqueros rivales hubieran sido figuras. Lo único trascendente para el hincha medio y buena parte de la prensa era el resultado, contra eso siempre resultó difícil luchar. Ese Vélez arriesgaba en todas las canchas, pero en un par de encuentros con situaciones extrañas, expulsiones y penales fallados se había escapado la chance de pelear el campeonato.

El resto del certamen afianzó la sensación de irregularidad. Buenas victorias con goleadas ante Independiente, Rosario Central o Gimnasia y Esgrima La Plata, y un triunfo con lo justo sobre Gimnasia de Jujuy, se combinaron con empates frente a Colón, River, Deportivo Español y Huracán.

Los partidos con Ferro y Lanús sirvieron para definir la inestabilidad de un equipo cuya idea todavía estaba en formación.

Ante el conjunto de Caballito, los de Bielsa ganaban por tres goles al finalizar el primer tiempo, pero en el segundo capítulo las cosas quedaron igualadas con un gol en el último minuto, que motivó un importante enojo del técnico por entender que un grupo de jugadores de tamaña experiencia no podía cometer tantos errores de concentración. Con los del sur, fue derrota por cuatro a tres, pero lo curioso fue que luego de empatarlo a falta de un minuto para el cierre, Vélez lo perdió casi en el pitazo final del árbitro.

Con River dando la vuelta olímpica, el equipo de Bielsa finalizó en la cuarta posición a trece puntos del campeón. La buena fue que con cuarenta y dos goles, doce de Camps, quedó a solo uno del tope, pero la mala, además de las tres derrotas, tuvo que ver con los ocho empates que lo marginaron de la pelea por el título.

«Nos faltó regularidad, contundencia y reflejar los momentos en los resultados», resumió el entrenador cuando lo llamaron a hacer un balance. Según su visión, la cosecha de puntos no había estado a la altura de lo que el equipo había sembrado, pero el hecho de aceptar el plantel sin ningún refuerzo se había materializado en la ausencia de un centrodelantero tradicional: en algunos partidos Vélez había sido incapaz de transformar su dominio del juego en victoria.

Había mucho que conversar para la segunda mitad de la temporada. Se venían tiempos de diálogo, pero también de decisiones fuertes que sacudirían el avispero antes de la calma. El primer campeonato dejaba una sensación agrisulce y aunque las convicciones de Bielsa seguían firmes, había que refrescar conceptos y buscar nuevos recursos con ganas de sumarse al proyecto.

FORTALECIENDO LOS VÍNCULOS

—¿Va a correr, profesor?

Un poco por costumbre, otro tanto para mantener la figura, el final del entrenamiento en el Polideportivo de Vélez en Liniers tenía el mismo desenlace. Una vez que los jugadores retornaban al vestuario, el rosarino interrogaba a Macaya buscando una compañía para su tradicional circuito de trote. En algunos casos, el acompañante era Lucho Torrente, pero para el preparador físico era una excelente oportunidad de compartir sensaciones y aclarar dudas. El recorrido tenía cuatro kilómetros y poco importaban el calor, la lluvia, el frío o la niebla. Bielsa preguntaba por el estado de Omar Asad, un delantero muy querido en el club, perseguido por distintas lesiones al que quería darle una chance, por la intensidad en sus ejercicios con el plantel y la compatibilidad con los esfuerzos en los trabajos físicos, por la evolución de algún lesionado, las capacidades y diferencias de distintos integrantes del grupo y cualquier otro detalle en los que siempre investigaba a partir de su increíble grado de perfeccionamiento.

El ritual duraba aproximadamente veinte minutos y tenía, además, un actor de reparto que ya empezaba a delinear a un Bielsa poco conocido.

El Turquito era socio del club. Dueño de una mueblería, su presencia jamás pasaba inadvertida, por su simpatía pero, además, porque todas las tardes aparecía por la pista de atletismo para correr un rato. El dato distintivo era que el Turquito tenía una evidente dificultad en su andar, un estilo chueco inconfundible. El hombre esperaba en un costado y comenzaba su carrera recién

cuando Bielsa terminaba la suya. Marcelo siempre le preguntaba algo, pavadas o cosas importantes que siempre lo hacían sentir valioso. Además, como forma de agradecimiento por su presencia permanente, le conseguía alguna entrada para que pudiera asistir a la cancha.

La ceremonia del trote se repitió durante todo el ciclo, pero cuando el plantel se debía concentrar a la espera de los partidos, llegaba con una modificación que la hacía todavía más pintoresca.

En aquel Apertura, Vélez se concentraba en el Hotel Presidente, ubicado en Cerrito casi Córdoba. El día del encuentro no había posibilidad de correr, y entonces Bielsa optaba por una caminata por la ciudad. Lo curioso es que siempre se llevaba a algún jugador que encontraba en el lobby. Naturalmente, la recorrida servía para conocer un poco más en profundidad a sus jugadores y el tema exclusivo era el fútbol. Cuáles eran sus gustos, si veía partidos en televisión, si se sentía cómodo en el equipo y comprendía su estilo de trabajo: ésos eran los tópicos habituales. Los jugadores seguían el paso firme y veloz del entrenador, y juntos recorrían las calles céntricas de Buenos Aires. Para todos resultaba una experiencia increíble, pero algunos experimentaron vivencias insólitas.

Mariano Armentano era un juvenil delantero, que recién asomaba buscando su lugar en el equipo. Una mañana resultó el elegido para el paseo con el entrenador. Una fina llovizna caía sobre la ciudad. Bielsa y Armentano caminaban por las veredas porteñas y el joven escuchaba atentamente la pasión con la que Bielsa le hablaba de fútbol, aislado de los ruidos del ambiente, hasta que ocurrió lo imprevisto.

Cruzando una esquina y como consecuencia de esa garúa que

hacia de las calles una pista enjabonada, se produjo un choque. Armentano en un acto reflejo se distrajo por un momento.

—Pero, Mariano, ¿me está escuchando o está en otra cosa? — preguntó Bielsa.

—No, disculpe Marcelo, es que el ruido me distrajo — respondió incrédulo el jugador.

Toda la gente se había detenido al menos un segundo con la frenada y el choque, menos Bielsa, que seguía inmerso en su apasionada conversación.

Al regreso, Armentano le contó a sus íntimos lo sucedido, en un mar de carcajadas. Todos sabían, pero ahora confirmaban, que estaban en presencia de un verdadero personaje.

LAS CONVICCIONES NO SE NEGOCIAN

Autodefinido como un hombre desconfiado, el caso de Vélez, con tantos jugadores bañados en títulos a los que el técnico quería enseñarles una nueva forma de ganar, lo obligaba a tener un contacto permanente con el plantel e ir evaluando si su mensaje estaba siendo incorporado. Algunos lo inducían a charlas profundas, producto de la resistencia al cambio; otros, para seguir sellando el modelo. En cualquier caso, Bielsa nunca fue un entrenador de esos que establecen un vínculo estrecho con sus dirigidos. Se enorgullece del compromiso de sus planteles, pero su manera de agradecer no va más allá de sostener a los jugadores de acuerdo con sus rendimientos. La franela para él no existe y la distancia con los profesionales es la que le permite exigir el máximo a cada paso.

En aquel primer semestre Bielsa se encontró con algunos jugadores con mayor inclinación al análisis, como Claudio Husain, Sebastián Méndez y Víctor Sotomayor. Sin embargo, el trato más fluido se daba con el zaguero Mauricio Pellegrino.

El defensor, luego con gran carrera en clubes de Europa, era de los que mayor interés tenía en incorporar conceptos novedosos. Bielsa lo detectó en seguida, y así fue como la relación se hizo estrecha de inmediato. Pellegrino, igual que Bielsa, sabía cuidar ciertos límites y entonces a nadie le molestaba el vínculo establecido.

Las charlas atravesaban todos los temas futbolísticos y en cada opinión del jugador, la respuesta de Bielsa dejaba una puerta abierta a la duda. «Pucha, puede ser verdad lo que usted me está diciendo», era la frase más repetida, y aunque después el técnico actuara de

acuerdo con su creencia, jamás le cerraba la puerta a otro punto de vista.

La resistencia del grupo a los cambios intentaba ser explicada por el jugador y eso generaba intercambio de opiniones muy interesantes. Pellegrino le hablaba de los arraigos de un grupo y de cómo de la mano del éxito, consecuencia de un estilo reconocible de juego, los hábitos eran difíciles de modificar.

—¿Usted cree que estamos aptos como para hacer lo que nos está pidiendo? —le preguntó Pellegrino a Bielsa en un viaje a la concentración.

—Sí. Estoy seguro de que pueden hacerlo.

—Muy bien, eso es suficiente para nosotros.

El entrenador también le hizo conocer el sentido de cada declaración luego de un partido y el alcance que las mismas podían tener dentro del grupo. «El sistema que utilizamos no perdona los errores», dijo Pellegrino tras la derrota ante Lanús por cuatro a tres. Al día siguiente, antes de la práctica, Bielsa lo convocó a su sala de trabajo y lo recibió con los recortes de todos los diarios puestos sobre el escritorio. Su intención era demostrarle que, si de manera unánime todos se habían hecho eco de esa declaración, la misma no podía ser una mentira. En un hombre tan minucioso como Bielsa, que la prensa completa reprodujera lo dicho por el jugador era un dato incontrastable.

—Fundamente por qué hizo esa observación —le pidió Bielsa.

Pellegrino buscó maneras, formas y palabras y no encontró ninguna que pudiera sostener sus dichos. Para Bielsa una crítica de ese estilo, puesta en la boca de uno de los hombres que apoyaba su proyecto, podía significar que otros no tan convencidos se sintieran

identificados y eso lo debilitara todo.

—Usted tiene que hablar por usted y no por todo el equipo, porque de lo contrario se está atribuyendo la opinión de todos. No debe declarar en caliente cosas que después no pueda justificar.

El defensor comprendió el significado de lo que Bielsa le explicaba y le agradeció el consejo. Aún hoy, muchos años después, recuerda el episodio como una gran enseñanza.

Era un desafío permanente para cada integrante del plantel establecer un intercambio de ideas con el técnico. Si bien Bielsa parte siempre de la duda, es precisamente la ausencia de certeza la que lo motoriza a buscar un fundamento sólido para cada uno de sus conceptos. Ante esta situación, los jugadores lo desafiaban subiéndole la apuesta.

En un entrenamiento previo a un encuentro con River, el rosarino obligó a un trujín importante a Posse. En el duelo individual al delantero le tocaba marcar a Sorín y eran conocidas las permanentes proyecciones del lateral. A la hora del primer intervalo en el ensayo, el jugador le manifestó su incomodidad.

—Mire, Marcelo, la verdad para mí es un esfuerzo muy grande el que tengo que hacer al perseguir al rival. Siento que pierdo fuerza y me desgasto demasiado en algo que no es mi función principal.

—No hay inconveniente, Martín. Si usted se pone de acuerdo con Sorín para que no pase al ataque durante todo el partido, no hay ningún problema.

Los jugadores no podían creer lo que habían escuchado. La respuesta era graciosa y al mismo tiempo lapidaria. Para Bielsa el esfuerzo era innegociable, y cualquier jugador tenía que estar preparado para multiplicarse en beneficio del equipo. El grupo

debía aceptar esa clase de contestaciones que, en el futuro, serían las encargadas de abrir la puerta al conflicto.

EL VALOR DE LA PRETEMPORADA

Si en cualquier equipo la pretemporada tiene un valor singular, para aquel Vélez iba a resultar decisiva en más de un aspecto. Desde lo físico se debía poner a punto al equipo para el posterior desgaste a lo largo del campeonato. Además, se podían realizar trabajos futbolísticos con continuidad para seguir incorporando los conceptos del entrenador. Sin embargo, el dato más significativo de ese momento era la convivencia veinticuatro horas de todos los componentes del grupo. Los jugadores experimentados formaban parte del plantel profesional desde hacía unos cuantos años y entre ellos no había nada para descubrir, pero con el cuerpo técnico la cosa era bien distinta. Era importante ensamblar a los veteranos con los más jóvenes. Compartir tantas horas durante una cantidad importante de días podía servir para terminar de armonizar al plantel.

Varias fechas antes del final de un campeonato, que lo tenía a Vélez alejado de la pelea, Marcelo Bielsa empezó a planificar el trabajo de verano. Para la elección del lugar, la presencia de Macaya volvió a ser importante. El Profé recomendó el Hindú Club de la localidad de Don Torcuato, en la provincia de Buenos Aires, a una hora de Capital.

Una tarde de cielo encapotado, luego de una terrible tormenta con lluvias intensas, el entrenador y su colaborador observaron las instalaciones del club. La mirada exhaustiva del técnico, prestando atención a todos los detalles, transformó la visita en una especie de radiografía del lugar. En el tramo de recorrida de las canchas, luego de inspeccionar el gimnasio, las habitaciones, el comedor y los

salones cerrados, los enormes charcos de agua delataban la potencia de las lluvias. Como siempre en momentos de trabajo, nada detenía a Bielsa. Ni siquiera un vendaval.

«¿Qué más querrá averiguar?», se preguntaba Macaya mientras se empapaban de pies a cabeza. «No hay nada que mirar... profesor, esto es fantástico, ¡cómo no me lo dijo antes!», exclamó entusiasmado Bielsa después de varias horas en el club. Los dos estaban pasados por agua. La situación, como tantas otras, había sido insólita. La revisión pasó el examen y allí se empezarían a construir los sueños del campeonato.

Para pensar los trabajos y la evolución respecto del torneo Apertura, el técnico tomó varias decisiones importantes. En primer lugar, le pidió al responsable del fútbol de las categorías juveniles, José Pascuttini, organizar tres días de prácticas con los mejores valores de cuarta, quinta y sexta división. De allí surgirían algunos jugadores que se sumarían a la pretemporada con los profesionales. El caso más destacado fue el de un joven de apenas diecisiete años llamado Lucas Castromán, que podía jugar a lo largo de todo el andarivel derecho. «Lo observé en las prácticas y me sorprendió su coraje para soportar las patadas. Lo presenté guapo y eso me gustó», diría después el técnico.

Con la incorporación de Castromán, que sería la revelación del torneo, también se confirmaba otra idea: Bielsa quería para el Clausura un equipo más veloz, y para eso debía mover algunas piezas. Estaba conforme con el escaso número de lesionados, con el modo que tenía el equipo de sostener el ritmo hasta el fin de los partidos, pero quería un conjunto con jugadores más rápidos.

Cuando los profesionales retornaron de las Fiestas y la exigencia

se hizo fuerte, el entrenador comenzó a realizar trabajos en los que rotaba a todos los jugadores, alternando titulares y suplentes y cambiándolos de sector en el campo. Así, Flavio Zandoná en un ejercicio era titular como lateral, luego le dejaba el puesto a un compañero y más tarde retornaba, pero como último hombre. Ese movimiento permanente tenía como objetivo incrementar la competitividad y lograr el máximo esfuerzo de sus pupilos. Al mismo tiempo el mensaje que daba, como en todos los equipos que dirigió, era que todos eran iguales y partían en las mismas condiciones para ganarse un lugar entre los once. La idea en la teoría parecía ser aceptada. La práctica plantearía algo distinto, con una nueva conmoción en el grupo y otra charla de esas que son clave.

CHOQUE DE POTENCIAS (CON FINAL FELIZ)

Algo no estaba bien. El Pacha Raúl Cardozo hizo declaraciones que molestaron a Bielsa. El lateral izquierdo, uno de los preferidos por el entrenador y a la vez uno de los más resistentes a la hora de aceptar el nuevo orden, manifestó su simpatía hacia otros estilos de juego, dando a entender que prefería pasar a algún equipo más acorde con su filosofía. Para el técnico y su proyecto, esas palabras constituían una amenaza.

«Júntenlos allí debajo del árbol, entre las dos canchas», le dijo el entrenador a sus colaboradores. Los jugadores no tenían muy claro de qué se trataba el cónclave: lo común era tener contacto en el campo de juego, y no fuera de él. Si las costumbres se alteraban, debía ser algo muy importante.

Bielsa se paró delante del grupo y comenzó con un discurso en el que, fiel a su costumbre, hizo hincapié en la importancia de la igualdad y en el convencimiento acerca del sistema de juego. El comentario apuntaba claramente a los dichos de Cardozo y ratificaba, además, la idea de tener dos jugadores por puesto.

—Para mí Cardozo es igual que Federico Domínguez, Méndez es igual que Zandoná y Pellegrino es igual que Sotomayor —dijo el técnico.

—Yo no estoy de acuerdo con sus dichos. Yo gané todos los títulos y usted no puede decir que soy igual que Cavallero. Yo no me considero igual, me considero titular y ni se me ocurre la posibilidad de ser suplente —salió al cruce una voz gruesa con

autoridad.

Las palabras de José Luis Chilavert sonaron fuertes y alimentaron la discusión. El arquero era uno de los líderes del equipo y aunque no todos comulgaban con su forma de ser, su sola presencia imponía respeto.

—Bueno, si usted no está de acuerdo con lo que yo digo, está de más en el grupo —entregó como ultimátum Bielsa.

—¡Perfecto! ¡Entonces quiere decir que estoy de más! —dobló la apuesta el arquero.

El plantel asistía en silencio a la puja entre dos pesos pesado y esperaba el desenlace. Bielsa miró al paraguayo y con una sola palabra le marcó al arquero el camino a seguir.

—¡Disponga! —fue la expresión que utilizó—. Si considera que se tiene que ir, retírese.

El arquero abandonó al grupo y se perdió en los vestuarios, ante la mirada sorprendida de todos los jugadores.

—Si alguien más lo quiere seguir, éste es el momento para hacerlo —concluyó el técnico, sabiendo que lo que estaba en juego era mucho más que una simple pregunta.

Nadie se levantó, salvo para enfilar rumbo al campo y comenzar con la rutina del día.

Como era de esperarse, el asunto vio la luz rápidamente. Cuando Chilavert enfrentó a la prensa para desplegar el juego mediático que siempre le gustó tanto, se despachó a gusto contra el entrenador. Algunos periodistas, incluso, quisieron magnificar el episodio con una supuesta pelea a golpes de puño. La realidad era que el incidente tenía para el arquero varios motivos que excedían las cuestiones futbolísticas.

Chilavert quería ser vendido; entendía que su ciclo en el club estaba cumplido y la pelea con el técnico podía forzar su salida. Además, venía de recibir un premio como el mejor arquero del mundo, y lo que sus oídos habían escuchado de parte de su entrenador no estaba en consonancia con los elogios cosechados. Por otra parte y pensando en el Mundial de Francia, el cuerpo técnico quería motivarlo para que afinara su físico, con cierta tendencia a ensancharse, y llegara óptimo para la gran cita de selecciones, que podía terminar de consagrarlo como el mejor del momento.

El hecho alteraba el orden de la pretemporada y entorpecía el desarrollo de la tareas, ya que en los días que duró el diferendo, el arquero seguía entrenándose, pero separado del resto de sus compañeros. El técnico trataba de mantenerse fuera de cualquier polémica. Ante las preguntas de la prensa, Bielsa no negaba el incidente, pero lo mantenía dentro de la intimidad del grupo. Incluso cuando vía telefónica tuvo una conversación con el presidente Raúl Gámez, no quiso ventilar ningún detalle de lo ocurrido, a sabiendas de contar con todo su apoyo: «Mire Raúl, si yo le cuento lo que pasó le voy a dar una visión parcial de los hechos y no quiero condicionarlo. Prefiero que cuando vuelva se informe con distintas fuentes y saque sus propias conclusiones». Una vez más los valores de Bielsa salían a la luz y esa rectitud por la que Gámez se había sentido atraído al contratarlo se ponía de manifiesto en su respuesta.

El incidente no duró más de cuatro días, pero en el medio Vélez debía viajar a Mendoza para jugar un amistoso previo al comienzo del Clausura ante River. Sin Chilavert, y también sin Cavallero (afectado a la Selección), fue Ariel de la Fuente el que se hizo cargo

del arco velezano. La respuesta del juvenil resultó auspiciosa y el conjunto de Liniers se impuso por dos a uno.

El triunfo sirvió para aquietar las aguas, pero mientras tanto todos los integrantes del cuerpo técnico, así como varios de los compañeros más importantes del plantel, se comunicaban a diario con el arquero, pidiéndole que revisara su postura. Chilavert era mucho más que un arquero. Su eficacia en los penales, su carácter de cara al grupo y el respeto casi reverencial de los rivales lo transformaban en una pieza demasiado valiosa para perderla así nomás.

Los medios sensacionalistas hacían una novela del diferendo y especulaban con la salida de uno de los dos. Decían que dos personalidades con tanto carácter no podían seguir conviviendo.

Sin embargo, y antes de lo que muchos suponían, el canal de diálogo se reabrió y con la buena voluntad de las partes y las gestiones de todos los que buscaron acercar las posturas, el pacto de no agresión llegó a buen puerto. Chilavert se sumó nuevamente al grupo, se puso al día en lo físico y recuperó su lugar con naturalidad. El plantel sintió alivió por la resolución del conflicto y valoró la actitud de Bielsa de no utilizar su poder ante los dirigentes para salir fortalecido.

El tiempo y el profesionalismo de ambos ayudó a cicatrizar las heridas y en el presente el paraguayo no le escatima un solo elogio al entrenador.

Queda como curiosidad el marco de la recomposición. Siendo dos tipos tan fuertes en sus convicciones, debía ser una situación que expusiera alguna debilidad capaz de acercarlos nuevamente. Y ambos comparten una misma y obsesiva preocupación: los aviones.

En uno de esos viajes, pasillo de por medio, comenzaron a conversar de la vida, olvidando las diferencias del pasado. Cualquier excusa era buena, con tal de distraer la atención a miles de metros de pisar tierra firme.

LLEGADAS Y PARTIDAS

Solucionado el problema con Chilavert, todos los cañones apuntaban a realizar un gran campeonato. Más allá de la irregularidad del torneo Apertura, Bielsa estaba satisfecho con el plantel. En otro hecho que los jugadores valoraron, el entrenador no pidió refuerzos. Si bien es cierto que algunos mantenían la fantasía de que el rosarino era el encargado de realizar esa limpieza que, supuestamente, querían los dirigentes, su intención no era achicar el grupo, sino incentivarlo para que se comprometiera con la idea y peleara el título.

Analizando virtudes y defectos del primer campeonato y en función del deseo de tener un equipo más rápido, se presentó la chance de recuperar a un viejo conocido que podía aportar aquello que estaba faltando.

Fernando Pandolfi, el Rifle, había emigrado seis meses atrás para jugar en el Perugia del fútbol italiano, pero las cosas no funcionaron como esperaba. Luego de un inicio prometedor, los flojos resultados originaron la partida prematura del entrenador que lo había pedido y con él, las chances de lograr continuidad. Ante este escenario, la vuelta era posible y cuando la propuesta apareció, no lo dudó demasiado. Al llegar tuvo una buena actuación en un partido de verano y eso levantó sus acciones para ser tenido en cuenta de manera especial.

Pandolfi también formaba parte de la generación gloriosa del club. No era veloz en el aspecto físico, pero sí en el concepto del juego. Era un jugador exquisito, con técnica depurada y notable pegada, pero poco afecto al sacrificio y a la recuperación. Además,

su filosofía lo llevaba a pensar que el fútbol era un medio y no un fin. No era un obsesivo. Le encantaba jugar a la pelota tanto como otras actividades, como la música.

Bielsa era distinto, claro, pero a pesar de estar en las antípodas en seguida sintió una estima especial por el Rifle. Es que aun con el mínimo esfuerzo, Pandolfi era un jugador lúcido y eso al técnico le encantaba. Además, a su manera, trataba de esforzarse para complacerlo.

A la hora de los videos, Pandolfi era siempre el mejor alumno, el que primero descubría los errores, así como también el que más rápido captaba un nuevo ejercicio. Claro que por no comulgar con la exigencia permanente, a menudo manifestaba su disconformismo y generaba diálogos desopilantes.

En una práctica, tras realizar distintos movimientos durante un par de horas largas bajo el sol de marzo, Bielsa detectó cierta fatiga en sus muchachos.

—Bueno, están cansados, vayan a tomar agua. Fernando usted quédese conmigo.

—¿Qué pasa, Marcelo? ¿No podemos estar cansados? —le contestó fastidiado el jugador.

—Sí, pueden. Ahora, escúcheme una cosa. Yo veo que usted observa muy bien el juego y entiende todo rápido, ¿no es cierto?

—Puede ser, Marcelo... ¿Y qué quiere que haga?

—Entonces por qué no me ayuda un poco... ¡Deme una mano, Fernando!

Pandolfi dio media vuelta y se fue tratando de aguantar una sonrisa que se le escapaba de la cara.

«A mí me cambió la cabeza», reconoce el mediocampista. «Con

ningún entrenador me aburrí tanto en un partido ni sufrí tanto como con Bielsa, pero ninguno me transformó tanto como él.»

La historia de la primera fecha del Clausura también es un ejemplo cabal. «La clave del partido con Racing es Michelini. Si usted lo sigue a Michelini cuando perdemos la pelota, seguro ganamos el partido», le dijo el rosarino en la charla técnica. Pandolfi se resistía a creer lo que escuchaba. Aquel Racing tenía otros jugadores mucho más dotados y suponía que eran ellos los que podían tener mayor gravitación. Enojado por la consigna, sabiendo que, además, lo obligaba a un esfuerzo importante en la recuperación, se limitó a aceptar los dichos del técnico.

El partido debut lo ganó Vélez por dos a cero, con goles de Camps y Posse. Pero una jugada cambió el rumbo del encuentro.

Racing atacaba buscando su conquista y fue Michelini quien debajo del arco tocó una pelota que iba directo al gol. En la línea para salvar la caída de su arco no estaba Chilavert ni ninguno de sus defensores. Con un gran esfuerzo y luego de perseguirlo durante cuarenta metros, Fernando Pandolfi apareció como si fuera un experimentado zaguero y sacó un gol casi hecho. Era la confirmación de la hipótesis y con ella, los primeros tres puntos del campeonato.

«Era raro... Por ahí en un partido vos pensabas que habías jugado regular y él venía y te felicitaba, y en otro en el que habías hecho algún firulete no te decía nada.»

El Rifle fue una debilidad para el entrenador y por eso le toleró algunos enojos, como cuando en el partido ante Rosario Central lo incluyó en el banco de suplentes, lo hizo ingresar y luego lo reemplazó nuevamente a pesar de haber convertido un gol de tiro libre y tras jugar sólo cincuenta minutos. En los días posteriores,

Pandolfi se molestó y se fue de una práctica fastidiado por un ejercicio, aunque luego no tuvo reparo en pedirle disculpas al técnico.

«Fernando, hoy tiene que jugar el partido que me debe», le dijo Bielsa antes de salir a enfrentar a Gimnasia en la última fecha y con el equipo ya consagrado. El mediocampista jugó un partidazo, marcó un gol y recuerda que luego, en la celebración en la cancha de Vélez, el entrenador corrió quince metros cuando lo descubrió entre la gente para estrecharlo en un fuerte abrazo y dar la vuelta olímpica a su lado, en clara señal de afecto.

Contrastando con la historia de Pandolfi, los rumores de que River quería llevarse a Marcelo Gómez se hicieron realidad apenas iniciado el torneo. El centrocampista llegó a participar en la primera fecha, pero la decisión de su partida en caso de que la oferta se concretara ya estaba tomada.

Mientras el plantel se encontraba en Mar del Plata para cumplir con uno de los últimos compromisos del verano, una vez más una caminata fue la excusa para analizar la posible salida de Gómez. El cuerpo técnico partió con rumbo desconocido y la postura más allá de la gravitación del jugador en el andamiaje del equipo era la de traspasarlo. Se trataba de una oportunidad única y ante eso Bielsa jamás se opuso, aun contando con todo el apoyo de la dirigencia como para presentar algún reparo. La caminata sirvió para evaluar cómo se lo iba a reemplazar, pero el análisis quedó sumergido. En el medio del paseo, se desató una de esas lluvias torrenciales características de la ciudad balnearia. Lejos de guarecerse de la tormenta, Bielsa siguió caminando y obligó a sus compañeros a sostener el paso. Otra vez, la lluvia era sólo un pequeño detalle.

UN COMIENZO PERFECTO

El arranque del Clausura 98 resultó óptimo. Bielsa y sus colaboradores les habían pedido a los dirigentes jugar la mayor cantidad de partidos en horario nocturno. Ese torneo tenía una particularidad, ya que al ser el certamen previo al Mundo de Francia se disputaría con varias fechas entre semana. La posibilidad de jugar sin el sol abrasador del verano permitía un mejor margen de recuperación entre partidos, y teniendo en cuenta que Vélez tenía como precepto la intensidad física, además del juego en conjunto, no era un dato menor el horario de los encuentros.

El equipo había entendido la idea de juego de Bielsa y la pretemporada, con sus particularidades, había servido para convencer a los jugadores de que si ellos no se comprometían con el proyecto, quedarían marginados o sería reemplazados por otro compañero. Luego de seis meses de trabajo, los jugadores eran capaces de aceptar que no existía ninguna intención de limpieza dentro del grupo, que Bielsa «era así», exigente, serio, frontal. Al exitoso le exigía en consecuencia, y con el joven podía ser algo más indulgente. Su objetivo era diseñar una estructura pareja, un menú balanceado del que poder elegir los mejores intérpretes. Además, entendía que era importante que los jugadores estuvieran reconocidos y como tales, luego de una charla con el presidente, logró que cobraran el premio de cada partido en el vestuario, apenas logrado el objetivo.

Con la línea de tres defensores instalada y la sorpresa de Zandoná como zaguero, tres mediocampistas, entre ellos la figura novedosa de Castromán, un enganche y tres puntas, Vélez comenzó el

torneo con el dibujo táctico clásico de Bielsa y de la mejor manera en los resultados.

La salida de Marcelo Gómez le dio protagonismo a Carlos Compagnucci, un experimentado mediocampista que formaba parte del grupo desde hacía varios años pero sin demasiada continuidad. Compagnucci tenía una estrecha relación con Mauricio Pellegrino, el lugarteniente de Bielsa dentro del campo de juego, y fue a partir de este vínculo y su fe en el *bielsismo* que se ganó un lugar entre los once. Para él, con veintinueve años, la posibilidad de jugar seguido le permitía una vigencia revitalizadora. En los equipos de Bielsa, con clara vocación ofensiva, la tarea del mediocentro resultaba vital, ya que era el encargado de equilibrar al equipo y de relevar a todos aquellos jugadores que se sumaban al ataque. La incorporación fue un éxito.

Luego del triunfo en el debut frente a Racing, llegaron nuevas victorias. En Salta ante Gimnasia y Tiro con un gol de Camps a seis minutos del final, ante Unión con goleada por tres a cero y en la Bombonera superando a Boca por tres a dos. La conquista frente al equipo azul y oro tuvo varios datos significativos. El primero fue que resultó el bautismo en la red de Lucas Castromán, con un derechazo cruzado, el segundo que se ganó con un penal de Chilavert a sólo dos minutos del final y el tercero, y sin dudas el más importante, abonó la creencia de que se estaba caminando por el sendero correcto: todos los medios coincidieron en remarcar la superioridad de Vélez sobre su rival y en mencionarlo como gran candidato para quedarse con el título. En apenas once días y con cuatro fechas disputadas, el equipo de Liniers era líder del campeonato con puntaje perfecto.

La marcha ideal se iba a detener en la quinta estación, con un empate a cero ante Platense. Vélez careció de peso ofensivo, a pesar de los tres atacantes, y aunque fue levemente superior, no pudo quebrar a la defensa visitante.

En aquellos tiempos, a diferencia de su ciclo en Newell's, Bielsa se concentraba con el plantel en el Hindú Club. «Lo hago para no ser malinterpretado. Antes no lo hacía porque me parecía innecesario, y para oxigenar la relación y no transmitir mi ansiedad», explicaba al ser consultado por el cambio.

El equipo titular no sufría grandes movimientos. En todo caso, podía aparecer Darío, el menor de los hermanos Husain, como opción de ataque, cuando Camps retrocedía algunos metros y Pandolfi salía del equipo, o Federico Domínguez en el andarivel izquierdo como alternativa de Cardozo, pero no mucho más.

El gran ausente era Cristian Bassedas, que pasaba varios días a la semana afectado al trabajo con la Selección nacional. Bassedas era para Bielsa un jugador probado y de excelentes condiciones, pero al no trabajar con continuidad en la previa de los partidos no formaba parte del plantel titular. Además, el arranque auspicioso no lo invitaba a desarmar el equipo. De cualquier manera, la situación no le resultaba cómoda y se lo hizo saber al jugador.

Luego del triunfo ante Boca, en el que Bassedas había jugado tan sólo veinte minutos reemplazando a Cordone, Bielsa se acercó a las duchas y le resumió en pocas palabras:

«A usted no le gustan estos partidos, ¿no?» El técnico lo respetaba mucho y por eso quería que supiera que a pesar de que no iba a cambiar nada, lo entendía en su descontento.

La sexta fecha tenía para Bielsa una connotación especial. El

rival era Newell's y el escenario el Parque Independencia, que tantas veces lo había cobijado como entrenador y jugador. Poco pudo pensarlo durante la semana debido a las dificultades que se presentaron para armar el equipo, producto de la lesión de Zandoná, la fractura del peroné izquierdo del juvenil Bilbao y una angina de Pandolfi. Para reemplazarlos, el entrenador ubicó a Castromán en la línea de tres defensores, incluyó a Bassedas por la derecha, aunque no era su carril habitual, y sumó a Darío Husain en el ataque.

El movimiento de piezas fue perfecto. Vélez ganó el partido por uno a cero con gol de Camps, para completar el primer tercio del campeonato con dieciséis puntos sobre dieciocho posibles y en lo más alto de la tabla.

Sin embargo, la tarde se recortó en un momento inigualable. Más de veinte mil hinchas de Newell's ovacionaron a Bielsa en cuanto asomó desde el túnel y en todo su recorrido hasta el banco de los suplentes. Inclusive la señora Nelly, que le proveía los chupetines en su época de entrenador de la lepra, le acercó una bolsa gigante repleta de dulces para manifestarle su cariño y su agradecimiento. El temor natural que podía generarle el paso del tiempo y la desconexión con los hinchas tras seis años de ausencia, se derribaba en un instante. Tímido hasta el extremo, el hombre apenas si se animó a levantar su mano y retribuir semejante muestra de afecto. Cuando el gol de Camps se produjo, sólo atinó a bajar la cabeza sin exteriorizar sentimiento alguno.

Más allá de la discordancia con el gobierno de Eduardo López, el sentimiento auténtico e incondicional estaba por encima de todo y así lo expresó luego de la victoria: «Siempre tengo la fantasía de que algún día volveré a Newell's con Griffa para intentar repetir un

proceso como aquel que nos dio tantas alegrías. Y voy a volver, claro que voy a volver».

A LA DERROTA NO SE LE SACALA LENGUA

Los muchachos disfrutaban del show a su manera. La derrota seguía doliendo, pero habían esperado varios meses por ese momento. Mick Jagger se contoneaba al ritmo de la música y los acordes de la guitarra de Keith Richards le recordaban al mundo entero que los Rolling Stones se presentaban nuevamente en la Argentina. Para algunos de ellos era la primera vez y habían decidido no faltar a la cita. Los jugadores de Vélez estaban allí. Pandolfi, Bassedas, Cordone, Camps y Claudio Husain observaban a los próceres, extasiados. El estadio Monumental de Nuñez, que varias veces los había tenido como protagonistas, ahora los albergaba como espectadores. La cancha explotaba de júbilo ante cada uno de los hits y ellos, rockeros de alma, trataban de olvidarse al menos por un rato de la derrota de un par de horas atrás ante San Lorenzo.

Los únicos baches en la campaña de Vélez se produjeron en la séptima y octava fecha. En la primera de ellas el equipo de Bielsa sólo pudo empatar con Argentinos Juniors sin abrir el marcador. El conjunto de La Paternal sería en el resumen de la temporada uno de los pocos a los que Vélez no pudo superar y el único al que ni siquiera le convirtió goles. Para el encuentro que se disputó en la cancha de Ferrocarril Oeste, un viernes por la noche, Bielsa debió nuevamente improvisar una formación producto de los lesionados y suspendidos.

Compagnucci jugó de hombre libre y con esa autonomía podía moverse como un marcador central, si era necesario fortalecer la

defensa, o como mediocampista para cortar y distribuir desde el centro del terreno. Sin embargo, y aun por encima del resultado de aquel pálido cero a cero, la prensa hizo hincapié en la cantidad de hombres con características ofensivas que el entrenador puso en el equipo titular tratando de disimular algunas ausencias. Entre los once estaban Pandolfi, Cordone, Posse, Camps y Darío Husain. A priori podía hablarse de cinco atacantes. Sin embargo, y como el fútbol no es una ciencia exacta, la acumulación de nombres no siempre da resultado. El equipo fue incapaz de generar situaciones de gol y aunque estuvo más cerca que su rival de quedarse con la victoria, terminó repartiendo puntos.

La fecha posterior resultaría una bisagra en el campeonato, porque Vélez perdería su único partido del torneo y la exclusividad de la punta.

San Lorenzo venía en ascenso y el duelo con el líder resultaba la motivación ideal para ratificar su recuperación. El conjunto azulgrana tenía excelentes jugadores, como Néstor Gorosito, Gustavo Zapata, Claudio Biaggio y Alberto Acosta, capaces de desequilibrar en cualquier momento. Era justo la mitad del campeonato y la posibilidad para Vélez de confirmar como local todo lo hecho hasta ese momento. El encuentro fue cerrado y los de Boedo se impusieron por dos a uno. La lucha resultó vibrante e intensa. Los visitantes sacaron ventajas en la primera hora de juego y luego aguantaron la reacción de los de Liniers. Para los de Bielsa el traspíe trajo como agregado el tener que compartir la cima con Gimnasia y Esgrima de Jujuy, el equipo revelación del torneo.

En ese contexto y con el impacto por la derrota, en el vestuario el ánimo no era el mejor. Sin embargo, varios de los muchachos ya

tenían planes pospartido: tocaban los Stones y ellos tenían sus entradas. Habían adquirido los tickets con mucha antelación y no querían perderse un evento único. Cada uno procesa una derrota a su manera, pensaron, y por eso entendieron que faltar al show no les iba a cambiar el sentimiento de bronca.

El cuerpo técnico, al que tampoco le gustó la presencia de los jugadores en el recital, trató de filtrarle la información a Bielsa, sabiendo que la noticia no le caería nada bien, pero el dato llegó a sus oídos y la referencia, en el reencuentro, no se hizo esperar.

Bielsa juntó a todo el plantel en la cancha principal de entrenamiento y le dio un discurso con su impronta: «Después de una derrota a mí no me da ni para salir a la calle. Para mí es un velorio, que sólo termina cuando llega la próxima práctica. No puedo entender cómo después de perder un partido tienen ánimo para ir a ver un recital de rock».

Estar frente a los Rolling Stones o dejar de ir al recital no iba a modificar el resultado del partido. De cualquier manera, todos tomaron la charla de buen modo, y más allá del asunto puntual, la arenga iba a marcar otro quiebre en el grupo. La derrota debía ser el aliciente para la reacción, y a pesar de estas diferencias de enfoque, todos estaban convencidos de que el equipo tenía la fortaleza para ser protagonista.

AL TÍTULO SIN ESCALAS

«Después del partido con San Lorenzo, empezamos a funcionar sin tantas intermitencias. Como si ya no tuviéramos problemas de confianza para resolver lo que Bielsa nos pedía. Estábamos más sueltos, más seguros.»

La frase pertenece a Darío Husain y se corresponde con la evolución del equipo en el campeonato, o al menos a lo que vino después del único traspie del torneo, tramo que sirvió para terminar de construir la pintura del equipo que quería el técnico.

Además de a los jugadores, Bielsa había convencido con su idea a la difícil Platea Norte del José Amalfitani, tan esquiva en el primer campeonato. Fueron ellos, los hinchas, los que en un número superior a doscientos armaron un banderazo para apoyar al equipo antes del partido ante Estudiantes de La Plata.

El equipo respondió en la cancha y ganó por dos a uno. Luego vendrían tres victorias al hilo. Un contundente tres a cero frente a Independiente, en el que para muchos fue el mejor partido del equipo a lo largo del Clausura. Un triunfo valiosísimo en Jujuy frente a Gimnasia, en el que descolló Chilavert convirtiendo un gol de tiro libre y atajando un penal. Y una goleada por seis a uno a Colón de Santa Fe en Liniers, en la que se lucieron Posse y Darío Husain. Llegando al segundo tercio del torneo en la fecha doce, Vélez surgía como gran candidato al título, con la dinámica y la presión colectiva para recuperar el balón y la contundencia en ataque para ganar los partidos.

La diferencia de cuatro puntos sobre los perseguidores inmediatos le permitió tomar con cierta tranquilidad la igualdad ante

River, y aunque luego sobrevino otro empate ante Lanús en un partido dramático, que implicó volver a compartir la punta, ahora con Gimnasia y Esgrima La Plata, la confianza estaba a pleno.

La recta final trajo puntaje perfecto con los triunfos ante Rosario Central, Ferro y Deportivo Español, para en un abrir y cerrar de ojos obtener una luz de seis puntos de ventaja y quedar sólo dos fechas.

A esa altura, la gran campaña realizada por Bielsa había interesado a dirigentes de distintos equipos del fútbol del exterior. Con el permiso de los dirigentes de Vélez, el entrenador recibió a enviados del Espanyol de Barcelona, que llegaron a la Argentina con la intención de conocer los pasos futuros del técnico. El contrato con la entidad de Liniers tenía un año de duración y, por lo tanto, expiraba al finalizar el torneo. A partir de esa certeza quedaron en seguir conversando.

La victoria sobre Deportivo Español por uno a cero, en la que los jugadores manifestaron una merma física evidente, producto de la seguidilla de partidos, dejó todo servido para dar la vuelta olímpica en la penúltima fecha ante Huracán.

La semana previa a la consagración no tuvo grandes diferencias con las otras semanas de labor intensa. Tanto Bielsa como sus jugadores ya sabían lo que era ganar un campeonato y la ansiedad lógica del momento no debía desviarlos del objetivo. El trabajo fue ordenado, como le gustaba a Bielsa, y la charla técnica motivó a los jugadores para alcanzar el título y les brindó las últimas informaciones del rival para salir a jugar con todo claro.

El domingo 31 de mayo, con un gol de Posse de cabeza, Vélez se consagró campeón del fútbol argentino por quinta vez en su historia.

Chilavert, Pellegrino, Compagnucci, Posse y Camps resultaron los puntales de un equipo en el que lo colectivo siempre estuvo por encima de las individualidades. A la hora del pitazo final del árbitro, Bielsa abandonó el campo de juego y expresó su euforia por el título, el tercero de su carrera, en la intimidad del vestuario.

«Los verdaderos protagonistas son los jugadores, y entonces la escena principal debe ser ocupada por ellos», dijo con su estilo inconfundible.

La última fecha, a pocas horas del comienzo del Mundial, determinó el enfrentamiento con Gimnasia y Esgrima La Plata. Como si estuviera todo preparado para cerrar el círculo virtuoso, Bielsa puso en la cancha un equipo que sintetizó su trabajo a lo largo de la temporada. Pellegrino, su lugarteniente dentro del campo de juego; Pandolfi, el jugador al que transformó agregándole a su talento una dosis de sacrificio; más Méndez, Castromán y Cordone, los jóvenes a los que lanzó a la consideración, le dieron la última alegría venciendo al rival por tres a dos para cerrar el torneo con una ventaja clara sobre el resto.

A ellos se les sumaron varios desconocidos a los que Bielsa obviamente ya había evaluado en detalle como Cubero, Ércoli, Bardaro y Rolando Zárate. Alguno de ellos, con el tiempo, se transformaría en figura.

Vélez fue campeón con cuarenta y seis puntos, y con seis de ventaja sobre Lanús. Por cada tres goles que marcó recibió sólo uno. Tuvo la valla menos vencida del torneo, con catorce goles en contra, y entre Camps y Posee marcaron diecinueve de las treinta y ocho conquistas.

El final del Clausura trajo el descanso esperado por los

jugadores. Pero Bielsa tenía otros planes y debía resolver su futuro. Desde siempre la idea de dirigir en Europa lo había desvelado y luego de sus años en México y su retorno triunfal a la Argentina, la seducción de las grandes ligas era absoluta.

Si bien es cierto que el Espanyol siempre fue el equipo modesto de la ciudad y el que vive a la sombra del gigante Barcelona, la propuesta era seria. Por otra parte, haber conquistado el título con Vélez hacía pensar que el objetivo estaba alcanzado.

Luego de aceptar el ofrecimiento y antes de partir, Bielsa le dejaría a Vélez su agradecimiento, expresado de la mejor manera. Su trabajo de análisis hecho con todo el cuerpo técnico de cada uno de los rivales, así como también los informes de cada uno de los jugadores, quedó en el club como material de consulta para aquellos que lo sucedieran.

Además, Vélez disponía de unos terrenos y fue su esposa Laura, arquitecta de profesión, pero conocedora de las necesidades de un plantel profesional, la que lo ayudó a esbozar un boceto funcional y moderno de lo que sería en el futuro la Villa Olímpica en la que se concentraría el plantel.

«Si hubiese sido el dueño del club, le hubiera dado a Bielsa un contrato por diez años para que manejara todo el fútbol desde el plantel profesional hasta las divisiones inferiores», sintetizó el sentimiento Raúl Gámez.

Atrás habían quedado doce meses de grandes historias. Los viajes de retorno a Rosario en la vieja camioneta Chevrolet celeste luego de cada partido, mirando el video del encuentro en la casetera portátil para no perder ni un minuto de tiempo. Las comidas con los dirigentes en esas viejas pizzerías con paredes descascaradas. La

expulsión de los directivos del campo de juego aquella vez que ingresaron a su lugar de trabajo en el medio de un entrenamiento, un ámbito donde sólo debían estar los jugadores.

La convicción de un hombre fue capaz de transformar la cabeza de más de veinte. Les enseñó que no había una única manera de llegar al objetivo y que siempre se pueden incorporar conceptos. Que la exigencia vale y trae réditos. Más allá del título, para Bielsa ésa fue la gran conquista.

CAPÍTULO VII

Espanyol de Barcelona

«El periodismo es el elemento educativo central que tiene la sociedad contemporánea. La influencia del mensaje periodístico sobre la capacidad de la gente es absoluta, sobre todo cuanto más ignorante es la gente, cuanto menos capacidad tiene de discriminar entre lo que está bien y lo que está mal. Por eso, objetivamente, no importa lo que yo opine. La incidencia del mensaje periodístico sobre la capacidad de la gente para interpretar el juego es un área específica de la profesión sobre la que yo tengo poquísimas posibilidades de intervención. De cualquier manera, yo no me describo como un inocente. Soy una expresión de este pueblo, soy igual de malo que los que estoy describiendo. Yo también muestro la hilacha cada vez que puedo.»

DESEMBARCO EN EUROPA

A pocos días de terminado el campeonato en la Argentina, el entrenador viajó a Barcelona para firmar el contrato que lo ligaría al Espanyol por una temporada. El 10 de junio de 1998 se transformaba oficialmente en el nuevo técnico del plantel profesional, y sucedía a José Antonio Camacho, histórica figura del fútbol hispanense.

Los periodistas lo habían recibido en el aeropuerto y en seguida pudieron descubrir a un personaje muy especial, al que le interesaba seguir consumiendo información. Previo a responder a la requisitoria, fue el propio Bielsa el que se adelantó con una inquietud que dejó a todos perplejos.

—Señores, antes de que prendan las cámaras, quisiera hacerles una pregunta: ¿ustedes saben dónde hay un cibercafé?

El contexto era diferente, pero el personaje era el mismo. Su deseo de estar actualizado ya le entregaba a la prensa una muestra gratis en el mismo momento de la presentación.

La primera decisión que tomó, de común acuerdo con el presidente Daniel Sánchez Llibre, fue la de no darle la prioridad a la disputa de la Copa Intertotto, que clasificaría a un equipo para la Copa UEFA. Bielsa entendía que era mejor evitar el desgaste de los jugadores más importantes en dicha competición, más allá del beneficio que podía obtenerse en caso de ganarla, y eligió privilegiar el descanso. El armado de la pretemporada con altas cargas de exigencia traería como consecuencia un conjunto bien afilado para el inicio de la Liga, y hacia allí se dirigían todos los cañones.

Mientras el técnico retornó a Rosario para planificar lo concerniente a la etapa precompetitiva, en plena disputa de la Copa del Mundo, dos integrantes del cuerpo técnico fueron los primeros adelantados. Claudio Vivas, ayudante de campo y mano derecha del entrenador, y Luis María Bonini, flamante preparador físico, arribaron a Cataluña con el objetivo de ir preparando el terreno. Bonini, que reemplazaría a Gabriel Macaya, era un viejo conocido de Bielsa, de su etapa mexicana. Los unía una relación de estima y respeto que se había construido a lo largo de los años, con amigos en común como Carlos Griguol o León Najnudel.

Una vez terminado el Mundial, que consagró a Francia por primera vez, Vivas y Bonini acompañaron al equipo alternativo con el que el Espanyol jugaría la Intertoto, observando a jóvenes valores y manteniendo contacto fluido con Paco Flores, entrenador alterno del club y responsable de dicho conjunto. Eliminaron a rivales de la República Checa y de Austria y perdieron la final con el Valencia. Su actuación fue muy buena y a varios les valió sumarse al primer equipo que integraban jugadores como Pochettino, Esnáider, Arteaga, Toni, el paraguayo Miguel Benítez y el rumano Galca, entre otros.

Con la llegada de Bielsa, rápidamente el equipo comenzó a impregnarse del estilo del DT. Los jugadores asimilaron los entrenamientos en doble turno, algo a lo que no estaban acostumbrados, así como también el reemplazo de la tradicional sesión de masajes de los viernes por más trabajo en el campo. La instauración de un nuevo orden necesitaba su tiempo, pero los dirigentes estaban satisfechos con los cambios.

Junto con el técnico arribó Martín Posse como nuevo refuerzo,

procedente de Vélez. El delantero desempeñó una temporada fantástica en la Argentina, siendo gran figura del Vélez campeón, y se sumaba al plantel para aportar su velocidad y poder de fuego.

Los primeros amistosos marcaron cuál sería el estilo. Aquel Espanyol de la temporada anterior con un juego chato le daba paso a otro más agresivo, con la típica presión de los equipos de Bielsa, tratando de ser protagonista en cualquier cancha, con independencia del rival de turno.

Los medios lo trataban con respeto e incluso los periodistas del diario deportivo *Marca* lo invitaron a conocer las instalaciones de la redacción, convite que aceptó gustoso, ya que era esa publicación una de las que consumía desde muchísimo tiempo atrás y le interesaba entender el proceso de construcción y realización de cada edición.

Todo estaba bien encaminado y el inicio de la Liga aparecía en el horizonte cercano. Sin embargo, algo iba a modificar de forma radical ese presente pleno de armonía.

Tras el final del Mundial y la consecuente salida de Daniel Passarella como entrenador del conjunto argentino, José Pekerman, quien hasta allí se desempeñaba como responsable del área juvenil, fue designado Director General de Selecciones Nacionales. En un viaje a España para disputar un torneo con el elenco albiceleste, llamó al rosarino y lo invitó a cenar para hablar de fútbol.

Bielsa aceptó suponiendo una conversación amigable entre colegas, sin saber que iba a recibir la oferta más importante de su vida.

LA PROPUESTA MENOS PENSADA

El entrenamiento en la ciudad deportiva de Montjuic había sido muy bueno. Los jugadores trabajaban cada día mejor y el mensaje ya era interpretado de acuerdo con lo que el entrenador esperaba. Al llegar al vestuario del cuerpo técnico, la quietud se rompió por un instante cuando Bielsa comentó algo con su grupo de trabajo.

—¿Saben que me llamó Pekerman para charlar sobre una cuestión? Pero no me anticipó nada y me pidió que lo mantuviese en reserva.

Bonini, experimentado y paciente, sólo atinó a escuchar sin emitir comentario alguno. Javier Torrente, el último de los ayudantes de Bielsa en sumarse al grupo lo miró sorprendido, y Vivas, más curioso, sugirió un motivo para explicar el encuentro.

—A lo mejor lo llamó para hablar de la Selección...

—No. No creo. A lo sumo me pedirá algunos videos de Pochettino, Esnáider o Posse para hacerles un seguimiento.

José Pekerman era el hombre designado por el presidente de la AFA, Julio Grondona, para reorganizar la estructura de las selecciones nacionales. Aunque muchos deseaban que fuera él quien se hiciera cargo de la conducción del seleccionado mayor, en su cabeza había otro plan.

El sábado 15 de agosto en el Hotel Princesa Sofia, muy cerca del estadio Camp Nou del Barcelona, Pekerman le contó a Bielsa de su proyecto y le ofreció el cargo de entrenador de la Selección nacional. La cena se extendió por varias horas y allí quedaron claros cuáles eran los pasos a dar. El primero y más importante, lograr una salida consensuada del Espanyol para, una vez obtenida la libertad,

poder empezar a trabajar de lleno en el proyecto.

Al día siguiente, el técnico pleno de orgullo, les comentó a sus colaboradores la gran noticia, sin suponer que comenzaba un verdadero calvario: veinte días febriles en los que acordar la rescisión del contrato con el conjunto catalán se iba a transformar en una tarea desgastante hasta el agotamiento. Bielsa quería una salida prolija y enmarcada en la ética que siempre lo caracterizó, pero los dirigentes del club se resistían a interrumpir un vínculo que recién estaba comenzando. El entrenador tenía una cláusula en su contrato que argumentaba que el mismo podía caducar en caso de recibir una oferta para dirigir al seleccionado de su país, pero quería llegar a un acuerdo que transitara por el camino del diálogo. Si bien es cierto que el DT siempre fue un amante del orden y la previsión, jamás imaginó que tal condición pudiera llegar a ponerse en práctica y sólo estaba en el contrato como una formalidad. Pero ante una circunstancia de intransigencia, era esa cláusula la que podía darle la libertad de acción.

Al recibir la novedad, el presidente Sánchez Llibre se manifestó componedor y aceptaba que la ruptura debía darse en buenos términos, pero cuando llegó el tiempo de la reunión entre todos los integrantes del consejo de administración, la postura oficial del club viró ciento ochenta grados. El Espanyol era una sociedad anónima, cuyo poder recaía en un grupo de quince miembros que ante determinadas circunstancias tenía el poder real. Uno de los hombres más radicalizados en la postura negativa era el director general Fernando Molinos: «Bielsa tiene una cláusula para solicitar la rescisión si recibe una oferta de su Selección. La cláusula es clara: para solicitar. El Espanyol ahora contemplará esa posibilidad. Él

está en su derecho de pensar que esa cláusula es legítima. Pero legitimar no es lo mismo que ejecutar. En este momento la sociedad entiende que no es tiempo para darle la libertad».

Entrampado en una lucha de interpretaciones legales de la cual Bielsa no quería salir dando un portazo, la situación se mantenía sin variaciones, más allá del deseo del técnico. Al mismo tiempo y conforme a lo firmado, seguía trabajando con el plantel hasta tanto lograra la desvinculación.

Para hacer todavía más complejo el escenario, la victoria en un partido amistoso jugado ante la Juventus no hizo más que complicar la salida. El conjunto italiano era el monarca de su país y subcampeón de Europa. Con Marcelo Lippi como entrenador y estrellas como Zidane, Deschamps, Davids o Del Piero en el campo, el Espanyol lograba sorprenderlos y batirlos por uno a cero con un gol del argentino Martín Posse.

El rendimiento del equipo despertaba encendidos elogios de los dirigentes y los hinchas hacia Bielsa, y para el técnico la situación era incómoda. No había hecho nada más que lo que debía, pero los buenos resultados fortificaban la decisión de la dirigencia de retenerlo. Su perseverancia lo obligaba a continuar con el pedido de salida, pero su honestidad lo empujaba a trabajar al máximo hasta tanto no se diera la definición esperada. Cuando parecía que el consejo podía liberarlo, siempre aparecía un nuevo escollo en el camino.

Tan tozudo como optimista, el entrenador esperaba que la buena nueva llegara en algún momento, pero en la medida en que la decisión se dilataba, su paciencia, sin perder las formas, comenzaba a llegar al límite. Era consciente de que si no ejercía cierta presión

llevaba las de perder.

«Si el Espanyol soporta todo esto es porque sabe que tiene que cumplir con lo que dice el contrato, pero la cláusula tiene un costo político y nadie quiere hacerse cargo. Lo que aquí está en juego es asumir el costo de una decisión en base a una hipótesis que era imposible que se concretara y, sin embargo, se concretó. Introduje esa cláusula por introducirla. El equipo que venía de dirigir había ganado el campeonato y me dije: la voy a poner. Y la puse. Y la aceptaron.»

El inicio del campeonato trajo la primera gran alegría. El rosarino estuvo en el banco y condujo al equipo en su debut. Aunque su deseo era tener finiquitado el asunto, la preparación del equipo se produjo en tiempo y forma. En el estadio Olímpico, el 30 de agosto, el Espanyol le ganó por dos a uno al Tenerife y la victoria produjo el efecto necesario para la ofensiva final.

EL PRECIO DE LA LIBERTAD

Por primera vez en varias semanas, el conserje del Hotel Hesperia, en el barrio Sarriá, se encontró con un rostro sereno. La habitación 619 ya no sería testigo de la angustia de un hombre encerrado por la disyuntiva de aceptar o no el mayor desafío de su vida, siguiendo el dictamen de su corazón, y la necesidad de interrumpir un contrato de la manera más civilizada, acorde a lo que le marcaba su conciencia.

Dos días más tarde del auspicioso inicio de Liga, los dirigentes del Espanyol con su presidente Daniel Sánchez Llibre a la cabeza anunciaban la noticia tan esperada y le ponían un punto final a interminables jornadas de deliberaciones: «Hemos hecho lo mejor para el club, para no dañarlo más. Lo mejor es que se quede hasta el 24 de diciembre. Lo peor sería que se fuera ahora mismo, pero en la batalla con Bielsa siempre hubo cordialidad. Aquí no hubo ni vencedores ni vencidos, y el señor Bielsa ya tiene total libertad para negociar con la AFA».

Tras jornadas agotadoras, el entrenador alcanzaba su objetivo. La dirigencia aceptaba la rescisión del contrato y lo liberaba para asumir como responsable de la Selección argentina. A cambio, Bielsa se comprometía a mantenerse en el cargo hasta la Nochebuena, salvo que la cúpula del club decidiera interrumpir antes el acuerdo, y a colaborar en la búsqueda para encontrar el sucesor en el cargo.

Con una mezcla de alivio y satisfacción por lograr un arreglo auspicioso, Bielsa desembarcó en Buenos Aires el domingo siguiente, aprovechando el receso por eliminatorias del torneo español. Sin presiones de ningún tipo y con un documento firmado

por el Espanyol que lo autorizaba a negociar sin trabas, concretó aquel encuentro que había quedado inconcluso con Pekerman. El responsable del área lo puso al tanto del proyecto global y de esta manera acordaron las condiciones de trabajo para el futuro. El martes sería la presentación formal.

Fiel a su exagerada puntualidad, que en este caso se mezclaba con una lógica dosis de ansiedad, atravesó el portón del complejo de Ezeiza a las nueve y treinta de la mañana, una hora antes de lo acordado. Saludó formalmente a Julio Grondona, a Pekerman y a Hugo Tocalli, quien se haría cargo del trabajo de los seleccionados juveniles, y en una improvisada charla fue matizando la espera. A las diez cuarenta y cinco se produjo el momento más esperado. El 8 de septiembre de 1998, en el predio deportivo de la AFA, rodeado de su hábitat natural de canchas y césped, Marcelo Alberto Bielsa fue presentado oficialmente como nuevo entrenador de la Selección argentina de fútbol. Con un pantalón oscuro, saco gris y una remera rayada que reemplazaba la formalidad de la camisa y corbata del resto, atravesó el salón, aceptó con paciencia los flashes de los reporteros gráficos y tuvo su primer contacto con la prensa. Explicó que todos los jugadores serían observados con la posibilidad de ser convocados, que los grandes proyectos a futuro serían la Copa América del año siguiente y las eliminatorias de 2000, y que la idea a desarrollar era similar a la que había expresado cuando dirigió a Newell's y Vélez. Una vez finalizada la conferencia se interiorizó de todas las comodidades del predio en una caminata a solas con sus colegas, y sin almorzar atravesó los pocos kilómetros que lo separaban del aeropuerto para tomar el vuelo de Iberia que lo llevaría de regreso a Europa.

El técnico retornó a Barcelona con las pautas bien claras. A partir de allí, su tarea se multiplicaría por dos. En los tiempos formales, la rutina de entrenamientos en el Espanyol se mantenía inalterable, sin descuidar ningún detalle. Por las noches y fuera del ámbito del club, comenzaba a delinear con sus colaboradores las distintas tareas que desarrollaría en la Selección.

Mientras tanto, la competencia en la Liga española enrarecía el clima deportivo. Como si la certeza de que el vínculo con el entrenador se terminaría tarde o temprano, el equipo en la cancha dejó de producir buenas actuaciones y se olvidó de ganar.

Dos derrotas como visitante ante Mallorca y Deportivo La Coruña complicaron el inicio del torneo. Los empates como local frente a Atlético de Madrid y Villarreal apenas si agregaron un par de puntos en la tabla, pero no alcanzaron para cambiar la sensación de inconformismo. El equipo merecía mejor suerte en varios partidos, pero finalmente acababa casi siempre con menos de lo esperado.

Así las cosas, la búsqueda por el sucesor se hizo más intensa. Los dirigentes analizaban distintos candidatos y Bielsa también colaboraba para cumplir con su palabra. La lista final se redujo a tres nombres: el brasileño Paulo César Carpeggiani y los argentinos Salvador Capitano y Miguel Brindisi. En definitiva, sería este último el que se quedaría con la aprobación dirigencial y se transformaría en el nuevo entrenador.

Luego de un nuevo traspie fuera de casa ante el Valladolid, el Espanyol descendía hasta el puesto décimo octavo de la tabla de posiciones. La floja campaña en los números y el derby catalán contra el Barcelona en la fecha siguiente envalentonaron a los

dirigentes a acelerar los tiempos sucesorios. Bielsa no quería perderse el placer de dirigir al equipo en el clásico ante el rival de la ciudad y enfrentar al holandés Louis van Gaal, uno de sus técnicos modelo, pero los dirigentes tenían otra idea en su cabeza y despidieron al entrenador sin más dilaciones. El ciclo llegaba a su fin. Con cierto desencanto por no poder arribar a los tiempos acordados, la dictadura de los resultados interrumpía cualquier pacto previo.

Bielsa terminaba su estadía en Barcelona. La experiencia había sido tan corta y enrarecida como provechosa. Lo mejor estaba por venir y por eso el retorno se produjo casi de inmediato. Luego de juntar sus pertenencias, el entrenador abandonó la Ciudad Condal y retornó a la Argentina. El buzo del seleccionado lo estaba esperando.

CAPÍTULO VIII

Selección Argentina

«En la sociedad hay gente noble, franca, y también hay oportunistas. Cuando hay derrota, es de unos pocos; y cuando es victoria, es de todos. Ése es un principio que le hizo mucho daño al pueblo argentino. Porque nosotros no podemos perder todos juntos. Ganar sí, pero perder, siempre pierde alguien en particular, porque la derrota es vergonzosa y humillante. Y así está descripta, pero es mentira. Si hay algo que tiene valor es no haber tenido una posición acomodaticia o demagógica frente a los episodios que me tocó vivir.

A veces ser consecuente con la forma de pensar, no ceder a los atajos que aparentemente te ofrecen la bendición popular, se confunde con obstinación o capricho. Uno tiene que hacer lo que corresponde, correr el riesgo. Nosotros estamos orgullosos de lo que hicimos, no estamos avergonzados. Hay muchos que se van posicionando de acuerdo con los resultados. Son ambiguos.»

EMPEZAR DE CERO

Desvinculado del Espanyol, Bielsa retornó a Buenos Aires con la Selección argentina ocupándolo todo. A la hora de poner manos a la obra, comenzó con la observación de partidos, la futura elección de jugadores y la concreción de una agenda con los amistosos que marcarían el inicio del ciclo y del calendario 1999.

Los primeros compromisos cerrados fueron ante Guatemala y México, en Los Ángeles, aprovechando la gran colectividad centroamericana radicada en los Estados Unidos. Ambos encuentros se jugarían en febrero, y para dichos compromisos la decisión del técnico fue convocar exclusivamente a jugadores del medio local. Para marzo quedaría un encuentro ante Holanda, en el que participarían los que actuaban en el Viejo Continente.

Bielsa no paraba un minuto. Observó varios partidos directamente en los estadios, otros los visualizó en el complejo de la AFA y los que no pudo verlos en vivo los grabó y repasó allí donde hubiese hueco para hacerlo. Se instaló varios días en el predio de Ezeiza y allí pasó sus horas entre videos, análisis y el infaltable trote. También le prestó especial atención a los encuentros del fútbol mexicano, para analizar a los futuros rivales y estudiar sus características. Para confeccionar la primera lista se internó en su campo de Máximo Paz: allí definió los apellidos.

Consciente del conocimiento que podía adquirir de los entrenadores que ocuparon su cargo previamente, se encontró con varios ex técnicos del seleccionado. A Daniel Passarella le preguntó por algunos jugadores que habían pasado por sus manos, incluso en River. Luego estuvo con César Luis Menotti y lo interrogó por sus

dirigidos en Independiente. Y finalmente mantuvo una charla telefónica con Alfio Basile.

En noviembre se completó el cuerpo técnico con Claudio Vivas como ayudante de campo, Luis Bonini en la preparación física y Javier Torrente y Gabriel Wainer como asistentes. A partir de allí se comenzó a diseñar la Secretaría Técnica, en la que, al igual que en los clubes por donde había pasado anteriormente, el entrenador almacenaba y editaba toda la información necesaria de jugadores, equipos y rivales a futuro. Para dicha tarea sumaría a Fernando Dortti como nuevo auxiliar. La oficina, ubicada a un costado del casco principal del complejo de Ezeiza, se transformaría en un búnker en permanente ebullición, en el que se trabajaría cerca del límite del agotamiento. Cientos de videos (que con el tiempo serían miles) ocupaban las repisas y transformaban al sitio en un laboratorio. Se buscaron en distintos países contactos que mandaran el material y que proporcionaran toda la información necesaria.

El 11 de diciembre se comunicó la primera lista oficial. De los diecinueve convocados, entre River, Vélez y Boca, los dos grandes equipos de la década y el último campeón, sumaron quince apellidos. Quedaba claro que la elección tenía que ver con la jerarquía de los elegidos, sin estar condicionada por el estilo de juego, y no había lugar para grandes sorpresas. Sólo la presencia de Albano Bizarri, joven arquero de Racing, y el defensor de Gimnasia y Esgrima La Plata, Jorge San Esteban, despertó algún comentario entre la prensa, pero el entrenador justificaba las designaciones con argumentos simples: «Elegimos a los mejores. La línea de juego no constituye una dificultad condicionante, entonces la elección está vinculada con la valorización individual del futbolista.

Consideramos la actualidad y los antecedentes, ambos actúan de manera complementaria».

No quiso aventurar nombres del futuro capitán argumentando que esa decisión debía consensuarse con los propios jugadores, dijo que Riquelme poseía grandes condiciones, pero todavía no era su tiempo, y adelantó que el trabajo comenzaría luego de las vacaciones, el 4 de enero.

Consumada la presentación de rigor, la Selección de Bielsa se puso en marcha. La primera noticia que se conoció fue el cambio del primer rival de la gira. Venezuela, con el argentino José Omar Pastoriza como entrenador, reemplazaría a Guatemala el 3 de febrero, día del debut. Durante veinticinco días los futbolistas fueron incorporando los conceptos fundamentales del técnico. Los jugadores de Vélez, Sebastián Méndez, los hermanos Claudio y Darío Husain y Cristian Bassedas, así como Eduardo Berizzo, que lo recordaba de Newell's y del Atlas del fútbol mexicano, gozaban del beneficio del conocimiento, pero la exigencia era máxima y sin distinciones. Para la parte física, el profesor Bonini se comunicó con sus pares de los seis equipos que proveían jugadores al seleccionado y acordó el estilo de trabajo.

La calma sólo fue alterada por las transferencias de algunos de los integrantes del plantel. Santiago Solari fue incorporado por Atlético de Madrid, una partida lamentada por el técnico, por la explosión del Indiecito y su talento para jugar en un lugar en el que no abundaban los recursos, como extremo por la izquierda. También Federico Lusenhoff viajó para sumarse al Tenerife de España, aunque en ese sector el entrenador tenía bien cubiertas las posiciones. Y Albano Bizarri se transformó en el nuevo arquero del

Real Madrid, pero gracias a un permiso especial pudo continuar con el grupo hasta el final de la gira. La nómina, entonces, se redujo a diecisiete jugadores.

Un amistoso ante Gimnasia, gracias a la amistad del entrenador con Carlos Griguol, y otro frente a Ferro, dirigido por Gerónimo Saccardi, sirvieron para probar algunas variantes frente a la exigencia de un equipo de Primera División, rescatar virtudes y corregir errores. Ambos partidos se dividieron en tres tiempos de veinticinco minutos, fueron definiendo el perfil del equipo y dejando a Bielsa varias ideas para implementar en los compromisos de la gira. En cualquier caso, todo análisis fue relativo, incluso el que hizo luego de perder en el último ensayo con Huracán por dos a uno. La intención era encontrar la puesta a punto física y futbolística para llegar afilados al 3 de febrero.

La llegada a Maracaibo tuvo sus bemoles. El vuelo se extendió por doce horas por la decisión del comandante de modificar la hoja de ruta original para evitar un frente de tormenta. La tortura del aire era para Bielsa un motivo de estrés añadido, por eso recién al llegar a destino pudo empezar a pensar en lo que vendría.

El estadio José «Pachencho» Romero de Maracaibo registró las sensaciones del debut. En el calentamiento previo el DT observó cómo sus jugadores trabajaban en el aspecto físico, se acercó a cada uno para refrescar distintos conceptos de lo hecho en Buenos Aires, y se detuvo un buen rato con Berizzo por ser su lugarteniente adentro de la cancha. Más tarde vivió el partido fiel a su estilo, sin sentarse un instante en el banco. Tomó nota del intenso viento que ingresaba desde atrás de uno de los arcos, donde no había tribuna, y supuso que podía desnaturalizar el manejo del balón que pretendía para su

equipo. Los once elegidos para el inicio del ciclo se movieron de acuerdo con su esquema favorito.

Su equipo tuvo a Burgos en el arco. En la defensa eligió la experiencia de Berizzo, que además fue el capitán, sin importarle que su compañero de zaga fuera otro zurdo como Walter Samuel, y con ellos, por la derecha, pero no pegado a la banda, sino más cerrado, ubicó a Hugo Ibarra. Con ese movimiento pudo despegar a Juan Pablo Sorín a la mitad de la cancha por el andarivel izquierdo. Los otros mediocampistas fueron Diego Cagna y Leonardo Astrada. La posición de enlace la ocupó Marcelo Gallardo y en el ataque se movieron Barros Schelotto, Martín Palermo y Bassedas. La lesión prematura de Ibarra obligó al ingreso de Claudio Husain y sobre el cierre del encuentro sorprendió la entrada de Juan Ramón Fernández, lateral que se había sumado al plantel luego de participar en el Sudamericano Sub 20.

La victoria por dos a cero con goles de Samuel y Gallardo en el complemento trajo las primeras sonrisas. Exigente como siempre, Bielsa remarcó en la conferencia de prensa que los nervios del debut no eran excusa para medir la floja tarea de ese primer tiempo en el que el juego de sus hombres estuvo acelerado, aunque se permitió usar al viento como un atenuante. Hizo hincapié en el hecho de que el tiempo de posesión fue demasiado en proporción con las llegadas generadas. Se sintió más satisfecho con el trabajo del complemento y, aunque no lo expresó, estaba feliz por haber ensayado en las prácticas una jugada de pelota parada idéntica a la que cristalizó el primer grito. Con mucho por mejorar pensando en México, el comienzo era auspicioso.

Una vez en los Estados Unidos, las prácticas tuvieron como

objetivo estimular la cantidad de llegadas, con independencia de la concreción. Bielsa quería un equipo agresivo y parecido al del complemento ante los venezolanos, consciente de que el conjunto azteca presentaría otra oposición: con un equipo conformado por varios jugadores que habían estado en el Mundial de Francia, disputado siete meses atrás, el equipo de Manuel Lapuente sugería una prueba interesante.

Con Husain reemplazando al lesionado Ibarra como única modificación, el equipo jugó un partido sólido, que ganó por la mínima diferencia de manera inobjetable. Un centro de Guillermo Barros Schelotto fue conectado con un cabezazo por Juan Pablo Sorín para decretar la segunda victoria de la gira.

La gran solidez de la defensa, con Samuel como punto más alto, y la presión de todos para recuperar la pelota, tal como el técnico había ensayado en Ezeiza, quedaban como los elementos más ponderables de los primeros ciento ochenta minutos. La falta de volumen de juego ofensivo, con Palermo algo incómodo por un estilo de juego diferente del utilizado en su equipo, era el ítem a corregir. De cualquier manera, el balance daba un aprobado en la mayor parte de las materias y la satisfacción de iniciar el ciclo con dos sonrisas.

LA DEMOCRATIZACIÓN DE LA PRENSA

La relación entre la prensa y la Selección argentina siempre anduvo por terrenos resbaladizos. Con altibajos, decisiones extrañas y silencios justificados, entrenadores y jugadores tuvieron con el periodismo momentos de amor y odio. En 1993, el equipo que dirigía Alfio Basile decidió hacerle un impresentable boicot al equipo deportivo de Radio Continental, que encabezaba Víctor Hugo Morales, por la sencilla razón de discrepar con la opinión de los periodistas. El retorno de Maradona para jugar el repechaje le puso punto final a tan errónea decisión. A la hora del Mundial en los Estados Unidos, en 1994, los jugadores firmaron contratos de exclusividad con los distintos canales de TV y se transformaron en estrellas también afuera de la cancha. Era común observarlos como mercaderías, vestidos con gorritas de los canales, haciendo publicidad de aquellos que los tenían contratados.

Ante semejante descontrol, la llegada de Daniel Passarella vino a cortar todo tipo de indisciplina, pero a la hora de la Copa del Mundo, la fractura con el cuarto poder volvió a decir presente. Como consecuencia de algunas informaciones sin sustento, pero también como una manera de presionar a aquellos que podían pagar la exclusividad de las entrevistas, el plantel completo decidió negar los reportajes individuales y atender en conferencia de prensa.

Cuando Marcelo Bielsa se hizo cargo, tomó una decisión tan distinta como atrevida: para el técnico no había diferencia entre una radio pequeña de la provincia de Santa Cruz y el canal de televisión más importante del país. Todo comunicación se haría a través de conferencias de prensa.

Al técnico siempre lo inquietó la simplificación de la prensa: veinte frases que sostienen una idea convertidas en una línea. Prefería ser un desconocido a ser conocido equivocadamente: «Soy especial: me importa mucho la opinión del otro, y en ocasiones me causa mucho daño lo que lleguen a pensar de mí. En las entrevistas desearía que aparezca lo que pienso. No tengo problemas si me atacan por lo que creo, pienso o siento, pero sí que me critiquen por cosas que no dije, o que pusieron creyendo que las dije».

La decisión fue criticada por los poderosos, que acostumbrados a un trato diferenciado observaban cómo, a partir de la nueva reglamentación, ya no contaban con ningún tipo de privilegio. La audiencia y el dinero dejaban de ser variables para obtener acceso. Darle una entrevista particular a algún medio implicaría el pedido de su competencia y ésa era una puerta que Bielsa no estaba dispuesto a abrir.

De cualquier manera, a lo largo de su ciclo debió lidiar con periodistas que no aceptaban ese trato igualitario. Pero estaba en perfectas condiciones de responderles: «Si el precio para armonizar con los intereses de los demás es que yo tenga que hacer diferenciaciones, no las voy a hacer. ¿Por qué no discutimos eso, si está bien o está mal que atienda a todos por igual? Y si está mal, díganlo. Porque hay gente que piensa que está mal, lo que pasa es que no puede sostenerlo. ¿Cómo se defiende aquel que dice que una FM de Salta merece un trato inferior al del medio más poderoso de la Capital?».

Eso sí, en las conferencias de prensa el entrenador se quedaría todo el tiempo que fuera necesario hasta evacuar la última duda, así tuviera que pasarse una mañana entera. Jóvenes de medios de todo

el país llegaban hasta el predio de Ezeiza cada vez que podían e interrogaban al técnico durante horas.

La dinámica produjo varias situaciones curiosas. En alguna oportunidad, los reporteros gráficos y algunos periodistas solicitaron poder presenciar una práctica de fútbol en el día previo a un partido. Bielsa les explicó el porqué de su negativa: «El idioma que se utiliza en la máxima exigencia no es el mismo que en cualquier otro ámbito. Para el entrenador y el jugador es normal, pero se corre el riesgo de que sea sacado de contexto por el que lo observa desde afuera, y por lo tanto sea malinterpretado. Yo busco lo mejor del jugador y el mensaje tiene que ver con la demanda de una entrega absoluta. Si ustedes están allí, se pierde esa naturalidad. Si para que trabajen mejor, yo tengo que trabajar peor, entonces no me sirve».

Aquellos que concurrían a los encuentros de Bielsa con la prensa buscando un título para vender, se marchaban decepcionados luego de una hora de aguardar infructuosamente la frase marketinera. Perezosos, preferían denostar el momento calificándolo de aburrido y haciendo un punto de ese vocabulario «difícil de entender». Enemigo de esa idea, Bielsa desarrollaba conceptos y, si era necesario, volvía a la misma respuesta, aunque hubieran pasado algunos minutos y los temas derivaran hacia otras inquietudes.

Cuando se podía hablar de fútbol dejando de lado la coyuntura, Bielsa se soltaba y entregaba una catarata de conceptos. Los habitués de las conferencias sabían que debían pasar los primeros sesenta minutos y que recién después venía lo mejor. A los periodistas que respetaba, conocía o a aquellos que le entregaban una inquietud que consideraba valiosa, les contestaba mirándolos a

los ojos. Para el resto, sin perder la educación, utilizaba su típica mirada hacia abajo. Cuando algún tema lo atrapaba, cotejaba su respuesta con el interlocutor de turno, pidiéndole una opinión al periodista e invitándolo a debatir ideas. Rara vez quedaba enfrentado a un reportero; e incluso en alguna oportunidad en que tildó a algún periodista de «enemigo», modificó el término a los pocos minutos, pero sin cambiar su manera de pensar. «Todo lo que me separa de usted, me enaltece como persona», le dijo en una oportunidad a un cronista, sin anestesia.

Creyentes de que en algún momento le torcerían el brazo, los medios dominantes le hicieron persecuciones periodísticas y ofertas succulentas para lograr la tan ansiada exclusiva. Jamás aceptó. Acostumbrados a tenerlo todo a partir del dinero, nunca pudieron digerir su negativa sistemática y esperaron los malos resultados para criticarlo con fiereza. Tampoco le importó. Prefirió correr el riesgo, pagar el costo y considerarlos a todos por igual, sin excepción. Su convicción y sus argumentos fueron siempre su mejor defensa.

CLÁSICO Y MODERNO

Por la repetición de enfrentamientos a partir del Mundial de 1974, el duelo entre argentinos y holandeses se transformó en una suerte de clásico del fútbol moderno. La goleada de la histórica Naranja Mecánica por cuatro a cero en la Copa del Mundo de Alemania encontró revancha para los albicelestes nada menos que en la final jugada en la cancha de River cuatro años después, decretando el primer título del seleccionado nacional en su historia y la segunda caída consecutiva del elenco holandés en el juego decisivo. La suerte de los cruces los volvió a enfrentar en los cuartos de final de Francia 98 con victoria de los europeos en el último minuto, y Alemania 2006 los juntó para cerrar la instancia de grupos con ambos equipos clasificados y jugando sólo para cumplir con el calendario.

El primer partido amistoso de Marcelo Bielsa en Europa tenía varios atractivos. Por un lado, la posibilidad del contacto con los jugadores que actuaban en las grandes ligas, lo cual despertaba la curiosidad y la ilusión del entrenador; por el otro, la chance de medir fuerzas ante una de las mejores escuadras del planeta, modelo en el que el técnico se había inspirado para desarrollar sus sistemas tácticos.

Aprovechando un parate del fútbol europeo y siempre animado por la posibilidad de aprovechar todo el tiempo posible, Bielsa armó una miniconcentración de diez días para conocer a sus pupilos y poder explicarles sus conceptos fundamentales. El plantel estaba formado por algunos muchachos que el entrenador ya conocía de sus tiempos en Newell's, como Batistuta y Sensini, y otros a los que

deseaba dirigir, como Verón, Ayala o Simeone. El retorno de Fernando Redondo luego de su ausencia en el ciclo de Daniel Passarella marcaba el dato periodístico más fuerte y confirmaba que a partir de allí todos los jugadores tenían las puertas abiertas.

Bielsa apareció un día después del arribo de todo su grupo de trabajo. En la escala en Roma no pudo con su genio y permaneció unas horas en la capital italiana para ver en acción a Matías Almeyda jugando para la Lazio. Al llegar a Holanda puso manos a la obra y los jugadores comenzaron a descubrir el método Bielsa. Un saludo ofició de presentación: «Suerte para el trabajo que iniciamos», fueron las palabras del rosarino ante cada uno de los muchachos.

La puesta en escena del trabajo de campo despertó los primeros comentarios de asombro. Más allá de que todos los protagonistas venían de equipos en extremo profesionales, los ejercicios invitaban a la sorpresa. La misma que habían experimentado cada uno de sus jugadores en sus ciclos anteriores. «Recuerdo que en la primera práctica quedamos sorprendidos porque veíamos de lejos la cancha toda dividida con muchas cintas. La verdad... ¡parecía un aeropuerto! Se notaba que estaba contento de que estuviésemos ahí», recupera en su memoria Javier Zanetti.

La búsqueda de la presión bien arriba era una máxima de la cual el entrenador no pensaba apartarse. Si había aplicado el sistema en todos los equipos que había dirigido antes, mucho más enfático sería el pedido en la Selección argentina, pudiendo decidir quiénes eran los mejores intérpretes para su idea. El planteo ante el grupo fue concreto en aquellos días de conocimiento y el diálogo quedó para el recuerdo.

—¿A ustedes qué les parece? ¿Dónde les gustaría presionar? — preguntó el técnico abriendo el juego.

—Teniendo en cuenta que recién empezamos, podemos esperar un poco —repuso alguien.

—¡Listo: entonces vamos a presionar bien arriba!

Los jugadores se quedaron sorprendidos por la convicción del líder. «Fue tan espontáneo y noble en su ideología, que no dijimos nada. El técnico te deja las palabras, te las incorpora y después vos descubriste los resultados. Él dijo de presionar arriba para robar el balón más cerca del arco contrario, tener mayor cantidad de situaciones y provocar esfuerzos más cortos. Si lográs interpretarlo, entonces todo es mucho más fácil», rememora Cristian González.

Con el Kily se generó una relación muy especial. El pasado como jugador de Rosario Central lo ubicaba en un lugar distinto ante un símbolo de Newell's como era el entrenador de la Selección. Bielsa se sentía el técnico de todos, pero el duelo con el ex jugador canalla potenció la confianza en el vínculo: «Cuando él toma la Primera de Newell's, yo estaba en la Tercera de Central, y la verdad lo odiaba a full. Él emparejó el tema de los hinchas en la ciudad y ganó varios campeonatos cuando Central cayó en un bache. Fueron mis años de la adolescencia y la verdad, resultaron difíciles».

Con las referencias del clásico de la ciudad como vehículo de llegada, el Kily se transformó en uno de los que más fácilmente lograba extraerle una sonrisa al técnico, y el grupo entero disfrutaba de ese ritual.

Antes del encuentro, como siempre, llamó a los jugadores y les armó un compacto de imágenes para que terminaran de asimilar lo que de ellos pretendía. Lo curioso es que en los editados de cada

jugador podían aparecer situaciones de algún partido de pretemporada en lugares recónditos y con rivales ignotos. Tenía todo y todo le servía. Roberto Ayala recuerda esa escena: «Yo en esa época estaba en el Milan y jugaba poco. Él me armaba compactos con partidos que no podía creer cómo los conseguía. A pesar de ser directo en el mensaje, tenía mucho tacto. Si un jugador jugaba poco o no pasaba por su mejor momento, las imágenes eran para levantarlo. Te compaginaba una serie de quites, saltos y buenos anticipos y te decía: ‘Mire bien. Éste es usted. Éste es el jugador’. O: ‘Ahora... éste no es usted’, y aparecían una serie de errores. Sabía cómo llegar. Me dejó una enseñanza tremenda».

El miércoles 31 de marzo el fantástico Amsterdam Arena fue testigo de un gran encuentro. Roa en el arco, Sensini que fue elegido capitán, Ayala y Pochettino; Zanetti, Redondo y Vivas; Verón; Ortega, Batistuta y Claudio López fueron los titulares del equipo. Enfrente jugadores de primer nivel, como Frank de Boer, Cocu, Seedorf, Overmars, Kluyvert y Berkamp, marcaban la jerarquía del local.

El encuentro terminó igualado uno a uno con goles de Edgar Davids en el inicio del juego y de Gabriel Batistuta a los treinta y ocho del complemento. La actuación del equipo fue satisfactoria y la intención de protagonizar el juego fue un elemento destacado por todos. El deseo de Bielsa se ejecutó con creces y sus cambios ofensivos, incluyendo a Gustavo López, Hernán Crespo y Andrés Guglielminpietro, ratificaron la postura de ataque. La presión surtió efecto y aun con el prematuro gol holandés, la búsqueda del empate se mantuvo firme, sin importar la condición de visitante. Su impronta distintiva quedó expuesta cuando sacó a Guglielminpietro luego de

hacerlo jugar menos de un tiempo, pero su explicación de tal decisión llegó a la prensa con lujo de detalles. En cualquier caso, Bielsa privilegió al bien común por encima de todo. En un ambiente tan conservador como el del fútbol, no tuvo reparos en exhibir su error y modificarlo aún sacrificando una variante: «Me equivoqué al sacar a Ortega. El ingreso de un mediocampista buscaba reforzar el sector derecho para liberar más a Zanetti, pero luego de la expulsión de Davids el desarrollo del juego cambió. Allí me di cuenta de que cometí el error de no dejar ningún hombre como enlace y por eso lo incluí a Gustavo López».

El primer contacto con las estrellas de las mejores ligas del mundo había sido un éxito y todos volvían a sus clubes con las mejores sensaciones. En una frase, el Kily González resumía el sentimiento generalizado de todo el grupo tras los diez días de convivencia, el exigente trabajo y el empate ante Holanda: «Jugando de esta manera, a mí me va a hacer volar».

LA PRIMERA COPA

A la hora de confeccionar la lista para disputar la Copa América del 99 en Paraguay, Bielsa se topó con algunas dificultades. Varios jugadores de los «europeos» se bajaron por motivos físicos, tras una temporada agotadora. El entrenador los comprendió, más allá de que hubiera preferido armar el plantel ideal, y los liberó de la participación. Verón, Crespo, Batistuta, Claudio López, Sensini y Almeyda, entre otros, no iban a ser tenidos en cuenta. La prensa especuló con que el representante Gustavo Mascardi, que manejaba los intereses de varios de ellos, había influido en la decisión de los futbolistas. El entrenador dejó sin efecto cualquier versión malintencionada, repensó la lista y realizó las convocatorias, confiando en el personal a disposición aun con alguna limitación previa.

«Fui a la gira para hacer la rehabilitación de una lesión. Bielsa me había preguntado si aceptaba ir igual, sabiendo que no iba a jugar, pero con la idea de llegar en condiciones a la Copa», dice Nelson Vivas, uno de los jugadores que con el tiempo se transformaría en baluarte del equipo.

El defensor recuerda cómo el técnico no andaba con rodeos a la hora de marcarles un defecto, buscando la mejoría en su rendimiento. Iba directo al hueso y los jugadores valoraban esa honestidad: «En aquella gira por los Estados Unidos yo me acerqué al grupo luego de hacer mi trabajo específico para recuperarme de mi dolencia y él me marcó un error que cometí jugando para el Arsenal de Inglaterra un par de semanas antes. Había ejecutado mal un cierre como lateral izquierdo, nos habían empatado el partido y

perdimos una chance valiosa de ganar el campeonato. Me estaba marcando un simple detalle, pero era correcto. Aunque no me gustó lo que me dijo, tenía razón, había cerrado mal».

Cristian González también formó parte de la lista de la Copa América y su despegue tuvo una charla como punto de partida. Hubo palabras de Bielsa, previas a aquellos partidos, que quedaron grabadas a fuego: «Me dijo que estaba en un momento en el que tenía que definir qué clase de jugador era. Podía ser uno importante o simplemente uno del montón, que a veces juega bien y otros partidos cae en su rendimiento. La Copa tenía que asentarme como jugador».

Con un plantel conformado en su mayoría por jugadores del fútbol local, más un puñado de los que actuaban en Europa, la Selección argentina comenzó su participación en el Grupo C, disputado en la ciudad de Luque, junto con Ecuador, Colombia y Uruguay.

Burgos; Ibarra, Ayala, Samuel, Sorín; Zanetti, Simeone, Riquelme; Barros Schelotto, Palermo y Gustavo López fueron los once elegidos para el debut ante los ecuatorianos. Con la incorporación de Sorín a la mitad de la cancha cada vez que la situación lo permitía, Riquelme parado como enlace y dos punteros abiertos para abastecer a Palermo, el esquema elegido era 100 x 100 Bielsa.

Un gol temprano de Simeone antes del cuarto de hora inicial permitió descargar el nerviosismo del bautismo y dos apariciones de Palermo en el complemento sirvieron para estrenar al goleador con la camiseta argentina y exhibir los primeros puntos del torneo. El descuento de Iván Kaviedes sólo sirvió para la estadística, porque

la victoria argentina nunca corrió peligro. Con solvencia y una buena dosis de eficacia, el primer paso se daba con firmeza. El equipo había tenido lagunas, pero el triunfo resultaba incuestionable desde cualquier análisis.

Bielsa expresaba sus sensaciones post partido argumentando: «Dentro de un contexto donde evidentemente nos costó jugar bien, creo que ganamos con justicia. Pero toda actuación que no es ideal se revisa. Tenemos que ocuparnos de lo colectivo y de organizar mejor la recuperación de la pelota. A mí me da la impresión de que cuando defendemos bien, atacamos bien.»

El certamen estaba en marcha y la victoria ya posicionaba al equipo con buenas expectativas hacia el futuro. Sin embargo, lo que vendría por delante sería curioso, excitante y, sobre todas las cosas, inolvidable.

LA MALDICIÓN DEL CÓDIGO PENAL

El árbitro paraguayo Ubaldo Aquino exhibe su enésimo error de la noche cobrando una falta inexistente de Cristian González. El banco de suplentes argentino estalla. La bronca es evidente y la descarga tiene al juez como destinatario. Aquino se acerca con la firme decisión de no pasar por alto ese grito que surcó los aires del Estadio de Luque. Claudio Vivas se eyecta del banco y amaga con irse antes de conocer la sanción.

—¿Él o yo? ¿Me dice a mí o es para él? —pregunta Bielsa como haciéndose el desentendido.

—¡Usted! —le contesta Aquino, y en una palabra le marca el camino del vestuario.

El entrenador argentino atraviesa el campo de juego hasta llegar al portón de acceso al césped, que está detrás del arco que defiende Burgos. Es un minuto fatal. Antes de perderse en el túnel asiste como testigo privilegiado al segundo gol colombiano convertido por el delantero Edwin Congo. Intenta volver y desde los carteles publicitarios les da alguna indicación a sus defensores para que no pierdan ni el orden ni la calma. Un policía que lo custodia lo frena y lo lleva nuevamente hacia la salida, en donde permanece casi un cuarto de hora. El tercer gol de Montaña, lo convence de la retirada. Colombia le gana a la Argentina tres a cero; un partido increíble.

Los diez jugadores argentinos que quedan en el campo (Zanetti fue expulsado promediando el complemento) se retiran sin dar crédito a lo que ha ocurrido. La noche fue extraña, irreplicable.

Martín Palermo ejecutó tres penales y todos fueron marrados. Uno fue devuelto por el travesaño, otro salió desviado y el último lo

detuvo el arquero Miguel Calero. El goleador argentino experimentó distintas situaciones a lo largo de su extraordinaria carrera, pero jamás una escena como ésta. El árbitro cobró cinco penales en total, beneficiando a Colombia con otros dos, de los cuales uno convirtió Iván Ramiro Córdoba y el restante también fue malogrado por Hamilton Ricard.

Luego del triunfo ante Ecuador, el conjunto nacional buscaba un resultado positivo que afianzara la idea y lo clasificara para los cuartos de final. Sin embargo, las cosas no salieron como se habían soñado. En muchos pasajes del encuentro, especialmente en el inicio, el equipo albiceleste dominó las acciones, pero su falta de contundencia se pagó con un precio altísimo. Ni el más optimista de los simpatizantes colombianos suponía una victoria tan cómoda. De cualquier manera, el análisis del encuentro quedó signado por la enorme cantidad de incidencias que condicionaron el desarrollo del juego. Resultó tan cierto que el funcionamiento colectivo y las respuestas individuales tuvieron deficiencias, como que en las primeras dos ejecuciones de Palermo el partido estaba absolutamente abierto en su resultado: empatado sin goles en el primero y con derrota por la mínima diferencia al ejecutarse el segundo.

Luego del encuentro surgieron todo tipo de especulaciones respecto de la decisión del centrodelantero de repetir la ejecución aun habiendo fallado. Bielsa se hizo cargo de la situación: «Tuvo la valentía de pedir patear los penales a pesar de errar el primero y yo lo convalidé. Toda la responsabilidad de la derrota es mía, porque eso le cabe al conductor de un grupo».

Además, expresó cierta conformidad con el desempeño del

equipo y explicó el resultado como una consecuencia lógica del aprovechamiento de las jugadas de riesgo de uno y otro equipo. Consideró justa a su expulsión por el airado reclamo, pero aclaró que no lo hizo en términos descomedidos.

Al día siguiente en el entrenamiento, el grupo trató de dar vuelta la página, aunque la referencia a los penales continuó sobrevolando el espacio. En la charla del grupo, el entrenador apoyó a Palermo, aunque le dio a entender que la ejecución del tercer remate, después de haber fallado dos, lo había expuesto demasiado. Roberto Ayala sería el nuevo encargado de ejecutar, si volvía a presentarse una situación similar.

Para enfrentar a Uruguay en un juego decisivo, dos ausencias estaban cantadas. Zanetti, expulsado, no podría ser de la partida, y Bielsa tampoco estaba en condiciones de ocupar su lugar en el banco. Cagna sería el reemplazante del Pupi y el técnico alterno, Claudio Vivas, se ubicaría en el banco de suplentes y recibiría las órdenes que desde un transmisor le enviaría el entrenador.

La derrota ante Colombia implicaba la posibilidad de enfrentar a Brasil en cuartos de final. Los dos colosos del continente iban por caminos separados y, en el caso de ganar sus grupos, se verían las caras en una eventual y deseada final. Si bien ahora el escenario era distinto, Bielsa no especulaba con posibles resultados, y ante la consulta de la prensa sólo mencionaba una alternativa: «Intentar ganar todos los partidos es nuestra principal conveniencia. Jamás pensaríamos en acomodar el fixture. Si tenemos que jugar contra Brasil, lo haremos. La única meta que tenemos por delante es la de obtener un triunfo en todos los encuentros».

Las palabras fueron claras y de la teoría se llevaron a la

práctica. Desde el arranque la actitud denunciaba la intención. A los dos minutos de juego, un furioso zurdazo del Kily González a la salida de un tiro libre lo ponía arriba en el taneador. Igual que en los partidos anteriores, el equipo argentino disponía de una chance concreta de convertir en el amanecer del partido y ésta vez no fallaba. Con el resultado a favor apareció lo mejor del equipo en la primera ronda. Más relajado, pero sin perder consistencia, hubo buena circulación, intensidad para recuperar el balón y buena dinámica para jugarlo durante los primeros veinticinco minutos. Luego el ritmo decayó, pero el equipo nacional jamás perdió el control del partido.

Para completar una noche reivindicatoria, Palermo tuvo su revancha y desde su sed goleadora llegó el segundo y definitivo grito. La concepción de la jugada fue la síntesis de lo que pretendía el técnico: desborde del Kily, centro atrás para Palermo, que combinó con Riquelme y al recibir la devolución fusiló al arquero con su zurda. La expulsión de Nelson Vivas, segunda del campeonato, quedó como el único lunar de una jornada satisfactoria. La victoria fue una descarga y el pasaporte a los cuartos de final. A pesar de salir a la cancha ya clasificado por la derrota de Ecuador, el conjunto argentino pensó en su bienestar, sin importarle las consecuencias futuras. Sorín, Riquelme y González habían sido las figuras dentro de una actuación regular de todo el equipo. Durante el partido, Bielsa le dio indicaciones a Vivas por un handy, mientras observaba el juego desde una cabina. Al cierre, bajó hacia el vestuario y se mostró conforme con lo visto. El primer objetivo estaba conseguido.

Ubicado entre los mejores ocho, era el tiempo de enfrentar a

Brasil. Un clásico de toda la vida, en el que dos colosos del continente volverían a verse las caras. Un partido aparte con un efecto inmediato. La victoria ponía la chapa de candidato. La derrota obligaba a armar las valijas y emprender el retorno a casa.

DOS GOLPES AL CORAZÓN

«Yo soñé toda mi vida con estar involucrado en un partido como éste. Y todos los que estamos aquí tenemos la misma ilusión. Hay momentos donde todos necesitamos impulsos que pongan de manifiesto todas nuestras posibilidades. Éste es un partido que no requiere de eso. Es un partido hermoso que nos toca vivir.»

Ni el traslado hasta Ciudad del Este ni el recuerdo de los penales con Colombia, ya archivados en el pasado, cambiaban el ánimo de Bielsa al compartir la conferencia de prensa previa al choque con Brasil. Era un hombre ilusionado. Ansioso, sí, pero agradecido de estar en ese sitio y poder desarrollar su profesión en el partido más esperado por todos. Cualquier enfrentamiento entre argentinos y brasileños despierta rivalidades y éste no tenía por qué ser la excepción.

El entrenador reconocía que los mejores momentos de fútbol de la competencia los había ofrecido Brasil, con sus estrellas Rivaldo, Ronaldo, Ronaldinho y Roberto Carlos, pero enfrentar al clásico rival siempre representó un motor para el jugador argentino, y fue con ese plus con el que más de una vez se logró el objetivo buscado. La clave iba a estar en la concentración para presionar arriba, jugar con precisión el balón y estar bien agrupados a la hora de la defensa.

Además, ya estaba en condiciones de retornar Ariel Ortega. El Burrito había sido expulsado en el último encuentro del Mundial 98 ante Holanda, tras agredir al arquero Van der Saar, y purgaba tres fechas de suspensión, que se habían cumplido con los compromisos de la primera ronda. Su inclusión estuvo en duda hasta último

momento, ya que Bielsa pensaba mantener a Guillermo Barros Schelotto entre los titulares. Pero una dolencia muscular del hombre de Boca apresuró la decisión y entonces se produjo la modificación.

En el arranque del partido el equipo sorprendió a Brasil. Como fue su costumbre a lo largo de toda la competencia, presionó bien arriba para recuperar el balón y así dominó el partido. El premio llegó a los once minutos cuando Sorín remató de zurda y, tras un desvío, la pelota se introdujo en el arco brasileño. El comienzo era óptimo y el dominio claro. Sin embargo, Brasil dispuso de una buena dosis de oportunismo y la jerarquía de sus individualidades hizo el resto. Una pelota parada ejecutada certeramente por Rivaldo igualó las cosas antes del cierre del primer tiempo y un remate bajo de Ronaldo en el comienzo del complemento puso el dos a uno. Habían llegado a estar arriba sin merecerlo y casi sin proponérselo.

La chance de empatar volvió a incluir una acción desde los once metros. A doce minutos del final, un nuevo penal apareció en el camino del equipo de Bielsa. Conocido de antemano el ejecutante, luego de la noche fatal de Palermo ante Colombia, fue Ayala el que tomó el balón y se dispuso a rematar. El defensor había manifestado alguna ligera molestia física durante el encuentro, pero eso no lo inhabilitaba para patear. Como si una pesadilla persiguiera al equipo, el impacto bajo y a la derecha fue contenido por el arquero Dida, para desterrar la última posibilidad de igualdad. La racha negra de los penales sumaba otro capítulo, y con el de Gustavo López en un amistoso ante Estados Unidos, se extendía a cinco penales fallados de manera consecutiva.

Anímicamente fue el golpe de gracia. Los brasileños esperaron pacientes el final y celebraron otra victoria. El conjunto argentino se

quedaba afuera antes de lo soñado, sin jugar mal, sin merecer la derrota, pero siendo incapaz de aprovechar sus posibilidades. Brasil imponía el peso de sus nombres y avanzaba en un torneo que luego lo consagraría como campeón.

Ante los periodistas, Bielsa analizó el encuentro y se permitió proyectar el futuro: «El partido fue parejo y a ambos equipos les costó crear buen fútbol. Creo que las situaciones y el dominio de las acciones estuvieron vinculadas con el perdedor. Acepto la victoria de Brasil. Nos interesaba llegar a la máxima figuración y ahora, que estamos afuera, analizaré las conclusiones que ofrece nuestro paso por esta competencia».

Ante la pregunta de un periodista brasileño acerca de su continuidad, descartó de plano cualquier posibilidad de renuncia, además valoró especialmente el trabajo generoso de Ortega, y para cerrar su alocución se permitió una visión con la impronta de su pensamiento, para contrarrestar lo que algunos se apuraron en llamar fracaso: «Entiendo que hay episodios que producen matices intermedios entre el éxito y el fracaso, y esta eliminación se encuadra en esta opción. Dicen que si se gana se alcanza el éxito y si se pierde se consigue el fracaso. Lo acepto, aunque no esté de acuerdo, porque de esa manera se evita presentar elementos o argumentos de análisis. Si es cierto que existen sólo estas dos alternativas, estamos más relacionados con la segunda opción. Pero insisto, para mí hay matices intermedios».

Luego de una convivencia de varias semanas, el primer certamen oficial ya era un recuerdo. El entrenador debía evaluar el rendimiento de sus jugadores pensando en el gran objetivo del año siguiente: las eliminatorias para el mundial de 2002. Desde lo

futbolístico la Copa América llegaba a su fin, con un gusto amargo por lo que pudo ser y no fue, pero aún quedaba un capítulo extra que sería casi tan comentado como el derrotero del equipo en la cancha.

UN RETORNO TORMENTOSO

A la desazón de la derrota y la eliminación había que sumarle el fastidio de permanecer veinticuatro horas más en Paraguay para recién allí poder regresar al país. Cuando un grupo de trabajo no logra el objetivo fijado, lo único que desea es un rápido retorno a casa. La eliminación prematura frente a Brasil obligaba a conseguir rápidamente los pasajes para la vuelta y esa tarea se llevó todo el lunes.

Luego del viaje desde Puerto Iguazú hasta Asunción, Bielsa aprovechó el día en la concentración en la Villa Olimpia para hacer un cierre con sus dirigidos, expresarles por un lado su agradecimiento por el esfuerzo realizado y, por el otro, todo aquello que resultaba de la evaluación de su rendimiento a lo largo de la competencia. Fue conversando con cada uno de los integrantes del plantel, marcándoles en detalle lo positivo y lo negativo.

El más descontento era José Luis Calderón. El delantero de Independiente no había jugado un solo minuto en todo el torneo. Cuando le tocó su turno, Bielsa le explicó los motivos de su decisión y el jugador le manifestó que en distintas situaciones entendía que podría haber sido una buena opción de recambio. La charla fue fuerte y ambos expusieron sus razones. A pesar de los diferentes puntos de vista, las cosas parecían haber quedado claras.

Por la noche, luego de una tarde libre en la que la mayoría de los jugadores aprovechó para hacer compras, se produjo la última reunión, pero en este caso con todo el grupo. Cuerpo técnico y jugadores hicieron un balance de lo ocurrido en esos veinte días, sugiriendo mejoras para el futuro y arribando a las conclusiones

finales. Además, se comprometieron a guardar en la intimidad todo lo que se hubiera dicho en ese último encuentro. Sin embargo, un par de horas más tarde, Calderón recibió un llamado de un programa de radio y casi en la madrugada del martes se despachó a gusto. Criticó a Bielsa por no utilizarlo y manifestó algunas de las cosas que había callado un rato antes con sus compañeros. Se quejó por haber sido citado sobre el cierre de la presentación de la lista y dijo sentirse usado.

La respuesta de Bielsa se produjo a la mañana siguiente. La calma del aeropuerto Silvio Petrossi se vio transformada de repente. Desde un teléfono celular, un allegado al entrenador le comentó los dichos del delantero. Automáticamente, llamó a Ayala y Simeone en su carácter de capitán y subcapitán y les pidió que reunieran a todo el grupo. El ámbito, la zona de embarque, no era el más apropiado.

—Traigan a todo el plantel, que quiero decirles algo.

—Pero Marcelo, no le parece que éste no es el lugar apropiado...

—Ustedes reúnan al grupo.

En un pasillo y con ocasionales testigos entre los que se encontraban algunos periodistas y reporteros gráficos, Bielsa increpó con algún exabrupto al jugador por hacer público aquello que había callado la noche anterior y por pecar de individualista. Calderón no se quedó atrás y los insultos condimentaron la escena. Los jugadores intercedieron para evitar que el escándalo tuviera mayores proporciones, pero ante la escalada de violencia verbal, el momento resultó muy tenso.

A los pocos minutos todos estaban enterados del episodio y

aunque el vuelo hasta Ezeiza sirvió para apaciguar los ánimos, apenas llegado el plantel a territorio argentino, la prensa arremetió sobre el técnico. Lejos de buscar salidas de emergencia o evitar el contacto con los medios, se prestó al diálogo y a defender con pasión sus verdades, sin importarle el acoso.

En primera instancia negó cualquier tipo de incidente. Luego, con el correr de la conferencia y aunque expresó que no daría ningún tipo de detalle para preservar la intimidad del grupo, lo reconoció públicamente. En cualquier caso, dejó establecido que no se había producido agresión física alguna: «Yo no me peleé ni me pelearé con ningún jugador. Eso es absolutamente inexacto».

Sin embargo, y aunque todos querían conocer los detalles del altercado, su interés pasaba por aclarar algo que desde su visión no debía ser siquiera analizado: «¡Cómo vamos a discutir en el fútbol profesional si ser convocado y pertenecer significa participar! Es tener la alternativa, pero nunca puede ser una seguridad. El mismo derecho tendrían Berizzo, Husain, Aimar... Las reglas del juego no son muy novedosas, esto es antiquísimo. Si los veintidós jugadores reclamaran participación sería imposible. Me pude equivocar, pero eso no autoriza ningún reclamo, porque una ley elemental de convivencia entre profesionales es no reclamar las decisiones de los otros, como yo no reclamo públicamente las actuaciones de los demás».

Para Bielsa, guardar en el seno íntimo del grupo cualquier tipo de conflicto representaba una regla sagrada, y en situaciones similares como con Chilavert en Vélez, su accionar fue exactamente el mismo. La conferencia servía para que el técnico comentara que el problema con Calderón no había sido el único ni el más fuerte,

pero como nadie los conocía no se habían transformado en cuestiones de dominio público.

Para terminar, se refirió a su trabajo con una definición que evidenciaba su fortaleza ante las críticas: «Yo voy a seguir defendiendo lo que hice y estoy orgulloso de eso. Lo hice con dedicación, con seriedad, con profesionalismo. No soy un improvisado. He demostrado que tengo antecedentes que me avalan para estar donde estoy y hago mi trabajo con mucho amor y con mucha profesionalidad. Si por haber perdido un partido tengo que admitir que las cosas están mal, no lo voy a hacer».

Ratificó su orgullo por la manera en cómo se brindó el plantel y luego de una hora y media se retiró, dolido por el resultado deportivo, pero seguro de sus principios y sus pensamientos.

La Copa América ya era historia, y aunque el resultado no había sido el soñado, la experiencia con las alegrías y los sinsabores servía para empezar a galvanizar el espíritu. Faltaba que su equipo empezara a hablar en la cancha.

EL LARGO CAMINO A JAPÓN

Tras la Copa América, el año transcurrió con competencias variadas. Como era del gusto de Bielsa, la Selección jugó varios amistosos de intensa exigencia. Los partidos trajeron suerte dispar en los resultados, aunque la búsqueda estaba apuntada especialmente a poder encontrar de forma paulatina el funcionamiento ideal.

Dos amistosos ante Brasil marcaron caras diferentes del equipo. En Buenos Aires, en el estadio Monumental, el conjunto nacional entregó una gran producción y obtuvo la victoria dos a cero. Tres días más tarde en el Beira-Río de Porto Alegre, llegó la revancha en el resultado y fue derrota por cuatro a dos. Así como en casa la superioridad había sido manifiesta y el entrenador ponderó el rendimiento, en el retorno la caída fue incuestionable. Nelson Vivas la tuvo siempre presente por un hecho vivido con el técnico: «Recuerdo que me dijo que era uno de los responsables de la derrota, pero me lo expresó de manera individual para no exponerme ante el grupo. Me marcó algunas cosas específicas del partido en las que tenía razón. Cuando vos conocés a personas que son así de frontales y nobles, no buscás una segunda lectura. El tipo te dice algo que tiene razón y apunta a seguir construyendo un funcionamiento. Te lo dice y tenés que asimilarlo, por más duro que sea, porque es bueno para el jugador. Aceptábamos su capacidad de trabajo, pero también su nobleza. Al futbolista no le gusta que lo engañen».

Una victoria ante Colombia, en la provincia de Córdoba, marcó la última presentación en suelo argentino. Para el final del año quedó una serie de dos partidos en España y la irregularidad volvió

a hacerse presente.

El primer compromiso fue para cumplir con el Espanyol de Barcelona en el centenario de su fundación. Lo que ocurrió en el campo fue para olvidar con rapidez, pero un detalle quedó grabado a fuego. A causa de los festejos se produjo un hecho pintoresco e inédito. El entrenador nacional, por primera y única vez, vistió un traje con corbata y zapatos al tono. El equipo jugó mal y cayó por dos a cero ante un equipo de suplentes que lo superó claramente. Bielsa aceptó que tal vez se trataba del rendimiento más bajo del ciclo, aunque la recuperación podía darse setenta y dos horas más tarde en el duelo con la Selección española. Además, agregó que no podía darse el lujo de perder dos partidos seguidos, por lo que ubicó en un lugar trascendente el choque con España.

Con algún cambio de nombres y diferente actitud, el invicto de doce partidos que ostentaba la escuadra de José Antonio Camacho se hizo añicos. La victoria argentina por dos a cero tuvo pasajes de buen juego, pero, sobre todo, gran intensidad para la presión y generosidad en el despliegue. Algunos nombres como Cristian González, autor del primer gol, tuvieron su revancha, y su actuación fue valorada por el técnico: «Contra el Espanyol había jugado en la línea de los tres del medio por la izquierda. Fui un desastre y pensé que no jugaba más. Fue un papelón para mí y así lo asumí. ¿Qué hizo el tipo? ¡Me puso de doble cinco contra España, mano a mano con Guardiola! Me dijo que con mi cambio de ritmo lo podía superar. Ganamos dos a cero e hice un gol de rebote, por ir con todo a pelear una pelota bien arriba. Fue como lo había dicho».

El gran objetivo era la clasificación para la Copa del Mundo y, tras un encuentro con Inglaterra en Wembley que finalizó sin goles al

inicio del año 2000, el comienzo de las eliminatorias era una realidad.

Previo al debut con Chile, el entrenador recibió una noticia que no le resultó agradable: la FIFA, en su afán de quedar bien posicionada tanto con los clubes como con las asociaciones, redujo el tiempo de cesión de los jugadores de cinco a cuatro días. El entrenador no lo utilizó como excusa, pero se encargó de explicar la imposibilidad de realizar entrenamientos y ensamblar el equipo. Fue allí en donde tomó gran valor cada uno de los ensayos en Europa, en los que se trabajó con rigor y profesionalismo. Casi como en una declaración de principios, Bielsa afirmó que «desde que asumí en la Selección crecí en tolerancia, porque la intolerancia es incompatible con la función del entrenador». Explicaba que el camino por las eliminatorias no resultaría un pasaje cómodo y que la supuesta superioridad de Argentina y Brasil debía ser validada en la realidad: «Es verdad que existe una presunción de leve superioridad de Brasil y de la Argentina, pero el fútbol está cubierto tanto de confirmaciones como de sorpresas, así que no habrá que apoyarse en ese análisis. Tengo miedo que se instale una sensación del game natural. Entonces cualquier traspie generaría decepción en vez de rebeldía; una presunción de superioridad que no ayudaría para nada».

El miércoles 29 de marzo, con Bielsa dirigiendo el primer partido para llegar al Mundial, sus jugadores asimilaron esas palabras y aplastaron a Chile con una lección de juego, dinámica y contundencia. El equipo fue agresivo y práctico para ganar por cuatro a uno, generando una gran cantidad de situaciones de gol, con Verón como gran figura, bien acompañado por Zanetti, Ortega y el

resto.

«Recuerdo la charla de Marcelo en Ezeiza antes de ir al Monumental, diciéndonos que pensáramos en la gente que se levanta a las cuatro de la mañana para ir a trabajar y paga la entrada para ir a ver a la Selección. Ésa fue una gran motivación para salir con una energía tremenda», repasa Zanetti.

Bonano, Ayala, Pochettino, Samuel; Zanetti, Simeone, Cristian González, Verón, Ortega, Batistuta y Claudio López jugaron un notable partido para desatar la euforia de la gente, que los despidió con una ovación. Dos tantos de Verón, uno de penal para terminar con la mala racha desde los doce pasos, un soberbio tiro libre de Batistuta y un remate corto del «Piojo» en el cierre del juego completaron una noche mágica.

El técnico, fiel a su costumbre, vivió el encuentro desde una silla de plástico, fuera del banco de suplentes. En el lado opuesto del campo, su colaborador Javier Torrente recibía indicaciones vía handy, para reproducírselas a los jugadores. Ningún detalle quedaba librado al azar. Luego del match recibió un llamado de felicitación de Diego Maradona que lo enorgulleció y en el contacto con la prensa ponderó la gran actuación de los jugadores.

Lo que siguió en los meses posteriores fue igual de productivo, aun sin ser tan destacable en el aspecto del juego. Las victorias sobre Venezuela por cuatro a cero en Maracaibo, luchando contra el viento y el pésimo estado del campo, y ante Bolivia por la mínima diferencia con un gol, a pocos minutos del epílogo de Gustavo López, sostuvieron la eficacia al ciento por ciento.

Bielsa mantuvo su cautela al entender que no se había jugado aún frente a los rivales más encumbrados del continente y que el camino

recorrido todavía era breve. Sin embargo, estaba feliz por la respuesta del equipo. Para él, la mentalidad del jugador argentino lo lleva a estar alerta cuando enfrenta a rivales tradicionales y a relajarse contra oponentes más débiles.

El triunfo ante los bolivianos presentó algunas dificultades que sirvieron como caso testigo. El conjunto argentino fabricó una decena de situaciones de gol, pero necesitó demasiados minutos para vulnerar el arco del altiplano. No apareció la jugada mágica capaz de abrir el partido ante la cerrazón del rival. Todos rescataron el valor del triunfo frente a las circunstancias complejas del partido, y la explicación del técnico resumió la idea general: «Al triunfo le faltó brillo y le sobró justicia».

Puntaje perfecto con nueve unidades, un promedio de tres goles por partido y muchas más cosas en el haber de las que podían ponerse en el debe, daban un balance superavitario en el inicio del viaje para llegar a Japón. La falta de tiempo para trabajar se suplía con la convocatoria de los mismos nombres para cada encuentro, lo que arrojaba un conocimiento de la idea a desarrollar.

El comienzo había sido prometedor, pero se acercaban tramos de turbulencias que invitaban a observar la reacción del grupo. Llegaba el tiempo de probar que había buenos pilotos para escapar de las zonas de tormenta.

CONSOLIDAR

El Campín de Bogotá era un hervidero. Toda Colombia estaba con su Selección. Los argentinos ya lo habían experimentado en carne propia cuando, al encender los televisores en el hotel, todos los canales repetían hasta el hartazgo las imágenes de aquella inolvidable goleada por cinco a cero en las eliminatorias para Estados Unidos 94. La ilusión de superar a la Argentina puntera e invicta motivaba a los cafeteros. Bielsa lo sabía. Si hasta allí su equipo tenía algunos elogios bien ganados, el momento de revalidarlos era éste. Enfrentar a una Selección de peso y como visitante podía dar la pauta del nivel del equipo. En los días previos y en una carrera contra el tiempo se preparó el partido como siempre, pero el impacto emotivo llegó pocos minutos antes de la salida al campo. La charla en el vestuario ante los jugadores apuntó al orgullo y fue inolvidable. El entrenador apeló a una figura perfecta y sus muchachos captaron el mensaje.

—¿Vieron que en una pelea callejera muchas veces se plantea el momento en el que uno de los dos que está peleando sangra? Bueno, muchachos, en ese momento hay dos actitudes. Está el que al ver sangre retrocede y se achica; y está el que quiere más y va en busca de rematar la contienda. Quiero decirles que vengo de afuera y ahí en el campo y en las tribunas hay olor a sangre. ¡Ahora quiero ver cuáles son sus respuestas!

Motivado al máximo y con gran capacidad para protagonizar el juego, el equipo salió con todo y logró una estupenda victoria por tres a uno. Dos veces Batistuta y una Crespo marcaron para el equipo argentino y así la primera victoria de jerarquía a lo largo de

la eliminatoria era un realidad.

Lejos de beber los elogios que llegaban desde toda la prensa, el entrenador no se subía al carro del exitismo. Para asegurar que su equipo era el mejor, cuatro partidos eran escasos. Reconocía que haber obtenido los doce puntos en juego era un halago, pero prefería evitar los excesos y aguardar las dos ruedas completas para hacer un juicio de valor definitivo.

Los resultados positivos no hacían más que fortificar la idea. Los jugadores se sentían parte del proyecto y respondían en consecuencia. El orgullo de participar dejaba en un segundo plano los viajes que debían realizar todos los meses y que aun en primera clase resultaban agotadores. Poco importaba alterar el cronograma de competición en sus respectivos equipos, si el premio era jugar en esta Selección con la que todos se identificaban.

«Ser convocado para la Selección estaba buenísimo. Era un lujo ir a entrenar, porque en la medida que lo íbamos entendiendo, resolvíamos los ejercicios con naturalidad y eso te hacía crecer como jugador. Muchas veces pasa que un jugador hace un ejercicio y lo lleva a la práctica de manera automática, sin asimilar el concepto, el porqué del ejercicio. Cuando logras en la transmisión como entrenador que el jugador comprenda que eso tiene un fundamento y lo asimila, el futbolista crece. Nosotros con Marcelo incorporábamos cosas y crecíamos como jugadores», explica Nelson Vivas.

Uno de los jugadores que más se identificó no sólo con el estilo sino también con los valores que defendía el entrenador fue Juan Pablo Sorín. La idea de protagonizar cada juego y de pertenecer con orgullo a esa Selección, el defensor la sentía a flor de piel. Bielsa

encontró en él, un jugador ideal para la puesta en práctica de su teoría: «Es uno de los entrenadores con los que me sentí más identificado. Fueron tres etapas: la primera de impacto y adaptación; la segunda de entender claramente que esa orden para defender tenía que ver mucho con atacar todo el partido; y la tercera, la de la explosión, la de dar todo y más de lo que pensabas para un equipo. Salía en las fotos de los goles propios al lado del nueve, pero era obligación salir en la otra foto defendiendo en el área nuestra».

Un nuevo triunfo por dos a cero ante Ecuador sirvió para afirmar el liderazgo en la clasificación. Como detalle quedaba un nuevo penal malogrado, esta vez por Juan Sebastián Verón, del cual el equipo pudo sobreponerse para ganar con autoridad.

El comienzo resultaba excelente pero, como siempre, aparecían algunas críticas propias del disconformismo argentino, mucho más que de una cuestión de gustos: se reclamaba la ausencia de pausa en el juego. El entrenador, que no quería sobredimensionar la performance de su equipo, entendía que debía salir a contestar a aquellos insatisfechos profesionales: «El rasgo principal de la Argentina es la aceleración y no la pausa. Al matizar la conducta del seleccionado se tiende a exigir lo que falta. Tenemos velocidad y se reclama pausa, pero si esa fuera la característica del equipo, estoy seguro de que nos pedirían cambio de ritmo. Cuando dicen que la Argentina es un equipo moderno, entiendo que eso contiene un elogio y una crítica a la vez, pero no me molesta; trato de capitalizar el elogio e intento corregir la crítica».

La gran prueba era la de Brasil y en el Morumbí. Ese gigantesco escenario en el que Bielsa había tenido la más grande decepción de su carrera en la final de la Copa Libertadores con Newell's, además

de una goleada dolorosa en el inicio de su tiempo en Vélez, y que ahora sería testigo del partido más importante de la eliminatoria. Ganarle al conjunto brasileño implicaba confirmar la supremacía continental, pero aun herido y sin brillo, Brasil siempre es para respetar. La idea del DT que de esos partidos no se sale igual invitaba a tomar el desafío como una final y encararlo con todo. «Vamos a atacar como siempre: iremos al ataque porque este equipo no sabe jugar a otra cosa. Atacar y lastimar. Si nos metiésemos atrás para salir de contraataque, estoy seguro de que sufriríamos mucho», anticipaba Diego Simeone.

Con los mismos once que una semana atrás habían superado a los ecuatorianos, el equipo argentino salió como siempre a protagonizar el partido en campo ajeno. Sin embargo, las cosas no funcionaron como se esperaba. Dos goles tempraneros inclinaron la balanza para el lado del local y aunque Almeyda descontó a los pocos minutos de reemplazar al lesionado Zanetti, el inicio del complemento trajo el tercer y definitivo grito brasileño. Por el peso de sus individualidades y algunos errores defensivos albicelestes en pelotas paradas, Brasil se quedaba con el triunfo.

En lo matemático nada se modificaba y el equipo argentino seguía liderando las posiciones. Desde lo conceptual, se dilapidaba la posibilidad de confirmar ante el otro coloso del continente el dominio en la eliminatoria. Pero otra confirmación esperaba a la vuelta de la esquina: la del carácter del equipo, su fortaleza como grupo y su respuesta ante la adversidad, y para eso nada mejor que un rival áspero, cerrado y firme en defensa como Paraguay.

Bielsa estaba obligado a realizar algunos cambios. La extensión de las eliminatorias traía aparejados movimientos lógicos por

lesiones o suspensiones. Ni Javier Zanetti ni Claudio López serían de la partida. Sin embargo, la ausencia más recurrente era la de Matías Almeyda. Algunos problemas físicos lo venían persiguiendo, y en el caso del encuentro con Colombia, un episodio familiar lo había tenido convulsionado. En ese momento apareció la sensibilidad del entrenador, con un gesto que el mediocampista jamás olvidó. Para trabajar, Bielsa exigía a cada jugador lo máximo, pero los afectos estaban por encima de todo. «Es el mejor recuerdo que me queda fuera de lo futbolístico. Yo tenía una tía en Azul que estaba enferma de cáncer y con mi familia sufríamos mucho por ella. Vine a jugar aquel partido con Colombia, le conté mi problema apenas llegué y su respuesta lo definió como persona. Me dijo que me fuera y disfrutara los últimos días que tenía con ella, que aprovechara lo que le quedaba de vida. Él sabía que mi mente no iba a estar en el fútbol», relata Almeyda.

La presencia de Pablo Aimar entre los titulares le ponía al partido el toque diferente. El joven jugador de River Plate poseía un estilo que subyugaba al entrenador y, en función de los movimientos que debía realizar en el equipo titular, llegaba la hora de darle minutos en continuado. El técnico confiaba en sus condiciones, aunque no quería que se lo viera como un salvador: «El mismo énfasis que noto en el reclamo por su presencia se puede transformar en decepción, si no responde a las expectativas. Si tanta expectativa popular no recibe las respuestas esperadas, el proceso de consolidación del jugador se retarda, pero yo sé que Pablo va a terminar triunfador. Si me preguntan porque juega ahora... porque es inevitable. Porque tiene que jugar. La competencia lo lleva a asumir la titularidad. Si ahora lo incluyo es porque creo que es necesario».

El juvenil, oriundo de Río Cuarto, hizo un correcto partido y hasta se dio el gusto de convertir un gol. Sin embargo, la conquista sólo sirvió para empatar un partido en el que los paraguayos jugaron un buen primer tiempo, luego lograron la ventaja y se quedaron con un punto valioso para sus pretensiones.

Enfrente, el combinado argentino careció de claridad y explosión para sortear a un rival incómodo. Todos coincidieron en que se habían perdido dos puntos. Si bien se pudo ganar el juego en una acción en la que Samuel dilapidó una situación de manera increíble debajo del arco, un punto como cosecha de los últimos seis en juego marcaba la producción más pobre del equipo en eliminatorias. La punta en la tabla de posiciones seguía siendo propiedad argentina, pero la realidad indicaba que se podían mejorar varias cosas.

El entrenador reclamaba volver a jugar como contra Chile y los triunfos se encadenaron en los siguientes tres partidos: ante Perú, Uruguay y Chile. Todas las victorias fueron incuestionables y la jerarquía volvió a decir presente, con el esfuerzo y el vértigo como impronta. Las individualidades respondían con prestancia y los cambios no resentían el funcionamiento. Si faltaba Batistuta, Crespo lo suplía y marcaba con naturalidad. Sorín, el Kily González y Claudio López se repartían el andarivel izquierdo con eficiencia. Verón, Aimar, Ortega, Gallardo y Gustavo López manejaban los ataques y atrás la respuesta era solvente y efectiva con Sensini, Vivas, Ayala y Samuel. La irregularidad en el juego seguía siendo la gran deuda, pero con lo que el equipo era capaz de hacer en determinados pasajes de los partidos, le alcanzaba para ser superior y acumular victorias.

Diego Simeone hacía un buen balance: «A nivel de resultados la evaluación es muy buena. Muy pocos se imaginaban esta campaña en unas eliminatorias donde cada partido es una batalla. En cuanto al juego, tuvimos altibajos. De los nueve partidos, en seis el equipo salió a matar. En los otros tres, que coincidieron con las vacaciones, el equipo estuvo un poco raro. La Selección sabe que si no ataca pierde, y si no presiona deja espacios. Cuando la Argentina ataca, mata, y cuando se defiende sufre».

El primer año de eliminatorias ya era historia. El saldo era excelente en los números y más que aceptable en el juego. Más allá de las irregularidades, nadie podía discutir la supremacía del equipo de Bielsa y su liderazgo en la tabla de posiciones, con números de asombro. Veinticinco puntos sobre treinta posibles, veintidós goles a favor y sólo ocho en contra, hacían de las siempre traumáticas eliminatorias un tránsito natural para llegar al Mundial. La lectura era lógica y agradable: la clasificación para el Mundial 2002 no podía demorarse.

ESTADO DE COMUNIÓN

El equipo se floreaba. Colombia era una nueva víctima del paso arrollador del seleccionado argentino en las eliminatorias. El tres a cero en menos de cuarenta y cinco minutos era elocuente, y lo que había sido un grito tibio un par de meses antes, ahora era el cántico de todo el estadio:

Que de la mano del Loco Bielsa, todos la vuelta vamos a dar.

El estruendo de la multitud no cambió su actitud de siempre. Un sorbo de agua para asimilar la emoción y alguna nueva indicación para sus muchachos lo ayudaron a volver a su trabajo. Recuperó su pose característica, la de observar el partido casi en cuclillas, producto de esos dolores de cintura que lo perseguían desde su época de jugador. Así, con los pies sobre la tierra, analizó el fenómeno: «El reconocimiento del público uno siempre lo valora. Lo agradece y sabe que está atado a mantener resultados que provoquen ese puente con el público. Esto surge como consecuencia de la producción del equipo. Está más ligado al desempeño de los jugadores que a mí mismo, y yo recibo el rebote de lo que ellos hacen».

Ése «lo que ellos hacen» había transformado a la Argentina en la mejor Selección de América.

A principios de aquel 2001 el equipo había dado una exhibición de juego al superar en un partido amistoso a Italia, en el mismísimo

Olímpico de Roma, y despertó los elogios de propios y extraños. El resultado había marcado un gol de diferencia, pero la superioridad en el juego fue mucho más amplia. El técnico evitaba las exageraciones y aunque destacaba el valor de la victoria, le bajaba el perfil al exitismo generalizado, argumentando que se trataba de un amistoso. En cualquier caso, la realidad mostraba que, ante potencias como España, Holanda, Inglaterra y el propio conjunto italiano, la respuesta del equipo había sido muy buena. Brasil aparecía como el único lunar.

Cada partido implicaba el reencuentro entre compañeros queridos y nuevas anécdotas amenizaban el momento. Bielsa se complacía al ver la fortaleza del grupo. Germán Burgos lo recuerda en un viaje rumbo a un estadio: «En el micro nos divertíamos mucho. Hacíamos la famosa ola, con todos levantando los brazos. En un momento ya la practicábamos sólo para ver si él se contagiaba. Creo que una vez lo logramos y levantó una mano. Nos decía que era muy lindo el clima que se generaba. Alguna vez tuvimos que ducharnos antes del partido de lo transpirados que llegamos al estadio».

El Kily González también aporta una historia genial para definir el panorama de alegría que involucraba al técnico. Bielsa quería compromiso máximo, incluso en el momento de la previa, y los jugadores estaban cantando y aplaudiendo en el vestuario, antes de un partido. «Y Marcelo acompañaba, pero a destiempo. En un momento descubrió que un par de muchachos decayeron el ritmo y se lo hizo saber al Cholo Simeone, diciéndole: ‘¡Si no quieren cantar, que no canten carajo!’.»

En lo que remite al juego, las actuaciones del equipo generaban la euforia del público y hasta algunos jugadores que tiempo atrás

eran resistidos lograron la aceptación de la gente. Nelson Vivas era un ejemplo perfecto, y en tiempo presente repasa una definición del seleccionado que representó todo un hallazgo: «Cuando me pidieron calificarnos con una palabra, dije que éramos un equipo insoportable por como ahogábamos al rival hasta achicarlo, pero, además, cuando teníamos la pelota también sabíamos jugarla. En lo personal, mis rendimientos ayudaron para cambiar las críticas por comentarios favorables».

Cuando el fútbol y la contundencia se daban la mano, el equipo daba muestras de superioridad, como la de las goleadas ante Venezuela o Colombia. Ante la ausencia de virtudes técnicas, la autoestima y la fortuna se combinaban para lograr un milagroso empate ante Bolivia en la altura de La Paz por tres a tres, con dos goles en los últimos tres minutos de juego. «Me acuerdo que estábamos en el vestuario ahogados por esfuerzo, pero felices por el empate. Yo estaba tirado en una camilla y Marcelo no podía creer lo que había ocurrido. ¡Qué resultado azaroso, qué resultado azaroso!, le comentaba a cualquiera con el que se cruzara», recuerda hoy Roberto Ayala.

El encuentro no entregó una buena actuación argentina y los tres mil seiscientos metros jugaron un papel determinante. Burgos explica el asunto con su simpatía: «Marcelo me mandó a Lucho Torrente para que me dijera que tratara de salir jugando. ¡Y yo le contesté que veía todos números! Estaban todos de espaldas, era imposible salir por abajo».

La fusión entre el grupo y la gente se daba en todos los aspectos. Además de devolverle al público en la cancha lo que quería ver, los jugadores se comprometían con cuestiones sociales, desde la

amplificación que puede tener un partido de Selección. Así, se colocaban remeras con leyendas de apoyo a los docentes, a la salud pública o a los empleados de Aerolíneas Argentinas y posaban con ellas en la clásica foto previa.

El encuentro ante Ecuador obligó a una planificación diferente. Bielsa preparó el partido de manera especial. El empate ante los bolivianos le había dado la pauta de cómo debía jugar en la altura para obtener un buen resultado. Sin renunciar al protagonismo, pero admitiendo que sería difícil jugar todo el partido en campo rival, la idea era elaborar un poco más la posesión con una pausa suplementaria, sin renunciar al cambio de ritmo a la hora de la finalización del ataque. Dicho de otro modo: a la altura había que considerarla, pero sin sobredimensionarla. La idea resultó exitosa y la victoria con goles de Verón y Crespo trajo como premio el pasaporte para la Copa del Mundo cuatro fechas antes del cierre.

Un emocionado saludo de José Pekerman, el hombre que lo había convocado, era el primer síntoma de agradecimiento que Bielsa recibía en el día tan esperado. Se abrazó con algunos suplentes como Pochettino y Sensini al momento del pitazo final del árbitro, y luego, cuando los jugadores iniciaron una rueda en el campo de juego, les dejó a ellos todo el protagonismo. Recorrió con una amplia sonrisa los metros que lo separaban del túnel y se perdió en su interior para continuar la celebración en la intimidad. Cuando los muchachos fueron apareciendo los felicitó uno por uno y les agradeció de forma especial por su dedicación, por lo que él llamaba «el espíritu amateur», el amor hacia la tarea demostrado a lo largo de la eliminatoria. El objetivo estaba cumplido con creces.

Dice el Kily: «Estábamos todos muy felices y él acompañaba.

Nos felicitó y se prendió con algún cantito de los nuestros. Fue una de las veces que lo observé más eufórico. Medido como siempre, pero con mucha alegría. Cada jugador que le pasaba cerca lo saludaba y sentía que también tenía que agradecerle a Marcelo por lo que habíamos logrado. Fue un día inolvidable».

El tiempo de festejo se evaporó con rapidez para empezar la planificación del juego ante Brasil. Ganarles resultaba siempre un desafío, pero además, en este caso, podía ser la frutilla sobre el postre. Veinte días después del golpe de Quito, el seleccionado podía entregarse y entregarle a la gente la última gran alegría. Lejos de la relajación, el rival obligaba a la máxima exigencia. «Los resultados maquillan todo», repetía Bielsa a quien quisiera oírlo. Además y demostrando una vez más que no tenía compromiso con nadie, explicaba el motivo de la titularidad de Crespo y las conjeturas que los medios hacían por la ausencia de Batistuta, evitando la elección por uno de los dos: «Existe la posibilidad de que Batistuta vaya al banco, pero no como un desafío de un entrenador a una figura popular. Es muy difícil conducir un grupo de elite si uno no está dispuesto a aplicar una norma que deben atender todos, por lo tanto cualquiera sabe que puede ser suplente. Igualmente, cualquiera hubiese sido mi decisión, habría merecido comparaciones. Si iba al banco, se habría hablado de que se estaba lastimando a un ídolo. Si jugaba junto a Crespo, era improvisar un nuevo esquema y dejar de lado un sistema exitoso. Si era titular y el que salía era Crespo, se apuntaría a la injusticia de marginar a un delantero que está en alto nivel. Es muy difícil encontrarle una postura satisfactoria a la polémica».

El público agotó las localidades y llenó el estadio Monumental

con una efervescencia que hacía mucho no se veía. El apoyo de la gente resultó gravitante para revertir un comienzo desfavorable en el que Brasil se puso en ventaja. A pesar de extrañar a Verón, ausente por acumulación de tarjetas, la dinámica del Kily González y los ingresos de Ortega y Gallardo se combinaron para torcer el rumbo y lograr la tan esperada victoria en el clásico sudamericano. Con orgullo, temperamento y más actitud que buen fútbol, la Argentina deliraba en el Monumental y a partir del triunfo se aseguraba el primer puesto de la eliminatoria. Los jugadores revoleaban las camisetas festejando con los fanáticos, tratando de hacerles olvidar, al menos por un rato, sus problemas cotidianos. Era la fiesta soñada y Bielsa remarcaba el papel de los hinchas: «Nunca sentí que el público impulsara al equipo como hoy durante el partido. No lo dejó caer nunca. Jamás habíamos tenido tanto apoyo; tan significativo y duradero, porque fue durante todo el encuentro. Y estoy convencido de que los jugadores sintieron ese aliento como combustible».

El cierre de la competencia trajo una igualdad ante Paraguay, una victoria con Perú y otro empate ante Uruguay, en un encuentro recordado por cierta pasividad exhibida en los quince minutos finales, que obligó al técnico a una defensa de la honorabilidad de sus pupilos. Varios jugadores de ambas selecciones eran compañeros en distintos equipos de las ligas europeas y la igualdad dejó satisfechos a los argentinos y clasificados para el repechaje a los charrúas. Con su destreza dialéctica Bielsa desarticuló las críticas y prefirió analizar el cierre del juego como de «tramite neutro».

Cuarenta y tres puntos sobre un total de cincuenta y cuatro, producto de trece victorias, cuatro empates y apenas una derrota;

con cuarenta y dos goles a favor y tan sólo quince en contra. Eran los números de una campaña extraordinaria. La Selección argentina era la mejor del continente. Pero el siguiente desafío era el más importante: Corea-Japón.

ESA MALDITA BOLILLA

Grupo F: Argentina, Inglaterra, Suecia y Nigeria. El sorteo para el Mundial de Japón y Corea era una realidad y el azar había dado su veredicto. La Selección ya conocía a sus rivales: el grupo de la muerte. La suerte no parecía ser, al menos en el sorteo, una aliada del conjunto nacional. En algunas circunstancias, la exigencia máxima comienza con el choque de octavos de final. Para la Argentina, ya el primer partido representaba un desafío.

El sábado 1° de diciembre, Marcelo Bielsa vio el sorteo en su casa y con sus íntimos. Pensó él también que la fortuna no los había ayudado, pero que esa dificultad que presentaban los rivales potenciaría al equipo.

Setenta y dos horas más tarde, realizó una de sus tradicionales conferencias de prensa y expuso algunas de sus sensaciones: «Un Mundial representa un suficiente impulso, con independencia del rival que toque. El grupo que nos tocó estimula lo competitivo. En lo personal, prefiero adversarios que nos ataquen, que quieran compartir la iniciativa de juego con nosotros, en vez que nos la cedan, porque en la presunción de ataque existe la posibilidad de que se desprotejan defensivamente. El análisis que hago es optimista».

Cuando se le preguntó por el enfrentamiento ante Inglaterra, celebró la posibilidad de afrontar semejante partido, pero fue categórico acerca de la evaluación final: «La producción de la Argentina no se medirá por los rivales; lo que se considerará es dónde terminemos. ¿Si comparto la norma? No importa. Estoy aquí, sé cuáles son las reglas del juego y todos ustedes saben

perfectamente que el recorrido es menos importante que el resultado final, para la valorización que hace el medio argentino de la producción. De todas maneras, para satisfacer los dos extremos de la hipótesis, no hay nada mejor para llegar al éxito que elegir la belleza del juego».

Para encarar el primer tramo de 2002 y encontrar la puesta a punto ideal para llegar al Mundial, era fundamental la concreción de amistosos. Con ellos se podía ir depurando la lista final de veintitrés jugadores y al mismo tiempo medirse ante equipos similares a los de la futura competencia.

Se programaron partidos ante Gales (el símil de Inglaterra), Camerún (por su fortaleza física similar, a la de Nigeria) y Alemania, para chequear la oposición de un equipo histórico y candidato. La idea del entrenador pasaba por observar a todos los jugadores que fueran necesarios para sacarse cualquier tipo de duda. Demostrando una vez más que no tenía compromisos con nadie, y sabiendo que su decisión se juzgaría como «un capricho antes y una debilidad ante el reclamo popular ahora», Juan Román Riquelme y Javier Saviola, dos de los referentes del medio local, tendrían su oportunidad. Sin embargo, el impacto más grande pasó por la convocatoria de Claudio Paul Caniggia. El Pájaro estaba jugando en alto nivel en el fútbol escocés y, para variar, Bielsa lo seguía de cerca en cada una de sus actuaciones. Caniggia representaba un ejemplo vivo de la idea del técnico de jugar por los costados y realizar desbordes en ataque. Su capacidad para ocupar los espacios laterales del campo era muy valorada por el entrenador y, más allá de ser un veterano, su calidad estaba intacta. A los treinta y cinco años volvía a ser un jugador de Selección y se ilusionaba con el

futuro: «Estoy deseando con ansiedad volver a jugar un Mundial. El llamado de Bielsa fue el mayor impulso para mí; me da una gran motivación. Estoy encantado de formar parte de la Selección en este momento, pero lo importante será seguir en el equipo dentro de tres meses. Esperé este momento durante mucho tiempo. Sabía que Bielsa me había visto varias veces, pero cada día que pasaba sentía que se me escapaba la oportunidad de volver».

Los empates ante Gales y Camerún sirvieron para sacar conclusiones y probar variantes. Verón como mediocampista central, Aimar de enlace, Claudio López de centrodelantero. Todo era testeado, todo pasaba por la lupa del entrenador. El triunfo ante Alemania ratificó la ilusión de llegar al Mundial como uno de los favoritos y cerró una cadena de brillantes resultados ante las potencias jugando de visitante. Victorias ante España, Italia y Alemania, más empates frente a Holanda e Inglaterra.

Pero el fantasma más temido era el de las lesiones y lamentablemente comenzaba a hacerse presente. Nelson Vivas fue el primer damnificado, producto de una rotura de los ligamentos cruzados. Su lesión tres meses antes del inicio de la competencia lo dejaba en el borde y casi sin margen. Podía intentar fortalecer la pierna evitando pasar por el quirófano o, como finalmente ocurrió, ir directamente a la operación. El día de la intervención recibió un llamado del entrenador que recordó eternamente por la profundidad de sus palabras en el elogio: «Antes de salir para la clínica, me llamó por teléfono y me dijo: ‘Uno exagera tanto con esto del fútbol que cree que cuando va a jugar un partido va a ir a una guerra. La verdad, ir a esta guerra sin un soldado como usted va a ser muy duro’».

Vivas jugó una carrera contra el reloj para cumplir su sueño mundialista. Bielsa lo monitoreaba permanentemente e incluso lo citó en Formello, Italia, en donde el equipo inició su preparación. La intención era probarlo y, si respondía, incluirlo en la lista final. Sin embargo, antes de viajar, el propio jugador se sometió a una prueba y los dolores en su rodilla aplicaron el golpe de gracia. Se comunicó con el entrenador y le dio la noticia de su baja. El técnico le agradeció su sinceridad. «Cuando en la prueba me dolió la pierna, lo llame y me terminé de bajar. Me dio las gracias por mi honestidad, porque podía jugarle la última ficha, pero creía que la Selección se merecía un jugador al ciento por ciento».

Vivas era un jugador valorado por el rosarino por su capacidad para desempeñar distintas funciones. Además, Bielsa veía en él un ejemplo de esa estigmatización con la que algunos jugadores debían cargar como consecuencia de las críticas de la prensa primero y los hinchas después.

La segunda baja fue la de Eduardo Berizzo, otro lugarteniente. Jugando en el Celta de Vigo se rompió el peroné y quedó fuera de la pelea por un lugar en la lista.

A la hora del armado de la convocatoria de veintitrés, la idea era llevar dos jugadores por puesto más los tres arqueros de rigor. Luego de todas las pruebas y analizando virtudes y defectos de los posibles convocados, el entrenador eligió a sus hombres. Privilegiando siempre el ataque, distorsionó ligeramente su plan, convocó a un defensor menos y agregó a un mediocampista creativo más.

Burgos, Cavallero y Bonano, los tres arqueros. Pochettino, Ayala, Samuel, Chamot y Placente, los defensores. Zanetti, Simeone,

Sorín, Husain, Almeyda y el Kily González, los mediocampistas. Verón, Aimar y Gallardo, los tres enlaces. Ortega, Batistuta, Claudio López, Caniggia, Crespo y Gustavo López, los delanteros.

Primero trabajaron en Italia y luego viajaron a la ciudad de Hirono, en Japón. Se alojaron en el centro deportivo J-Village y comenzaron la recta final para el debut ante Nigeria.

En esos días, producto de los entrenamientos y de un par de ensayos ante equipos locales, Bielsa debía elegir algunos puestos para el equipo titular. Analizando hasta el más mínimo detalle, fue puliendo el esquema hasta obtener el ideal.

En el arco, ante la paridad de rendimientos entre los tres posibles, finalmente se decidió por la sobriedad de Cavallero. Ayala llegaba luego de un desgarró jugando para el Valencia, que lo había tenido fuera de las canchas algunas semanas, pero estaba recuperado para ser el último hombre en la línea de tres defensores junto a Pochettino y Samuel. De los hombres del medio, los más complejos eran los casos de Simeone, Almeyda y Verón. El Cholo también había sido víctima de un problema de ligamentos, pero su caso ocurrió con la suficiente antelación como para poder llegar al Mundial. El problema era su falta de ritmo ante la ausencia de partidos y como podía repercutir su escasa competencia. Almeyda llegaba desgarrado en los dos gemelos y su trabajo previo tampoco era el mejor. El tema Verón pasaba por la sobrecarga de partidos jugados en una temporada agotadora y la ausencia de tiempo de recuperación.

Para completar, estaba la disyuntiva entre Batistuta y Crespo. El seleccionador le dio la posibilidad a Crespo de jugar como titular en los dos partidos de aquellos días de entrenamientos y el delantero

no fue capaz de establecer diferencias claras para inclinar la balanza a su favor. En ninguno de los encuentros pudo convertir goles. Ante fuerzas parejas, Bielsa se terminó inclinando por la experiencia de Batistuta. El otro que arrastraba problemas era Caniggia, con un dolor en su rodilla que lo tenía entre algodones. Bielsa había decidido sostenerlo entre los veintitrés, lo que generaba algunas críticas hacia el técnico de la misma prensa que antes lo había elogiado por citarlo.

El paso de los días fue ajustando los detalles y acrecentando la ansiedad. Como una de las selecciones candidatas, la Argentina tenía que enfrentarse a Nigeria. Estaba todo listo. Faltaba salir y jugar.

EL GRUPO DE LA MUERTE

Tarde bochornosa en la prefectura de Ibaraki. El sol y el calor hacían estragos. El Mundial ya estaba en marcha y le tocaba el turno al equipo argentino. Los jugadores hacían el calentamiento previo de forma gradual, evitando sorpresas. El Profe Bonini generaba el clima ideal para que todos fueran descargando tensiones. A la hora de agregar el balón, los jugadores trabajaban en parejas y así se iban descontando los minutos para llegar al debut. Roberto Ayala le pasó la pelota a Batistuta y en ese mismo instante sintió que un músculo de su pierna, en la parte posterior, se endurecía como una roca. Intentó estirarlo pero nada. El médico, Donato Villani, lo ubicó en una camilla boca abajo, y las pruebas para corroborar su estado dieron resultados negativos. El defensor era la postal del desconsuelo. Tirado en la camilla, con los ojos cerrados y con todo el dolor del mundo, veía cómo se le evaporaba la posibilidad de jugar ante Nigeria.

El comienzo del partido se venía encima. Era necesario decidir con velocidad, sin margen de error. Los imponderables se hacían presentes y también había que ganarles. Bielsa llamó a Diego Placente y le comunicó que sería el reemplazante. No quedaba tiempo para más, salvo las palabras finales del entrenador:

—¡Se nos lesionó el capitán! ¡Tenemos que superar esta adversidad y salir a ganar! ¡Por nuestro capitán, carajo! ¡Y por todo el esfuerzo que hicieron en sus vidas! Piensen en cuando eran pibes y soñaban con ser futbolistas... Ahora tenemos que entrar ahí y ser protagonistas. Podemos darle una alegría grande a toda la gente que nos está mirando desde la Argentina y no la está pasando bien.

¡Vamos con todo!

La línea de fondo estaba muy aceitada. La velocidad de Ayala era clave, y su salida implicó varios movimientos. El primero fue el corrimiento de Samuel desde la izquierda hacia el centro, para ocupar la posición del Ratón. El segundo, el ingreso de Placente para jugar por la izquierda. La línea de tres quedaba integrada con dos zurdos.

Mostrando una vez más su enorme personalidad, el equipo se sobrepuso al impacto de la inesperada ausencia y salió a ganar el partido. En el primer tiempo fue dominador y tuvo la posesión. En el segundo llegó al gol desde una pelota parada trabajada en los entrenamientos. Un centro de Verón encontró a Batistuta por el sector opuesto y con un cabezazo cristalizó la victoria. Sin jugar un partido brillante, fue superior a su rival y se impuso por uno a cero. En el complemento, luego de la conquista, dispuso de un par de situaciones que le hubieran permitido ampliar el marcador. No hubiese estado mal. Los africanos jamás asumieron un papel diferente del de la espera, mientras que los argentinos, lejos de aguardar el error rival, buscaron con su estilo tradicional.

El comienzo era bueno y el técnico hacía su análisis: «Estoy sereno, tranquilo. Ganar siempre aporta paz y ahora esperaremos que el próximo partido se dé igual que éste. Fue una actuación suficiente, un triunfo merecido. Que debió ser más holgado y, si así hubiera sucedido, habría sido justo. Y nos habría dejado más conformes también. Es un triunfo legítimo, con recursos que tienen valor».

Además, el empate entre Inglaterra y Suecia sumaba al optimismo y en el campamento argentino todo estaba bajo control.

Los muchachos festejaron con efusividad la primera victoria, por la complejidad de saltar la primera valla. Sorín lo remarcaba en los días posteriores: «El gran festejo fue por empezar bien. Cumpliendo con la expectativa que tienen todos los argentinos. Empezar bien nos da alegría. Hicimos todo para ganarlo y creo que hasta por más goles de diferencia. Nos faltó eso: definir. Pero el triunfo es importante. Fuimos los protagonistas».

Mientras tanto, la única mueca de inquietud pasaba por las lesiones. Caniggia no lograba salir de su problema en la rodilla y su retorno se hacía desear. Para Bielsa era siempre una alternativa valiosa, por su capacidad para jugar por los costados. Por el lado de Ayala, los estudios invitaban a pensar que solo tendría acción a partir de octavos de final.

Para el segundo partido era necesario viajar. El mundial en tierras asiáticas tenía la particularidad de obligar al desplazamiento en cada partido. El estadio cubierto de la isla de Sapporo sería testigo de un verdadero clásico: Argentina e Inglaterra repetían el enfrentamiento del mundial anterior. Desde los goles de Diego Maradona en México 86, los enfrentamientos ante los británicos siempre tuvieron un condimento especial. En este caso, jugarían un partido que podía marcar el futuro del grupo, debido a que Inglaterra sólo había empatado en su primera presentación ante Suecia y estaba obligada a obtener un resultado positivo.

Diego Simeone había sido un protagonista destacado en el duelo de Francia 98: un encontronazo con David Beckham había significado la expulsión de la estrella inglesa. El jugador argentino relativizaba aquel incidente y le daba justa dimensión al duelo futbolístico: «Soy consciente de que los condimentos del partido me

tienen como una pieza bastante entretenida para los medios, pero estoy mucho más allá de eso. Es un partido especial. Se hizo un clásico con los años, por eso ganarles no es un título del mundo, pero es diferente. En este partido la camiseta no se cambia».

Bielsa planificaba un encuentro distinto del debut. Inglaterra debía salir a atacar, con lo cual podría verse un partido de otra exigencia. Además, el horario nocturno favorecería el andar de los futbolistas. El ingreso del Kily González por Claudio López era la única modificación respecto del conjunto que le ganó a Nigeria.

A la hora de la verdad, el encuentro fue complicado para Argentina. El delantero Michael Owen fue la gran figura de la cancha y se transformó en una pesadilla para la defensa albiceleste. Ejecutó un remate que fue devuelto por el palo, fue víctima de un penal que Beckham transformó en gol y con su velocidad hizo estragos.

El equipo nacional jugó un partido desparejo y mejoró sensiblemente en el complemento, con la frescura que posibilitó el ingreso de Pablo Aimar, que reemplazó a un errático, desconocido Verón. El nivel de la Brujita en ambos partidos había sido bajo y todo el equipo lo sentía. Ese fútbol suyo, de gran dinámica y notable pegada, brillaba por su ausencia. Era la principal víctima de la agotadora temporada que había vivido la mayoría de los jugadores argentinos. Con más empuje que juego, Argentina tuvo chances de empatar el encuentro, sobre todo con un cabezazo de Pochettino que fue salvado en la línea. En cualquier caso, no se podía discutir demasiado la legitimidad del triunfo inglés, aunque la visión de un Bielsa algo abatido al arribar a la conferencia de prensa apuntara a las posibilidades de igualdad de su equipo: «Estábamos en

condiciones de empatar, e hicimos lo suficiente para conseguir el resultado. En el segundo tiempo, luego de los diez minutos iniciales en los que tuvimos alguna inestabilidad, logramos situaciones que autorizan a pensar que debimos haber empatado. En ese lapso dominamos el juego, pero no nos alcanzó. No conseguimos los tres puntos que buscábamos; ahora, lógicamente, esto dificulta las cosas».

Inglaterra hizo la diferencia en el primer tiempo y luego se dedicó a defenderla con ahínco. Sus jugadores en el campo y sus fanáticos en las tribunas festejaron largo un triunfo vital para sus aspiraciones de clasificación.

Los argentinos acusaron el impacto. La derrota propia y la victoria de Suecia sobre Nigeria obligaban en el último encuentro a lograr un triunfo para seguir en el Mundial. Parecía increíble, pero todo el trabajo desarrollado a lo largo de tres años con las eliminatorias como obra cumbre se ponía en juego en noventa minutos. En un país como la Argentina, poco se valoraría el trayecto si el final no era el esperado. Contra eso se rebelaba Bielsa, pero sabía que si no se obtenían los resultados la pelea estaba perdida, sobre todo ante algunos medios que lo esperaban agazapados.

En los días previos al choque decisivo, el ambiente del J-Village era agradable. Los jugadores aguardaban el partido con optimismo, aunque conscientes de la necesidad de una victoria. Batistuta le explicaba al periodismo su intención de continuar en el Mundial y alargar su capítulo final con la celeste y blanca: «Estoy preparado para enfrentar una derrota, pero esto no quiere decir que me dé lo mismo. Quiero ganar y quiero seguir acá. No quiero jugar contra Suecia mi último partido con la Selección».

La derrota ante Inglaterra le dejó al entrenador algunas conclusiones. La tarea de Placente no había resultado tan satisfactoria como ante Nigeria y por eso pensaba incluir a Chamot con su experiencia en la línea de fondo, ya que Ayala aún no estaba apto. En la mitad Almeyda ya estaba pleno en el aspecto físico y jugaría como reemplazante de Simeone. El rubio mediocentro recibió de Bielsa toda la confianza y la confirmación de que a partir de allí comenzaba su momento en el Mundial. Si el equipo accedía a octavos, continuaría jugando en el equipo titular. Tuvieron una charla y el técnico le anticipó su rol: «Me acuerdo que me dijo que enseguida se daba cuenta si yo iba a jugar bien o mal. Que si al inicio tomaba una pelota y con la cara externa la daba un buen pase al lateral derecho, se quedaba tranquilo, porque eso indicaba que iba a tener un buen partido. Tenía razón. Sabía perfectamente mis virtudes y defectos».

Claudio López volvería a ser el extremo izquierdo en el ataque reemplazando al Kily, ya que el partido pedía un jugador de esas características. Caniggia evolucionaba y sus piques en los entrenamientos lo acercaban cada vez más al estado óptimo, por lo que no era descabellado imaginarlo sentado en el banco.

Finalmente, en el movimiento más profundo, Aimar jugaría desde el inicio reemplazando a Verón. El cambio no implicaba demasiado en la función, ya que ambos conducían al equipo, pero Aimar, más rápido, podía aportar esa chispa en ataque que hasta el momento no había aparecido. El objetivo era lograr que la transición entre defensa y ataque fuera menos cadenciosa, aun a riesgo de perder precisión, pero impidiendo el reagrupamiento defensivo del rival. Bielsa demostraba una vez más que lo importante era el

equipo, incluso si eso implicaba quitar del mismo a ese jugador que le imprimió durante tres años y medio el sello y el ritmo de juego.

Para el rosarino lo fundamental era sostener una identidad en momentos de adversidad. Ser consecuente, paciente con el proyecto, en especial en momentos en los que la inmediatez parecía ser lo único que servía. El día previo al encuentro enfrentó a los cronistas y se la jugó por su estilo y sus jugadores. Combativo y apasionado, fiel a su costumbre, dejó claro su pensamiento: «La actitud de Argentina tiene grandeza. Podríamos jugar quedándonos en nuestro campo y tirando la pelota por lo alto al campo rival. El rival puede hacer lo mismo. Y ahí estaríamos evaluando la falta de grandeza del equipo argentino, la falta de estar a la altura de la historia del fútbol argentino y la falta de coraje para enfrentar el fútbol. Éste es el partido más importante desde que yo conduzco al grupo».

EL DOLOR MÁS GRANDE

Los cuerpos están tirados, inertes, en el campo de batalla, en el césped de Miyagi. La decepción es absoluta y la incredulidad también. Crespo llora como un chico y Ayala, que mastica doble bronca por la eliminación y por no haber podido colaborar desde adentro, lo levanta con las fuerzas que él tampoco tiene, pero debe sacar de algún lado. El Kily González mira a la nada sin comprender por qué el sueño construido en tres años y medio se evaporó en diez días. Batistuta maldice su final con la Selección, arrodillado al lado del banco de suplentes. Desde allí parte Bielsa rumbo al vestuario. Se estrecha en un abrazo con Pochettino, aquel al que quince años atrás fue a buscar a su pueblo una madrugada, y desaparece por el túnel. Los hombres de camiseta azul se derriten en su propia tristeza. Mientras tanto, cerca del círculo central, los suecos agradecen a la providencia que los acompañó durante una hora y media y festejan su pasaje a octavos. La postal es desoladora, hiriente y absurda. Atrás quedaban noventa minutos en los que la Argentina atacó de todas las formas posibles y generó casi una veintena de situaciones de gol, y lo único que obtuvo por recompensa fue un empate y la obligación de armar las valijas con el pasaje de vuelta marcado. Desbordes de Zanetti por la derecha, llegadas de Sorín desde la izquierda, remates de Claudio López y Batistuta, apiladas de Aimar y Ortega. Todo lo previsto se había hecho correctamente, pero una vez más los imponderables jugaban su partido, demostrando que manejar el azar es imposible. La insólita expulsión de Caniggia del banco de suplentes, antes del final del primer acto, marcaba lo raro que venía la historia. Un tiro libre de Svensson, el primer remate al

arco de los suecos, promediando el segundo tiempo, inauguró el resultado. Después, la desesperación se apoderó de las mentes argentinas. Crespo de rebote, en un penal ejecutado por Ortega, igualó el partido. Pero el esfuerzo posterior resultó insuficiente.

El vestuario es lo más parecido que se pueda imaginar a un velorio. Los jugadores exhiben su frustración y el silencio se puede escuchar. Nadie atina a nada, ni siquiera a quitarse los botines, hasta que en un costado el llanto desgarrador de Marcelo Bielsa los termina de conmover todos. Su dolor es intransferible, agudo y visceral. Lloro como un chico. Ese hombre serio y noble muestra su decepción y el verlo quebrado es un mazazo en el corazón de todos los jugadores.

La imagen lastima el alma. Bielsa está destrozado y con él todos sus hombres. Ellos saben lo que trabajó para que la historia fuera diferente, para no chocar con este final, posible pero inesperado. La ducha se retarda más que nunca. Nadie quiere moverse de su sitio.

A lo largo de tres partidos ante rivales que se atrincheraron en su campo para salir de contraataque, el equipo buscó siempre, algunas veces con más lucidez que otras, las variantes para ganar. Pero la suerte nunca fue una aliada de Argentina, y apenas dos goles reflejaban la sequía goleadora del equipo. Un gol de penal y otro de tiro libre. Nada más. El sueño estallaba en mil pedazos.

Luego de un rato y tras recuperar fuerzas, Bielsa no pudo evitar el protocolo y concurrió a la conferencia de prensa. Allí posó su vista en un punto cualquiera en el medio del espacio y se midió en las palabras, sin evitar definir sus sentimientos: «Siento muchísima tristeza y desilusión por no haber obtenido el primer objetivo que era la clasificación. Los resultados no fueron positivos, pero si

tengo que comentar los merecimientos diría que merecimos ganar el partido. Hoy fue evidente. La respuesta sobre qué le faltó al equipo es clarísima. Si uno tiene veinte situaciones de gol, entonces lo que le faltó es convertir».

Se mantuvo derecho el tiempo que demandó el contacto con los periodistas y explicó con su riqueza habitual por qué privilegió la elaboración antes que la acumulación de delanteros. La recurrente inquietud acerca de la no inclusión de Batistuta y Crespo juntos lo obligó una vez más a la defensa de su estilo: «Enfoqué el problema desde los dos puntos de vista: si había que acentuar la presencia desde el centro o apostar a que la elaboración fuera pulida. Consideré que esto último era más importante, porque sin ella la presencia no es utilizable. Tuvimos una elaboración muy superior a la del partido con Inglaterra, y también presencia. Y las situaciones de gol fueron más en cantidad, y evidentes».

Entregó alguna otra definición con estoicismo y regresó con su gente al vestuario. Allí les dijo unas palabras a sus futbolistas, agradeciéndoles por su entrega y desestimando cualquier reproche.

Luego de más de una hora, los jugadores atravesaron la zona de atención a la prensa y buscaban explicar lo inexplicable. Algunos se disculpaban por quebrarse emocionalmente en el medio de la entrevista e interrumpían sus respuestas.

«¿Qué nos pasó? Nos pasó un tiro libre... porque después fue algo inexplicable. Jugamos muy bien y creamos muchas situaciones de gol, pero no ligamos», repetía Juan Sebastián Verón.

En otro sector y con los ojos enrojecidos, Juan Pablo Sorín se refería a otro de los objetivos que buscaba el grupo y que tenía como destinatario al ciudadano común de nuestro país: «Fuimos los

protagonistas de este proceso y queríamos llevar esa ilusión del pueblo argentino a la realidad. Ojalá la gente sepa reconocer el esfuerzo, pero nos vamos decepcionados porque queríamos llegar a mucho más».

Cuando apareció Batistuta, el enjambre de periodistas lo cercó tanto como los marcadores suecos adentro del campo y el delantero además de confirmar su despedida, entregó una frase sabia, imaginando la injusticia que vendría: «Estoy convencido de la decisión. Me hubiese gustado terminar de otra manera y siento mucha bronca porque fuimos el único equipo que jugó, pero no tuvimos suerte. Mucha gente va a valorar lo que le dimos en estos cuatro años y otros dirán que fuimos un desastre. Es la ley del fútbol».

El viaje de vuelta en el micro hasta la concentración fue interminable. En el J-Village, el campamento que albergó el sueño argentino, los chicos que habían viajado como *sparings* para colaborar con el plantel estaban destrozados como si ellos hubieran sido los que jugaron el Mundial. Al bajar del ómnibus, el personal del lugar los recibió con el respeto de siempre y con banderas argentinas para tratar de apoyarlos en el traumático momento. A la hora de la cena, la mayoría no probó bocado. Algunos sólo se sentaron en las mesas para acompañar y al escuchar el llanto de algún compañero; se conmovían a lágrima viva.

Un rato más tarde, Bielsa pidió a sus colaboradores que juntaran al plantel completo y armó otra charla como cierre del trabajo de años. Acomodaron todo en uno de los salones del lugar e intentó comenzar un monólogo: «Miren muchachos, yo sólo quiero agradecerles por el esfuerzo que hicieron en todo este tiempo.

Tienen que estar tranquilos en su conciencia porque eso es propio de hombres nobles y ustedes lo son. El fútbol tiene estas páginas tristes y es desobediente con los merecimientos. A veces ocurre que sigue adelante el que hizo menos y se queda en el camino el que más buscó. Nosotros dejamos todo para seguir adelante, pero no pudo ser».

Intentó seguir con su discurso, pero fue imposible. La emoción volvió a invadirlo como algunas horas atrás. Germán Burgos, un tipo con profundo sentido del humor pero muy sensible, fue en su auxilio y lo estrechó en un fuerte abrazo que aún hoy recuerda: «El lugar era grande y con sillas. Él se sentó e intentó hablar, pero después de unas palabras se quebró. Fui a abrazarlo y les dije a los chicos que hicieran lo mismo, porque era un entrenador maravilloso».

Algunos de los jugadores tomaron la palabra y dijeron lo suyo. Todos hablaron del orgullo de pertenecer al grupo, de su nobleza y su generosidad. Una vez recompuesto, el entrenador volvió a intentarlo y allí entregó sus conceptos finales a sus dirigidos. Todos sin distinción lo saludaron y luego se perdieron en sus cuartos.

Al día siguiente, tras la noche eterna, algunos jugadores partieron de la concentración para reencontrarse con sus familias. La despedida fue conmovedora. Todos habían soñado un final distinto. Bielsa trotó como cada mañana en la pista de atletismo del predio, en un ejercicio que tuvo más de catártico que de físico.

El vuelo de regreso a la Argentina despegó ese jueves 13 de junio, y luego de un interminable viaje con escala en Frankfurt depositó al entrenador, su cuerpo técnico, los juveniles y siete jugadores a las 7.22 del sábado 15 en el aeropuerto de Ezeiza.

Al pisar suelo argentino, un hecho inesperado conmovió a

Bielsa. Así como el día de la partida rumbo a la aventura mundialista su amigo Carlos Altieri desoyó su pedido y fue a despedirlo con un abrazo al aeropuerto, ahora un grupo de hinchas de Newell's lo recibía con un carta que exaltaba sus valores y su trabajo. La leyó en la sala VIP y una vez más la emoción y las lágrimas le ganaron la partida. Su semblante abandonó por unos minutos el gesto adusto y se sintió contenido ante semejante muestra de afecto. Mientras los futbolistas abandonaban el lugar por una puerta alternativa, el entrenador se quedó para hablar ante los medios. Declaró durante treinta minutos con una sinceridad propia de su persona, pero infrecuente para el momento: «Si tengo que ponerle un rótulo a la actuación fue un fracaso. Si lo que quieren es un responsable y terminar con esto, el responsable es el conductor. Si realmente quieren hacer un análisis más serio, hay que revisar otros tres puntos».

Bielsa abrió el juego hacia un costado más racional y se explayó para defender sus ideas y el ciclo en su totalidad, sin quedarse sólo con la coyuntura mundialista: «El primero es el de la discusión por el estilo, el mismo que tuvimos en los cuarenta partidos anteriores con éxito. Lo reprochable no hubiese sido mantener la conducta de seguir con ese estilo, sino traicionarlo. El segundo punto es la producción, y estoy conforme con lo que hizo este equipo. Y el tercer punto es la contundencia: ése es el reprochable».

Confirmó que su contrato se terminaba el 30 de junio, que nadie le había ofrecido la continuidad y que si así ocurriera, la analizaría. Se marchó abatido, pero con la frente alta. La herida del Mundial estaba tatuada a perpetuidad en su cuerpo y nada ni nadie podría quitarla. Sentía que su historia como entrenador de la Selección ya

formaba parte del pasado. Sin embargo, la última palabra aún no estaba dicha.

DERECHO A SEGUIR

«Esto no es un episodio profesional. La decisión es emotiva, yo pertenezco al fútbol argentino porque lo quiero, porque quiero al fútbol y porque soy argentino. La pregunta que me hice fue si tenía derecho a seguir. Las herramientas utilizadas, si bien no permitieron acceder al triunfo, merecen la posibilidad de intentarlo de nuevo. Creo en la vigencia de los recursos utilizados. El procedimiento es rescatable, sucede que habitualmente se maldice cualquier recurso que no autorice al éxito. Y yo siento que la derrota no se llevó eso. Se llevó un montón de cosas, lo sé, pero no se llevó eso también.»

Luego de casi dos meses de aquella fatídica tarde en Miyagi, Bielsa se sentaba en la misma sala de siempre y anunciaba los motivos que lo habían llevado a aceptar la continuidad como entrenador de la Selección argentina.

La imagen de Cafú levantando la Copa del Mundo, para que Brasil sume a sus doradas vitrinas su quinto trofeo mundialista tras vencer en la final a Alemania, era la última postal de un torneo que era sueño y resultó horrible pesadilla.

Tras el retorno del equipo argentino, Bielsa se refugió en el campo de Máximo Paz, y allí trató de digerir con su círculo íntimo la amargura de la eliminación.

Mientras tanto, Julio Grondona debía enderezar el rumbo y tomar decisiones importantes. Impedido siquiera de ofrecerle el cargo a Carlos Bianchi, con quién tenía roto el diálogo desde hacía varios años, la primera noticia que recibió fue la renuncia de José Pekerman como Director de Selecciones Nacionales, cansado de ejercer un rol demasiado administrativo para su gusto. El hombre

que había ganado varios títulos entre los juveniles quería volver su antiguo cargo de entrenador, pero aún no estaba listo para asumir en el seleccionado mayor.

En las opiniones de la calle, y también en el ambiente futbolístico, Bielsa contaba con un aceptable grado de adhesión para seguir al frente del plantel, aun a pesar de la magnitud del golpe. Como pocas veces, en un país que casi siempre se guía por los resultados, algunos apreciaban el fondo y no sólo la forma. La desilusión era gigantesca, pero muchos reconocían lo hecho. Además, los jugadores apoyaban la continuidad y manifestaban sentirse a gusto con la idea de una segunda oportunidad. Naturalmente y como era de esperarse, la prensa más influyente lo atacaba de manera despiadada. Aquellos que jamás aceptaron que tuviera un trato igualitario con todos los medios y que tiempo atrás se deshacían en elogios, ahora criticaban la continuidad con poca memoria y mucha demagogia.

Más allá de la relación distante, Grondona reconocía en su intimidad, como lo hace también en el presente, que jamás se había topado con un entrenador del conocimiento de Bielsa. Dirigente y técnico tuvieron una reunión para tratar de zanjar algunas diferencias y poder acercar posiciones. Para Bielsa, ciertas cuestiones eran innegociables, por ejemplo su grupo de trabajo. Los colaboradores serían los mismos y no había chance de cambio alguno. En su evaluación, la participación del cuerpo técnico había sido excelente y algunas críticas que apuntaban injustamente a Luis Bonini no modificarían en nada su idea. Otro punto importante era la deuda. Para el entrenador, el dinero jamás fue un dato excluyente, pero quería que las obligaciones que aún estaban impagas y sus haberes

futuros quedaran prolijamente asentados, para ser cancelados en tiempo y forma.

Un grupo de dirigentes fue designado para la continuidad de la negociación, y tras un par de reuniones todo quedó formalizado. Desde el exterior, muchos de sus jugadores recibían con sorpresa la noticia y se ilusionaban con la nueva chance. Juan Pablo Sorín lo recuerda a la distancia con gran orgullo y nostalgia: «Yo creo igual que él que la renovación fue uno de sus más grandes éxitos. Tuvo que ver con la credibilidad en un proyecto, en la persona. Nosotros teníamos para con Marcelo admiración, respeto y un respaldo total».

Para Cristian González fue una decisión sin precedentes, pero justificada. El paso del tiempo lo ayudó a solidificar sus razones: «Es cierto que habíamos fracasado en el Mundial, pero eso no podía borrar todo lo anterior. Jugamos las eliminatorias con récord de puntos y la gente se identificó con el equipo. Me acuerdo que aunque me sorprendí con la noticia, me puse muy feliz».

El jueves 29 de agosto, Bielsa fue presentado en el predio de Ezeiza por el presidente de la AFA para desempeñar su segundo ciclo al frente del seleccionado. Luego de setenta y dos días rompió el silencio y, como siempre, habló de todo. Durante algo más de tres horas respondió a las inquietudes del periodismo y se mostró firme en la defensa de algunos postulados y autocrítico en ciertos aspectos de la preparación: «La honestidad es un valor inicial sobreentendido e inherente a las personas de bien, y que de ninguna manera determina mi continuidad. Tengo la autoestima muy alta para saber que no me eligieron por mi honestidad. Dispongo de la fuerza, la entereza y la disposición para intentarlo nuevamente. Más allá del fracaso en el Mundial, tiene valor lo hecho anteriormente por el

equipo, aunque no se haya cristalizado luego del modo esperado. Me sorprendió que me ofrecieran continuar, porque no es frecuente que haya continuidad después de un fracaso, pero no necesito revancha. Yo jamás utilice esa palabra».

Muchos esperaban que el entrenador presentara un proyecto que incluyera modificaciones en su forma de ser y trabajar; de hecho, los comentarios periodísticos sostenían que ése había sido uno de los pedidos de Grondona. Bielsa fue directo al punto y allí también entregó una sentencia. Se manifestó convencido de los recursos utilizados, defendió su estilo y su forma de pensar y, aunque advirtió cierta expectativa de arrepentimiento, definió como «demagógico» ofrecer cambios en los que no creyera. Levantó las banderas del ataque y el juego ofensivo sostenidas a lo largo de todo el ciclo, desestimando la mezquindad y la especulación. Además, vaticinó como sería el segundo mandato: «Este período será mucho más difícil que el anterior. Yo me di cuenta de que en la Selección no hay pasado inmediato. Cada partido es una cuestión en sí misma. Todo es demasiado definitivo. Y encima, potenciado por esta decepción colectiva que significó el Mundial. Entonces, esa sensación de desprotección yo la tengo. A partir de una derrota de este tipo uno se siente sospechado por todo el mundo».

La conferencia fue extensa pero, como siempre, el correr de los minutos fue trayendo respuestas más y más nutritivas. El balance de la actuación del conjunto nacional era un tema pendiente que no podía pasarse por alto. En un ejercicio de autocrítica severo, reconoció que no pudo encontrar la mejor versión del equipo en los primeros dos partidos, cosa que obtuvo en la hora inicial del juego ante Suecia. Lo explicó como una puesta a punto tardía. Fue capaz

de reconocer que advirtió que en la previa no estaba la frescura deseada y que le costó hacerle un lugar en el equipo a Aimar. Desechó la falta de suerte y prefirió hablar de ausencia de efectividad, y aceptó que dentro de la ausencia de un equipo que exhibiera buen fútbol, el suyo no pudo escapar de las generales de la ley.

Uno de los temas más sensibles a la hora de especular con las razones de la prematura eliminación fue el trabajo físico. A pesar de que la mayoría de las prácticas se desarrollaban a puertas cerradas, muchos creyeron ver un exceso de entrenamiento en la etapa previa. Bielsa explicó su parecer desde un lugar inverso: «Tuvimos un preparación previa muy moderada, en la que no pudimos acentuar la exigencia en función de que había terminado la temporada. Teníamos jugadores agotados, producto de una temporada larga, y otros que volvían de lesiones. Por eso la preparación no fue exigente. Si se repitiera la situación, correría el riesgo de resignar moderación en la preparación y acceder a la mejor versión de manera más rápida, aun a costa de que eso excluyera a algún jugador por sobreexigirlo».

Aquella fue una conferencia inolvidable. El entrenador se mostró falible, aceptó errores y defendió principios, sin soberbia ni gestos grandilocuentes. Era un Bielsa, genuino, humano, en estado puro. El mismo que aún sufría por la frustración mundialista, pero que estaba listo para volver a intentarlo.

TIEMPOS NUEVOS

Con el segundo ciclo en marcha, Bielsa viajó a Europa de inmediato, y con dos objetivos. El primero era observar en los partidos de las ligas más importantes el comportamiento de distintos jugadores, y el segundo era encontrarse con algunos de sus viejos pupilos para plantearles las reglas del juego. Concertó citas con ellos en distintas ciudades de Italia y España, y en reuniones cara a cara les contó el proyecto. Les explicó que todos arrancaban de cero y que el conocimiento previo no influiría a la hora de las convocatorias. Les preguntó si acordaban con la modalidad y todos sin excepción dieron su conformidad. Cada reunión tuvo el sello de la personalidad de Bielsa. Roberto Ayala recuerda la suya con una sonrisa: «Estaba concentrado en Barcelona porque tenía que jugar un partido con el Valencia y me citó en un bar. Tenía eso, nunca quería molestar. Me contó que iba a seguir y que para mi continuidad todo dependía de mi nivel. Me agradeció por el encuentro, se levantó... ¡y se fue! Siempre era así. Te decía lo suyo y se iba».

Con una serie de amistosos en los que participaron todos aquellos que serían luego la base para jugar el Preolímpico, el año 2003 fue marcando la incorporación de una nueva camada de jugadores. Varios de ellos habían formado parte del cuerpo de juveniles que colaboraron en el Mundial. El ejemplo paradigmático fue el de Javier Mascherano. El capitán de Sudáfrica 2010 se calzó la camiseta argentina antes que la de River, su club en el medio local. Para Bielsa, su estilo cumplía con todo aquello que pretendía del mediocampista central y la confianza en su juego era ilimitada. En un encuentro ante Uruguay, el día de la inauguración del Estadio

Ciudad de La Plata, Mascherano ingresó en el libro de los récords.

«Desde el primer momento que me convocó fue una grata sorpresa —dice Masche—. No jugaba en River y era convocado para la Selección. Me explicó que para la citación no había valorado el hecho de que no hubiera debutado en Primera, que eso se iba a dar por decantación. Yo fui *sparring* y como él me conocía, creía que podía cumplir con lo que me pedía de la mejor manera. Igual tomó un gran riesgo, porque no era un momento en el que se podía dar grandes lujos o inventar cosas. Se estaba comprando un problema, porque algunos lo criticaron y una vez más demostró sus convicciones.»

Al de Mascherano se iban sumando de forma paulatina nombres como los de los hermanos Gabriel y Diego Milito, Luis González y César Delgado, más las confirmaciones de Saviola y Aimar. Eran tiempos difíciles como todos los que van de la mano de un cambio. La idea de ir encontrando nuevos valores, que de forma gradual fueran sustituyendo a otros más cercanos al final de la carrera, necesitaba de un tiempo, y aunque en los amistosos los resultados acompañaban, la paciencia era un bien escaso. Además, varios de los rivales, como Japón, Libia, Honduras o Estados Unidos, no despertaban gran interés en el público. Para agitar un poco más las aguas, algunas declaraciones de Grondona poniendo a Bilardo en el tapete, en el caso de que Bielsa pudiera dar un paso al costado, obligaban al entrenador a definir su estado de ánimo: «Sus palabras no le agregan inestabilidad a una situación como la mía. Estoy luchando en este tembladeral en el que me encuentro. ¿Si esto me puede llevar a claudicar? Fanfarronear con la propia fortaleza no es conveniente. No soy indestructible, pero aquí estoy. No es correcto

vanagloriarse de una solidez que uno no sabe si siempre va tener. Eso sí, yo no le pedí a nadie que me renovara el contrato, sólo acepté un ofrecimiento. Lo agradezco, lo celebro, lo valoro y para mí se trató del mayor éxito de mi carrera deportiva, porque ha sido un reconocimiento en el fracaso».

El momento era duro. Hasta tanto no comenzara una competición importante, sería complicado reconstruir la relación con la gente. El vínculo con el equipo y con su imagen no estaba roto, pero se había enfriado. Sus definiciones lo exponían con su habitual crudeza durante casi tres horas y media ante una sala que se despoblaba con el correr de los minutos: «La gente nunca me tuvo afecto y ni siquiera yo quiero que me quieran. Bueno, en realidad sí, me interesaría mucho, pero es una cuestión de carisma, que yo no tengo. Pero claro que me gustaría, ¿a quién le amarga un dulce? Durante muchos años me dediqué a analizar a los hinchas y lo que ellos querían era una Selección que no hiciera trampa, que atacara siempre, no especulara y cuidara la pelota. En la Selección conseguimos todo eso y así creí que nos ganaríamos el respeto de la gente, pero eso es una mentira. A la gente lo único que le importa es ganar, y vale de cualquier manera».

El inicio de las eliminatorias puso al equipo otra vez en el juego grande. Victorias ante Venezuela y Bolivia y empates con Chile y Colombia marcaron un comienzo sólido. El equipo sostenía su estilo de siempre, pero con algunas caras nuevas que empezaban a aportar ligeros cambios positivos. La renovación era una realidad y algunos viejos soldados colgaban los botines para siempre.

Nelson Vivas abandonaba la práctica del fútbol y Bielsa lo saludaba con un mensaje de afecto: «Yo a Vivas lo quiero». La

relación con el defensor se mantuvo firme con el tiempo y el zaguero recuerda una anécdota ocurrida hace pocos años, cuando iba a jugar un partido con amigos y recibió un llamado telefónico.

—Hola, Nelson, soy Marcelo Bielsa, ¿dónde está?

—Hola, Marcelo, estoy en la autopista camino a un partido que me invitaron a jugar y acepté porque les faltaba uno.

—Piense, Nelson... para mí usted era fundamental y ahora está yendo a jugar un picado porque falta uno. ¡Lo poco que sabré yo de fútbol!

CUANDO EL DIABLO METE LA COLA

«Yo pienso que se van a dar los buenos resultados. Tengo la ilusión de que nos va a ir muy bien en la Copa América y eso orientará positivamente al equipo. Lo que el equipo exprese en el campo será lo que yo fui capaz de lograr con este grupo de jugadores. Y de ninguna manera veo como un obstáculo los reclamos que rodean mi gestión.»

Luego de una nueva derrota ante Brasil como visitante por las eliminatorias, esta vez por tres a uno, y una igualdad en la cancha de River ante Paraguay, sin poder quebrar el cero, Bielsa se expresaba augurando una buena performance en el torneo americano.

Con un plantel definitivamente transformado, con caras nuevas y el mismo estilo, el equipo necesitaba un título para lograr la recuperación del vínculo con la gente. La Copa América Perú 2004 era una chance excelente y hacia allí se apuntaban todos los cañones. La mezcla de experimentados con jóvenes tenía que funcionar. Para Andrés D'Alessandro la cosa era así: «En el partido ante Bolivia, que ganamos a fines de 2003, lo fuimos conociendo y encontrando desde su idea. La mixtura no fue fácil para nosotros. Porque para ese grupo de pibes, de un día para el otro empezar a jugar al lado de Ayala, Zanetti, el Kily... era fuerte. Rendir al nivel de Selección y armar un equipo no se consigue de un día para otro. El grupo fue creciendo de a poco y al llegar la Copa América nos sentimos consolidados».

El inicio fue óptimo. Una victoria por seis a uno ante Ecuador abrió la competencia con una gran actuación de juego y contundencia. Javier Saviola convirtió tres tantos y aprobó con nota

calificada su examen. La presencia de D'Alessandro y de Luis González en el sector central del campo, sumados a César Delgado o Mauro Rosales por los extremos, comenzaba a darle al circuito ofensivo interesantes resultados.

Javier Mascherano ya estaba afirmado como el mediocampista central titular y rememora un detalle especial de aquella victoria: «Cuando entró Franklin Salas, un delantero interesante que tenían ellos, me hizo ubicar de 5 y de 6 al mismo tiempo para controlarlo. Para mí fue todo un aprendizaje, porque no lo había practicado nunca. Y había que aprenderlo en plena Copa América. Por eso cuando uno habla de Bielsa se refiere al aprendizaje día a día. Nunca me fui de un entrenamiento sin haber aprendido algo. Eso para el jugador no tiene precio y tiene mucho valor».

Mientras tanto, Bielsa continuaba con la coherencia de actos y dichos. Uno de los patrocinadores del torneo había nominado a Saviola como el mejor del partido y lo premiaría con un televisor gigante en la conferencia de prensa. Ante la ausencia del jugador, el sponsor quiso dárselo al técnico, pero sin apartarse de su idea de no emparentarse con nada que estuviera fuera de la esfera de su profesión, mucho menos con una marca, delegó la tarea en el jefe de prensa Andrés Ventura. Además, como si se tratara de un comentario premonitorio, relativizó el valor de la actuación y la victoria para acallar las críticas, aduciendo que la inmediatez del próximo compromiso y su resultado desvanecerían lo hecho en el debut.

Una derrota inesperada ante México, como un castigo exagerado para la falta de concreción en los últimos treinta metros, le quitó al equipo los goles que le habían sobrado y le puso algo de suspenso al grupo. Todo se disipó en la última jornada con la goleada ante

Uruguay, que trajo la tranquilidad de la clasificación. Como ha ocurrido casi siempre en la historia del fútbol argentino, la presión actuó como energizante y en los tramos finales del cotejo el conjunto nacional logró desequilibrar e imponerse por cuatro a dos. El premio por el triunfo fue la clasificación para los cuartos de final para jugar ante el local Perú.

Bielsa se mostraba satisfecho y se permitía un balance en el que se despegaba de la chapa de candidato para obtener el título: «La marcha es satisfactoria, más allá de que perdimos un partido. En líneas generales me parece que el juego del equipo fue positivo. Es prematuro calificar a los ocho equipos que quedan. Lo adecuado es esperar a que se cierre la competencia y ver cómo se resuelve para opinar con más precisión sobre el nivel de cada uno. Ahora nos toca Perú, que fue de menos a más, así que creo que va a ser un partido atractivo».

Para el encuentro ante el conjunto anfitrión, no iba a poder contar con Javier Mascherano quien debía purgar una fecha de suspensión. En su lugar, para ocupar el lugar de centrocampista ingresaría Fabricio Coloccini. El encuentro fue cerrado y con fricciones. Perú tomó todas las precauciones con marcas férreas sobre los talentos argentinos y la diferencia fue el menú de opciones del conjunto nacional. Carlos Tévez llegó desde el banco de suplentes y con un tiro libre soberbio estableció la diferencia mínima, pero suficiente, para lograr el pasaporte a las semifinales. La expulsión de Ayala obligó al equipo a defender el triunfo, aun resignando el protagonismo, pero la alegría de la victoria dejaba todo en un segundo plano.

Metido entre los cuatro semifinalistas, el primer objetivo estaba

logrado. El cambio que el técnico buscaba estaba cristalizado, así como la continuidad del estilo, aun con otros intérpretes. Los resultados apoyaban y confirmaban la idea. Con Tévez, D'Alessandro y Luis González, el seleccionado encontraba más gambeta. La fusión de estos apellidos confirmaba que el técnico elegía siempre a los mejores, con el único objetivo de protagonizar los partidos. Si antes el rasgo distintivo era el vértigo, ahora podía apreciarse un ritmo algo más cadencioso. Las críticas que apuntaban a un gusto exclusivo por aquellos jugadores corredores, quedaban desterradas con estos apellidos. El equipo funcionaba acorde a la impronta de quienes lo integraban.

Juan Pablo Sorín lo analizaba en detalle: «Luego de lo que nos pasó en el Mundial, que pintaba bárbaro y fue una gran frustración, el cuerpo técnico encabezado por Marcelo modificó algunos trabajos. La esencia siguió siendo la misma con idénticos movimientos, la misma presión y un fútbol más vistoso».

Con esos rasgos bien combinados, el partido de semifinales ante Colombia se transformó en una actuación para el recuerdo. El elenco nacional se impuso por tres a cero dando una exhibición de juego y contundencia. Otro gol de Carlos Tévez abrió el camino y luego Luis González y Sorín alargaron las diferencias. Fue la mejor actuación del equipo en la competencia y una de las más lucidas en todo el segundo ciclo. Significó el mejor regalo que el técnico podía recibir a las puertas de su cumpleaños número cuarenta y nueve.

El rosarino estaba orgulloso de sus jugadores y en rueda de prensa les agradecía por el cariño que le profesaban. Los jugadores devolvían gentilezas, pero el entrenador eludía esos méritos: «Si la solidez y la unión del grupo dependen del técnico entonces esa

solidez no es tal. El técnico es parte del grupo, pero con un rol diferente y una posibilidad de integración distinta. Cuando uno debe administrar ilusiones, es difícil ubicarse en un plano de igualdad. Si eso ocurre, se pierde una distancia que es indispensable».

Escapando de su incomodidad a la hora de dar definiciones individuales, Bielsa se animaba a expresar que Luis González «es el jugador más ofensivo de la competencia», Javier Zanetti «el más profundo», Javier Mascherano «un gran futbolista por cuestiones genéticas» y Juan Pablo Sorín «la imagen de la Selección argentina cuando se la imagina en estos tiempos.»

A la hora de la final, el partido presentaba al rival de siempre. Una vez más Argentina y Brasil salían a la cancha para definir una contienda futbolística. Brasil había jugado un torneo irregular, pero el arquero Julio César y sus dos delanteros, Luis Fabiano y Adriano, eran jugadores de primera línea.

Al momento del juego, una vez más el destino le hizo un amago al entrenador argentino y lo dejó desairado. Con goles de Kily González de penal y César Delgado, el triunfo estuvo a tiro en dos oportunidades, pero Luisao en tiempo adicionado en la etapa inicial y Adriano en el segundo minuto de descuento, llevaron el partido a los penales que le dieron el título a los *verdeamarelos*. Fue una injusticia difícil de explicar, en la que una vez más quien hizo todo para ganar se quedaba con las manos vacías. El equipo argentino dominó el partido en todo su desarrollo, mereciendo una diferencia más amplia, pero un par de descuidos le dieron a Brasil una igualdad en la que ni ellos mismos creían.

Aun con una profunda decepción a cuestas, el técnico obligó a sus hombres a conservar la fortaleza en la derrota y permanecer en

el campo para la premiación. El Kily González, jugador medular de todo el ciclo y uno de los más afectados, recuerda aquel momento y su frustración: «Nos dijo que miráramos lo que pasaba. Que en el fútbol las cosas tienen que doler para entender el significado. Que tenés que respetar y aguantar, aunque no te guste. Y teniendo en cuenta que eran brasileños era un puñal. Después declaré que en el vestuario sentí ganas de dejar el fútbol, porque me acordé de lo del Mundial, del que dirán. Nos tildaban de que nunca habíamos ganado nada y te queda eso. ¡Ojo, muchos de nosotros no habíamos ganado nada, es cierto! Por eso la bronca. Habíamos sido los mejores, estuvimos a menos de un minuto de ganar la Copa y nos la arrebataron».

En la intimidad del vestuario, el técnico agrupó a sus jugadores y antes que nada, igual que al final de cada competencia, les agradeció la generosidad. Junto a ellos, trató de encontrar alguna razón que permitiera entender qué más debían haber hecho para quedarse con el triunfo, y no encontró respuestas que lo dejaran satisfecho. No había lugar para los reproches. La escena era muy parecida a la de Japón, un truco macabro del destino.

Inmerso en la ola de las competencias, debió archivar la página por un instante y poner sobre la mesa el capítulo Juegos Olímpicos de Atenas, que se venían encima. En ese contexto y tras la breve charla que reproduce Roberto Ayala, nominó a los tres hombres por encima de la edad límite de veintitrés años que estarían en la lista final: «Marcelo dejó decidir a cada uno, porque la situación era particular en cada caso. Había muchachos que no podían ir, ya que estaban cambiando de club y tenían que resolver su futuro. Nos fue llamando individualmente y así lo decidió. Fuimos junto a Heinze y

el Kily. Yo no me lo podía perder. Íbamos a armar un equipazo y tenía clavada la espina de Atlanta 96. Además, quería ir a vivir a la Villa Olímpica».

La injusticia de la Copa América estaba consumada. Pero surgía la posibilidad de darle al fútbol argentino esa medalla dorada que aún faltaba en sus vitrinas.

UN LUGAR EN EL OLIMPO

Atenas tiene nuevos dioses, y juegan al fútbol. Sacuden sus medallas, las muestran al mundo. Miran los colores de la bandera, se emocionan escuchando las estrofas del himno y reciben la corona de laureles que los distingue como campeones. Conmocionados, saludan a familiares y afectos en las tribunas y agradecen en sus expresiones públicas. Se sacan fotos que eternizan el momento y desatan un torrente de júbilo. Ya son parte de la historia.

Él está allí. Festeja como uno más. Con sus tradicionales barreras de censura, pero dándole un poco de lugar a la espontaneidad. Participa de la ronda en la mitad de la cancha, recibe y entrega interminables abrazos. Exhibe su sonrisa amateur y aunque sabe que ese impostor llamado éxito sólo vino de visita, lo recibe como el mejor anfitrión. Marcelo Bielsa es feliz. Por una vez el final ha ido de la mano del desarrollo. El epílogo se ha correspondido con el tránsito. Luego de seis partidos, dieciocho días y quinientos cuarenta minutos, su equipo se consagra como el mejor y agrega a sus vitrinas el único pagaré que aún quedaba pendiente. Con la medalla dorada, ese grupo de hombres se gana la inmortalidad. El fútbol y la Selección argentina ya no se deben nada.

A la hora de armar el equipo olímpico, Bielsa se puso un doble objetivo: por un lado, la búsqueda de nuevos nombres que ampliaran el universo de jugadores seleccionables para robustecer el recambio tan buscado y, por el otro, la acumulación de minutos para darle continuidad a aquellos que ya estaban asentados en el combinado albiceleste.

En enero de 2004, el conjunto nacional ganó de forma notable el

pasaporte a Atenas, con un estilo de juego definido y ampliando el abanico de opciones en el menú de jugadores. Cuando llegó el tiempo de la competición en Grecia, en agosto de ese mismo año, Bielsa sabía cuáles eran los valores con los que podía contar. Con el agregado de Ayala, Heinze y Cristian González, su equipo estaba preparado para dar vuelta la página del frustrante desenlace de la Copa América.

En la previa de la competencia, a la que calificaba como «impredecible», el técnico desterraba el manual de excusas de su vocabulario y alentaba a su tropa para buscar el máximo rendimiento. Admitía cierta incomodidad por la ubicación temporal del torneo de acuerdo con su exigencia, pero resaltaba el entusiasmo para suplir todo tipo de carencia. La obligación de entregar la mejor versión estaba garantizada.

Con un juego arrollador obtuvo su grupo al superar a Serbia y Montenegro, Túnez y Australia. Marcó nueve goles y no recibió ninguno. Las condiciones de jugadores como Tévez, D'Alessandro o Luis González maravillaban a los espectadores y a la prensa, que ya ubicaba a la Argentina como candidato a quedarse con el título. Bielsa se alejaba de esas definiciones y enfocaba la vivencia desde otro lado. Su equipo había disputado un par de encuentros en la ciudad de Patras, pero cuando debió competir en Atenas, lejos de los hoteles lujosos, se instaló en el hábitat natural del común de los deportistas. La chance de convivir con otros colegas en un ámbito de camaradería en la Villa Olímpica lo devolvía a sus orígenes como jugador de fútbol y lo transportaba a un tiempo añorado: «Estar acá es un lujo. Es una experiencia de vida inolvidable, aunque soy un ignorante en cultura olímpica y me dé tristeza mirar todo esto sin ver

nada. Uno está con la atención puesta en otro sitio, exclusivamente en el partido. De poder, me gustaría ver atletismo, natación y hockey sobre césped».

Más allá de la preparación de la competencia, su disfrute en ese contexto era evidente. Cada almuerzo en los comedores gigantes, junto a atletas de todo el mundo, y cada charla con entrenadores de diversas disciplinas, lo subyugaban por completo. Las sobremesas se estiraban y con algunos colegas como Sergio Vigil, a quien lo unía no sólo el respeto sino también la filosofía para encarar los procesos deportivos, aprovechaba el largo trayecto de regreso a las habitaciones para seguir intercambiando ideas. El entrenador del equipo de hockey sobre césped femenino, Las Leonas, profesaba una gran admiración por el rosarino y toda actividad en común les resultaba nutritiva a ambos para acercar ideas.

Para los jugadores, familiarizados a otro estilo de vida en las concentraciones, también resultaba una experiencia significativa. Despojados de vedettismos, recogían la vivencia con placer, según cuenta el Kily González: «Nosotros estamos acostumbrados al hotel, nuestro baño y la habitación propia. Al llegar nos encontramos con dos bloques de tres pisos, en los que teníamos que convivir de a ocho. Las camas eran muy finitas, con una pequeña mesita de luz en el medio y un placard minúsculo. Obviamente, no teníamos ni televisor ni aire acondicionado. ¡Y teníamos que hacernos la cama! No dudamos en quedarnos, aunque fuera austero. A las seis de la mañana hacíamos cola para lavarnos los dientes y después nos reuníamos en un living común para tomar mate. Sin radio, ni computadora ni nada. Nos subíamos a un colectivo y medio dormidos nos íbamos a desayunar con los palos y las cintas que

llevábamos al entrenamiento. Yo provengo de un barrio humilde, igual que muchos, y me encontré con cosas que había dejado en el tiempo. ¡Fue genial!».

En el aspecto deportivo, el paso era sólido y contundente. La victoria ante Costa Rica por cuatro a cero instaló al equipo en una semifinal ante Italia. Todos definían al encuentro como el más exigente del torneo; en el conjunto europeo jugaban apellidos consagrados como Gilardino y Pirlo. Y es ante la presencia de este último que Javier Mascherano rememora un par de jugosas historias: «Para ese partido me pidió que lo siguiera a Pirlo y dijo una frase con la que me cargó de responsabilidad. Si yo hacía un buen partido, estaríamos en la final; de lo contrario, jugaríamos por el bronce. Me tiró mucha presión encima, pero sabiendo que yo estaba preparado. Él te pedía un puntaje de tu actuación en cada juego, y tal vez vos pensabas que habías jugado un partidazo, hasta que te marcaba errores y virtudes que vos no veías. Un día mirando un video, en pleno torneo olímpico, me elogió una corrida que hice para recuperar un balón con el partido definido. Emocionado por mi despliegue me confesó que si un jugador suyo defendía de esa manera era imposible perder el partido. ¡Yo estaba en un segundo plano de la imagen y la pelota estaba en otro lado! ¡Ahí entendí que se fijaba en todo! Otra vez me adelantó que mi mejor partido iba a ser el próximo, y fue así. Sabía en qué momento iba a llegar el pico de rendimiento. Y no era que después me iba a volver a decir lo mismo. No. Era ese partido y no otro».

El triunfo fue un aplastante tres a cero. La final esperaba. Los goles de Tévez, Luis y Mariano González expusieron la superioridad del equipo argentino a lo largo de los noventa minutos. En el

encuentro de mayor complejidad, la respuesta resultaba óptima. Paraguay sería el último escollo a superar para alcanzar la consagración.

La final se presentaba con algunas particularidades. El horario estaba programado para las diez de la mañana, hora ateniense, lo que invitaba a modificar ciertas rutinas de descanso. En los días previos el profesor Luis Bonini suprimió el ritual de la siesta, buscando que los jugadores pudieran conciliar el sueño desde temprano. Además y recordando sus tiempos en el club Ferrocarril Oeste, donde tenía contacto con otros deportes, acompañó a los jugadores en el inédito papel de hinchas para alentar a los muchachos del voleibol.

Mientras tanto Bielsa preparaba el choque y analizaba la mejor manera de superar a Paraguay. Pendiente de todos los detalles, aun de aquellos que podían parecer superfluos, advirtió que el final del partido se daría casi sobre el mediodía. Frente a esta sutileza, envió a un auxiliar al estadio olímpico el día previo al encuentro para ver la inclinación del sol y su posible influencia en el desarrollo del cotejo. Estaba todo listo para quedar en la historia.

El 28 de agosto de 2004, el fútbol olímpico terminó con un maleficio de cincuenta y dos años sin medallas doradas para el deporte argentino y se tomó revancha de la derrota ante Nigeria de ocho años atrás.

Germán Lux; Fabricio Coloccini, Roberto Ayala, Gabriel Heinze; Luis González, Javier Mascherano, Cristian González; Andrés D'Alessandro; Mauro Rosales, Carlos Tévez y César Delgado fueron los titulares elegidos por el técnico, igual que en los otros cinco choques.

El partido mostró un permanente dominio nacional, que se cristalizó con un anticipo de derecha de Tévez tras un centro de Rosales, a los dieciocho minutos del primer tiempo. El equipo argentino dispuso de varias situaciones propicias para definir el encuentro, pero su falta de puntería lo llevó a alargar el suspenso hasta el cierre.

Roberto Ayala fue uno de los que se sacó la espina de tantas frustraciones acumuladas y el recuerdo del partido le quedó grabado por varios motivos. En el primer tiempo sufrió la rotura del menisco externo y así continuó hasta el pitazo final: «En el entretiempo le dije al médico que me dolía mucho la rodilla y me aplicó un analgésico, pero luego de algunos minutos del complemento el dolor era insoportable. Marcelo me alentaba desde el banco y me pedía que aguantara el último esfuerzo. Resistí apelando a imágenes que me sostuvieron en la cancha. Me acordé del final del partido de la Copa América que nos mirábamos con el Pupi Zanetti y nos decíamos que al fin se nos iba a dar algo, pero terminó siendo un mazazo. Se me pasaba Bielsa por la cabeza y todo lo que les había transmitido a los jugadores. Y el esfuerzo del grupo, que se dispuso a todo para ganar algo con esta camiseta. Terminé arrodillado agradeciendo a Dios».

En la intimidad de la celebración, Bielsa se estrechó en saludos con todos. Con algunos, como el Kily, de manera especial, por tanto camino recorrido, por las escenas dolorosas que eran compensadas con esa alegría. «¡Al fin se nos dio una, Marcelo!», repetían entre alguna lágrima que se escapaba en la emoción. Los cantos del plantel se fundían con la música de cumbia y el grupo entero disfrutaba de la conquista. La actuación había sido extraordinaria. Si

el equipo argentino debía cumplir con su condición de favorito, sus números resultaban el mejor reflejo de su superioridad. Seis partidos ganados, diecisiete goles convertidos, valla invicta de Lux y goleador del certamen con Tévez.

En la conferencia de prensa, Bielsa se expresó con su legendaria mesura, desaconsejando la euforia en la victoria, tanto como la depresión en la derrota. Agradeció al futbolista argentino en general y al grupo olímpico en particular y dedicó el éxito a la gente que se siente feliz por lo que puede proporcionarle el fútbol. Cerró su alocución con un par de frases inolvidables, propias de su manera de pensar: «Quiero recordar a los jugadores del Mundial de 2002. Siento una gran sensación de injusticia por el trato que recibió aquel equipo. Fue un gran conjunto, que obtuvo menos de lo que mereció. Sé que es difícil, pero ojalá que ello sientan que este buen momento también les pertenece. En lo personal, si me preguntan por el futuro, el éxito no inmuniza, porque la secuencia de la competencia deja rápidamente atrás lo que sucede y se enfoca en lo que viene, pero claro que tampoco se puede negar su repercusión».

En el retorno al país se encontró con un grupo de quinientas personas que lo recibieron con aplausos. Un conjunto de periodistas lo esperaba y aún con evidentes síntomas de cansancio les dejó un par de apreciaciones en las que destacó que el triunfo era consecuencia directa del trabajo. El premio a la generosidad de la propuesta estaba conseguido. El triunfo finalmente le había abierto la puerta y lo recibía como a un invitado de lujo.

SOBRE LA DECENCIA

Atrás había quedado el festejo por el triunfo ante Perú, en una nueva fecha de eliminatorias. El equipo recorría con paso firme su tránsito hacia Alemania 2006 y todos en aquel vestuario limeño celebraban el cierre de tres meses inolvidables que incluían Copa América, los Juegos Olímpicos, eliminatorias y amistosos. Bielsa había gritado con ganas el gol de Sorín que garantizaba la victoria, y en la intimidad se sumaba a los cánticos con una exteriorización de sus sentimientos poco frecuente.

El testimonio de Javier Mascherano contextualiza el momento y ayuda a describir la situación: «Es verdad, fue diferente, pero jamás ninguno pensó que el festejo tenía que ver con algo especial. Creo que fue porque veníamos muy bien y ganarle a Perú era acercarnos al Mundial. Estaba desbordante ese día, más que cuando ganamos los Juegos Olímpicos. Saltaba y gritaba, pero uno creía que era el comienzo de algo y no el final».

Exactamente diez días después, la mañana del martes 14 de septiembre, se desató un rumor que con el correr de las horas fue tomando la categoría de noticia. Bielsa convocaba de forma espontánea a conferencia de prensa. La situación casi no tenía antecedentes. Sólo una vez y para expresar su grito de rebeldía ante el avasallamiento de los reglamentos por parte de los clubes poderosos en la cesión de los jugadores, el entrenador se había conducido de la misma manera.

Bielsa llegó al predio de Ezeiza como cada día de su trabajo. Saludó a los empleados y se mostró tan amable y respetuoso como siempre. Confeccionó un texto de pocas líneas para darle formalidad

a su salida y mantuvo una breve reunión con Julio Grondona y Julio Alegre, secretario de Selecciones, en la que les oficializó su decisión. A media tarde realizó su sesión habitual de *footing* por el predio para quemar energías y matar ansiedades. Esa misma corrida que seis años atrás alteró a los hombres de seguridad cuando decidió relajar sus músculos una madrugada, como las cinco, en la más cerrada oscuridad.

Con sus asistentes fue juntando parte del material que se llevaría, más algunas de sus pertenencias, para luego dedicarse a comunicar a sus referentes la decisión tomada. Cada uno de los capitanes de su ciclo recibió un llamado telefónico y allí les expresó lo que anunciaría públicamente un rato más tarde. Todos se quedaban mudos del otro lado de la línea y algunos, con los que la charla se extendió por más de media hora, le pedían que revisara una postura que ya estaba analizada, masticada y decidida.

Cuando el reloj marcó las 20, hizo su ingreso en una sala de prensa abarrotada. En su vestimenta ya se descubrió la confirmación de lo que todos sabían: llevaba equipo de gimnasia, como de costumbre, pero no era el de la indumentaria oficial de la Selección.

Enfrentó el mismo micrófono de siempre y comunicó aquello que sólo necesitaba su rúbrica: «Renuncié a la Selección argentina. Los motivos son muy simples y sencillos. La decisión la comencé a madurar al regreso del último partido de eliminatorias en Perú. Noté que ya no tenía la energía para absorber las tareas que demanda la Selección, que ya no tenía ese impulso. Revisé la decisión y verifiqué que lo sentía de ese modo. Estoy ciento por ciento convencido de que hice lo que debía. No me voy a arrepentir».

Sus palabras eran certeras, como de costumbre, pero su

semblante era diferente. Distendido, liberado de las presiones, el entrenador se mostraba sonriente y firme en sus argumentos. Ante algunas preguntas que buscaban alguna otra explicación para su salida, quitaba de plano cualquier especulación: «No tuve un problema puntual con nada ni con nadie, ni sentí que me faltara apoyo. Tuve el respaldo suficiente y estuve en un sitio hermoso. Esto exige mucho impulso y envi6n y yo ya no los tenía. Y cuando eso ocurre no es decente insistir. No es honesto quedarse en un sitio sin entregar la energía que la tarea reclama».

El entrenador reconocía que para dar el paso al costado analiz6 distintas variables. La consolidaci6n del recambio con tres jugadores, por puesto, la posici6n privilegiada en las eliminatorias, que encaminaban al equipo hacia un nuevo Mundial, y el 6xito de los Juegos Olímpicos habían fabricado el escenario ideal para poder dimitir. Admitió que si alguien podía reprocharle su salida, 6sos eran los jugadores, que sostuvieron una concentraci6n de noventa días, pero que entre dos hechos dolorosos había elegido el que consideraba menos grave.

Ante la insistencia por un título vendedor, expresi6n cabal del periodismo de estos tiempos que desde un sector gravitante sólo quiere morbo, se permitió una ocurrencia inusual en su persona, que le puso humor al momento: «¿Qué más quiere que le diga? Si necesita un título ponga así: ‘Grave enfermedad le quita energías al técnico de la Selección’. Con esa frase, yo compraría seguro el diario».

El auditorio celebró la humorada y entendió que estaba ante un hombre definitivamente liberado. Antes de la despedida dejó un último concepto que encerró buena parte de su pensamiento

futbolístico, sus intenciones y su búsqueda a lo largo de esos seis años: «Siempre traté de que lo que el equipo ofreciera estuviera emparentado con el gusto del hincha y le pudiera provocar felicidad. Ése fue uno de los puntos que más entredichos generó, pero intentamos satisfacerlo. A veces lo logramos y otras no, como siempre pasa en el fútbol».

En la estadística dejó un total de 83 partidos jugados, con 54 victorias, 18 empates y 11 derrotas, obteniendo el 65 por ciento de los puntos disputados y marcando 160 goles.

Con su paso por la Selección argentina se volvió a hablar de fútbol. De estilos y esquemas, de nombres y funciones. Despertó amores y odios. Fue autocrítico cuando quiso y no cuando le pidieron. Pero, además, Bielsa puso sobre la mesa de debate otros temas. Demostró que el éxito trae elogios, pero el camino es tan importante como la llegada. Que el recorrido y las formas de transitarlo deberían ser valorados independientemente del final de la historia. Que la honestidad no es sólo la franqueza, sino también el juego limpio y audaz buscando el triunfo. Que con disciplina y trabajo es más factible encontrar resultados. Que la ética y el respeto pueden ser apreciados. Luchó mientras pudo contra el sistema y, aun formando parte de él, se enfrentó a los poderosos con sus armas.

Y un día dijo basta.

Se subió a su automóvil luego de declarar durante setenta minutos en su última conferencia de prensa, y partió para continuar con su vida. Dejó una huella imborrable.

CAPÍTULO IX

Selección de Chile

«He logrado identificar tres síntomas de un líder. Cuando entra al vestuario, el murmullo de los jugadores se detiene. Cuando habla, todos tienen el deseo de escuchar. Y cuando el líder cuenta un chiste, todos se ríen, mientras que si lo cuenta otro, no. Creo que el liderazgo está afianzado en la derrota, ahí se ve la capacidad de conducir.

Uno debe querer a quien conduce. Por eso hay que incluir al que no protagoniza y entender que los rebeldes no nos desafían, sino que simplemente están informándonos. Lo que no podemos permitir es que dejen de luchar. El desborde, el desorden, lo que pase está admitido. Lo que no está permitido es que dejen de luchar. Si luchan por el objetivo de todos, merecen estar.»

CRUZAR LA CORDILLERA

Tres años estuvo Marcelo Bielsa sin dirigir. Cada vez que necesitaba un poco de paz para su vida, su lugar en el mundo era el campo. En la localidad de Máximo Paz, a 80 kilómetros de Rosario, se instaló para recuperarse del agotamiento físico y mental de los seis años que dirigió a la Selección argentina, y también para evitar cualquier acoso periodístico y gozar de la tranquilidad y los beneficios de la naturaleza. No abandonó algunas actividades que podía tener en su ciudad, pero la rutina pasó a desarrollarse en ese ámbito alejado del ruido. En el pueblo podía ir a dar una vuelta en bicicleta o, simplemente, salir a comprar los diarios. Mucha de la gente del lugar sabía quién era, pero lo trataba como a un vecino más. Otros directamente desconocían su popularidad. Como el casero de una finca cercana, al que Bielsa le llevaba los alimentos para que preparara el almuerzo y con el que compartía un rato de cada mediodía en el que se hablaba de cualquier cosa menos de fútbol.

En su refugio, su vida no se había modificado demasiado. Su rutina física permanecía inalterable, lo mismo que la necesidad de placeres gastronómicos y su pasión por el juego. En la casa tenía todo lo necesario para ver partidos: televisor enorme y videocasetera confiable. Para completar su proceso de desintoxicación y repitiendo una costumbre que ejecutaba cada vez que el estrés marcaba picos altos, se internó un par de meses en un centro de vida sana manejado por adventistas en la localidad de Puiggari, Entre Ríos. Se llevó libros y poco más. Tras pasar allí más de sesenta días, al sentir que el encierro lo abrumaba, volvió al

campo y sus amplitudes.

Cuando llegó el tiempo de la Copa del Mundo de Alemania 2006 conformó un grupo de estudio para desmenuzar el desarrollo de la copa. Así, con ex jugadores que pasaron por sus manos y antiguos asistentes, montó un laboratorio en el que se analizaban sistemas tácticos, rendimientos individuales, movimientos ofensivos, recursos en defensa y pelotas paradas, entre otros ítems. Cada uno estaba encargado de un grupo específico de selecciones y luego todos juntos sacaban las conclusiones.

En ese tiempo recibió distintas ofertas para volver a dirigir, como la de la Federación Colombiana de fútbol que le ofrecía su Selección, pero ninguna le terminaba de cerrar. El proyecto que le devolviera la motivación debía ser estructural, permitiendo un trabajo desde la base, incorporando jugadores jóvenes.

Luego de la Copa América de Venezuela, en el año 2007, Bielsa recibió un llamado que le permitió vislumbrar próximos movimientos. Harold Mayne-Nicholls era el presidente de la Asociación Nacional del Fútbol Profesional de Chile (ANFP) y quería ofrecerle la dirección técnica de la Selección nacional. Chile atravesaba un período turbulento, con serios problemas disciplinarios en algunos de sus jugadores, que se habían reflejado en la Copa América, para desembocar en una catastrófica eliminación con goleada ante Brasil por seis a uno y en la posterior salida del entrenador Nelson Acosta.

El máximo representante del fútbol trasandino conocía a Bielsa de larga data, de cuando el rosarino era entrenador de Newell's: la lepra estaba definiendo el título argentino ante Boca y el dirigente cumplía funciones como jefe de prensa de la Copa América de 1991.

Sin embargo, la imagen que le quedó grabada tuvo lugar un año después, cuando el conjunto argentino disputó la Copa Libertadores y se enfrentó ante la Universidad Católica. «Recuerdo que como dirigente del club les facilité una cancha de entrenamiento para que pudieran trabajar durante el día previo al partido con nuestro equipo. Comenzaron a las 10 de la mañana y yo observé los movimientos de nuestros jugadores, di un par de vueltas por allí y cuando volví a la cancha que les había ofrecido todavía estaban trabajando. Me sorprendió que lo hicieran tan largo y entonces me quedé mirando lo que hacían. Durante una hora y cuarto estuvieron ensayando una jugada de pelota parada con centros desde los costados, uno que la peinaba y otro que convertía en el segundo palo. Al día siguiente, cerca del final del encuentro, empataron con ese movimiento, gol de Lunari. Ahí entendí todo. Si esos jugadores habían estado ese tiempo, era porque le creían al entrenador. Porque confiaban en sus ideas y en su propuesta de juego atractiva. El esfuerzo y los resultados le daban la razón.»

El hombre fuerte del fútbol chileno sabía que Bielsa tenía conocimiento, trabajo y disciplina, valores que su Selección había perdido. Siempre recordaba la decisión del entrenador de dar un paso al costado luego de la obtención de la medalla dorada en los Juegos Olímpicos y pensaba que si se había retirado en un momento óptimo, seguro tenía espaldas anchas para soportar todo, incluso un comienzo turbulento. A partir de un amigo en común, Mayne-Nicholls consiguió su número telefónico y aquello que ya venía pensando en el vuelo de retorno desde Venezuela, lo puso en práctica sin perder tiempo.

El entrenador lo atendió con educación, pero lo primero que

quiso confirmar fue la salida de Nelson Acosta. Una vez que se le reveló ese dato, estuvo dispuesto al diálogo. Se produjeron un par de charlas a la distancia en las que Bielsa escuchó algunos de los objetivos para los cuales se lo quería convocar y analizó todas las variables que desde su visión debía tener en cuenta. Contactó a su gente de confianza pensando en un futuro grupo de trabajo, indagó a fondo acerca de los jugadores del medio chileno, con los que podría llegar a contar, y allí decidió recibir a los dirigentes en su casa de Rosario.

En la reunión, que arrancó de noche y finalizó bien entrada la madrugada, Mayne-Nicholls le explicó los lineamientos generales de la propuesta. Para el fútbol chileno lo importante era el aspecto deportivo, pero también lograr que los jugadores recuperaran su esencia, con trabajo, rigor y humildad. Bielsa amalgamaba esos atributos y por eso era la persona elegida.

El rosarino les expresó que aquello era válido, pero que la clasificación para Sudáfrica 2010 tenía que ser el objetivo fundamental. Para lograrlo, el apoyo del fútbol chileno debía ser unánime, la Selección prioridad uno y sus ideas sostenidas con firmeza desde la dirigencia. Como ocurrió en su juventud en Newell's y algunos años más tarde en Vélez, sorprendió por el volumen de información que tenía del medio y de un número increíble de jugadores. Mayne-Nicholls aún hoy lo recuerda con asombro: «Me sorprendió que Marcelo usara métodos de reportero periodístico para cotejar la información. Me hacía una pregunta y a los veinte minutos me la repetía para ver si confirmaba mi respuesta anterior. Además, era notable la información que tenía del fútbol chileno. Era impresionante el conocimiento que tenía de todo lo

concerniente a nuestros jugadores. Todo eso ayudaría mucho en el trabajo, porque a mí no me gusta observar un entrenamiento ni tener que golpearle la espalda al técnico o motivar al plantel. Esa tarea es del entrenador y yo estoy para resolver lo organizativo, para que no le falten herramientas de trabajo».

La fusión era ideal. Bielsa se encontraba con un dirigente joven y respetuoso de los roles, y a la vez podía desarrollar un proyecto estructural con las características que el fútbol chileno estaba buscando. En 1991, como si se tratara de un anticipo, ya había anunciado que algún día le gustaría dirigir en el fútbol chileno, por su seriedad como país, su previsibilidad y su orden. Llegó a Santiago casi de incógnito, un empleado de la Federación lo recibió con un cartel que tenía el nombre de su ex colaborador Javier Torrente, para evitar despertar la curiosidad de los presentes, y se mantuvo en el anonimato durante algunos días, como huésped de un hotel en la zona de Vitacura.

El acuerdo se produjo tras limar pequeños detalles y aunque algunos alzaron la voz inquietos por los números que sellaban el acuerdo desde lo económico, el 13 de agosto de 2007, Marcelo Bielsa fue presentado como nuevo técnico del seleccionado chileno de fútbol. Ese mismo día entregaba sus primeras palabras: «La opción de Chile me pareció viable para reiniciar mi profesión. Por eso vuelvo con ilusión y mucha esperanza, aunque no es sencillo que un equipo llegue a un Mundial. No es un trámite para nadie. La tarea es ardua y emocionante, por eso es lindo intentarla. En el fútbol chileno hay veinte jugadores importantes y un deseo de darles un soporte de organización para que se desarrollen como en los mejores sitios. Estoy contento y cómodo de vincularme con el fútbol

chileno».

Su grupo se conformó con Eduardo Berizzo, Pablo Quiroga y Alfredo Berti en la asistencia técnica, aunque este último al poco tiempo retornó a la Argentina. Su compañero de tantos años, Luis Bonini, en la preparación física, y Daniel Morón en la preparación de arqueros. El plantel se completaba con el joven Francisco Meneghini, Paqui, quién con sólo una veintena de años había sido recomendado por una de las hijas de Bielsa, compañera del colegio, por su gran conocimiento del juego. El técnico lo evaluó y lo incluyó para la tarea de observación de los rivales.

El proyecto estaba en marcha y el parate de tres años ya formaba parte del pasado. El comienzo de las eliminatorias estaba demasiado cerca. Era necesario tomar decisiones con celeridad y enfocar con precisión los objetivos. La pizarra, el buzo y el silbato colgado del cuello volvían a ser una imagen familiar. Bielsa estaba de vuelta.

LA RECONSTRUCCIÓN DEL PINTO DURÁN

—¿A usted le molestaría que yo viviera aquí, en el complejo?

—¿Cómo va a vivir aquí, Marcelo? No hay restaurantes, ni cines ni centros comerciales. No hay nada.

—¡Mire lo que es esto! Qué cosa más maravillosa que levantarse, caminar y ver esa tremenda montaña nevada allí enfrente...

—Bueno, si usted quiere vivir aquí, no hay ningún problema, pero esto es todo lo que hay.

El diálogo entre Bielsa y Mayne-Nicholls se produjo apenas el entrenador conoció el complejo deportivo Juan Pinto Durán, ámbito natural de entrenamiento de la Selección. En su primera inspección, el entrenador recorrió las instalaciones y vetó todo lo concerniente a la estructura del predio. El lugar estaba descuidado, el césped de los campos de juego en deplorables condiciones, las habitaciones de los jugadores venidas abajo, los colchones vencidos y el gimnasio vetusto. Sin embargo, la posibilidad de reconstruirlo a su gusto era una idea que lo seducía, y vivir en el ámbito de trabajo, lejos de asfixiarlo, le representaba una gran comodidad. La imagen de Bielsa recorriendo las canchas bien temprano en la mañana, con su paso característico, se transformó en una postal tradicional. La de la noche, arreglando algún armario o refaccionando algún elemento, también empezó a formar parte de la cotidianidad. A toda hora había algo para hacer.

Presentó ideas para remozar el predio, inspirándose en otros

centros de alto rendimiento que ya conocía, y adaptó algunas exigencias a la realidad que lo rodeaba. El apoyo dirigenal resultó clave, ya que Mayne-Nicholls siempre entendió que toda acción tendiente a mejorar las condiciones de trabajo del fútbol de la Selección, lejos de representar un gasto, resultaba una inversión. Así fue que se hicieron dos canchas con medidas reglamentarias, otras dos para ejercicios recreativos, un gimnasio ampliado y con maquinaria de elite, una sala con piletas especiales para variar la temperatura del agua y recuperar a los jugadores de sus lesiones y se cambiaron los televisores y los equipos de calefacción y aire acondicionado, entre otras obras significativas. Como dijeron en el entorno del cuerpo técnico «dejó de ser Kosovo para transformarse en un lugar habitable». Se montaron salas especiales para la visualización de videos, un archivo de material y un espacio de compaginación de información de todo tipo. Algunas cuestiones se resolvían de acuerdo con el conocimiento, otras casi por casualidad. Por ejemplo, el diseño de los carteles para señalar el lugar, Bielsa lo tomó de su paseo por el zoológico.

Su vida despojada de grandes lujos encontraba en Pinto Durán el ámbito ideal. La comuna de Macul lo tenía como un integrante más. Los jueves y domingos era habitual observarlo en la feria que se instala en la avenida Las Torres, comprando frutas o verduras y charlando con los vecinos. Las calles de la zona lo integraban en cada uno de sus paseos en bicicleta y algún amigo lo incluía en sus asados dominicales. Además, se compró la colección de DVDs *Las maravillas de Chile* para descubrir sus paisajes, y pidió a la Televisión Nacional que le consiguiera todos los programas del ciclo *Grandes Chilenos*. Con ellos matizaba su costumbre de

devorar todo tipo de películas y programas especiales, a las que luego calificaba con puntaje.

Para recorrer distancias más largas, debió comprarse un automóvil y eso también despertó variados comentarios. Desechó ofertas de todo tipo, de las marcas más lujosas que le ofrecieron sus mejores modelos, para no vincularse comercialmente con ninguna firma, y luego de buscar el mismo coche que había usado en México, se decantó por un sencillo Nissan Tiida cuatro puertas. Algunos que creían ver en esos actos cierto aire de excentricidad, con el tiempo fueron descubriendo que se trataba en efecto de un hombre simple, dedicado apasionadamente a su trabajo y con pocas necesidades materiales.

En el ámbito deportivo, el tiempo de recuperación del Pinto Durán obligó a encontrar sitios alternativos para iniciar la tarea. Los partidos amistosos ante Suiza y Austria se asomaban para el debut y el inicio de las eliminatorias era un punto cada vez más cercano en el horizonte. El complejo deportivo cercano al Aeropuerto Pudahuel se transformó en el escenario de los primeros entrenamientos con los jóvenes de la Selección Sub 18. En pleno proceso de trabajo, el cuerpo técnico se repartía las funciones. Mientras el entrenador analizaba las características de los que serían los futuros citados, viendo los partidos por televisión al tiempo que coordinaba todo lo concerniente a la remodelación del complejo de entrenamiento, Eduardo Berizzo y Alfredo Berti preparaban a los *sparrings* con los ejercicios del «Método Bielsa», con sus clásicas estacas y cintas. Por su parte, el profesor Luis Bonini concurría a los estadios para observar a los jugadores *in situ*.

A la hora de la primera convocatoria, la lista incluyó a trece

jugadores entre los que se destacaban especialmente Marcelo Salas, ícono del fútbol chileno, ausente en la Selección desde junio de 2005, y el joven arquero Christopher Toselli, de gran rendimiento en el Mundial Sub 20 de Canadá, disputado poco tiempo antes.

Los partidos que marcaron el inicio de la era Bielsa en Chile, un derrota y una victoria, dejaron mucho material para evaluar. El viernes 7 de septiembre de 2007, en el estadio Ernst Happel de Viena, el técnico alineó frente a Suiza a Claudio Bravo; Cristian Álvarez, Miguel Riffó, Ismael Fuentes y Arturo Vidal; Manuel Iturra, Mauricio Isla, Matías Fernández; Alexis Sánchez, Humberto Suazo y Eduardo Rubio. Luego ingresaron Gonzalo Fierro, Marco Estrada, Luis Jiménez y Marcelo Salas.

El equipo perdió dos a uno, pero mostró algunos signos de la idea de su entrenador. Para empezar, uno de sus defensas laterales se sumó permanentemente a la mitad de la cancha y el equipo terminó conformando su tradicional esquema con tres hombres en el fondo, otros tantos en el medio, un enlace, dos extremos y un centrodelantero. Además, el ritmo de juego fue intenso, la agresividad para recuperar el balón estuvo acorde con las necesidades y las llegadas en ataque también dejaron conforme al conductor.

Cuatro días más tarde, llegó la primera sonrisa al batir a Austria por dos a cero, con goles de Hugo Droguett y Eduardo Rubio en el tercio final del encuentro. Allí tuvieron su estreno otros nombres como el arquero Nicolás Peric, los defensores Gary Medel y Waldo Ponce, el mediocampista Claudio Maldonado junto al goleador de turno Hugo Droguett y los delanteros Carlos Villanueva, Marcelo Salas y Mark González. El equipo tuvo el control del juego y la

diferencia pudo ser más amplia. El puntapié inicial era satisfactorio y el balance arrojado por Bielsa entregaba su veredicto: «Las dos actuaciones tuvieron cosas para destacar. Con ambos partidos, cumplimos el objetivo de probar jugadores que nos permitan sumar individualidades para poder llegar a las eliminatorias con más de una alternativa por puesto y la conclusión es favorable. Respecto de mis ideas difícilmente las abandono, porque me hacen como entrenador. Me siento más cómodo si el equipo que dirijo logra atacar más tiempo del que defiende. Cuanto más rápido recuperemos la pelota, más posesión tendremos. Haré los esfuerzos para que esa idea sea bienvenida por los jugadores».

EL CAMBIO DE MENTALIDAD

«La actuación en general no es para estar satisfecho. La sensación no es buena. Vinimos a jugar el partido con la convicción de que podíamos sostenerlo y jugar de otro modo. No pensamos que éste iba a ser el resultante de la medición de fuerzas. Los tiros libres eran evitables y lo de hoy debe ser el punto de partida para corregir lo que no hicimos bien. La producción no nos deja conformes ni mucho menos, pero la alternativa de volver a jugar aumenta nuestra expectativa, aunque hay mucho que modificar para el partido con Perú.»

El inicio de las eliminatorias para el seleccionado de Chile presentaba la cara de la derrota. El debut en Buenos Aires ante el seleccionado argentino se había resuelto con claridad gracias a dos soberbios tiros libres de Juan Román Riquelme. Para Bielsa, todo resultaba muy especial. Por un lado, su presentación oficial en el banco trasandino, por el otro, el retorno a su país, la cancha de River y la camiseta argentina enfrente. La recepción del público fue buena y la de sus ex jugadores, extraordinaria. En las tribunas los hinchas lo respetaron con el silencio, muypreciado en este tipo de choques, y hasta algunas banderas de agradecimiento. En el campo, el entrenador se llevó un recuerdo inolvidable cuando la mayoría de sus antiguos pupilos se acercó hasta el banco visitante para darle un abrazo.

Luego, a la hora de jugar, las cosas fueron más complicadas. Tras un comienzo parejo, el conjunto argentino se fue acomodando de a poco y le hizo pagar caro a Chile las faltas cometidas cerca del arco que defendía Claudio Bravo. Con dos pelotas paradas

estableció una diferencia que determinó el resto del encuentro. Se notaba que sobraba actitud, pero que a la vez escaseaba la aptitud. La idea de presionar y recuperar estaba, pero la ausencia de precisión y juego asociado no tanto.

La reacción se produjo a los pocos días. En el Estadio Nacional, Chile sumó sus primeros puntos batiendo por dos a cero a Perú, con goles de Suazo y Matías Fernández, imponiendo ahí sí superioridad individual y colectiva.

El comienzo no distaba mucho de lo que marcaba la lógica. Ante Argentina, la Roja no había podido zanjar las diferencias históricas, mientras que frente al seleccionado de Perú se imponía con naturalidad.

Pero la eliminatoria seguía. Contra Uruguay en el mítico Centenario, Chile tuvo una interesante actuación y logró un empate valioso. Comenzó perdiendo, pero con buen juego revirtió la historia con dos goles de Marcelo Salas. La presión charrúa se hizo insostenible cuando al juego le quedaban diez minutos y Abreu decretó el dos a dos con el que se selló el resultado. El partido fue de esos que se merecen el calificativo «vibrante». Bielsa resaltó la actuación de Bravo y Salas y cierta desorganización defensiva. Finalmente, describió como «suficiente» el comportamiento del resto del conjunto, para tratar de jugar en un plano de igualdad un partido muy complicado.

Ante la performance fuera de casa, la derrota categórica como local con Paraguay fue un mazazo difícil de digerir. Los de Gerardo Martino se impusieron por tres a cero en un cotejo marcado por los contrastes. En la primera media hora el equipo de Bielsa jugó en alto nivel, pero su falta de precisión en los metros finales la terminó

pagando con una derrota dolorosa. El público llegó al Estadio Nacional ilusionado con el rendimiento ante los charrúas y se fue ofuscado por el resultado negativo. Pocos se detuvieron a pensar en la jerarquía del rival y en la seductora propuesta ofensiva del inicio.

El cambio de actitud era evidente y aunque no muchos podían mirar más allá del resultado, Chile había buscado plasmar una idea generosa en ataque llegando masivamente al arco rival y eso era lo que destacaba su técnico: «Yo creo que se puede perder, pero hay formas y formas. Me parece que éste no era un equipo para avergonzarse. Además, la adversidad es el mejor momento para expresar la adhesión, porque es más difícil ser fiel, si bien uno sabe que la pasión hace que los sentimientos se confundan. La tabla no ha definido nada. Son dieciocho fechas, falta mucho y hay que ver con qué rivales han jugado los otros. Yo veo un equipo derrotado, pero con vida. Las distancias en la tabla no son insalvables, por eso no pierdo el optimismo».

El cierre del año arrojaba como balance un triunfo, dos derrotas y un empate. Chile compartía el sexto lugar en la clasificación con Uruguay, ambos con cuatro puntos, a dos de Venezuela que ocupaba el quinto.

Para el comienzo del año siguiente, Bielsa puso en práctica su idea de ganarle tiempo al tiempo. Una gira con dos partidos en Asia frente a Japón y Corea del Sur le darían la chance de probar nuevos jugadores para empezar a lograr el recambio necesario.

Los resultados con empate y triunfo fueron auspiciosos, pero lo más significativo fue la evaluación del rendimiento de algunos de los convocados. Roberto Cereceda, Jean Beausejour, Gonzalo Jara, Marco Estrada, Hans Martínez, Pedro Morales y Miguel Pinto

tuvieron actuaciones satisfactorias, más aún pensando en los próximos compromisos de eliminatorias.

Un partido con derrota ante Israel a fines de marzo, con balance claramente deficitario, y el torneo Esperanzas de Toulon reservado para jugadores menores de veintitrés años, en el que el propio Bielsa se hizo cargo de la conducción para llevar a su equipo al subcampeonato, ayudaron a redefinir la lista de jugadores, con un marcado recambio apuntando al futuro. Eso, más los jóvenes que lograron el tercer puesto en el Mundial Juvenil de Canadá en 2007 le daban el perfil a la nueva Selección. Nombres como los de Gary Medel, Carlos Carmona, Alexis Sánchez, Mauricio Isla, Arturo Vidal y Fabián Orellana comenzaban a tener más minutos y protagonismo. Todos ellos mezclados con algunos con algo más de experiencia, como Bravo, Ponce, Fernández, Mark González y Suazo, relanzaban la propuesta de la Selección. Los jugadores jóvenes estaban preparados para asumir el desafío de llevar a Chile a Sudáfrica, aunque el camino aún era demasiado largo. Asumían como propia la propuesta del técnico de protagonizar los partidos en todas las canchas, confiando en sus armas y apostando a la presión, la rotación y el ataque.

Mientras tanto, Bielsa comenzaba en la ciudad de Osorno con un ciclo de charlas con entrenadores y gente relacionada con el fútbol. Sus clínicas se transformarían con el tiempo en una suerte de ritual. Las ponencias de Bielsa a lo largo de todo el país formaban parte del acuerdo del entrenador con la ANFP, según explica Mayne-Nicholls: «Cuando empezamos le dije que necesitaba que dejara un legado. No le podía pedir que hiciera un entrenamiento en todos los equipos del país, entonces le comenté la idea de viajar a cada una de

las regiones de nuestro territorio para dar una charla. Le gustó, no sólo porque es lo suyo, sino también porque le permitió informarse acerca de nuestra cultura y conocer mucho».

Luego del arranque de «la gira» se produjo un choque muy duro con la prensa. La divulgación de algunos de sus dichos por parte de los diarios más importantes del país le resultó muy molesta, al punto de llevarlo a convocar a una conferencia de prensa fuera de agenda. En el encuentro con el periodismo, Bielsa fue contundente respecto de algunas actitudes que juzgaba improcedentes: «No haber presenciado esa charla y haber escrito sobre ella, pone en entredicho el contenido. Lo que yo debería evaluar seriamente es ya no comunicarme con ustedes en conferencia de prensa, porque está visto que no reflejan lo que pienso y tendré que pensar si lo que corresponde es no volver a hablar nunca más o expresarme por escrito para no ser interpretado».

En una entrevista, el defensor Mauricio Isla había expuesto cierto disconformismo por la manera de manejar al grupo de Bielsa. Y aunque en una conversación privada limaron las diferencias y todo quedó aclarado, ese enfoque del periodismo también mereció un comentario por parte del técnico: «Uno de los caminos que eligen los medios es enfrentar al entrenador con sus propios jugadores en el afán de provocar diferencias entre ellos que permitan que haya material para difundir. *El Mercurio* hace eso con regularidad. Decir ‘perfectamente’ es ser vanidoso, pero conozco perfectamente cómo son las formas en que trabajan los diarios. *El Mercurio* tiene columnistas de un altísimo nivel que son absolutamente contradictorios con las firmas jóvenes que hacen el trabajo sucio y que crean polémicas. Pero aun en lo que esté mal, voy a celebrar que

se escriba de fútbol».

Un incidente producido en un par de amistosos ante Guatemala y Panamá, con un micrófono que fue ubicado al lado del banco de suplentes para tomar las indicaciones que de allí partían, invadiendo la intimidad del entrenador, también mereció el comentario del técnico. Pero su última crítica apuntó a un hecho personal ocurrido en la gira asiática, y explicaba el motivo de su política de «puertas cerradas» en los entrenamientos: «Me estaba haciendo un tratamiento dental y tenía un puente hasta que me pusieran los implantes. A las 10.25 se me salió el puente y tenía que ir a entrenar. Entrenábamos en un campo que daba a la calle, separados por un alambrado. Los periodistas estaban en el mejor lugar de observación de la práctica. Hicimos un ejercicio de desmarcación muy interesante, pero que salió mal. Al otro día, la única referencia del entrenamiento fue mi boca desdentada. Es la prueba más clara de que a ustedes no les interesa nada de lo que pasa en el entrenamiento».

En este clima difícil y necesitado de resultados que solidificaran el proyecto, los triunfos ante Bolivia y Venezuela como visitante en la continuidad de las eliminatorias resultaron claves. Los meses de inactividad habían servido para cambiar algunas caras y las victorias fuera de casa ayudaban a descubrir la nueva fisonomía del equipo. Los goles de Medel en la altura de La Paz, para vencer por dos a cero, y el de Suazo en el último minuto de un cambiante encuentro en Puerto La Cruz, para obtener la victoria por tres a dos, agregaban una cosecha perfecta en la doble excursión. La semana de aclimatación en la altura de Calama, el trabajo con pelotas infladas con helio para disminuir su resistencia al aire y la personalidad para

seguir buscando la victoria en tierras venezolanas eran hechos para destacar. También las declaraciones de algunos jugadores como Bravo, que sin mencionarlos les dedicaba los éxitos a aquellos que prefirieron tomarse vacaciones o criticar al equipo desde afuera, como los casos de Isla y Vidal. Bielsa era consciente de la importancia de los triunfos y de la nueva etapa que comenzaba, y se lo hacía saber a sus jugadores felicitándolos con efusividad a su llegada al vestuario. Era su primera manifestación de alegría con sus nuevos pupilos.

La etapa final de esa primera rueda se cerró con la misma ciclotimia mostrada hasta el momento. La derrota contundente por tres a cero ante Brasil mostró una diferencia física evidente que, sumada a algunos errores defensivos, ante una potencia mundial resultó imperdonable. Sólo el trabajo de Matías Fernández en el primer tramo del cotejo y el acompañamiento de Jorge Valdivia, que se vio interrumpido por una expulsión, justo el día de su retorno al seleccionado, marcó un matiz positivo en una noche frustrante. Tomando como referencia los partidos ante los mejores del continente, como Argentina, Paraguay y Brasil, los números determinaban que todavía existía una diferencia apreciable. En los tres casos, el final marcaba derrotas sin siquiera convertir goles.

La desazón por el traspie ante los brasileños fue profunda, por eso la recuperación tan sólo tres días más tarde frente a Colombia marcó otra bisagra en el camino de las eliminatorias. Para Mayne-Nicholls se trató de un encuentro trascendental: «La derrota ante Brasil reavivó los fantasmas del tres a cero con Paraguay. Tres días después había que jugar con Colombia y a esos mismos fantasmas los matamos de un golpe. No sólo jugamos bien, no sólo los

superamos, sino que nos recuperamos de una derrota muy dolorosa y frente al que terminó siendo uno de los rivales directos. Cada vez que veo la foto del equipo posando para los reporteros y recuerdo aquella noche, me convenzo más de que ése fue el partido clave».

La actuación del equipo tuvo volumen de juego y contundencia. La victoria por cuatro a cero restituyó la confianza y las sonrisas. Las actuaciones de individualidades como Matías Fernández, Estrada, Suazo, Cereceda y Vidal despertaron elogios. La imagen de Bielsa gritando el cuarto gol, convertido por Fernández, como consecuencia de la belleza de la jugada, quedó fijada como la estampa del triunfo. En tan sólo setenta y dos horas se revertía la triste imagen del traspie ante Brasil en un partido en el que Chile fue claramente superado, por la de un equipo con capacidad de reacción que podía ganar, gustar y golear.

Pero la irregularidad iba a ser el dato saliente de aquel momento y por eso la primera rueda de eliminatorias se cerraba con otro disgusto ante Ecuador. Condicionado por la prematura expulsión de Ismael Fuentes, el conjunto chileno poco pudo hacer más que intentar sostener el cero, tarea que se quebró con el gol de Benítez, que les dio el triunfo a los ecuatorianos. Para colmo, la segunda tarjeta roja para Jara y la acumulación de amarillas en Sánchez y Cereceda los marginaba del siguiente encuentro ante Argentina.

Con cuatro triunfos y otras tantas derrotas, más el empate ante Uruguay, el equipo de Bielsa finalizaba la rueda inicial en el cuarto lugar con trece puntos. La idea estaba asentada y la disposición de los jugadores para intentar atacar en todos lados ya formaba parte de la impronta del equipo. Sólo faltaba un poco más de regularidad para confirmar con resultados lo que ya se veía como un gran

cambio de actitud. El balance era promisorio, aun con los altibajos. Lo que estaba por venir sería tan emocionante como inolvidable. El fútbol chileno asistiría a momentos de esos que se fijan en la memoria y se guardan con emoción en el corazón.

EL ARTISTA Y SU OBRA

Ingresó a la sala de conferencias y espontáneamente surgió el aplauso por parte de los presentes. Su actitud no cambió en nada, ni siquiera se permitió esbozar una leve sonrisa. La satisfacción era personal y su expresión más genuina la habían entregado sus jugadores adentro de la cancha, escribiendo una página histórica para la vida del fútbol chileno. Se sentó como siempre, bebió un sorbo de agua y explicó las razones del triunfo.

Marcelo Bielsa atravesaba las últimas horas del día más importante de su ciclo como DT de Chile. Ese 15 de octubre de 2008 ya estaba escrito con letras doradas y servía para terminar de convencer a los jugadores que la clasificación para el Mundial era posible. «Lo que más me produce alegría es ver el orgullo de los jugadores por haber jugado a buen nivel. Me da la impresión de que todos sintieron que subían un escalón en su producción personal. El rival viste a la actuación. No es lo mismo ganar que hacerlo contra los mejores.»

Luego de la derrota ante Ecuador, el seleccionado chileno alcanzaba el pico de rendimiento y superaba a la Argentina por primera vez en un partido de eliminatorias. La diferencia mínima en el resultado no acompañaba las inmensas distancias que se podían apreciar en el campo. El estupendo funcionamiento colectivo potenciaba el rendimiento de algunas individualidades y la Roja lograba aplastar al conjunto argentino. El gol de Orellana había arribado de la forma que a Bielsa más le gusta y sintetizaba las características del encuentro. Medel, figura de la cancha, llegando al fondo para desbordar y enviar el centro tras un pase de Carmona, y

Orellana separándose de la marca con un gran movimiento, y definiendo de derecha cruzado.

Para Mayne-Nicholls, el hombre que confió en Bielsa desde un primer momento, también se trató de un hecho muy especial: «Creo que Marcelo ya había convencido a la gente, pero ahí terminó de convencer a los escépticos, les bajó la guardia a todos. Porque nosotros le podemos ganar a la Argentina, pero ese día, además, fuimos muy superiores a un equipo que tenía a sus mejores jugadores».

A tal grado la victoria ante Argentina marcó un punto de quiebre, que a partir de allí la regularidad, materia pendiente del equipo, se hizo presente. Victorias como visitante ante Perú y Paraguay profundizaron las convicciones de estilo. La personalidad, el protagonismo en todos los estadios y la creencia en el modelo, definitivamente, estaban instaladas en ese grupo de jugadores chilenos. La prueba más cabal la marcaba una cosecha de puntos fuera de casa, superior a la obtenida puertas adentro. El triunfo ante Perú solidificó la estructura de juego, pero los tres puntos logrados en Asunción marcaron otro de los impactos del equipo. Al retornar al vestuario, luego del esfuerzo y la victoria, el cuerpo técnico completo recibió al plantel con un estruendoso aplauso de reconocimiento. Los jugadores valoraban esos pequeños gestos.

Como locales, el recorrido no resultaba tan sencillo. Frente a Uruguay, un empate sin goles en un encuentro áspero y condicionado por la expulsión de Mauricio Isla a la media hora de juego, contribuyó con un punto valioso a la hora del balance. Ante la inferioridad numérica, Bielsa repitió lo que alguna vez había hecho con Andrés Guglielminpietro en un partido amistoso de la Selección

Argentina ante Holanda, pero ahora con el mediocampista central Manuel Iturra. El entrenador lo hizo ingresar a los treinta y ocho minutos para reemplazarlo por Roberto Cereceda en el inicio del segundo tiempo, admitiendo su equivocación en la lectura del partido y las necesidades del equipo. La goleada por cuatro a cero ante Bolivia le permitió a Chile recuperar el poder de fuego y ubicarse en una inédita segunda posición en la tabla de posiciones.

La igualdad ante Venezuela alargó a seis los partidos sin perder, pero apaciguó los aires triunfalistas que de manera desmedida se propagaban en las horas previas, descontando la victoria. La derrota con Brasil por cuatro a dos, jugando muy bien durante sesenta minutos, invitaba a controlar la ansiedad y a esperar las dos fechas finales con dosis parejas de expectativa, ilusión y prudencia. Chile estaba estacionado en veintisiete puntos y debía obtener una unidad más, como mínimo, para concretar el sueño mundialista. Bielsa lo ponía en palabras en la conferencia de prensa tras el traspie ante los brasileños: «Una derrota de este tipo necesariamente golpea, no puede ser de otra forma. Habíamos jugado una hora evidenciando argumentos que invitaban a pensar, pero cuando peor lo hicimos fue cuando tuvimos un hombre de más. Brasil no ganó injustamente, porque la posesión era nuestra, pero el peligro lo generó el rival. Vamos a intentar ganar en Colombia y si no lo conseguimos, vamos a intentar ganarle a Ecuador. Sabemos que necesitamos un triunfo».

A falta de uno, Chile cerró su participación en las eliminatorias con una doble jornada de sonrisas. En Medellín, goleó a Colombia por cuatro a dos en un partido emocionante y con una actuación memorable de Jorge Valdivia. El Mago había reemplazado a Matías Fernández promediando el primer tiempo y con un gol y un par de

asistencias propias de su jerarquía fue determinante en el resultado final. Era el premio a su recuperación luego de ser uno de los castigados por la indisciplina en Puerto Ordaz en la Copa América de 2007. La imagen de Bielsa festejando como pocas veces el tercer y el cuarto gol, llaves del triunfo y la clasificación, quedará grabada por siempre. En el vestuario también celebró con sus muchachos. Cantó, bailó y se incorporó como uno más a todos los festejos. Una fecha antes del cierre, Chile alcanzaba el objetivo de llegar a Sudáfrica 2010.

Frente a los micrófonos, el entrenador destacaba la rebeldía de sus jugadores para adaptarse a los vaivenes del partido, recordaba a aquellos que como Salas, Villanueva, Contreras o Droguett habían participado en el proceso eliminatorio y celebraba el notable encuentro de Valdivia.

Para el último acto ante Ecuador, la gente acompañó masivamente para poder agradecer a su Selección por la alegría de la clasificación. El partido tenía una significación especial, ya que una victoria podía indirectamente ayudar a la Argentina en la búsqueda de su pasaje al mundial. En distintas encuestas realizadas al público, los números arrojaban como conclusión que el deseo de triunfo del seleccionado chileno estaba por encima de cualquier beneficio indirecto que pudiera arrojar, y de la misma forma se expresaba su técnico. «Deseo fervientemente la clasificación de Argentina a Sudáfrica. La deportividad está garantizada en esta competencia, no necesito una condición añadida a mi nacionalidad, vamos a hacer todo lo posible por obtener los puntos en juego.»

Un gol de Humberto Suazo, para consagrarse con diez tantos como el goleador de la eliminatoria, por encima de nombres como

Luis Fabiano, Salvador Cabañas o Lionel Messi, le permitía al equipo chileno cerrar con un broche de oro un trayecto inolvidable para su historia. Culminaba segundo con treinta y tres puntos junto a Paraguay, una unidad por detrás de Brasil. Fue el equipo que obtuvo más victorias (10) y produjo una actuación superlativa fuera de casa, con cinco triunfos frente a Bolivia, Venezuela, Perú, Paraguay y Colombia, confirmando su afán de protagonismo en cualquier cancha.

Desde lo económico, la apuesta de la dirigencia también resultaba satisfecha. Para aquellos que en el inicio del ciclo objetaban el dinero pactado con el cuerpo técnico, el logro deportivo superaba todo e invitaba a varios sponsors a mejorar sus contratos con la Asociación, pero, además, desde la llegada del rosarino, la vidriera de la Selección había servido para vender jugadores por más de veinte millones de dólares. Nuevamente era Bielsa el que ponía los números y las probabilidades en su justo sitio: «El fútbol no es una materia en la que se puedan hacer pronósticos o presunciones. Cuando tomé la decisión de aceptar el cargo lo hice después de revisar y someter a mis puntos de vista el poderío futbolístico y el respaldo logístico que podía ofrecer el fútbol chileno. Esas dos perspectivas mejoraron respecto de mi cálculo inicial y terminamos aquí».

El entrenador estaba feliz por el objetivo alcanzado, tanto como por compartir con sus afectos el momento del festejo. Fue una noche inolvidable también para él. Su mano levantada y su saludo a un sector específico del estadio tenían firmes destinatarias: sus hijas Mercedes e Inés ovacionaban desde la platea el resultado de tanto trabajo. El orgullo y la emoción de ese padre eran tan grandes como

el logro obtenido.

La presencia de la presidenta Michelle Bachelet, acercándose personalmente hasta el complejo de Pinto Durán para saludar al entrenador y los jugadores, para felicitarlos por la conquista y agradecerles la alegría brindada a todo el pueblo, rubricó la gran performance. Los muchachos la recibieron con los brazos abiertos y disfrutaron mucho de su presencia.

El Mundial Sudáfrica 2010 era un sueño cumplido y el próximo gran objetivo. El desafío de devolver a Chile a los primeros planos del continente estaba logrado con creces.

UN COLOSO DE CEMENTO

La postal se repetía, con sus lógicas variaciones, en cada calle cercana al hermoso Parque Independencia. El hombre entrecano le contaba a su hijo acerca de aquel equipo de los setenta, lujoso y ganador, pero reconocía la seriedad de ese señor que supo tomar la posta años más tarde. El cuarentón le explicaba a su pibe, con el abuelo de testigo, que su pasión por el rojo y negro había sido heredada, pero que su primera gran alegría se produjo cuando acompañó a aquellos leones por todo el continente, cuando jugaron la Copa Libertadores en los inicios de los noventa. El chico escuchaba y se preparaba para ver con sus propios ojos a la persona de la que tanto le hablaban y que por fin esa noche iba a hacer su aparición en vivo y en directo. Tres generaciones, con sus hijos, hijas, padres y madres y abuelos, se unían gracias a un hombre. La procesión era multitudinaria. El campeonato ya era parte del pasado y aunque Newell's había quedado sumido en la frustración, luego de pelear por el título hasta el final, cediéndolo recién en la última jornada, el motivo era demasiado importante como para no estar presente.

Tenía que ser un 22 de diciembre. El 22 es «el loco». Además, y como para confirmar que dos casualidades juntas ya marcan una tendencia, ese mismo día, pero diecinueve años antes, el conjunto leproso ganaba el Apertura en la recordada definición ante San Lorenzo y con el suspenso del final del partido de River.

Luego de obtenida la clasificación para el Mundial dirigiendo a Chile, algún periodista le preguntó al técnico si podía esperarse una reacción como aquella del primer festejo en el que se mostró

eufórico. El entrenador, con su sinceridad habitual, respondió que era imposible que pudiera llegar a querer una camiseta más que la de Newell's. Ante semejante demostración de cariño y entendiendo que Bielsa era un ícono para toda la familia leprosa, la dirigencia decidió bautizar al estadio con su nombre, homenajearlo en vida a uno de sus hijos dilectos.

El Coloso del Parque se llamaría oficialmente «Marcelo Bielsa».

Algunos minutos antes de las ocho de la noche, apareció en el gimnasio cubierto para brindar una conferencia de prensa, acompañado por el presidente del club, Guillermo Llorente, y por Gerardo Martino, con cuyo nombre se designaría a la tribuna de la visera. Su figura resultó inconfundible. Mientras sus compañeros vestían traje, su característico atuendo deportivo lo acompañaba también esa noche, así como sus lentes colgando del cuello sostenidos por un fino cordón negro. Visiblemente emocionado, respondió las preguntas y aunque se separó del futuro mundialista evitando cualquier requisitoria que excediera al hecho específico por el que allí se encontraba, la emoción le ganó la pulseada al intelecto: «La sensación es hermosa, un sentimiento de gratitud y un momento que no voy a olvidar nunca. La dimensión del reconocimiento excede la posibilidad de retribución. Es demasiado importante para el que lo recibe. Uno no imagina el modo en el que puede devolver lo que se le ofrece».

Se lo veía relajado y agradecido. Su historia con el club alcanzaba el cierre perfecto. La fiesta simbolizaba muchas cosas y Bielsa tenía que ver con todas ellas. En las elecciones de 2008, una carta abierta publicada en los medios en los días previos a los

comicios y que llevaba su firma, invitaba a los socios a votar para terminar con los años oscuros de Eduardo López que devastaron al club. La misiva y su presencia en las urnas bien temprano fueron clave para que el Movimiento Leproso (MOLE) arrasara en los números.

«Recuerdo a Newell's por sus éxitos, sus logros... Pero sobre todo por su prestigio. Era una medida a la hora de distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal. El deseo es que vuelva a ser una referencia que marque el camino, veo un club sano y me gustaría que su salud, como es un actor social, se extienda al fútbol mismo y a los ámbitos del país que tiendan a reflejarse en los mensajes de las instituciones...» En el campo de juego, a través de una pantalla gigante, los hinchas observaban el momento y estallaban ante cada expresión. Recordó cuando, dirigiendo a Vélez, atravesó el campo de juego bajo una ovación sostenida de todo el estadio, y se permitió una humorada pidiendo que si se arrepentían de la decisión de llamar al estadio con su nombre, al menos le dieran una semana para contárselo a sus amigos.

Dio una vuelta olímpica saludando a los más de veinte mil fieles que lo acompañaban, escuchó un par de canciones especialmente dedicadas por grupos musicales locales, recibió un balón de cristal, un carnet de socio honorario y una maqueta del que ahora sería su estadio. Agradeció con sus manos en alto y luego de repartir abrazos entre viejos compañeros de ruta, dirigió a uno de los equipos que jugaron un partido entre viejas glorias del club y actuales profesionales.

Para su alivio, no fue necesario que leyera ese discurso que había preparado con tanto esfuerzo en el campo de Máximo Paz; y

disfrutó de una noche única, de esas que quedan grabadas en el corazón. «No sé cómo expresarlo sin que suene vanidoso, pero cuando los pedidos se hacen de a muchos y se originan en los afectos es muy difícil razonar. Es desmedido ser reconocido de este modo. No es del todo justo, pero el gesto es de afecto y a esas cosas uno no se resiste, se somete con felicidad.»

La emoción lo dominaba todo. Ningún título, ninguna victoria era comparable con semejante reconocimiento. Se premiaba a un modelo, a una filosofía, a un camino de vida, mucho más que a un resultado.

Ese 22 de diciembre, Marcelo Bielsa dejó de ser un símbolo en la vida de Newell's y se transformó en estadio y en mito viviente.

EL DÍA QUE LA TIERRA TEMBLÓ

«Siempre es conveniente decir lo que uno piensa o siente. Yo vengo de recorrer Constitución. Todo lo que vi es demoledor. Pero tenemos esperanzas, llegué aquí lleno de esperanzas. La gente con la que hablé tiene un dolor latente, inmenso y lacerante, pero a su vez ya está levantándose. Hay optimismo y una energía que no se puede vincular con un dolor y un duelo tan marcado.»

El 27 de febrero de 2010, cerca de las cuatro y media de la mañana, Chile se vio sacudido por un terremoto que superó los ocho puntos de intensidad en la escala de Richter y que dejó más de cuatrocientas víctimas fatales, numerosos heridos y cuantiosas bajas materiales. Miles de familias perdieron sus casas y algunas regiones quedaron devastadas.

El animador Mario Kreutzberger, conocido como Don Francisco, condujo el *Teletón*, un show televisivo de veinticuatro horas de duración preparado para recaudar fondos, para el que se anunció la presencia de Bielsa. El entrenador en un principio se mostró molesto, en tanto el anuncio se hizo sin consultarlo, pero de ninguna manera iba a negarse a estar en un momento como ése, y dijo presente, conversando durante tres minutos con el conductor, entregando su parecer de lo vivido. Esa misma mañana, junto con el sacerdote jesuita Felipe Berríos, había estado en la zona más castigada por el terremoto, conversando con vecinos del lugar cuyas casas se transformaron en escombros y posando con amabilidad en fotos con los niños. «Cada espacio físico que observé fue imposible de asimilar y cada conversación que mantuve fue una bocanada de optimismo por el futuro de todos ustedes. Esa gente de Constitución

va a reconstruir lo que perdió.»

El temblor, que con menor frecuencia sigue teniendo réplicas, dificultó aún más lo que ya era un tiempo complejo para la concreción de amistosos. El suicidio del arquero alemán Robert Enke puso un lógico parate al partido que iban a disputar las selecciones de Chile y Alemania. Posibles encuentros ante Sudáfrica y Argentina también se cayeron de una eventual agenda, pero los ensayos frente a Trinidad y Tobago, México y Zambia le fueron dando la pauta al técnico del nivel de sus jugadores y así comenzó con la depuración de la lista de treinta hasta llegar a los veintitrés finales. Los primeros descartados fueron José Pedro Fuenzalida, Charles Aránguiz, Manuel Iturra, Pedro Morales y Pedro Valdés.

La última prueba tuvo el sello distintivo de Bielsa. Para poder evaluar a todos sus hombres armó una doble jornada en la que se enfrentó con Irlanda del Norte en la ciudad de Chillán y algunas horas más tarde, con el resto de los seleccionados, se midió frente a Israel en Concepción. Más allá de las victorias, lo importante pasó por la evaluación de los jugadores, y el retorno de Suazo, luego de una inactividad de dos meses por un problema en el hombro, resultaba la mejor noticia.

Sobre la fecha límite y ya habiendo descartado también al delantero Héctor Mancilla, era necesario definir los apellidos mundialistas. El análisis exhaustivo de cada jugador, su polifuncionalidad y el equilibrio entre líneas eran los detalles para tener en cuenta. Cuando todo estaba listo para cerrar la nómina, un baldazo de agua fría cayó sobre el campamento de Pinto Durán: Humberto Suazo había sufrido un desgarro que ponía en entredicho su participación en la Copa del Mundo. Bielsa no dudó en incluirlo

igual, confiando en que los días que restaban para el inicio de la competencia lo ayudarían a recuperar su mejor forma física. El último descarte tuvo como protagonista a Roberto Cereceda. La decisión fue dolorosa como todas, pero en este caso todavía un poco más. Por un lado se trataba del corte final y la cercanía del Mundial tenía a todos los jugadores muy entusiasmados, por el otro, Cereceda había sido uno de los jugadores más utilizados en el proceso, capitán en alguna ocasión, y su salida era una decisión dura en lo deportivo y en lo humano. Una vez más, el técnico demostraba que el bien común estaba por encima de las valoraciones personales y decidía en consecuencia. La lista estaba cerrada.

Claudio Bravo, Luis Marín y Miguel Pinto, los arqueros. Waldo Ponce, Gonzalo Jara, Gary Medel, Mauricio Isla, Arturo Vidal, Pablo Contreras e Ismael Fuentes como defensores. Rodrigo Millar, Gonzalo Fierro, Carlos Carmona, Marco Estrada, Rodrigo Tello, Matías Fernández y Jorge Valdivia como mediocampistas. Alexis Sánchez, Fabián Orellana, Humberto Suazo, Esteban Paredes, Jean Beausejour y Mark González, los delanteros. Honduras, Suiza y España serían los rivales del grupo H y nadie dudaba que Chile sería protagonista de todos los partidos buscando la victoria. El estilo estaba afianzado por encima de intérpretes y rivales.

En medio de una enorme expectativa, el plantel partió hacia Sudáfrica con la ilusión de hacer una gran actuación. La gente, al igual que los jugadores, destilaba confianza y aguardaba por la competencia. La película *Ojos rojos*, un documental que retrataba distintos momentos del ciclo del rosarino en la Selección, batía todos los récords de recaudación y aumentaba la efervescencia. En los canales de televisión se proyectaban distintas biografías del

entrenador y de los jugadores más populares. El trabajo previo estaba hecho y el premio a tanta dedicación era jugar un Mundial. Para Bielsa también era un momento especial: luego de la frustración de 2002, ese momento reservado sólo para una elite lo tendría nuevamente como protagonista, ahora liderando un grupo de jugadores jóvenes que querían ratificar lo mostrado en las eliminatorias.

Sólo faltaba salir a la cancha y empezar a escribir un nuevo capítulo en la historia.

JUGAR EL MUNDIAL

La pregunta surgió de un periodista alemán y por un instante produjo un silencio de misa en la sala de conferencias. El cronista interrogaba a Bielsa acerca de su apodo y la contestación era una verdadera perla: «El apodo de Loco está justificado y obedece a exageraciones de mi comportamiento. El diccionario dice más o menos eso. De las acepciones que figuran elegí la más suave».

La respuesta entregada con una sonrisa permanente le permitía al técnico reírse de sí mismo por un rato. Las clases de yoga tomadas en Santiago para lograr equilibrio y paz interior hacían su parte. La estadía en Sudáfrica de la Selección de Chile llevaba varios días y el comienzo del Mundial estaba muy cerca.

El último amistoso, jugado en tres tiempos de treinta minutos ante Nueva Zelanda, había dejado un triunfo por dos a cero, pero al mismo tiempo arrojaba otras conclusiones. La recuperación de Suazo de su desgarró era la más saliente y aunque su estado no iba de la mano del alta médica, ya podía participar con normalidad de cualquier ejercicio. Para el técnico, el equipo llegaba al debut en condiciones óptimas, cumpliendo con la puesta a punto tal como se la había planeado.

Jugar el mundial era el sueño de todos y ante eso cualquier incomodidad quedaba en un lugar secundario. El complejo de Ingwenyama acunaba los sueños de ese grupo de hombres que trabajaba intensamente con el objetivo de quedar en la historia. Poco importaba que la conexión de Internet se cayera con asiduidad o que las duchas rebeldes no siempre suministraran agua caliente.

La exigencia de cada jornada era máxima. Con la experiencia

del Mundial 2002, Bielsa sabía que debía encontrar la puesta a punto del equipo en el momento justo. En su cabeza casi no existían dudas respecto de la formación para enfrentar a Honduras, y en todo caso las que podían perdurar se irían disipando con el correr de las horas.

Sin la presencia de los periodistas, salvo por los quince minutos reglamentarios, y sin excepciones siquiera para la prensa de la FIFA, los entrenamientos se realizaban en el horario del partido inaugural para que los jugadores se acostumbraran a la temperatura y en ellos se buscaba la máxima exigencia.

A la hora de expresarse en la previa de la competencia, el entrenador abría parte de sus sentimientos y confesaba las diferencias con su antigua historia mundialista: «Nostalgia por Argentina siento siempre, pero la canalizo porque mis lazos y mis raíces están activados. Soy argentino, me siento así y pertenezco a mi país. Respecto de las diferencias, no las hay. Me siento más viejo, han pasado ocho años de esta profesión, empeoran el carácter y la salud y esas cosas son diferenciales. En todo caso, estoy peor».

Sin tener claro aún si ubicaría a Suazo entre los titulares, se encargaba de explicar que si ese lugar lo ocupaba Valdivia, su sitio en la cancha sería diferente del que tenía el centrodelantero, ya que «uno recibe pases y el otro los da y entonces sería injusto al tener la posesión no permitirle a Valdivia que descienda a hacerse de la pelota».

Las horas finales se consumieron con la visita de la ex presidenta Michelle Bachelet, que arribó a Sudáfrica para alentar a su Selección en la fase inicial, y el convencimiento del grupo de que debían ganarse los tres puntos para comenzar con autoridad.

Con gran expectativa y un país a la distancia, en vilo y paralizado por el encuentro, el 16 de junio salieron a jugar para enfrentar a Honduras: Bravo; Medel, Ponce, Vidal; Isla, Carmona, Millar; Fernández; Sánchez, Valdivia y Beausejour.

Desde el arranque mismo del juego, los de Bielsa dominaron el partido con su presión característica y la tenencia del balón. La ausencia de Suazo le quitaba peso en el área rival, pero la actitud era la misma que les había permitido llegar a esa instancia. Varias aproximaciones anunciaban la conquista. Una gran combinación con pase de Fernández y centro de Isla, fue conectada por Beausejour en el centro del área para abrir el marcador. La jugada resultaba perfecta y era una síntesis de lo que se debía buscar sin un ariete en el centro del ataque. El movimiento de Isla ganando el fondo con su desborde y el cierre de Beausejour llegando desde la izquierda para conectar en el centro.

Los hondureños no inquietaron a la defensa chilena ni siquiera con la desventaja. El resultado se cerró con la mínima diferencia por culpa del arquero Valladares, que le tapó un cabezazo a quemarropa a Ponce, y por la impericia de los chilenos para concretar su superioridad en el terreno de juego. El final mostró a los jugadores festejando una victoria histórica que Chile no lograba en mundiales desde 1962, y la primera fuera de casa en sesenta años. El Mbombela Stadium de Nelspruit se transformaba en un sitio inolvidable. Bielsa abandonó el perímetro raudo, cuaderno en mano, consciente de que se habían dilapidado varias situaciones propicias para ampliar el marcador, y aunque en su interior todo era satisfacción, recordaba por su experiencia personal que una victoria aislada no servía de mucho si no iba acompañada por los próximos

resultados. «El resultado fue justo —analizó—. Podríamos haber marcado más goles, el dominio del juego fue bien resuelto por nuestro equipo y defensivamente no sufrimos mucho. Ahora hay que tratar de que estos puntos rentabilicen, y para eso es necesario que volvamos a intentar ganar en el próximo partido, porque el objetivo está más ligado a tratar de pasar de ronda que a los récords.»

Los titulares de los diarios expresaban con letras gigantes la trascendencia de ese debut y todo Chile se volcaba a las calles para festejar un triunfo buscado durante décadas. El primer paso estaba dado con firmeza, más allá de la mínima diferencia que marcaba el resultado. Honduras surgía *a priori* como el rival más accesible del grupo y eso generaba la obligación de la victoria. La empresa no era sencilla por los nervios de la primera presentación y Chile superaba la prueba con su juego característico de los últimos tres años.

Tras la celebración en la intimidad, con alegría pero sin estridencias, el plantel iba a ser testigo de una sorpresa mayúscula: Suiza, con un planteo híper defensivo, le ganaba al favorito España por uno a cero y obligaba rápidamente a sacar cuentas. Si horas antes el partido frente al conjunto helvético tenía un valor importante, ahora pasaba a la categoría de decisivo de cara a los octavos de final.

Se vendrían emociones muy fuertes. Los mundiales siempre deparan sorpresas y había que estar listo para soportarlas. Bielsa y los suyos estaban en Sudáfrica 2010 para hacer historia y era la hora de demostrar si tenían las armas para interpretar ese guión.

LA CALCULADORA EN LA MANO Y EL CORAZÓN EN LA BOCA

La alegría por el triunfo ante los hondureños duró algunas horas, pero enseguida se hizo parte del pasado. Bielsa había convencido al plantel de que su paso por la Copa del Mundo tenía que dejar una huella más trascendente que la de una victoria. Las chances de clasificación eran reales y el segundo partido tenía un valor incalculable.

La derrota de España era el tema de conversación de todo el mundo. La inesperada caída del conjunto ibérico complicaba las posibilidades de todos, pero especialmente las de Chile. Antes del comienzo del Mundial, podía decirse que si los sudamericanos ganaban sus primeros dos partidos, jugarían ante España para definir el rival de octavos. Pero con el traspie español la cosa era muy diferente. Chile estaba obligada a superar a Suiza para sumar seis puntos y llegar a la última fecha frente a España con posibilidades ciertas. Luego, la calculadora y la combinación de resultados tomarían un papel protagónico.

Lejos en el tiempo había quedado aquel primer amistoso de la era Bielsa, cuando su Selección se enfrentó a Suiza y perdió por dos a uno. Ahora todo era distinto. Los más de dos años de trabajo, los progresos y la confianza la permitían al equipo chileno pensar el partido desde un lugar de mayor autoridad.

Con el ingreso de Gonzalo Jara por Rodrigo Millar y la inclusión de Suazo por Valdivia, buscando ganar más presencia en el área rival, Chile salió a jugar el partido consciente de que se trataba

de la llave para abrir la clasificación.

La tensión se palpaba en el estadio Mandela Bay de la ciudad de Puerto Elizabeth, y ya en el inicio los dos equipos buscaban cumplir con su estrategia. Chile dominaba la pelota, recuperando el balón con su clásica presión e intentaba atacar por los costados. Suiza esperaba replegado con dos líneas de cuatro, igual que como lo había hecho ante España, tratando de salir de contraataque.

El juego se hizo ríspido y el árbitro saudí, Khalil Al Gamdi cobró un protagonismo inesperado al regar el campo de tarjetas. Suazo, Ponce, Carmona y Matías Fernández vieron la tarjeta amarilla, pero el dato que marcó la tendencia definitiva del partido fue la expulsión del suizo Behrami. Con diez hombres desde la media hora de juego, la táctica defensiva del seleccionado europeo se acentuó al máximo. Si jugando con once, los espacios ya eran defendidos radicalmente, la inferioridad numérica hizo de los suizos un equipo directamente avaro.

El desafío para Chile era complejo. Tenía sesenta minutos para lograr una conquista que lo acercara a la clasificación, pero el fútbol brillaba por su ausencia. Era un equipo con la misma actitud de siempre, pero sin imaginación para generar situaciones de peligro.

Para el segundo tiempo, Bielsa sacudió a sus hombres con dos cambios. Quitó a un Suazo improductivo e incómodo ante la ausencia de espacios y en su lugar ubicó a Valdivia para asociarlo con Matías Fernández. Al mismo tiempo incluyó a Mark González por Vidal y retrasó algunos metros a Beausejour para conformar con ambos un tándem por la izquierda. El partido ganaba en emoción con el correr de los minutos. Para los sudamericanos existía la

obligación de la victoria, ya que en la última fecha debían enfrentar a una España necesitada de puntos. Los suizos defendían sin rubor el empate imaginando un cierre de grupo favorable ante los hondureños.

La Roja buscaba de todas las formas y Bielsa desde afuera quemaba sus últimos cartuchos al incluir a otro delantero, Esteban Paredes, en reemplazo de Fernández. Chile se jugaba entero por el triunfo y su riesgo encontraría el premio merecido.

A la media hora del complemento, los tres recambios se conectaron y rompieron el partido. Valdivia habilitó a Paredes, que con un buen movimiento se deshizo del arquero Benaglio y logró enviar el centro. Mark González apareció como una tromba por el sector opuesto y su cabezazo permitió el tan esperado desahogo chileno. Luego de machacar durante setenta y cinco minutos, el grito soñado se transformaba en realidad y Chile finalmente lograba vencer la resistencia de una defensa que acumulaba más de cinco partidos sin goles en contra.

El cuarto de hora final fue dramático. Paredes tuvo en su botín zurdo dos posibilidades clarísimas de ampliar el marcador y poner las cifras en consonancia con el desarrollo del juego, pero falló en la definición. El castigo sería cargar con la incertidumbre del resultado hasta el último segundo, en el que el delantero suizo Derdiyok quedó cara a cara con Bravo y su remate se perdió pegado al palo derecho.

El pitazo final largó toda la angustia y la tensión contenida. Durante seis meses, a partir del momento en que se realizó el sorteo de la Copa, todos sabían que el choque ante los suizos marcaría el destino del grupo, por eso la victoria tenía un valor enorme. La

guapeza de Chile para buscar los tres puntos había sido extraordinaria y el triunfo no merecía ni la más mínima objeción. En todo caso, el único lamento tenía que ver con la falta de definición, defecto que se repetía y que no permitía tener una mejor diferencia de goles.

La victoria de España sobre los centroamericanos por dos a cero puso al grupo en estado de absoluta incertidumbre. Chile se presentaba como el líder con seis puntos, tres más que los dos rivales europeos. Lo increíble era que había equipos en otros grupos que podían llegar a pasar de ronda con apenas cinco puntos, mientras que los chilenos con seis no sólo que no tenían garantizado el primer lugar, sino que ni siquiera podía dar por segura su presencia en los octavos de final.

En este escenario impredecible, chilenos y españoles debían jugar su destino en la última jornada de la fase regular de Sudáfrica 2010. Para los trasandinos, dos de los tres resultados les otorgaban el pasaporte a la fase siguiente. E incluso una derrota, pero con una manito de los hondureños ante los suizos, también les daba el boleto. Recordando el título del Apertura de 1990 con Newell's, Bielsa podía volver a depender de otro partido, aunque prefería enfocarse sólo en el suyo: «Apostar por un empate lo veo más complicado que intentar ganar. Es imposible jugar con las alternativas, porque toda la experiencia de poner el oído en el estadio de enfrente y cambiar la estrategia, según van variando los resultados, es una tarea desaconsejable e imposible de realizar».

Con las ausencias sensibles de Carmona y Matías Fernández (por acumular dos tarjetas amarillas) y los reemplazos de Estrada y Valdivia, Chile salía a jugar un partido límite. Igual que ante los

suizos, los antecedentes del amistoso jugado a fines de 2008 con derrota categórica importaban poco para los hombres de Bielsa.

El inicio del juego más allá de la paridad en las acciones cargó a Chile de amarillas. Medel, Ponce y Estrada eran objeto de tarjetas por juego brusco. La intención pretenciosa de recuperar la pelota bien arriba se pagaba cara. Para completar el panorama sombrío, una pelota perdida por Valdivia y una floja salida de Bravo dejando en el campo un rechazo corto, le permitían a Villa terminar con el invicto de la valla chilena y poner al campeón de Europa arriba en el marcador. Lejos de tranquilizarse, Chile vivió el cuarto de hora más caótico del mundial, corroborado por el segundo gol español, de Iniesta, y la expulsión de Estrada. El descontrol era absoluto y Bielsa intentaba en vano calmar a sus jugadores.

Para el complemento ingresó Rodrigo Millar y en su primera acción fecunda, con un desvío en el defensor Piqué, clavó un derechazo en el arco español para acercar las cifras. Con la derrota por la mínima, españoles y chilenos se clasificaban para los octavos, en la medida en que las noticias del empate sin goles entre suizos y hondureños no se modificaran.

En el banco, el técnico era la postal del sufrimiento. Los gestos de desaprobación por el rendimiento del conjunto eran evidentes, y ni siquiera los veinte minutos finales, en los que todo se hizo más lento y ambos equipos se contentaron con el resultado, modificaron su lenguaje corporal. La consumación del empate entre Honduras y Suiza trajo la noticia de la clasificación. Tras batallar durante más de doscientos setenta minutos, Chile lograba hacer historia y atravesar la fase de grupos para meterse entre los mejores dieciséis de la Copa del Mundo. La derrota no permitía grandes

exteriorizaciones. Se soñaba con ganar el grupo y así evitar a Brasil, pero la realidad mezclaba los sentimientos. Pablo Contreras lo expresaba con palabras que definían el estado del plantel: «Estamos con sensaciones encontradas. Ante todo creo que fue merecido el paso a octavos de final. Hubiese sido inédito que con seis puntos no siguiéramos».

Para Bielsa era una gran conquista. Luego de la frustración vivida ocho años atrás, ahora sí podía cruzar la barrera de la ronda clasificatoria. Aunque el comportamiento del equipo había quedado lejos del ideal y el partido frente a los brasileños, con apenas setenta y dos horas de diferencia, debía afrontarse con las bajas de Medel, Ponce y Estrada, la continuidad en la competencia era un dato satisfactorio para el DT: «Estoy muy contento por el esfuerzo que han hecho los futbolistas y también, por supuesto, por el apoyo incondicional de la gente. Producirle alegría, sobre todo a los que no pueden procurársela por otros medios, a todos nos da una sensación de satisfacción y agradecimiento».

El objetivo primario de la clasificación estaba logrado, pero la derrota y la presencia del todopoderoso Brasil en el horizonte demostraban que lo conseguido era finalmente una victoria pírrica. «Festejar la clasificación cuando se superpone con una derrota genera alguna ambivalencia, ¿no? Que queda reflejada en un equipo que se clasifica, pero no celebra.»

La noche de Pretoria dejaba varias enseñanzas. Por un lado, el goce de alcanzar un objetivo deseado. Chile obtenía su pasaporte a los octavos y Bielsa podía estar orgulloso. Por el otro, no se trataba sólo de analizar el hecho de la clasificación, sino también de lo que se había dejado en el camino para conseguirla. Tremenda tensión en

los tres partidos, un equipo diezmado por sobrecarga de tarjetas, un cruce durísimo en octavos y escaso tiempo de recuperación. Hijo del sacrificio, Bielsa ya pensaba en el futuro. El Mundial continuaba su marcha y su equipo seguía vivo. Estaban claros los costos, pero valía la pena el esfuerzo.

LA DIGNIDAD COMO BANDERA

La definición de la Copa Libertadores frente al San Pablo. La goleada dirigiendo a Vélez en el mismo Morumbí. La final de la Copa América en Perú. Los cruces de eliminatorias. Recurrente en su camino como entrenador, Brasil volvía a aparecer en la vida de Bielsa en un momento de desenlace. El cruce de octavos en el estadio Ellis Park de Johannesburgo obligaba a los chilenos a jugar en su máximo nivel para tener derecho a un sueño grande. Había que ganarle a la historia y el técnico lo sabía mejor que nadie: «Uno siempre tiene la ilusión de variar los antecedentes cuando no son favorables y cada partido es una oportunidad para ello. Si hay algo que es difícil en un partido contra Brasil, es defender. Porque tiene en su fútbol ofensivo la porción más importante de su potencial. Una forma de defender menos es atacar, porque significa jugar cerca del arco rival, alejar al equipo contrario del arco. Dentro de esa lógica, intentaremos atacar».

Sin Gary Medel, el mejor jugador de la fase inicial, ni Waldo Ponce, ambos penados con dos amarillas, el rosarino estaba obligado a cambiar su zaga central. Pablo Contreras e Ismael Fuentes serían los encargados de intentar controlar a los delanteros brasileños. La buena noticia tenía que ver con el retorno de Carlos Carmona, otro jugador de nivel muy parejo, que reemplazaría al expulsado Estrada. La confirmación de Suazo en el ataque y la ausencia de un enganche para mantener los tres delanteros eran los datos salientes del planteo del técnico, que buscaba complicar a Brasil.

Igual que en el duelo ante los españoles, la primera media hora

de los trasandinos fue muy buena. Con presión y buena disposición para recuperar el balón y manejarlo con criterio, lograban arrancar el partido de manera promisoria. La ausencia de contundencia seguía siendo el déficit, pero el compromiso con el espectáculo se repetía como valor destacado.

Sin embargo, ante dos equipos ordenados y parejos en lo colectivo, es la jerarquía individual la que termina inclinando la balanza. El defensor Juan, de cabeza, tras un gran movimiento de desmarques, puso en ventaja al pentacampeón, y Luis Fabiano, coronando un estupendo contraataque, marcó el segundo tres minutos más tarde.

En un raptó de inspiración Brasil sacaba dos goles de ventaja e instalaba antes del cierre del primer capítulo la sensación de que el final de la historia ya estaba escrito. Para colmo, y desactivando cualquier atisbo de reacción, Robinho marcó el tercero al cumplirse un cuarto de hora del complemento.

Ni los ingresos de Tello, Valdivia y Millar pudieron torcer la historia. A pesar de la impotencia chilena, la actitud para seguir peleando el encuentro fue plausible. Algunos criticaron la franqueza con la que el equipo sudamericano salió a jugar el partido, sin tomar conciencia de la superioridad brasileña, pero esa audacia y el estilo bien definido fueron los que acompañaron al conjunto de Bielsa a lo largo de todo el ciclo.

El cierre del cotejo trajo consigo las postales de la derrota, la frustración y el final del sueño, pero Chile se retiraba de la Copa del Mundo con dignidad y la frente alta. Las palabras de su técnico eran la síntesis del proceso y la tranquilidad del deber cumplido: «Daría lo que no tengo por seguir en el Mundial. Siento tristeza, algo de

decepción. Es difícil asumir que esto ya no nos pertenece. La verdad es que hoy esperaba más. El resultado debió ser más corto, esperaba otro rendimiento. En líneas generales, el paso es positivo porque se logró una justa clasificación y el comportamiento con España fue válido. Hicimos un esfuerzo enorme para equiparar distancias con rivales que desde antes se presuponían más. La derrota con Brasil demuestra que hay distancia entre los grandes y nosotros. Igualmente, este plantel es uno de los más jóvenes de la Copa; sumando experiencia se puede crecer».

Su diagnóstico encerraba todas sus sensaciones. El trabajo buscando la excelencia le había permitido a su equipo atravesar las barreras lógicas. Una vez consumadas las primeras dos victorias, tocaba la parte amarga de la historia ante dos rivales de alto rango. Los elogios de entrenadores como Dunga, Vicente del Bosque y Johan Cruyff, valorando la propuesta chilena, eran pequeños placebos para mitigar el dolor de la eliminación.

Con la insatisfacción a cuestas, pero con el convencimiento de haberlo dado todo, el regreso fue el broche de oro para tres años de trabajo. Una manifestación espontánea salió a poblar las calles de Santiago para recibir al plantel en su retorno y saludarlo por el notable papel y el décimo puesto en la clasificación general. Desde el arribo del vuelo charter, una nutrida columna de hinchas acompañó al micro que transportaba a los jugadores en su recorrido hasta el Palacio de la Moneda. En el descenso, la alfombra roja les marcó el camino para obtener el reconocimiento del presidente Sebastián Piñera, que les obsequió una medalla y les agradeció por su labor. En el contacto con Bielsa, el saludo del primer mandatario y el técnico fue tan frío que mereció un tratamiento algo exagerado

por parte de la prensa. Evitando cualquier polémica, el entrenador rápidamente difundió un comunicado expresando sus disculpas si su acción había sido malinterpretada. El clamor popular pedía la continuidad del DT para darle coherencia al trabajo de tres años y continuar con los progresos de la Selección chilena.

El plantel retornó al complejo de Pinto Durán y allí fue la despedida luego de tantos días de concentración. Bielsa permaneció en el recinto, revisando las canchas y ordenando el trabajo de todo el personal. Una vez que sintió que estaba cada cosa en su sitio, emprendió el camino del retorno a Rosario. En su equipaje llevaba el ofrecimiento oficial de Mayne-Nicholls en nombre de la ANFP para continuar como entrenador de la Selección chilena de fútbol. Tendría algunos días para pensarlo.

EL FUTURO, LA VIDA, EL FÚTBOL

A la hora del retorno a los afectos más preciados, Bielsa pasó sus días de descanso entre Rosario y el campo de Máximo Paz. Disfrutó de su esposa e hijas y celebró en familia su cumpleaños número cincuenta y cinco. Recibió con beneplácito las noticias que daban cuenta del interés de contarle como entrenador en países como Japón, Estados Unidos o Australia, y las leyó como un reconocimiento hacia su tarea. Sin embargo, siempre consideró a Chile como la primera opción. La posibilidad de trabajar en un ámbito conocido y cálido, así como la de desarrollar nuevas etapas al frente del seleccionado eran objetivos que seducían al rosarino.

Mayne-Nicholls le ofreció un proyecto superador al de los primeros tres años. Con la premisa del crecimiento, el dirigente le planteó objetivos mirando al futuro. El control de la Selección Sub 20 para seguir formando valores a futuro le garantizaría la continuidad del modelo. La construcción de un nuevo complejo para albergar a las selecciones nacionales con una inversión millonaria le permitiría dejar a Pinto Durán como opción alternativa. El compromiso absoluto de todos los clubes afianzaría la idea de la Selección como prioridad.

Cuando Bielsa decidió volver a Santiago sólo quedaban por revisar algunos detalles. El primero involucraba a su equipo de trabajo. Eduardo Berizzo, su colaborador más estrecho en el trabajo de campo, le manifestó su deseo de descansar algunos meses y luego iniciar su carrera como entrenador principal. Para Bielsa la noticia fue dolorosa, por saber que ya no contaría con un hombre de absoluta integridad como el Toto, pero se sintió orgulloso de haber

ayudado en su formación. Igual que con los hijos en la vida cotidiana, llega un momento en el que es natural el corte del cordón y así entendió Bielsa la partida del ex defensor.

A la hora de cerrar su vínculo, diferentes reuniones con los principales miembros de la ANFP sirvieron para limar cuestiones formales y así llegar a un acuerdo total. El contrato firmado consigna una duración de cinco años, pero con una cláusula que menciona la revisión del mismo si en las elecciones de autoridades del año próximo se produce la salida de la cúpula actual. Los objetivos deportivos son múltiples: la Copa América de 2011 en Argentina será el primer torneo de relieve para la Selección mayor y la edición de 2015 con Chile como país organizador marcará el cierre del acuerdo. En el medio estarán las eliminatorias con el sueño de volver a conseguir la clasificación para la Copa del Mundo de Brasil 2014 y en el caso de conseguirlo, la participación de manera consecutiva en un segundo Mundial. Además, el deseo de competir con la Roja en un Juego Olímpico estimula a Bielsa a dirigir en persona al equipo Sub 20 que participará en el sudamericano buscando una de las dos plazas que otorgan la clasificación para el Mundial de la categoría, pero también para Londres 2012. Hay muchos frentes por cubrir y todos exigentes.

Una vez sellado el acuerdo en la mañana del 2 de agosto de 2010, Harold Mayne-Nicholls lo oficializó ante la prensa. La continuidad era un hecho y la noticia recorrió el mundo: «Él está muy satisfecho con este acuerdo. Hemos llegado a total concordancia en todos los puntos y podemos decir con certeza que vamos a tener a Marcelo por varios años más encabezando a la Selección chilena, involucrándose en el Sub 20 y también en

eliminadoras y Copa América. No fue difícil llegar al acuerdo, pero había que tener la certeza absoluta antes de darlo a conocer».

Adaptado a una hermosa ciudad como Santiago y proyectando sus próximos cinco años, probablemente elija una casa a la que se mudará para poder recibir a su familia. En la vida cotidiana, tratará de cumplir con los cinco pilares que según sus palabras son la clave para ser feliz. Será solidario desde la espontaneidad, dando sin obligación y aunque no conozca al depositario de su entrega. Continuará creyendo en algo casi religiosamente. Seguirá sosteniendo que hay que enamorarse de las mujeres, aunque con el paso del tiempo la relación se transforme en una amistad compartida. Perseguirá el éxito en la vida profesional, a pesar de saber muy bien de que se trata de un estado momentáneo. Buscará un camino por recorrer, como quién busca las utopías sólo para que nos ayuden a caminar.

En el plano profesional, explicará a quien lo quiera escuchar que en sus equipos hay tres reglas básicas: ser protagonista, no especular y respetar el reglamento para que el juego sea más fluido.

Propondrá usar el campo en todo su largo y, fundamentalmente, en todo su ancho, convencido de que un juego vasto amplía las posibilidades de los atacantes. Lo fundamentará con números, demostrando que la mitad de los goles tiene su origen en el juego por los costados.

Investigará sin pausa para ver si aparece algún nuevo esquema de juego que pueda sumarse a los veintiocho que encontró junto a sus colaboradores al cabo de un cuarto de siglo y veinticinco mil partidos de análisis.

Diferenciará entre dos grupos de entrenadores. Los que optan

por el método y son «intervencionistas», y los que prefieren la improvisación y son «facilitadores». Se ubicará entre los primeros, pero aceptará a ambos como válidos.

Reducirá al mínimo el margen de error, creyendo más en el miedo que en la confianza, sosteniendo que en la confianza hay relajación mientras que en el miedo hay tensión. No se fiará de la simple idea de creer en uno mismo. Explicará que el miedo nos pone alertas y que por eso no es absurdo tener siempre una respuesta a mano, porque lo peor siempre puede suceder.

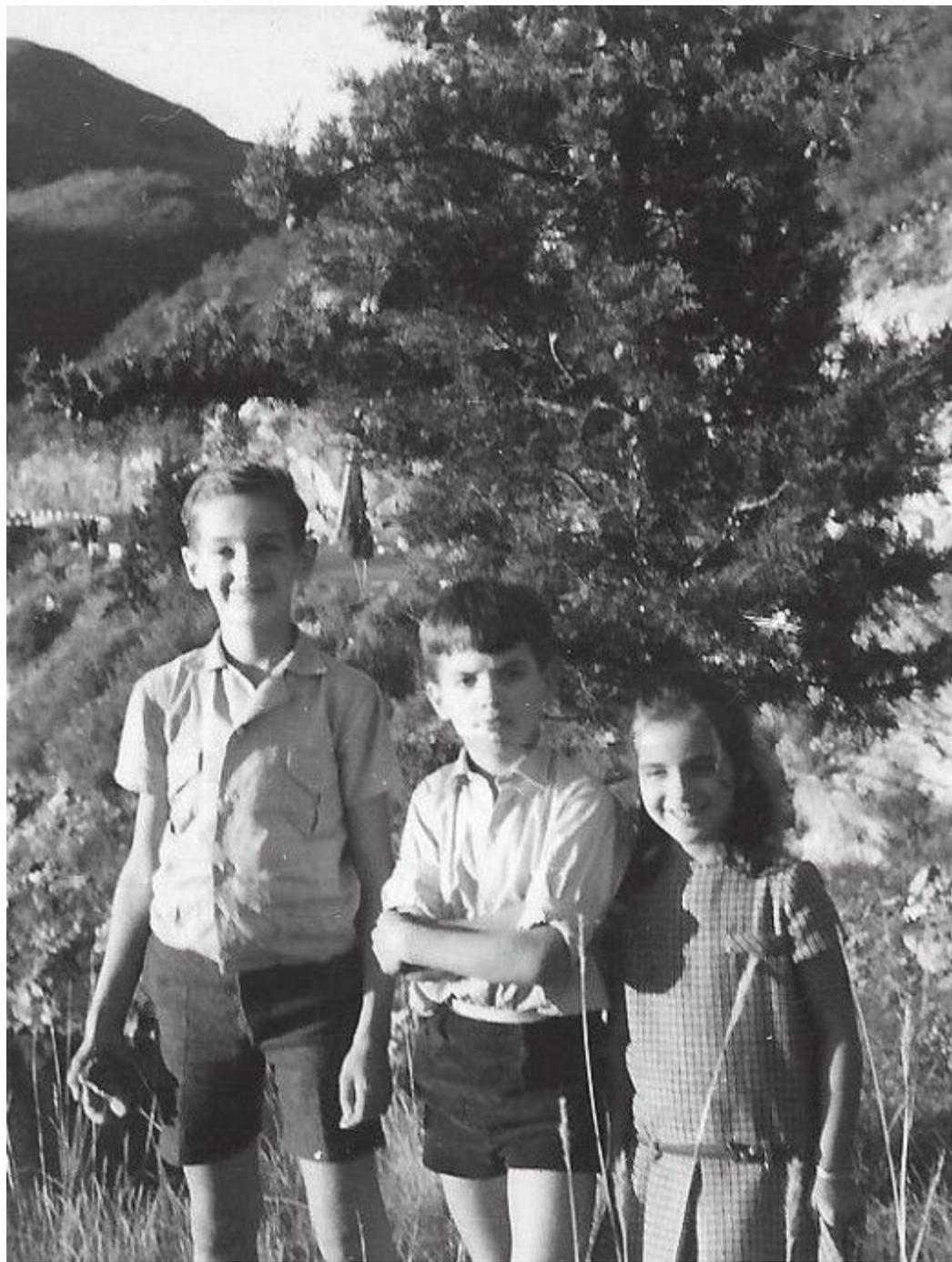
Despreciará la polémica sin discusión de ideas. Si hay disputa de personas y no de ideas, la gente se mantiene atenta, pero no interesada.

Algún día, si el corazón se lo dicta, volverá a dirigir en la Argentina. Pero los motivos sólo habrá que buscarlos por el lado de lo afectivo o del desafío. Un momento muy desfavorable de su amado Newell's o un gusto personal son los escenarios factibles para poder imaginarlo en nuestro medio. En otro contexto, parece imposible.

Mientras tanto, el proyecto chileno le muestra que hay mucho por hacer mirando hacia adelante. El escenario es propicio y las condiciones han sido consensuadas.

La ética será su compañera y el compromiso con el juego, su causa. La nobleza en los recursos alumbrará el camino y el recorrido siempre importará tanto como la llegada. De jogging, en cuclillas o en su frenético movimiento, seguirá buscando la perfección. Con el respeto como mandamiento y el amor a la tarea como principio. Así vivirá el resto de su vida: con esa pasión por el fútbol que es única. No habrá grandes diferencias entre una cosa y la otra: para Marcelo

Bielsa, la vida y el fútbol son exactamente lo mismo.



Los hermanos Bielsa en unas vacaciones en Córdoba: Rafael, Marcelo (con siete años de edad) y María Eugenia, en una típica foto familiar.



El equipo de Estrella Azul, con los amigos del barrio de Abasto. En la foto superior, Bielsa es el último de izquierda a derecha. En la imagen de abajo, es el último de los parados en el extremo derecho.





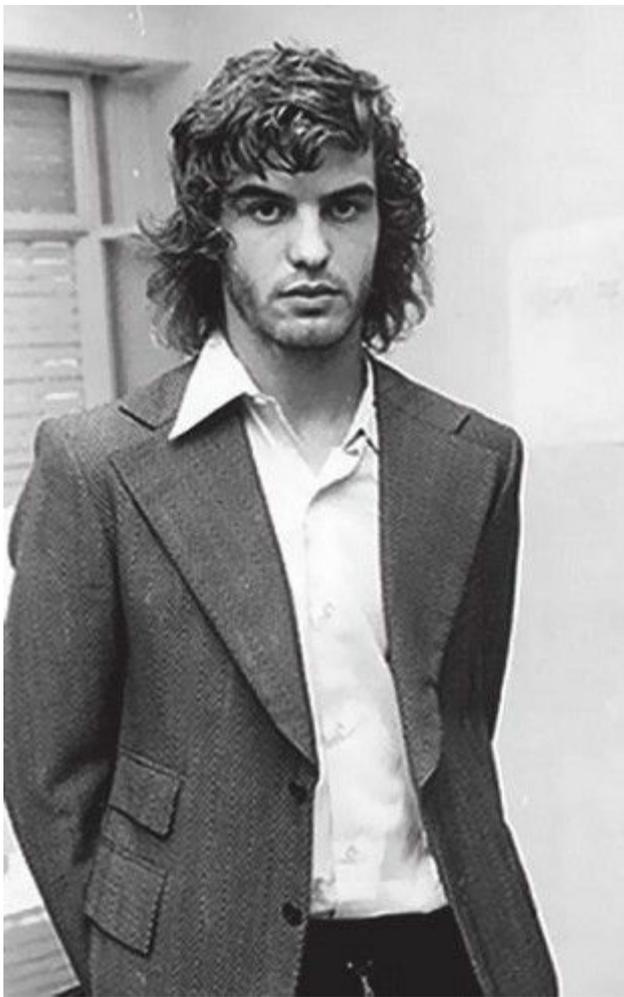
Marcelo en una reunión familiar con sus amigos Hugo Vitantonio y José Falabella, entre otros.



Una postal de Bielsa en su adolescencia con el Río Paraná de fondo.



Una imagen del día en que se vistió de mozo para el casamiento del hermano de Roberto Aguerópolis.



Más una estampa de juventud, con pelo largo y elegante sport.



Bielsa en el Preolímpico de Recife, con la camiseta de la Selección Argentina. Es el del fondo con el número 3.



Además, la instantánea del equipo completo: Marcelo es el primero entre los parados de izquierda a derecha.



El día de su debut en Primera antes de salir a la cancha, con un dirigente de Newell's de la época.

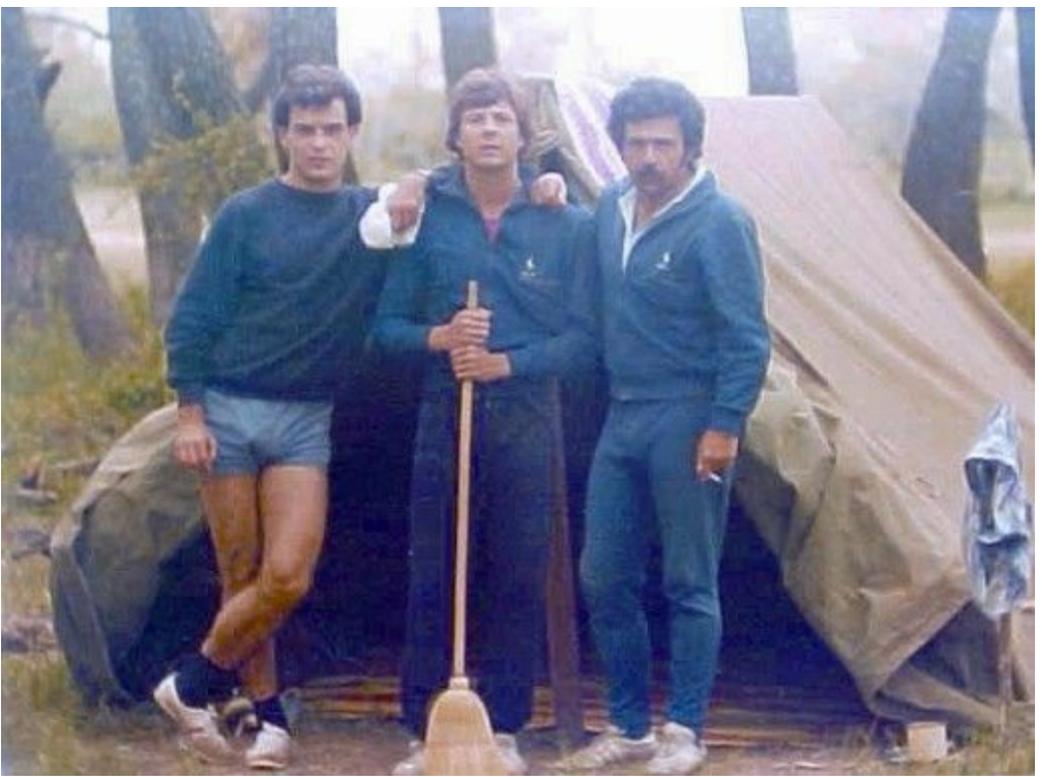
Debajo, con gesto de fiereza en la marca, intenta detener a Alejandro Sabella.



**Debut de Bielsa:
lo desbordó
Sabella y gol
de River.**



En su fugaz paso por Instituto de Córdoba. Junto a él Danguise, Ricardo Giusti, José «Perico» Pérez y Del Póntigo.



Arriba, en un campamento del Profesorado de Educación Física.
Abajo, en su año como entrenador de la Selección de la UBA, con
su ya típico equipo de gimnasia, es el primero de la izquierda.



EL DIA QUE BIELSA SE COLGO DEL ALAMBRADO

“Lloraba mientras daba vueltas como un loco...”

nte

los vestua-

... festejado
mandó a
también ex-
a justificar
a gestarse
nico y se
on que el
ta pautas
conduc-
fuera de
formida-
adores y
elemen-
recida-
nslada:

rtura"
on to-
decisi-
o más
ue se
pro-
men-
s de
Un
mes
unta
arti-

“Cuando terminó el partido y tuvimos que esperar esos eternos cinco minutos hasta que finalizara el de River, me fui de la cancha. Atrás de la tribuna, el estadio de Ferro tiene una cancha auxiliar, después una segunda y, por último, una tercera. Además, como había un helicóptero sobre el estadio, desde ahí yo ni siquiera oía a la hinchada, así que estaba realmente aislado de todo. Claro que, de pronto, se me dio por mirar a la hinchada y solamente veía las piernas de los simpaticizantes entre los tabloneros de madera. ¡Pero ninguno gritaba ni se movía...! Entonces, interiormente, les pedía por favor que dijeran algo... Por suerte uno de ellos, que estaba dado vuelta, me reconoció y comenzó a hacerme señas con los brazos. Ahí oí la gritería de la hinchada y entonces salí corriendo como para abrazarme con todos...”

—Marcelo Bielsa, el “Loco” del fútbol que en su debut como técnico condujo a Newell’s a la obtención del “Apertura”, luego de una campaña brillante, explicaba en nuestra Redacción los cinco minutos anteriores a la clasificación.



(Foto de José Gramaglia)

“Cuando veis que la gente no gritaba, le pedía que dijera algo...”

un lugar donde debía sufrir tanto. Y también pensé que es demasiada la tensión, la angustia y el precio que uno tiene que pagar para llegar a esto y que, justamente por eso, es tan grande también la alegría que vivís en ese momento.

¡El momento más duro del

la trascendencia que encierra todo esto.

¿Por qué Newell’s campeón?

—Porque junto con River son los dos equipos del país que juegan el fútbol que vendrá, con una gran dinámica y con una presión constante sobre la espalda del rival. Claro que la actitud

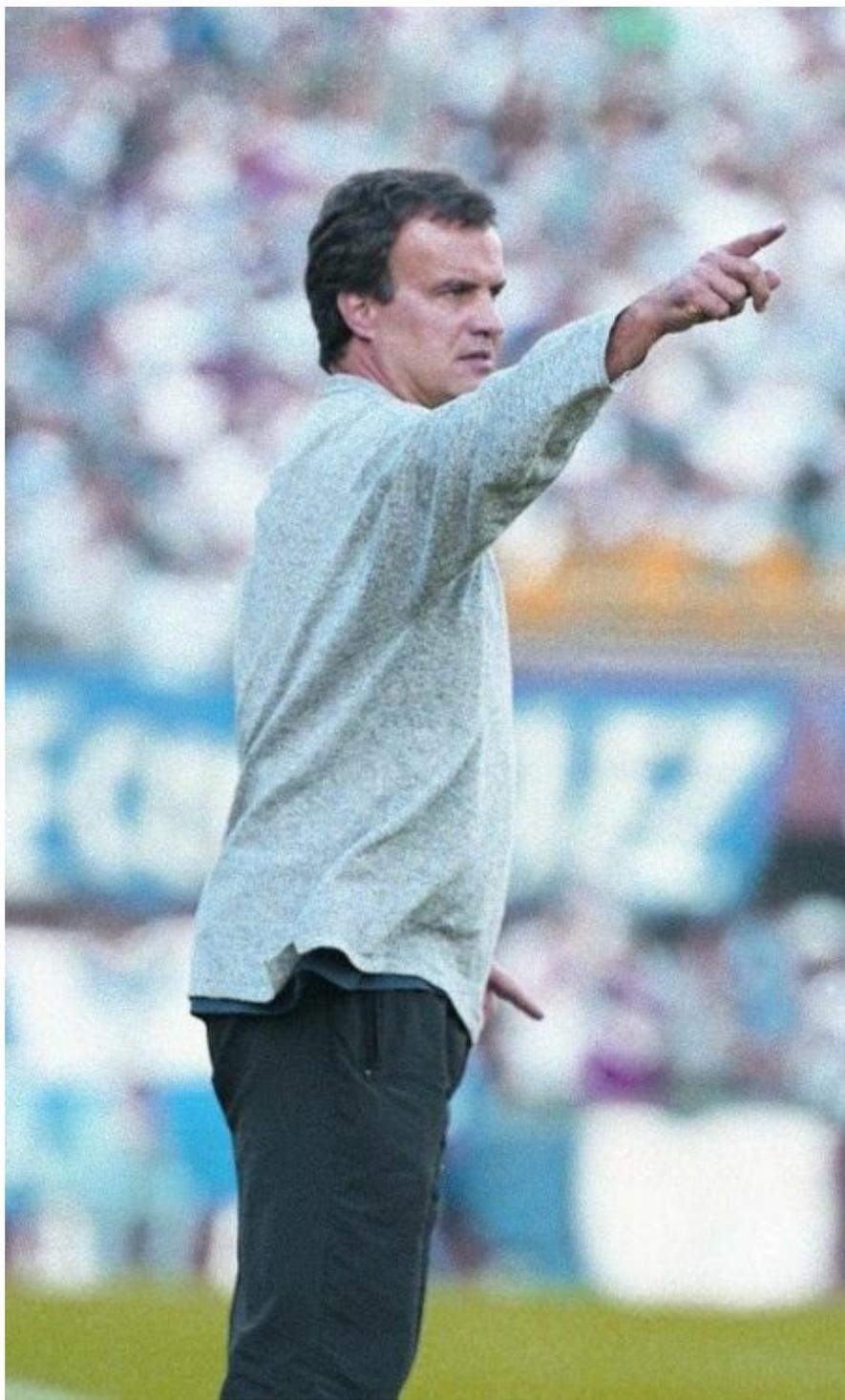
GENTILEZA LA CAPITAL DE ROSARIO

La tarde de la consagración en el Apertura 90. Pidió una camiseta y gritó el ya célebre «¡Newell’s carajo!».



GENTILEZA LA CAPITAL DE ROSARIO

El retrato en la prensa más la explosión del festejo en La Bombonera cuando Newell's logró el título de 1990-1991.



CEDOC PERFIL



CEDOC PERFIL

Sus tiempos como técnico de Vélez. Estuvo un año y obtuvo el título del Torneo Clausura en 1998.



CLARÍN CONTENIDOS



La decepción más grande. Las caras de Bielsa y Batistuta no necesitan de palabras. Argentina eliminada del Mundial de Corea-Japón 2002.



GENTILEZA ANFP/MARCO MUGA

El día de la clasificación para Sudáfrica 2010 como entrenador de Chile y su emocionante festejo en la intimidad del vestuario.

AGRADECIMIENTOS

A Ezequiel Fernández Moores y Eduardo Sacheri, por prestigiar el libro con sus aportes.

A Julio Martínez, por su colaboración infatigable. Compañero de ruta desde el minuto cero.

A Cristian Révoli y Julián Capasso, por sus valiosas contribuciones para la causa.

A Danilo Díaz y Leonardo Burgueño, por su memoria y sus puntos de vista.

A Víctor Hugo Morales, por darme la primera oportunidad en el periodismo y, sobre todo, por ayudarme a pensar.

A los maestros de la profesión que me dieron su sabiduría en mis veinte años de carrera y a los colegas y amigos que siempre me alentaron en este largo año.

A Marcelo Panozzo, bielsista de ley, que fue capaz de apostar por esta idea.

A los cincuenta y cinco entrevistados que con su testimonio, anónimo o público, ayudaron a reconstruir la vida de Marcelo Bielsa.

Fuentes consultadas:

Diarios *La Nación*, *Clarín*, *Olé*, *Perfil*, *La Capital* (Rosario), *La Tercera* (Chile), *El Mercurio* (Chile), *Marca* (España). Revistas *El Gráfico*, *Sólo Fútbol*, *Mística*, *Noticias*.



ROMÁN IUCHT es, para todos los que siguen y aman el fútbol, una voz inconfundible: un emblema de las transmisiones de Radio Continental como comentarista, integrante del equipo *Competencia*, columnista de Fernando Bravo y conductor de su propio programa en la emisora, *Tirando paredes*. Aprendió a leer a los cinco años, pero no en el jardín de infantes sino tratando de entender todas esas palabras que acompañaban a las fotos de los cracks en la revista *El Gráfico*. Su trabajo en radio comenzó temprano, a los dieciséis, después de Italia 90, y en Estados Unidos 94 ya cubría su primer Mundial. Desde 1997 hasta 2008 trabajó en el canal de deportes TyC Sports conduciendo distintos ciclos de información, opinión y entrevistas. Fue columnista de *Basta de todo*, el programa radial de Matías Martín, y escribe regularmente en canchallena.com, la página de deportes del diario *La Nación*, y en las revistas *Un Caño* y

Playboy.